

Recopilación y Prólogo de
JULIO JAIME JULIA

El libro Jubilar de
PEDRO
HENRIQUEZ
UREÑA

TOMO II

UNIVERSIDAD NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Santo Domingo, República Dominicana 1984

JULIO JAIME JULIA

EL ESPAÑOL EN SANTO DOMINGO

EL LIBRO JUBILAR DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

(TOMO SEGUNDO)

Ediciones de la Universidad Nacional
Pedro Henríquez Ureña



Santo Domingo
1984

Publicaciones de la
Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU)

© 1984, Univ. Nac. Pedro Henríquez Ureña
Dirección de Publicaciones
Santo Domingo,
República Dominicana.

EL ESPAÑOL EN SANTO DOMINGO

Por Amelia Agostini de del Río
Puertorriqueña

Este excelente libro comprende doscientas veinte páginas de texto, a las que preceden unas veinte de *Bibliografía*, a ésta, dos en las que explica el autor, Pedro Henríquez Ureña, su tesis principal; a saber: caracteriza al español de Santo Domingo su "aire antiguo, que en ocasiones llega al arcaísmo." En ninguna región hispanoamericana se conservan tantas expresiones tradicionales. Porque es de preverse el cambio que ha de sufrir esta lengua con el transcurso del tiempo, por la facilidad de comunicaciones de nuestra época, es de agradecerse doblemente esta obra ejemplar, documento inapreciable para el estudioso del tema lingüístico, en general, y, en particular, en Santo Domingo, del cual irradiaron tantos acontecimientos históricos y culturales hacia el resto de la América hispana.

Al mismo tiempo que difusor cultural, fue Santo Domingo el primer centro de americanización del español al adoptar palabras indias. Estos indigenismos, añade el autor, al desaparecer las lenguas aborígenes, tienen sabor arcaico. Es oportuna la cita de Cuervo; "Puede decirse que La Española fue en América el campo de aclimatación donde empezó la lengua

castellana a acomodarse a las nuevas necesidades." Naturalmente las expediciones que se organizaban en la isla de Santo Domingo llevaban estas voces a las tierras conquistadas, vgr. *estancia* y *quebrada*. Y así a frutas y plantas indígenas se les daban nombres de frutas y plantas españolas, vgr. *níspero*; también se aplicaban nombres aprendidos en La Española a costumbres y objetos indios vgr. *ají*, *batata*, *ceiba*, *barbacoa*, etc.

Primera edición publicada en 1940 en Buenos Aires (Biblio. de Dialectología Hispana). Segunda edición, 1975, dentro de la colección Biblio. Nacional Editora Taller.

Son diecinueve capítulos de desigual extensión. Comienzan los primeros seis con noticias sobre el papel que desempeña la lengua de Santo Domingo en la historia lingüística de la zona del Caribe y en el resto de América con su arcaísmo y su tradición, manifiestos en diferentes aspectos: en sus refranes, sus cuentos, sus juegos, etc. El capítulo VII estudia los indigenismos; el VIII, los elementos exóticos. Los capítulos IX, X, XI, van dedicados a la fonética, comparando las variaciones y semejanzas que existen entre la lengua de Santo Domingo y la fonética andaluza. El capítulo XII, titulado "indios y negros," estudia las escasas influencias de éstos. El XIII, dedicado a la morfología, apunta las pocas variaciones frente a los usos normales del español: el XIV, más extenso, se concentra en la abundante formación de palabras, los prefijos, los nombres y adjetivos. El capítulo XV, onomástica; el XVI, la toponimia; el XVII, la semántica; y el XVIII, la sintaxis. El último capítulo, el XIX, son "observaciones históricas" en las cuales repasa el autor las obras de escritores criollos de Santo Domingo, algunas publicadas y otras inéditas, los rasgos arcaicos, el sabor antiguo etc, para llegar a su conclusión:

"El español en Santo Domingo presenta como rasgos distintivos la conservación de la lengua tradicional, con matices antiguos y hasta arcaicos más abundantes que en ningún otro país del Nuevo Mundo, y la superposición de matices criollos, desde

época temprana, tanto en la adaptación de vocablos europeos a la nueva vida de América como en la adopción de vocablos indios. La pronunciación, de base española general, ha adquirido caracteres que en parte se asemejan a los del habla andaluza, como sucede en todas las Antillas. Del habla culta, que lo es mucho, a la popular, hay diferencias, no muy numerosas, pero sí muy ostensibles, especialmente en la región del Cibao. El vocabulario -fuera de los indigenismos- la morfología y la sintaxis tienen fuerte carácter castellano." (pág. 250)

Recalquemos algunos puntos que nos interesan sobre todo. En las cinco grandes zonas geográficas en que se distribuye en América el idioma español influyen, así como la historia política y la geografía, los núcleos de cultura hispánica y las lenguas indígenas. Después de trazar las primeras colonizaciones en el Caribe, la Nueva Granada, la América Central, México y la América del Sur, hace hincapié Henríquez Ureña en la zona del Caribe, recalcando el papel desempeñado por la isla española, centro cultural y difusor de la cultura hispánica. Es útil la síntesis histórica para interpretar mejor los varios fenómenos ocurridos. En Santo Domingo se estableció en 1511 la Real Audiencia que ejercía jurisdicción sobre las Antillas, la América Central, Venezuela y parte de la Nueva Granada. Más la influencia de Santo Domingo no se limitaba al orden político sino que se extendía al religioso pues su Arquidiócesis era Sede Primada de las Indias. Era natural, por lo tanto, que todo ello contribuyese a que se convirtiera en centro cultural del Mar Caribe. A su Universidad —Santo Tomás de Aquino, fundada en 1538— iban a estudiar jóvenes cubanos, puertorriqueños y venezolanos. Lo curioso es que, a pesar de haber quedado Santo Domingo separado de la comunidad política española al ser cedido a Francia en el tratado de Basilea, 1795, no perdió las relaciones con Cuba, Puerto Rico y Venezuela. Obedece esto a que muchos dominicanos emigraron a países del Caribe así como cubanos, puertorriqueños y

venezolanos iban a refugiarse en Santo Domingo cuando tenían conflictos políticos en sus propias tierras, vgr. Eugenio María de Hostos a quien califica de “ardiente y luminoso,” y recalcó, Henríquez Ureña, cuánto trabajó el ilustre puertorriqueño por la cultura de Puerto Rico y la ajena. Con Hostos colaboró la educadora y poetisa Salomé Ureña de Henríquez (1850-1897) en la fundación de la primera escuela para formar maestras, año de 1881.

Se incorpora a España en 1808. Santo Domingo resistió la lengua extranjera y defendió el español “su única arma, su único escudo,” etc.

La lengua de la zona del Caribe, como apuntamos arriba, se distingue por el sabor castellano de su léxico y de su sintaxis; en cambio su fonética está más próxima a la andaluza: la entonación no es de tipo andaluz, importa recordar que no hubo predominio andaluz en la conquista de América como generalmente se cree. Atribuye Henríquez Ureña los rasgos acaicos de la lengua de Santo Domingo a haber sido la isla la primera región de América donde se asentaron los españoles. De ella salían expedicionarios que llevaban a otras tierras las palabras indígenas añadidas a su propia lengua. La fuerte tradición universitaria, con sus arzobispos y sus oradores gente docta, tuvo que influir en la lengua culta “exenta de la tendencia vulgarista y de palabras tabúes—de ahí su peculiar señorío, mezcla de gravedad y sencillez.” Entre los rasgos característicos del habla culta se hallan la prevalencia del *tú*, como en México y el Perú que, con Santo Domingo son los países coloniales de más antigua cultura, la supervivencia del pronombre enclítico (decíales) y la persistencia del futuro de subjuntivo.

Como las regiones españolas que mayor influencia ejercieron en la lengua de Santo Domingo no fueron las que habían dado matices regionales, sino Castilla, León, Extremadura y Andalucía, el léxico de Santo Domingo no muestra parentesco con el léxico actual de ninguna región de España. Recordemos que tanto Salamanca como Valladolid, de donde salió la mayoría de los conquistadores y

colonizadores, eran las regiones leonesas más castellanizadas. No son regionalismos la mayor parte de las palabras en que el habla dominicana coincide con Salamanca o con Andalucía o con Aragón sino que son palabras que pertenecen al español general, bien sean actuales, bien sean arcaicas.

Los arcaísmos pueden ser de vocabulario —boto, aína, dizque— o de forma —mesmo, dende, cerebro—. Es extensa la lista que da Henríquez Ureña en el capítulo V de palabras y expresiones envejecidas o que van envejeciendo. Cree que ningún país igual a Santo Domingo en la cantidad de voces obsoletas u obsolescentes, como *alquilarse* una persona, o *bravo* por enojado, o *dilatarse* por demorarse o *con la misma* por en seguida. Muchos de los arcaísmos que da el autor en treinta y cinco páginas se dicen aún en Puerto Rico. Aparte de los arcaísmos de léxico, apunta arcaísmos sintácticos vgr. *quedar de* por *quedar en*, *al yo salir* por *al salir yo*, el uso superfluo del que conjuntivo (pregunta *que* qué hora es), y arcaísmos morfológicos: *comelón* por *comilón*, *trancar* por *atranicar*. Es interesante el empleo de *correncia* por vergüenza, significado que desconocía yo. Recuerdo que en el *Auto de las grandes lluvias* de Juan de la Encina dice un pastor “Correncia tienen los cielos” queriendo decir “diarrea” ¡tanto llueve! Nunca he oído esta palabra en Puerto Rico ni *recordar* (por despertar) que se ha conservado en Santo Domingo. Nunca han sabido mis alumnos que el “Recuerde el alma dormida” equivale a “despierte.”

Halla Henríquez Ureña en escritores dominicanos del XIX rasgos antiguos que se hallan en escritores españoles de los siglos XVI y XVII, vgr. *atambor*, *entapizar*, *humano* (tan usado por Gil Vicente) e *inmoble* (adjetivo a menudo usado por Unamuno, como recordarán los lectores de su poesía).

Al comentar refranes y frases hechas de tipo tradicional, hace hincapié Henríquez Ureña en cuánto ha aumentado el campesino dominicano el refranero, en el cual introduce cosas indígenas —ñame, yagua, jicotea, maco (sapo), judío (pájaro silvestre). A los regranos dedica siete páginas; más, de romance, pocas... Quizás se deba ésto, en parte, al haber publicado en la

Revista *Cuba Contemporánea*, en noviembre de 1913, un artículo, "romances en América," en el que incluye los romances recogidos por el autor en Santo Domingo. Y en parte, porque tuvieron mayor descendencia local los cantares, más fáciles de improvisar entre los campesinos que participan en las porfías. De sumo interés, más de lamentable brevedad, es el párrafo en el cual apunta ligeramente los cuentos tradicionales y las operaciones. Pintoresco, si no conmovedor, en el modo de saludarse los campesinos el Viernes Santo; en vez de los "Buenos días," decían: "De morir tenemos," a lo que contestaba el saludado: "Ya lo sabemos." Esta costumbre duró hasta fines del siglo XIX.

Los capítulos VII VIII, dedicados respectivamente a *Indigenismos* ** y a *Elementos exóticos*, son de gran interés. Desde mediados del siglo XVI falta en Santo Domingo el "Sustrato lingüístico indígena permanente que influya sobre el español." Este fenómeno no se da en muchos países hispanoamericanos en los que sobreviven los indios y mantienen sus lenguas propias.

Las palabras taínas se incorporan al capítulo de Santo Domingo en los años inmediatamente posteriores al Descubrimiento. Entre ellas; ají, bohío, cacique, carey, hamaca, maíz, tabaco, iguana, naguas, palabras que aprenden los colonizadores de las Antillas y llevan a otras regiones americanas. Nombres de plantas, frutas y animales penetraron en otros países hispanos. No se usa el nombre *patata* más. En cambio se cumplen muchos castellanismos que no pasaron al español general: yagua, yagrumo, batey, conuco, etc. Apunta algunos indigenismos de probable origen caribe: arepa, colibrí, caimán, patilla (sandía). En Santo Domingo se conservan los indigenismos de otros países que están en el español general: tales como achiote, aguacate, cacao, chayote, chocolate, ñicara,

* Este tema es objeto de un estudio, " palabras antillanas ", que publicó H.U. en 1935 (REF. XXII, 175-186) y que reprodujo con ampliaciones en su libro *P a r a la historia de los indigenismos*, anejo de la Blio. Nacional.

tomate...Otros indigenismos se conocen por medio de los libros: azteca, ñapa, loro, pampa, ananás, ombú, etc. Apuntemos que no influyen los indígenas en la fonética.

En contraste con la riqueza de léxico indígena resulta escasa, la influencia africana, que se reduce a algunas palabras que pertenecen al español general: mandinga, bembe, baquiné, etc. Esta escasez obedece a que la población de origen africano estaba ya completamente hispanizada. Fuera de la importación sistemática de esclavos en la primera parte del siglo XVI, no se llevaron a Santo Domingo esclavos en gran número y muchos no iban directamente de Africa sino que se habían hispanizado ya en España. La esclavitud desapareció en 1822. Santo Domingo se aisló parcialmente del resto de América al dejar de ser cabeza política como lo habían sido los primeros cincuenta años tras el Descubrimiento; su relación era con España y las islas del Caribe. Omitimos los galicismos, que son los mismos del español de todas partes, así como los anglicismos. Entre éstos, sin embargo, nos interesan: *col* (pistola Colt); *colín* (cuchillo marca Collins); *seibor* (aparador, de la palabra inglesa *sideboard*; en Puerto Rico se dice "seibó"); *experto* por perito, *suiche* por conmutador y *ticket*, muy metidos ya en el habla puertorriqueña, en la que también oímos *folder* por carpeta.

La conversión de la *r* o *rr* en *l*, como en Cuba (y añadimos, como en P.R.) o de la *l* en *r* (como en el leonés) se oye en Santo Domingo. Sólo revela influencia africana la supresión de la *s* final de sílaba, esto ocurre en gentes de clase humilde, principalmente campesinos; el negro culto pronuncia las eses. En cambio —y esto lo apuntamos nosotros— en Puerto Rico, aun la gente culta, tiende a suprimir todas las eses, con excepción de las intervocálicas.

Como es natural, se distingue la pronunciación *c u l t a* de la clase popular, en la cual se suprime la *d* intervocálica (*pescao*) se añade la *s* a la segunda persona del singular del perfecto (vinistes), se conserva la conjugación arcaica de *mecer* (mezcó) y otros arcaísmos como *semos*, *vía*, *vide*, *truje*, *rompido*, etc. Se dice la azúcar: Berceo decía "azúcar

sabrosa." Se ha suprimido el *vosotros* y los adjetivos correspondientes (*vuestro*) y se usa ustedes, como plural de *tú* con verbo de tercera persona como en toda América. En Puerto Rico no es raro oír a un orador culto o semiculto emplear el *vosotros* y *sus*. Parece curioso que no se diga *ambos* (en su lugar, *los dos* o *todos dos*). *por grandes* y *nada* por de ningún modo, que apunta Henríquez Ureña se dicen también en Puerto Rico.

Son sumamente interesantes los últimos capítulos, más como este artículo se alarga, limitémonos a dos puntos que, por una u otra razón, debemos recalcar. En la formación de palabras la tendencia es regresiva, se simplifica la lengua: el rosal, la clavellina, el cocotero, el bananero, el payero, y el limonero, —palabras tan bellas— se reducen a mata: mata de rosas, etc. Esto es lamentable y debería corregirse en la escuela. La supresión de la *i* entre los campesinos en palabras como conciencia, apariencia, etc. es un arcaísmo; más si la lengua culta ha adoptado las formas en *ciencia* creemos que los maestros deben tratar de establecer este uso.

Las prédicas de doña Salomé Ureña de Henríquez, que tanto aconsejó el trabajo y el estudio a sus compatriotas, dando ejemplo de aquellas en su fructífera vida, tuvieron que prender en sus hijos. Concretémonos a su hijo Pedro. Conocidas son aparte de otras obras, su magnífica síntesis de la cultura y la literatura hispanoamericanas y *La versificación irregular*, que le valió elogios del maestro D. Ramón Menéndez Pidal. Muestran sus vastos conocimientos, su disciplina y cuidado en la presentación de la materia y su amor a la literatura y a la lengua, manifiestos también en el laborioso libro que comentamos: *El español en Santo Domingo*. El acopio de datos históricos y lingüísticos y los abundantes ejemplos están presentados con el orden y la sapiencia del investigador, más con inusitada amenidad, lo que hace que el lector medio disfrute de la lectura, que podría ser pesada y sin embargo resulta, no sólo iluminadora sino deleitable. Los libros de Pedro Henríquez Ureña son indispensables en la biblioteca del erudito y del estudiante porque en el investigador van inmersos el gustador de la poesía y de la belleza, y una fina sensibilidad.

HOMENAJE A PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Por Raul Gustavo Aguirre
Argentino

Siento afecto por Pedro Henríquez Ureña —y el afecto habla siempre en presente— sin haber tenido la suerte de conocerlo en persona. No se consigue nada con analizar un sentimiento, lo sé. Pero si tuviese que dar algunas razones de mi afecto, diría que todo lo que de él leí y todo lo que de él se cuenta testimonia que poseía varias de las cualidades que hacen experimentar el hecho de estar ante un amigo, ante un hermano: inteligencia amplia, seria, libre, profunda, vital —si tales adjetivos no son pleonásticos— y una cálida vocación de maestro, es decir, de interrogador de la verdad y la belleza (que según Keats son una) en el sortilegio de esa maravillosa relación que mostró para siempre Rafael en *La escuela de atenas*: el discípulo que aprende del maestro y el maestro que aprende del discípulo.

Tan modesto como valioso, Pedro Henríquez Ureña se fue un poco calladamente de este mundo, tan calladamente como, en una obra que no sólo es escrita, sigue permaneciendo en él. De esta obra, yo quisiera dejar la reiteración de su importancia

en la historia y en la crítica literarias a otros espíritus más versados que el mío, para recordar -como bibliotecario- un aspecto casi desconocido y que, no obstante, se relaciona íntimamente con su vocación continental de maestro. Me refiero a la clarividencia con que Henríquez Ureña señaló la importancia de una posible adaptación al castellano del *Bachillerato de los cien libros*, idea que expuso en el Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires y que sigue teniendo, a mi entender, particular vigencia. (1) Porque es urgente lograr, o iniciar de alguna manera la realización, de ese programa que él propuso, consistente en la compilación de una cuidada, flexible y dinámica bibliografía, en parte programada especialmente, cuyo destino sea formar mediante la sola lectura a todos aquellos que, en América Hispana, por razones socioeconómicas que son de todos conocidas y que varían en carácter y magnitud según cada punto del continente, no sólo no pueden sobrepasar el nivel primario de la enseñanza sino que enfrentan el peligro — a menudo desgraciadamente real — del analfabetismo o el semianalfabetismo por regresión.

Creo que es oportuno recordar aquí esta visión, sin duda surgida de su alma de maestro y de su amor por el pueblo de nuestra patria latinoamericana. Quizás algún día la difusión y la realización, cualesquiera que fueren sus formas, de este proyecto, sea uno de los mejores homenajes con que podamos honrar a Pedro Henríquez Ureña. Y sin duda su obra no estaría ausente, tampoco, de ese universo de verdad y belleza cuyo acceso nos harían posible los cien esplendorosos volúmenes de esa biblioteca ejemplar.

(1) Véase: HENRIQUEZ UREÑA, PEDRO.— *Obra crítica. México—* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1960, pp. 786 y ss., donde figura la lista que incluía la colección *Las Obras Maestras de la Literatura y del Pensamiento Universal*, que dirigió desde 1938 hasta 1941 para la Editorial losada de Buenos Aires, a través de la cual, sin duda, trató de realizar por lo menos en parte este proyecto. Lamentablemente, esta colección quedó trunca.

S/C. Avda. Corriente 745
Buenos Aires, Argentina.

CARTA

Juan José Arévalo

Guatemalteco.

Doctor Julio Jaime Julia
Director del Archivo General de la Nación,
SANTO DOMINGO —Rep. Dominicana

Muy estimado Doctor Julia:

No sé si llegará demasiado tarde mi respuesta a su amable nota del 1o. de Octubre último. Estuve fuera del país por un mes. Pero aquí me tiene cumpliendo sus deseos.

Conocí a Pedro Henríquez Ureña en la ciudad de La Plata, Provincia de Buenos Aires, República Argentina, el año de 1928. Se desempeñaba entonces como Profesor, en el Colegio Nacional de la ciudad, dependiente de la Universidad Nacional Platense. Yo inicié ese año mis estudios universitarios de Filosofía y Pedagogía. En la Pensión donde tenía mi domicilio conocí a un estudiante del Colegio Nacional, alumno superior de Bachillerato, y de su boca recibí las primeras noticias sobre el humanista dominicano, su Profesor en ramos literarios. Tenía por el Doctor Henríquez Ureña la más alta estimación, a pesar de ser Don Pedro sumamente exigente en materia de tareas con

sus alumnos. Los obligaba a leer directamente los libros de poesía, de novela, de teatro, en vez de limitarlos al manejo de los manuales

Meses después, en los pasillos de la Facultad de Humanidades, fui presentado con él. Henríquez Ureña era a la sazón Profesor Suplente en Cátedras de Literatura Castellana, y concurría a tomar exámenes. No había conseguido elevarse a la categoría de Profesor titular porque existía una corriente adversa a él dentro del profesorado y de los estudiantes de Literatura en cursos superiores. Henríquez Ureña estaba catalogado como escritor "revolucionario," representante de corrientes filológicas renovadoras, y las autoridades de la Facultad, en aquellos años, preferían mantener los estudios en una línea conservadora, academista. El catedrático antagónico de Henríquez Ureña, dentro de la Facultad, era el poeta y erudito Arturo Marasso, que respondía plenamente a la línea oficial en esa materia. Conocí este tema por información que me dieron los compañeros míos, estudiantes de Humanidades, amigos y admiradores del sabio dominicano. Estos compañeros míos formaban precisamente un círculo de admiradores y seguidores del filósofo argentino Alejandro Korn, que por esos años se hallaba dictando sus últimos cursos de Historia de la Filosofía. Al círculo de Korn pertenecían el mexicano Alfonso Reyes, Embajador, y Henríquez Ureña.

Durante los seis años de mis estudios universitarios no tuve con Henríquez Ureña más que ocasionales charlas en la Facultad, pero simpatizó conmigo por mi condición de guatemalteco y por mis veleidades de escritor. En 1933 yo publiqué en Buenos Aires mi libro VIAJAR ES VIVIR, que mereció del maestro dominicano palabras de aplauso. Un año después, en 1934, en el mes de Abril, me fue encomendado el Discurso de Colocación de Grados, en nombre de todos los que nos titulábamos ese año. Henríquez Ureña lo supo y me pidió que le diera a conocer el texto antes de ser pronunciado: temía él que por mi condición de extranjero fuera yo a decir algo inoportuno para la mentabilidad de los argentinos. Listo ya el discurso, fui a Buenos Aires, invitado por Henríquez Ureña a su

domicilio, y allí conocí a su esposa mexicana y a un matrimonio español: el filólogo Amado Alonso y su esposa. Henríquez Ureña leyó pausadamente todo el largo discurso, me suprimió un giro literario que él consideraba en desuso y me devolvió el Discurso. Ese mismo día tenía yo que entregarlo, para ser revisado, al Presidente de la Universidad, Doctor Ricardo Levene, quien tampoco se quería exponer a una sorpresa. Henríquez Ureña me dijo: Levene no le va a aprobar esa frase que usted pone contra el imperialismo norteamericano; él no es político y más bien campea por los planos diplomáticos. Así fue, efectivamente

Me ausenté de la Argentina durante dos años, pero tuve que volver, autoemigrado, para ejercer la docencia en las Universidades plantenses y cuyanas. Nombrado yo para el cargo de Secretario de la Facultad de Humanidades en 1937, volví a encontrarme con su eminente compatriota. Su situación dentro del clima de la Facultad había mejorado. Ya no operaban las resistencias de 1928 y se le confiaban cursos dentro de su especialidad como filólogo y como historiador de la cultura hispanoamericana. Fue por esos años cuando el Presidente Trujillo lo mandó llamar para confiarle un alto cargo, algo así como Director General de Escuelas. Todo el mundo aplaudió la designación, seguros de que Henríquez Ureña haría obra fecunda en pro de la cultura en su Patria. Pero meses después, no recuerdo si diez o doce meses después, Henríquez Ureña volvía a Buenos Aires y a La Plata, a recuperar sus cátedras. “En mi país— nos dijo una vez, en rueda de amigos —nadie puede hacer nada si no es Presidente de la República. A los subalternos no nos toman en cuenta. Y prefiero seguir en mis cátedras.”

Terminada ya mi segunda época de permanencia en la Argentina e incorporado al torbellino de la política caribe, Henríquez Ureña siguió con simpatía mis pasos y nunca me faltaron sus mensajes de felicitación y de estímulo. Hasta que recibí, con la profunda pena imaginable, la noticia de su fallecimiento.

Nunca escribí artículos acerca de la personalidad y la obra intelectual de Henríquez Ureña. Militábamos en campos diferentes. El fue un sabio filólogo y crítico literario, historiador de las ideas durante la Colonia, investigador talentoso y perspicaz en materia idiomática. Yo era pedagogo y más tarde derivé en político. Conocí bien y admiré a aquel hombre insigne, que dio luces a los humanistas latinoamericanos y algunos lecciones a los filólogos españoles peninsulares, siguiendo en esto el ejemplo de Bello y de Cuervo. Mis limitaciones culturales en el ramo de la alta literatura me impidieron pensar siquiera en escribir algo sobre su persona. Pero dejo constancia en estas líneas de mi fervorosa admiración por su humildad dentro de su grandeza, por su vocación de estudioso de alto nivel y por su rectitud como hombre y como político.

Muy cordialmente:

Juan José Arévalo

GLORIA INDISCUTIBLE

Por Eduardo Arroyo Lameda

Venezolano.

La vasta erudición de Pedro Henríquez Ureña, su “erudición imaginativa,” como la ha calificado alguno de sus críticos, lejos de ser gélida aglomeración de datos y pormenores, nos ofrece el aspecto de armoniosa articulación. Y aunque suene raro, nos parece una erudición afectuosa. Como el insigne dominicano se distinguía por lo bondadoso y lo cordial, las realizaciones de su inteligencia, se impregnaban en cierto modo de cordialidad y bondades. Y acaso haber sido matemático, no sería de extrañar que las mismas virtudes se transparentasen en sus ecuaciones! Todo ello felizmente, sin perjudicar ni en lo mínimo la verdad de los hechos contemplados ni la sinceridad de las opiniones emitidas.

El afecto a España, la descubridora del Nuevo Mundo y la fuente de la civilización de nuestra América, resalta en todas las páginas de Henríquez, y consiguientemente, la devoción, el sentimiento fraternal respecto al conjunto de los países iberoamericanos. Como es natural, el culto al idioma español tenía que derivar también del prístino y elemental sentimiento.

Es obvio que el amor a su tierra natal, la República Dominicana, figura en primer término dentro del haz de tan nobles devociones.

Conviene advertir que en el espíritu del ilustre humanista las dilecciones mencionadas no implicaban de ninguna manera animadversión, ni menos odio, a otras estirpes o nacionalidades. En el verdadero humanista, y él lo era a carta cabal — no se dan tales pequeñeces. De igual modo, la España de su latría no guarda relación alguna con el espantajo de 1936, todavía en pié.

Quienes deséen apreciar la importancia intelectual, o mejor dicho, cultural, de la patria de Cervantes, sin necesidad de devorar innúmeros volúmenes, encontrarán muy aconsejable la lectura del pequeño libro de Henríquez titulado *Plenitud de España*.— A los hispanoamericanos, particularmente, les ayudará a valorar con más precisión y amplitud el patrimonio mental y espiritual heredado de la egregia nación europea. A los extranjeros les hará ver con más respeto que nunca la personalidad de uno de los pueblos creadores de la civilización occidental, calumniado como pocos después del prodigioso Descubrimiento. A los propios españoles, al mismo tiempo que les hará concentrar el orgullo de su oriundez, los inducirá a no descuidar, como lo han hecho últimamente, el deber de superarse.

Pasión de Henríquez fue la enseñanza de las Humanidades, habiendo ocupado cátedras honrosas en diferentes ciudades del norte y del sur del continente. En Harvard, en México, en Buenos Aires y La Plata. Según múltiples y valiosos testimonios, se desvivía por servir a sus alumnos. En el admirable ensayo que le consagra, Luis Alberto Sánchez nos relata al final de sus días. Cuando cumplidamente se dirigía a la Universidad de La Plata, falló su corazón, resentido en tanto ir y venir en ajetreos universitarios. “Tenía la mirada, la cabeza, y los brazos en alto— nos refiere Sánchez: colocando su maletín de trabajo en una de las redecillas del vagón consuetudinario: cayó como soldado; de certero disparo: el de la vida.”

En este particular humanística, su antecesor intelectual más prominente es sin duda Andrés Bello, afanado también en grado sumo por la unidad de nuestros países y por el cultivo del más poderoso vínculo entre ellos, que es el idioma. Además, el venezolano no subestimó jamás a España, como lo demostró en su juventud con el valiente soneto a la *Batalla de Bailén*, y posteriormente, con expresivas manifestaciones de admiración y cordial deferencia. En su prólogo a la famosa *Gramática Castellana*, dice sin embargo: “no tengo la pretensión de escribir para los castellanos. Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispano-América.” Equivocadamente, y con toda modestia, creía que nada podía él enseñar en materia de gramática a los creadores mismos de la lengua, pero que, en cambio, sí le era dable fortalecerla entre sus codescendientes.

Desde las páginas introductorias de “Plenitud de España,” Henríquez Ureña muestra su desasociado ante ciertos contrastes frecuentes en el siglo XX, “el siglo de la confusión,” según lo define, pues si por una parte se nos ofrece trabajos de investigación honrada, por otra se apiñan los “libros rapaces,” donde se altera la verdad. Para comprobar el doloroso hecho trae a colación la nacionalidad *escocesa* atribuida a Carlos Finlay, el cubano descubridor del agente trasmisor de la fiebre amarilla y prócer de la independencia de su isla.— por el autor de una drama representado tiempo atrás, en uno de los *países poderosos*. Con tal motivo, y en tono de quejumbre, afirmaba entonces: “Cada nacionalismo estaba seguro de la superioridad del propio país, porque sabía poco de los ajenos; el occidentalista estaba seguro de que la civilización de Occidente era la superior, o la única, porque sabía poco de las extrañas o no las entendía.” Así explicaba las menudas ofensas, las naderías irritantes, e indicaba el remedio: investigación, difusión de conocimientos, información imparcial y seria. “Plenitud de España,” y buen número de los sólidos trabajos, de los sabios estudios de Henríquez, obedecen a este propósito de instruir, de hacer saber con el fin de hacer amar.

Dentro del ya reconocido procerato intelectual de nuestra América, existe un grupo de hombres caracterizados por su generosidad mental, su adhesión a la historia común, su anhelo de perfeccionamiento de los pueblos respectivos, y su culto a las grandes personalidades criollas, que bien merecen la designación específica de *hispano-americanos ejemplares*. En esa pequeña constelación figuran Andrés Bello, Martí, Eugenio María de Hostos, Rodó y unos pocos más que habríamos de elegir muy cuidadosamente. A semejante cofradía se suma, así por su vida como por su obra, el dominicano Pedro Henríquez Ureña.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA (1884-1946)

Por Carmen Balzer

Argentina

Los argentinos que pertenecemos a las generaciones más recientes y que no hemos tenido el privilegio de conocer físicamente al gran americanista, filólogo, crítico y ensayista que fue Pedro Henríquez Ureña, plasmador de un importante momento de la cultura argentina, debemos contentarnos con la lectura de sus escritos, para vislumbrar a través de ellos los indicios de la persona viva, ahora desaparecida. Pero aún así disponemos de elementos forzosamente precarios en la reconstrucción de la figura del maestro, tal como, en inmediata y vívida presencia, solía prodigar con cada gesto, con cada palabra, los destellos inconfundibles de su espíritu. Esta fortuna le cayó en suerte a don Avelino Herrera Mayor a Jorge Luis Borges y tantos otros colegas, amigos y discípulos en tierra argentina.

A tres décadas de su deceso, recojo una anécdota cargada de esos misteriosos preanuncios que suelen abundar en los relatos borgianos y que el mismo Borges incluye en el prólogo a la edición de la "*Obra crítica*" de Pedro Henríquez Ureña, a fin

de partir de un asidero más concreto en el breve esbozo que haré de su personalidad y pensamiento. Rememora Borges un diálogo con el desaparecido americanista sobre el temor de una muerte súbita, en relación con una página de De Quincey, el estilista inglés del siglo XIX.— Pedro, tal como Henríquez Ureña se hacía llamar por sus amigos, replicó con la cita de un terceto de la Epístola Moral del mismo autor: “Sin latemplanza ¿viste tú perfecta/ alguna cosa? Oh muerte, ven callada/ Como sueles venir en la saeta! .” Pocos días después del singular encuentro, se produjo su muerte. Viajaba en tren para acudir a su cátedra en la universidad de La Plata. Si la muerte llegó subrepticia— y sorpresivamente, en confirmación de la cita de De Quincey, por otra parte, también lo hizo silenciosamente, con serenidad, con quietud contemplativa, tronchando una vida que reunía esas mismas cualidades de ponderación, prudencia y sosiego contemplativo, aun en medio de situaciones críticas. Es así que la manera de morir coincide a veces con el “modus vivendi,” y parecería ser el trasvase o la fiel imagen de la existencia. Creo que la muerte “en la saeta” que asaltó a nuestro célebre “humanista americano” sólo en parte habrá sido algo imprevisto; su víctima ya la había sentido o anunciado, mientras que algo o alguien — Borges prefiere usar la expresión “el otro” — la estaba preparando, haciéndola encajar perfectamente al final de una vida toda hecha de paciente labor intelectual, de callado meditar, de estudio de los clásicos españoles y de otras literaturas, así la inglesa y la francesa por ejemplo, de penetrante visión crítica, de ahondado análisis filológico.

Henríquez Ureña nos ha legado una de las pocas historias literarias de la América Hispánica que ofrece un panorama realmente lúcido y coherente de las distintas etapas que ha atravesado la creación literaria en el continente suramericano, desde su descubrimiento hasta promediar nuestro siglo. Las eminentes cualidades de prosista preciso y elegante, reflejadas en sus ensayos y libros, nos permiten transitar con soltura, más aun con placer, por todos los escalones de la evolución americana. En *“Las corrientes literarias en la América*

Hispánica," éstos se van perfilando muy nítidamente. Tanto cuando alude a la etapa del descubrimiento del "nuevo mundo," que encarna una idea clave en relación con el fondo y la forma de la expresión americana en las letras, como cuando destaca la importancia de la "nueva sociedad" (1492-1600) y el florecimiento del mundo colonial (1600-1800), o señala la necesaria conexión entre el despertar de la cultura autóctona y la declaración de la independencia intelectual (1800-1830), fenómeno que quedó tipificado en la gran oda de Andrés Bello, publicada en 1823, y luego cuando muestra cristalización en el romanticismo, ligado a una inevitable anarquía (1830-1890), y en el período de organización (1890-1920), para terminar, por fin, con los "problemas de hoy" (1920-1940), nunca deja de emplear figuras e imágenes sugerentes que en todo momento vivifican la exposición teórica, proveyéndola de colorido y animación. Las distintas corrientes además han sido ilustradas con el rigor que lo caracteriza, mediante hombres y obras literarias correspondientes a sus respectivos contextos nacionales: México, Sto. Domingo, Perú, Bolivia, Ecuador, Uruguay, Chile, Argentina. El paralelismo admirable que se da sobre todos ellos, no deja de ser por eso menos exacto, de manera que podría incluso hablarse de un "estructuralismo" de la evolución literaria en América hispánica según su delineamiento en la obra de Henríquez Ureña. Sin duda que tales corrientes literarias hispanoamericanas se amoldan a las pautas universales de los movimientos artísticos o escuelas mundiales, por más que evidencien un inevitable desfase con respecto a éstas, pero simultáneamente aflora en ellas lo típico, que se desprende del ambiente y del medio. La originalidad reside ciertamente en la posibilidad de reflejar un mundo hecho para la libertad, para la iniciativa y para la canción; en resumidas cuentas, en el "espíritu juvenil" de lo americano, renacido a lo largo de cada una de las etapas, frente a la vejez y hasta la vetustez del mundo europeo.

"En *"Seis ensayos en busca de nuestra expresión,"* incluídos en su *"Obra crítica,"* que reúne varios trabajos de investigación, ha sido definida muy claramente la expresión

americanista en literatura, o por lo menos aquello que nuestro autor entiende por tal, es decir, no tanto una realización cabal, sino más bien una tendencia hacia ella, sensibilizada por la imagen tan rica en resonancias analógicas de la "inmortal utopía." Los movimientos literarios que sucesivamente tratan de dar cauce a dicha expresión americana, se suceden por reacción frente a los anteriores ya anquilosados o perimidos, ésta también regla universal en la historia del arte, sin dejar por eso de recibir el cuño de insurrección o revolución propio de nuestras tierras australes. Así es que, de manera característicamente americana, "la generación qu escandalizó al vulgo bajo el modesto nombre de modernista se alza contra la pereza romántica y se impone severas y delicadas disciplinas." En efecto, por más positivo que haya sido el romanticismo americano, en la valoración crítica de Henríquez Ureña, ya que "absorbió ávidamente agua de todos los ríos nativos: la naturaleza, la vida del campo, sedentaria o nómada, la tradición indígena; los recuerdos de la época colonial; las hazañas de los libertadores; la agitación política del momento. . .", duró a su entender mucho, demasiado, pues como "pretexto de inspiración y espontaneidad protegió la cabeza, ahogó muchos gérmenes que espera nutrir...."

El romanticismo linda, por otra parte, peligrosamente con lo caótico, lo anárquico, y por eso exige, en última instancia, retomar la medida clásica. En estos asertos percibimos los ecos humanistas de Andrés Bello, traductor de Horacio y de Plauto, "explorador adelantado de las selvas todavía vírgenes de la literatura medieval," y al mismo tiempo maestro egregio de nuestro americanista dominicano.

En esencia, ¿cuál sería entonces la nota distintiva de la expresión hispano americana?, mejor dicho, ¿cuáles las fórmulas del americanismo? Por de pronto, en primer lugar, "la naturaleza," y esto de tal manera que la literatura descriptiva habrá de ser — de acuerdo con el pensamiento del autor — la voz del Nuevo Mundo." En segundo puesto, estaría la fórmula del primitivo habitante, pues el indio fue y es un recurso muy usado por la literatura americana. Tercero, tras el indio, el criollo. Es

efectivamente indudable que “no existe país donde la existencia criolla no inspire cuadros de color peculiar” sigue sosteniendo Henríquez Ureña en su “primer ensayo en busca de nuestra expresión.” No obstante, entre todos los países americanos, le asigna un lugar preeminente a la Argentina, por cuanto difícilmente es superable en la producción de figuras “gauchescas”: verbigracia, “los dos copudos árboles, resistentes como ombués,” que son — ¡valga la enjundia de la metáfora! — Facundo y Martín Fierro y, ya en menor escala, Santos Vega y don Segundo Sombra.

Semejante caudal americano concentra la energía nativa de los pueblos de nuestro hemisferio sur que pide ser acuñado en la forma amonedada perfecta, pura y clara de la lengua. El espíritu sólo podrá alcanzar dicha “pureza de expresión” si “baja hasta la raíz de las cosas que quiera decir.” En consecuencia, la regla de oro que nuestro preclaro ensayista propone a la expresión americana es la de afinar, definir el “dictum,” en vistas de la perfección del lenguaje.

“El descontento y la promesa,” trabajo, en nuestra opinión fundamental para comprender el sentido de una expresión esencialmente americana según Henríquez Ureña, culmina con una visión profética de lo que son nuestras letras americanas actuales, amenazadas por los peligros de la sociedad de consumo: el actualismo y la ausencia de verdadero ocio, entendido en función de la reposada meditación y contemplación, que es la fragua insoslayable de todo auténtico quehacer artístico. O el arte y la literatura mantienen su antigua misión trascendental, y entonces “expresan los anhelos profundos, el ansia de eternidad, del utópico y siempre renovado sueño de la vida perfecta, o se reduce a un puro juego, a una pura diversión y ésta por más que sea diversión inteligente, pirotécnica del ingenio, acabará en el hastío; he aquí la alternativa ineludible por la cual se manifiesta ya sin ambages el ideal humanista y contemplativo de Pedro Henríquez Ureña,

y que aún hoy, en 1976, a cincuenta años de distancia del 1926 de este ensayo, escrito en Buenos Aires, es el único camino de salvación para nuestro arte contemporáneo, sea plástico o literario, por cuanto éste necesariamente debe recuperar la dimensión trascendente y humana que le es congénita.

DON PEDRO HENRIQUEZ UREÑA EN EL PROFESORADO

Por Aida Amelia Barbagelata

Argentina.

Orgullo del Instituto Nacional Superior del Profesorado Joaquín V. González de la ciudad de Buenos Aires, Argentina, es haber tenido y tener, en su cuerpo docente, a personalidades notables de la docencia y la investigación. En las primeras cuatro décadas de vida del Instituto — fundado el 16 de diciembre de 1904— la proporción de esas figuras fue alta y una personalidad descollante la del dominicano Pedro Henríquez Ureña, abogado egresado de la Universidad Nacional de México en 1914, Master of Arts (profesor en letras) de la Universidad de Minnesota, Minneapolis, Estados Unidos, en 1917. Doctor en Filosofía y Letras (Ph. D.) en 1918 de la misma Universidad, según consta de su puño y letra en las fichas que guardamos en el archivo del Instituto.

El 12 de mayo de 1925 se lo nombró profesor de Literatura Argentina y Americana en esta casa de estudios superiores, de suerte que explicó la materia a la primera promoción de graduados que siguió, aproximadamente, el actual plan de estudios del Departamento de Castellano, Literatura y Latín: catorce muchachas que habían comenzado su carrera en 1922.

Quien está escribiendo esta nota, actual Rectora del Instituto, pertenece a la promoción que se graduó en 1932. Me permito, pues, escribir en nombre de las ocho alumnas que la formamos, una de las cuales ya no existe; pero nuestra opinión y nuestros sentimientos acerca de Pedro Henríquez Ureña fueron y son unánimes.

Don Pedro fue por primera vez nuestro profesor en 1930, al ejercer la suplencia de la cátedra de Literatura de la Europa Septentrional. Anunció que nos explicaría el teatro inglés de la época de la reina Isabel de Inglaterra, y nos dió temas de estudio individuales para que abarcáramos en panorama la evolución del teatro de lengua inglesa hasta la época contemporánea. La dificultad mayor que enfrentaba el doctor Henríquez Ureña era la falta de conocimiento cabal, por parte de nosotras, de la lengua en que esas obras habían sido creadas. Mi recuerdo más punzante de sus clases en la proeza de amor y saber con que trataba de hacernos vislumbrar, a través de las traducciones, el tejido sutil y centelleante de la lengua poética shakespereana. Un año después, en 1931, desarrollaba para nosotras el contenido del programa de Literatura argentina y americana. Aquí nos movíamos con naturalidad en el ámbito común de la lengua materna con las singularidades regionales. El eje, diría yo, de la enseñanza fue el que puede descubrir el lector de sus *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (Buenos Aires, 1928); lo valioso e inolvidable que recibimos de él fue el instalarnos sucesivamente en cada uno de los hogares literarios latinoamericanos con la calidez de quien se halla en casa propia.

Nosotros sentíamos que el doctor H.U. era un auténtico panamericano que, en cualquiera de nuestras repúblicas, compartía el pan y la sal de sus hombres y mujeres cultivados. Su amor por la civilización y su deseo de que la energía nativa permitiera a las poblaciones americanas acceder a la mesa común de una entidad colectiva de cultura era algo palpable en él, en su enseñanza desde la cátedra y en la conversación fuera de ella. Así, nos pareció natural que se alejara de nosotros para desempeñar la Superintendencia de Educación en su Santo Domingo natal, a fines del 1931.

Fue breve su ausencia: el 11 de septiembre de 1933 tomó de nuevo posesión de sus horas de Literatura argentina y americana en las que se desempeñó hasta la hora de su muerte.

Quiero cerrar esta nota con el recuerdo de la sencilla despedida que le hicimos un atardecer en nuestra aula de clase, la misma aula que ocupaban por la mañana y por la tarde temprano muchachos del Colegio Nacional Bartolomé Mitre. El rector del Instituto nos había autorizado a tender sobre tres caballetes una mesa que sustituyó al breve pupitre, arrinconado. Cuando don Pedro entró al aula y halló una mesa pulcramente cubierta con fino mantel bordado por las manos de la madre de una de nosotras, su alegre sorpresa se expresó en el deseo de compartir la improvisada despedida con su amigo Amado Alonso —que nos enseñaba gramática histórica— y con las esposas respectivas, jóvenes de más o menos nuestra edad, según nos dijo. Por supuesto funcionó el teléfono y vinieron desde el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires su Director, y desde las respectivas casas la bella mejicana y la dulce inglesa a quienes nos encantó conocer.

Mientras aguardábamos a los tres invitados nos habíamos estrechado alrededor del doctor P.H.U., pendientes de sus labios bondadosos y sabios que nos iban descubriendo sus proyectos de educador volcado ahora hacia la isla natal; en ese momento lo vimos como hijo de dos valiosos educadores dominicanos, el médico Francisco Henríquez y Carvajal, llamado a presidir la República de Santo Domingo en 1916, y Salomé Ureña cuyo poema *Sombras* incluyó el hijo en su antología *Cien de las mejores poesías castellanas*.

Nunca olvidaremos los alumnos del doctor P.H.U. su hablar sobrio y elegante que traducía, preciso, el pensamiento acendrado desde la infancia en el estudio serio y permanente de libros hombres, naturaleza, historia— —del universo y de su América intensamente amada—. Siempre conservaremos en la

memoria la sonrisa de su mirada aprobatoria de nuestros más inocentes hallazgos. No teníamos ni tenemos dudas de que el hilo conductor de su crear fue que “no hay secreto de la expresión sino uno: trabajarla hondamente, esforzarse en hacerla pura, bajando hasta la raíz de las cosas que queremos decir; afirmar, definir, con ansia de perfección.”

**"LA GRATITUD ARGENTINA AL
PERINCLITO MAESTRO"**

Por José Barcia
Argentino

A mí me interesa subrayar a propósito de Pedro Henríquez Ureña un hecho singular en el proceso cultural argentino, no diré único pero, sí, insólito: el del recuerdo inextinguible de su alta significación como maestro y la gratitud invariable que se le guarda precisamente por eso, por haberlo sido en nuestro provecho. Hay que conocer los entresijos de mi país para advertir que semejante comprobación corresponde a la de un fenómeno extraño, porque aquí tenemos una memoria muy débil —o no la tenemos a secas— para la historia de las cosas más íntimamente ligadas con el espíritu y, en cambio, la peripecia política, y nada digo del deporte, casi nunca ingresan en la región del olvido.

La de Henríquez Ureña es una presencia permanente, inmarchitable en los medios intelectuales y docentes de Buenos Aires, La Plata y otras ciudades en las cuales la cultura se abriga en algunos centros seguros. Acaba de ratificársela, a través de muchas manifestaciones expresivas, cuando en el pasado mes de mayo se cumplieron 30 años de su llorada muerte en las circunstancias que, tantas veces, fueron consideradas como

propias del signo dramático al que se adscribió, a menudo, su vida de trabajador sin tregua, su destino de hombre impulsado a la lucha constante para subsistir en un medio de escaso rendimiento material, puesto que la enseñanza —y más aún la literatura— es parca en pecunia para sus practicantes.

Quizá lo que está faltando en la Argentina para un mayor conocimiento del ilustre autor de *“Las corrientes literarias en la América hispánica”*, especialmente en lo que atañe a las generaciones jóvenes de estudiosos, es una edición completa de sus obras, no sólo de sus libros sino, también, de sus artículos y ensayos desperdigados en diversas publicaciones. Es muy difícil, en esta época, hallar los textos de Henríquez Ureña, salvo que se acuda a las bibliotecas —a algunas bibliotecas, no a todas—, porque han desaparecido de las librerías, como no podía ser de otro modo. Además de constituir un homenaje de justicia estricta, la iniciativa sugerida permitiría volver a tomar contacto activo con el pensamiento, con las ideas, con el estilo, con la profundidad de análisis de este disciplinante estupendo de las letras y de la crítica, entendida ésta como una tarea de formación y aquellas como una labor pura de creación.

No me resisto a transcribir algunas de las muchas hermosas palabras que escribió Ernesto Sábato, que fue alumno suyo en el Colegio Nacional de La Plata y ahora erigido en novelista de prestigio continental: “yo estaba en primer año (del ciclo secundario), cuando supimos que tendríamos como profesor a un “mexicano”. Así fue anunciado y así lo consideramos durante un tiempo. Entró aquel hombre silencioso, y aristócrata en cada uno de sus gestos, que con palabra mesurada imponía una secreta autoridad. A veces he pensado, quizá injustamente, qué despilfarro constituyó tener a semejante maestro para unos chiquilines inconscientes como nosotros. Arrieta (Rafael Alberto) recuerda con dolor la reticencia y la mezquindad con que varios de sus colegas recibieron al profesor dominicano. Esa reticencia y esa mezquindad que inevitablemente manifiestan los mediocres ante un ser de jerarquía, acompañó durante toda la vida a Henríquez Ureña, hasta el punto de que jamás llegó a ser profesor titular de

ninguna de las facultades de letras. Lo trataron tan mal como si hubiese sido argentino. Lo que constituyó una suerte de demostración por el absurdo de que los países latinoamericanos, como siempre lo mantuvo don Pedro, efectivamente formamos, una sola y única patria.”

Muchas páginas, unas henchidas de hondo reconocimiento y otras exultantes de admiración a sus méritos, se llevan escritas en mi país sobre Pedro Henríquez Ureña. He aquí lo que refleja, entonces, el verdadero sentimiento argentino con respecto al gran humanista que fue una de las figuras de más lúcida conciencia de América. Lo señalo con especial cuidado porque en la Argentina, infortunadamente, no hay excesiva tendencia a mirar hacia atrás para medir lo que otros han realizado para ayudar al parto feliz del futuro.

Los recientes preparativos de lo que podría ser el nuevo centroamericano han dirigido la mirada al Norte donde se alzó la Columna. Hasta hubo un libro de 280 y medio páginas que el territorio total estuvo sujeta a México, formando parte del Imperio de Carlos II. Con la situación se establecieron relaciones más directas, que subsisten y se han acrecentado en los últimos tiempos y que han sido aprovechadas, en todo lo que por los nombres de estudio, pues los tradicionales centros universitarios de la América del Sur (Bogotá, Lima, Buenos Aires) están demasiado lejos y a todos nos es más asequible, más fácil, la proximidad de la cultura mexicana.

(1) Centroamérica se independizó de España con la firma del Acta de Independencia el 15 de septiembre de 1821. El 5 de enero de 1822 entró en el Imperio de México pero en junio de 1823, se independizó de México convirtiéndose en Provincias Unidas del Centro de América.

HENRIQUEZ UREÑA EN CENTROAMERICA

Por Alfonso Enrique Barrientos

Guatemalteco

I

Los pueblos pequeños de lo que podría ser la nación centroamericana han dirigido la mirada al Norte desde los albores de la Colonia. Hasta hubo un lapso de año y medio en que el territorio total estuvo anexado a México, formando parte del Imperio de Iturbide (I). Con la anexión se establecieron relaciones más directas, que subsisten y se han acrecentado en los últimos tiempos y que han sido aprovechadas, en todo lapso por los hombres de estudio, pues los tradicionales centros culturales de la América del Sur (Bogotá, Lima, Buenos Aires) están demasiado lejos y a todos nos es más asequible, más fácil, la proximidad de la cultura mexicana.

(1) Centroamerica se independiza de españa con la firma del Acta de independencia el 15 de septiembre de 1821. El 5 de enero de 1822 se anexa al imperio de México pero en junio de 1823, se independiza de Mexico constituyendo las Provincias Unidas del Centro de America.

Así —por esa proximidad— se explica que hayan sido dos humanistas, uno mexicano por los cuatro costados: Alfonso Reyes, y el otro mexicano por adopción espiritual, Rafael Heliodoro Valle, quienes hayan proyectado la sombra querida e inimitable del maestro Pedro Henríquez Ureña, a las patrias centroamericanas. El maestro dominicano no tuvo tiempo de sentar su planta de peregrino —bajo la cual brotaba la sabiduría— en ninguno de los territorios de la fragmentada Centro América. Pero, a cambio de su presencia física, nos ha llegado y ha sentado su realeza entre nosotros, su benéfica corriente espiritual. Y talvez haya sido mejor así; pues la presencia del genio desdibuja sus contornos.

Por otra parte a Sócrates no lo tuvimos en estos jardines naturales e indómitos. ¡Ah, pero cuán elocuente ha sido su doctrina, sobre todo para quienes nos solazamos con la lectura de *La República*, si no en griego, por lo menos en las doctas traducciones de don Patricio Azcárate o del doctor Antonio Gómez Robledo. Y del mismo modo que los diálogos platónicos, talvez con mayor efusión espiritual por la cercanía, continuamos leyendo y consultando la doctrina americanista del maestro dominicano, plasmada en obras como *La Cultura y las Letras Coloniales en Santo Domingo*, edición de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1936; *Historia de la Cultura en la América Hispánica*, edición del Fondo de Cultura Económica (Colección Tierra firme), México, 1947; *Las corrientes Literarias en la América Hispánica*, edición del Fondo de Cultura Económica, México, 1969. Amén de los libros que recientemente se han editado en Santo Domingo y que reúnen títulos como: *De mi patria*, publicaciones de la Secretaría de Educación, República Dominicana, 1974; *El Español en Santo Domingo*, Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, edición "Taller," Santo Domingo, 1975. Y numerosos opúsculos y ensayos sueltos, publicados en revistas y periódicos de distintos países hispanoamericanos. A la asequibilidad de estos documentos hay que añadir, los títulos de "las Cien Obras Maestras" de la

Literatura y del Pensamiento Universal" (2), publicadas por la Editorial Losada, bajo la dirección de Pedro Henríquez Ureña, cuyos estudios prologales les fueron encomendados al gran humanista dominicano, habiéndonos el legado del tesoro de su erudición literaria en esos (estudios profundos.)

II

Entre nosotros lo americano se inició líricamente desde la Colonia. El sabio Valle, José Cecilio, prócer del movimiento independentista de España, solía decir: 'La América será desde hoy mi ocupación exclusiva. América de día cuando escriba, América de noche cuando piense. El estudio más digno de un americano es América.' (3).

Pero frase tan honda no logró penetrar en el espíritu de los estudiosos, talvez en contadas excepciones; los más se quedaron conformes con la investigación del coto propio. No fue sino hasta pasados muchos años, cuando se ha venido despertando en Centroamérica la curiosidad por "lo americano." y se han establecido en nuestras universidades las cátedras de cultura continental que ya por 1940 andaba dictando en Harvard el maestro Henríquez Ureña.

Esos estudios e investigaciones habían sido reforzados en México, según el decir de Alfonso Reyes, con la presencia del humanista dominicano. Se usaba y se abusaba —dice Alfonso Reyes— de su incansable solicitud. Y esto era su mayor júbilo ¡Quién lo vió cargando verdaderas torres de libros, cruzar la ciudad para auxiliar al compañero en apuros de información! O llamando a altas horas de la noche a la puerta de algún amigo —sin miedo de perturbar su sueño o con sencillo o fiero repudio de las convenciones sociales— para comunicarle al instante, el

(2) Con parecido título "Las Cien Obras Maestras de la Literatura Universal" el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, empezó la publicación de ese trabajo en 1926, dejándolo inconcluso, ya que acaeció su deceso el 29 de noviembre de 1927.

(3) "Valle Apóstol de América" por Eliseo Pérez Cadalso, imprenta Bulnes Comayagüela D. C., Honduras, 1954.

hallazgo que acababa de hacer en las páginas de algún trágico griego, de un "lakista" inglés, de un renacentista español...."

Y Rafael Heliodoro Valle que le tuvo siempre como un maestro de la Americanidad, él que fue también, durante su vida, uno de sus émulos; solía ilustrar la cátedra de Cultura Hispanoamericana, de la Universidad Nacional Autónoma de México, con la narración de anécdotas del sabio antillano. Contaba como ejemplo de la erudición de Henríquez Ureña, aquella visita que hizo el maestro, al Museo del Louvre. Y después de muchas horas de recorrido, al lado de unos guías franceses, se detuvo viendo el conjunto y dijo: "¡Todo está en orden!"

Y Pedro Guillén en sus horas de estudio para justificar ante sus compañeros de promoción consistorial, el hecho de levantarse muy temprano a leer a los clásicos, solía apoyarse en el ejemplo de la pareja Alfonso Reyes-Henríquez Ureña, quienes a deshoras de la madrugada ya estaban con el oído pegado a la música de los versos de Safo, por no decir a la prosa de Mecenas.

En homenaje sencillo que viene a sumarse como gota de agua a los torrentes de comprensión —de parte de su tierra querida—; después de su muerte, en donde se hacen justipreciaciones de su personalidad y de su obra y se reeditan sus libros; yo deseo reproducir aquí las líneas tituladas "Los Prosistas del Modernismo," inspiradas en aquellas entusiastas actitudes del maestro cuando hablaba de los poetas modernistas..

Efectivamente, en su libro "*Las Corrientes Literarias en la América Hispánica*" dice, "El nuevo movimiento alcanzó ahora a todos los países, al norte y al sur del Ecuador, entre 1896 y 1960, su centro estuvo al sur, en Buenos Aires y Montevideo. En los dos grupos antes y después de 1896, predominaron en número los poetas, pero el movimiento afectó por igual a la prosa y a la poesía. Varios de los poetas, además de Martí, fueron también excelentes prosistas; Gutiérrez Nájera, Darío, Lugones, Valencia, Blanco Fombona, Urbina y Nervo. Larreta, Rodó, Reyes, Quiroga, Sanín Cano y Díaz Rodríguez, han escrito sólo o principalmente en prosa...."

En este trabajo que al ser publicado en libro aparecerá con dedicatoria al maestro, he venido diciendo: "Objetiva y metafóricamente definimos la prosa como una llanura de palabras. Ello, acaso para diferenciarla del verso, al que vemos como una torre de palabras. Más allá de lo externo, la prosa se diferencia del verso, en los elementos que la componen. La prosa puede llevar en el correr de su sangre un ritmo sostenido, interminable a veces... "Ritmo Progresivo." El verso es acesante, agitado. cuando es clásico, el lector espera la consonante o asonante de la rima, para continuarlo. Cuando es moderno sigue el cauce de la idea. Su ritmo es "regresivo." En el verso impera la síntesis. En la prosa impera el análisis.

Ocurre que al hablar del modernismo, ha de hablarse de "prosa" y de "verso." Hemos estudiado ya a lo largo de toda América a los poetas —los literatos que escriben en verso— nos queda por estudiar a los hombres de letras que escriben en prosa, y son muchos. Sin embargo hubo poetas, los hay, en el período modernista que escribieron paralelamente prosa y verso, aunque derraman con igual o semejante intensidad, en ambas formas, la esencia de la poesía.

En el panorama de nuestra América es difícil determinar el límite entre los prosistas neoclásicos, románticos y modernistas. En España es más fácil. Allá con sólo observar la obra de Juan Valera (1824-1905); de Leopoldo Alas "Clarín" (1852-1901); de Unamuno (1844-1936), de Ramón del Valle Inclán (1870-1936); de don Pío Baroja (1872-1966); de José Martínez Ruíz "Azorín" (1873-1968); de Gabriel Miró (1879-1930); de Juan Ramón Jiménez (1881-1958); de Eugenio D'Ors (1882-1954); de Ramón Gómez de la Serna (1888-1963); y de algún otro, ya tenemos suficientes elementos de la prosa modernista.

Con todo, para cumplir con los fines didácticos de este estudio, diremos que América ofrece, desde el período colonial y aún antes, la mágica atracción, el ambiente, la atmósfera clara que estimula la creación literaria. Hay un trasfondo de

resonancias clásicas entre los grandes prosistas americanos. Andrés Bello, en Venezuela (1781-1865); José Cecilio del Valle, en Honduras (1780-1834); (José Antonio) de Irisarri, en Guatemala (1786-1868); Domingo Faustino Sarmiento, en Argentina (1811-1898); Francisco Eugenio de Santa Cruz Espejo, en Ecuador (1747-1795); hasta llegar a Juan Montalvo, también en Ecuador (1832-1889); el paso fugaz del Romanticismo arroba el fino espíritu de Ricardo Palma, en el Perú (1833-1919); para desembocar en la generación de escritores de transición entre el neoromanticismo y el modernismo.

Ya en 1888, año en que culmina el Modernismo en nuestra América, prosa y poesía van a la par. Ocurre que buen número de poetas modernistas escriben en prosa y en verso, entre ellos, José Martí (1853-1895); Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), José Asunción Silva (1865-1896); Rubén Darío (1867-1916); el epígono del Modernismo es un gran prosista; Amado Nervo (1870-1919); Rafael Arévalo Martínez (1884-1975); Rafael Heliodoro Valle (1891-1959). Sin embargo hay buen número de escritores que no escribieron en verso, sólo en prosa, los cuales se expresan en el nuevo estilo, es decir con entera libertad en los temas y en la forma; con nuevos ritmos y musicalidades en la frase, nacidos precisamente de la distribución de los acentos en la forma, pero de determinado aliento, ritmo, y música internos. La prosa de los modernistas es distinta a la de los períodos larguísimos y ampulosos de los escritores españoles inmediatamente anteriores a este movimiento americano. Los modernistas recrean la sugestión de los sentidos, a través de lenguaje escrito.

El modernismo, empero, no abarcó todos los géneros de la literatura general. Hemos visto ya que su culminación fue definitivamente en la poesía; pero alcanzó la novela y el teatro, sin embargo en cuanto a la prosa se refiere, creó un nuevo género llevándolo a su máximo desarrollo: la crónica literaria. Puede asegurarse que la crónica, que alcanza su culminación con Enrique Gómez Carrillo (en América 1873-1927), es un producto del Modernismo. Pero también esta escuela le dió un

giro nuevo el ensayo, aclimatándolo, como hizo José Enrique Rodó (1871-1917); a las condiciones de la sensibilidad americana. El Modernismo también abarcó el género del cuento, pudiéndose afirmar que, a partir de este movimiento literario, el escritor hispanoamericano se ha caracterizado por su preferencia en los géneros breves: el cuento, la crónica y el ensayo. Sólo pasado el modernismo y ya los literatos en posesión plena de la conciencia americana, se deciden a trasladar a la novela, la epopeya de la raza, la epopeya de la conquista, la de la colonización y la epopeya de su destino.

Hasta hoy la crítica literaria ha señalado a los autores siguientes como a los que representan en diversos géneros literarios al movimiento Modernista en la prosa: Justo Sierra (1848-1912); José Martí (1853-1895); Luis Bona Foux (1855-1925); Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895); José María Vargas Vila (1861-1933); José Asunción Silva (1865-1896); Rubén Darío (1867-1916); Amado Nervo (1870-1919); José Enrique Rodó (1871-1917); Santiago Argüello (1872-1942); Enrique Gómez Carrillo (1873-1927); Leopoldo Lugones (1875-1908); Florencio Sánchez (1875-1910); Horacio Quiroga (1878-1937); Alberto Gerchunoff (1883-1950); Rafael Arévalo Martínez (1884-1975); Ventura García Calderón (1887-1959); Rafael Heliodoro Valle (1891-1959); y Medardo Angel Silva (1899-1920)

Se notará que hemos citado el sector de la crítica que habla solamente de los prosistas hispanoamericanos, la que no excluye el criterio de que al mismo tiempo en que en América se desarrollaba el Modernismo en la prosa, en España se conformaba la generación del 1898, con la cual el movimiento americano está íntimamente ligado. “Los hombres del 98 y los modernistas americanos —dice el prologista de un tomo antológico de “Prosa moderna en lengua española” editado por la Universidad de Puerto Rico, —consiguieron dar al acervo de la lengua española, un cierto temple de precisión y labrar una orfebrería capaz de distanciar para siempre los modos de

escribir característicos del Siglo XIX, de los modos actuales. De una u otra forma, todos los escritores siguientes, continúan hasta hoy mismo, escribiendo, en sus trazos generales, a la manera de aquel dúplice equipo...”

DON PEDRO EN EL RECUERDO

Por Damián Bayón

Argentino

Hay personas que nos marcan para siempre. Eso suele ocurrir al menos con algunos de nuestros maestros en la impresionable edad de la adolescencia o la de la primera juventud. Muchas veces esas personas — que luego consideramos casi mágicas por la influencia que han tenido en nosotros— aparecen en nuestra vida de manera fortuita, al azar de un programa de estudios, generalmente. Yo estoy muy orgulloso de que mi caso con Pedro Henríquez Ureña no haya sido así, al menos no del todo así.

Hubo, en efecto, un elemento fortuito pero también y sobre todo mucho de mi tesón de convertirme en discípulo “honorario” de semejante maestro. Me explico. Una útil institución, el *Colegio Libre de Estudios Superiores*, operaba ya en Buenos Aires allá por los años 30. En salas modestas y por precios mínimos cualquier particular, sin ninguna prueba de capacitación, podía seguir cuantos cursos quisiera. Cursos dictados por eminentes especialistas argentinos —como Angel J. Battistessa— que eran los más, aunque había también los de los extranjeros radicados, como el filólogo español Amado Alonso o el humanista dominicano Pedro Henríquez Ureña.

En los cursos de estos tres profesores — amén de otros— estaba yo entonces inscrito a los dieciseis o diecisiete años. A pesar de ser entonces un estudiante dedicado del más difícil bachillerato argentino de aquellos tiempos (el del *Colegio Nacional de Buenos Aires*), encontraba yo tiempo — junto con algunos compañeros igualmente inquietos — para seguir aquellas lecciones magistrales. Tenían ellas lugar, en general, entre seis y siete de la tarde de los días de semana, hora en que profesores, funcionarios, empleados y estudiantes están ya liberados de sus tareas cotidianas. Era en Buenos Aires la hora en que los “exquisitos” iban -o íbamos- a los conciertos del *Teatro Colón*, que siempre ha sido lugar de alta música.

En el *Colegio Libre*, con el optimismo por el saber característico de los jóvenes, pasábamos de Claudel (Battistessa) a Neruda (Alonso) cuando no a los poemas homéricos (precisamente con Henríquez Ureña). Constituíamos en verdad un grupo de impenitentes fanáticos de la cultura. Un cínico ha dicho que “quien no es pedante a los diecisiete años no será nunca nada en la vida,” y a pesar de que yo ignoraba entonces el dicho me da hoy la impresión de que cumplía al pie de la letra con sus dictados. El grueso del público de aquellas memorables reuniones — pobre mesa, pobres sillas, pobres bombillas eléctricas suspendidas casi desnudas sobre nuestras cabezas — estaba constituido por personas mayores, por “viejos” como posiblemente pensábamos nosotros en nuestra desvergonzada juventud (desvergonzada por lo segura de sí misma). Y esos mismos viejos, me consta ahora, nos miraban con simpatía porque parecíamos interesados profundamente en lo que oíamos, tomando notas y discutiendo entre nosotros. Y quizá también porque teníamos el inconfundible sello de la clase media, esa vilipendiada clase que por siglo y medio lo ha hecho prácticamente todo en la Argentina.

Ahora que me pongo a reflexionar sobre el caso, recuerdo perfectamente el episodio que generó una serie de carambolas que me iban a llevar directamente al conocimiento personal — y no sólo distante y respetuoso— de Don Pedro. Una señora muy elegante que entonces nos parecía muy mayor (pero que no

debía tener más de unos cuarenta años, y hablo de 1936 o 37) nos tenía fascinados entre otra gente más gregaria y más gris, porque llevaba un gran sombrero "saturnal" de ala ancha y terciopelo negro que subrayaba su pelo prematura y coquetamente blanco. La rúbrica de semejante retrato a la manera de Van Dongen, lo constituían un par de gruesas perlas en el lóbulo de las orejas. Hablaba la "dama del sombrero" muy bien, con gran seguridad y aplomo que le daba su voz de registro grave (nuestra voz oía dentro de la caja de resonancia del cráneo nos da confianza en lo que decimos o, a veces, nos la quita completamente). ¿Qué decía esa voz? Cosas inteligentes, informadas, al día. Le era permitido a este ser mitológico aproximarse sin ceremonia al estrado, tutear a la eminencia que nos había dado la conferencia de turno, invitarlo a comer a su casa, o criticarlo con ironía no exenta de buenos modales.

Todas esas actitudes nos estaban prohibidas, por edad, por sexo y por pertenecer precisamente a esa clase media de la que acabo de hacer el elogio. Sí, está muy bien ser un burguesito bien vestido, limpio, con cara de inteligente y un mínimo de buena educación. Pero aun hay que hacerse perdonar la clase, el ignoto apellido, los orígenes que no se remontan ni a ocho ni a seis ni siquiera a cuatro generaciones de argentinos "en la tierra." En una palabra cuando uno no lleva alguno de esos nombres que salen en los libros de historia o que uno escribe como nombre de calle en los sobres de las cartas. Los hijos de ricos y de intelectuales — esos ricos del espíritu, a veces "nuevos ricos" — no saben que hace cuarenta años en Buenos Aires había un aprendizaje social que hacer, un proceso de adaptación al medio, un rito de iniciación que aunque generalmente se terminara bien — nadie con talento quedaba excluido — constituía un "paso" que los más orgullosos no sabíamos bien cómo dar.

Un día — por ese afán de hacerse ver que tienen, por suerte, los jóvenes — yo pregunté, a gritos y como casualmente, quién era uno de los personajes históricos de los que nos acababan de hablar en un curso de literatura española antigua. Cuál no sería mi sorpresa al ver que la propia señora del

sombrero negro me dirigía la palabra y con suprema desenvoltura y voz engolada afirmaba: “Era el hijo.” A renglón seguido, presentándonos a un muchacho como de trece o catorce años, proseguía: “Y este es mi hijo, y quiero que lo conozca y que se hagan amigos...” como era yo precisamente el privilegiado interlocutor de la desconocida me apresuré a presentarme, a lo cual ella respondió declinando su propia identidad. Era nada menos que Nieves Gonnet de Rinaldini, casada con el entonces influyente crítico de arte Julio Rinaldini. Su hijo que, efectivamente, llegó a ser amigo del grupo y co-fundador conmigo de la revista *Cuadernos de Bitácora* (bautizada así por Alfonso Reyes, a la sazón embajador mexicano en la Argentina) era el futuro médico Luis María Rinaldini Gonnet.

Pero estamos todavía en la destartalada sala que alquilaba el *Colegio Libre*. Ibamos saliendo y ya la Sra. de Rinaldini — ahora al fin tenía nombre — me estaba invitando el próximo sábado y me comunicaba una dirección y un teléfono que yo debía anotar en el cuaderno — en uno de sus diferentes avatares — que siempre me acompaña. Era una invitación pero era también una orden, lo comprendí enseguida. Y por suerte que fue así, porque dada mi natural timidez si esa amable señora no insistía, entonces posiblemente yo no hubiera sido nunca “como la familia” y, de modo indirecto, tampoco de la de Don Pedro.

Los Rinaldini tenía unas famosas reuniones nocturnas que Baldomero Fernández Moreno inmortalizó en un largo poema titulado, precisamente, “La tertulia de los viernes.” A esa tertulia asistí yo pocas veces. Primero porque era de noche y nosotros, aun entonces, teníamos clase los sábados. Segundo, porque aunque yo poseía ya la llave de la puerta de calle como muchacho serio,¹ con sentido de la responsabilidad, no era fácil hacerles comprender a mis padres “chapados a la antigua” que yo iba a una reunión de intelectuales, cuando para la familia apenas si era un jovencuelo de colegio secundario. Así fue como me perdí algunas extraordinarias reuniones con Federico García Lorca, a quien me contentaba con admirar cuando aparecía

entre bamblinas y en *over-all* a saludar después de los aplausos de *Bodas de Sangre*. Paciencia, no se puede tener todo en el mundo y desde un principio.

Don Pedro fomentaba, más informalmente, otro tipo de encuentros en su casa los domingos por la tarde, cuando la "gente" va al fútbol o juegan a la canasta, Mis compañeros y yo habíamos pasado esos domingos hasta entonces poniéndonos al día con los "deberes" atrasados o intentando el *bridge* que parecía, al menos, un juego "intelectual." Por eso cuando poco después, identificándome ya como Fulano de Tal, Don Pedro me empezó a invitar a su casa, no pude resistir a la tentación de codearme con escritores y esas gentes maravillosas que parecían saberlo todo, haber estado en todas partes del mundo, conociendo a las personalidades que yo sólo admiraba desde lejos.

Don Pedro, pues, un día que ya no recuerdo me debió invitar a su casa por primera vez, con esa sonrisa bondadosa que le obligaba a entrecerrar los ojos como si no quisiera dar miedo al interlocutor inhibido que debía ser yo entonces. Fue allí, en un amplio, luminoso departamento porteño: paredes blancas, muebles de caoba, pocos cuadros, muchos libros, donde conocí muy joven aun y gracias a él, a la verdadera flor y nata de la cultura — de cierta cultura, más de la calle Florida que de la calle Boedo — que actuaba entonces en el Buenos Aires anterior a la guerra civil española. Aparte del dueño de casa y de los ya mencionados Battistessa y Alonso, pronto iban a aparecer Jorge Luis Borges, Enrique Anderson Imbert y otras personas mayores e importantes que "oficiaban" las ceremonias en las que nosotros, los jóvenes, no éramos sino los solícitos y deslumbrados acólitos.

Habían entre nosotros muchos hijos de intelectuales. Las hijas de Henríquez Ureña — Natacha y Sonia — estaban representadas en un dibujo que les había hecho Norah Borges, la hermana del escritor y la mujer del crítico español, Guillermo de Torre. Otro día descubría yo, embelesado, que las *Canciones para Natacha*, de la uruguaya Juana de Ibarboron estaban precisamente inspiradas por la hija mayor de Don Pedro. Todo

parecía mágico: se iba a la biblioteca y se topaba uno con una preciosa foto en sepia de un hombre buen mozo, engominado..... que no era otro que el ya difunto Ricardo Güiraldes. No sólo eso: la foto estaba dedicada con letra elegante y una leyenda ingeniosa. Abria uno un libro sobre la mesa, y aparecía una dedicatoria de Borges a Don Pedro, dedicatoria que no sólo no he olvidado nunca sino que he copiado descaradamente dando, eso sí, siempre el *copyright* a su legítimo inventor: “A Pedro Henríquez Ureña, con admiración, con respeto, con miedo,” todo escrito con las patitas de mosca del cegatón Borges. Sus renglones se iban invariablemente para abajo, que es lo que los grafólogos dictaminan como síntoma de pesimismo o de estado depresivo. Borges anda ya por los setentaisiete años — lo acabo de ver en Austin, Texas —y sin embargo, y aun hoy no da muestras de esa peligrosa inclinación a lo negativo característica de nuestra época.

Decía que había hijos de intelectuales, sí: Lugones, Aguirre, Castro, Baliero, Conzález Garaño, todos ellos constituían una especie de “aristocracia” lo bastante despreocupada como para aceptarnos a nosotros los meramente burgueses sin ningún rasgo de discriminación. Presidía de manera lejana e invisible — *como deus ex machina* — la dueña de la casa: Isabel Lombardo Toledano, mexicana vestida de oscuro que nos fascinaba por su acento, expresado en voz baja, dulce, y la atención que prestaba a lo que decíamos como si nosotros, los desconocidos, fuéramos de algún modo “importantes.” Nos impresionaba también — de manera más práctica e inmediata — por las excelentes meriendas que mandaba preparar y en las que todo nos parecía delicioso. Tomábamos ese té o ese café ritual acompañados de algún dulce en el comedor ovalado — habitación de esquina — en donde lucían unos raros objetos mexicanos y la vajilla de reluciente plata. Presididos desde las paredes — ¡oh suprema satisfacción para el esteta en agraz! — por un espléndido cuadro de Pedro Figari todo en tonos pastel, y un presioso óleo de Diego Rivera que representaba a un niño

con flequillo vestido de marinero escribiendo aplicadamente en su cuadernito.

Eran memorables aquellas veladas. Se aparecía uno como a las tres o las cuatro de la tarde — yo siempre el más puntual — y había que llegar así, temprano, si se quería tener derecho a la sesión “juvenil” especial que Don Pedro nos dedicaba a las visitas y a sus propias hijas cuando ya estuvieron en edad de frecuentar la tertulia. Más tarde llegaban los “célebres” para la hora del té y ya la reunión se ponía irremediablemente más mundana. A mí en particular me gustaba más la primera parte íntima porque en ella, a veces, Don Pedro nos leía con su voz pausada algún texto famoso que paladeaba con deleite: por ejemplo algún diálogo de Platón (puesto que él mismo sostenía había que ir pronto y directamente a las fuentes y sin pasar por demasiados intermediarios). El problema para él debía consistir — pienso yo ahora — en encontrar grandes pensadores que fueran, al mismo tiempo accesibles para mentes jóvenes no acabadas aun de formar. Recuerdo que, precisamente así les perdí el miedo no sólo a Platón sino más modernamente a Bergson, Unamuno, Ortega y Gasset, este último de gran influencia en mí en el sentido de hacerme adorar para siempre la claridad, la inteligencia, la imaginación.

Me jacto de haber sido siempre en esas reuniones un buen preguntón, yo diría casi que un preguntón ideal. Y si preguntaba yo tanto — en mi mayéutica improvisada — no era tanto por aclarar un punto (que a veces ya comprendía) sino por el placer de obligar a mi sabio interlocutor del momento a profundizar sus propias ideas, a ser más explícito aun sobre algún punto complejo. En ocasiones sin embargo debo reconocer que me salió el tiro por la culata, sobre todo cuando quien respondía era un hombre brillante — pero pronto de genio, como buen español — tal como en el caso de Amado Alonso.

Don Pedro, en cambio, era paciente y nos trataba como a enfermos graves: es decir con toda clase de miramientos. A preguntas levemente tontas gustaba contestar con enigmas inteligentes. Por ejemplo si yo le descerrajaba: “¿A Ud. quién le

parece el más gran poeta de todos los tiempos?" Henríquez Ureña iba a contestar sibilinamente y después de un relámpago de reflexión: "El primero..." y dejaba los puntos suspensivos tan suspendidos que hasta se podían ver en el aire. Descorazonado porque creía que no me entendía volvía yo a la carga: "Sí, eso quiero decir ¿quién es el primero?" "y él insistía cada vez más divertido: "Bueno, ese que le digo: el primero..." Entonces yo que al fin entendía la broma, que era al mismo tiempo la verdad (*su verdad* de ese momento) retomaba el hilo, incrédulo y con miedo de equivocarme decía: "¿Homero...?"; y él respondía plácido, lento, como el gato jugando con el ratón, entrecerrando los ojos que para mí habían leído todos los libros en todos los idiomas: "Es lo que digo: ¿el mejor? . el primero..."

De esas dialécticas tanto como de la información directa aprendíamos mucho. Estaban a la sazón Amado Alonso y él mismo abocados a una tarea grandiosa: el mapa de los regionalismos en toda América. Entonces veíamos, con la cosecha de cada semana, cómo aquellos sabios no desdeñaban nuestra colaboración, ni la última moda en la manera de hablar de los porteños. Uno se sentía casi un héroe — *homérico*, para no desdecir — si ponía cátedra ante los filólogos para puntualizar que en ciertas partes de la provincia de Buenos Aires decían "recordarse" por "despertarse a media noche," o que en esa misma región "camote" era más frecuente que "batata," o que en fin "medirse" era lo que en la Capital decíamos "probarse," cuando uno iba al sastre o a la modista. Esas pequeñeces producían gran felicidad en los sabios y, sobre todo, suprimían distancia, edad, solemnidad entre profesores y jóvenes tan jóvenes que ni siquiera podíamos ser sus alumnos universitarios.

Cuando empezaron a aparecer las hijas de Don Pedro en nuestras reuniones, yo me asombré de que aquellas niñas delgadas y tímidas de pelo renegrado, hijas de una mexicana y un dominicano, se llamaran respectivamente Natacha y Sonia. Don Pedro explicaba el hecho sin pedantería diciendo: "Un día Ud. leerá *La guerra y la paz*, y comprenderá por qué." O sea que

no nos humillaba, no nos avergonzaba de su propio saber aprovechándose de nuestra ignorancia. Fue él quien primero me habló de Elie Faure, ese extrañísimo médico militar francés que había escrito ya su maravillosa *Historia del Arte* en cinco volúmenes, libro que tanta influencia iba a tener en mi futura irresistible vocación. Me contaba que lo había conocido personalmente en Francia, cómo era su trato. Y al filo de la conversación aparecían por ejemplo el filósofo Alain, y como no podía fallar, lo que Paul Valéry había escrito sobre temas estéticos. Poco a poco se iba a formar en mi mente — indestructiblemente — la idea de que la cultura es *una*, y que sólo vamos viendo o estudiando distintas fases de un mismo planeta.

En otras ocasiones, en vez de sugerirme libros “formativos” o de discusión filosófica, me hablaba más concretamente de obras especializadas: *La Cultura del Renacimiento en Italia*, de Jacob Burckhardt, o el entonces para mí misterioso *The Italian Painters of the Renaissance*, de Bernhard Berenson, que seguía siendo el origen de todas las meditaciones sobre el tema. Muchos de esos libros estaban aun sin traducir, en francés, en inglés, en italiano, y Don Pedro siempre estaba dispuesto a prestarnos su propio ejemplar anotado. Ortega y Gasset había hecho mucho en la década precedente sobre todo con los libros alemanes: el mismo Don Pedro iba a contribuir a que la editorial Losada, de Buenos Aires, que lo contaba entre sus consejeros, siguiera esa obra indispensable de difusión. A Burckhardt, por ejemplo, yo ya lo leí en castellano. Aunque recuerdo muy bien que tuve que luchar con Elie Faure o con Berenson en francés y en inglés respectivamente.

Tantos años después y haciendo el balance de mi relación con el hombre excepcional, creo que podría llegar más o menos a esta conclusión: el saber es de todos, el que lo posee debe distribuirlo a manos llenas, quien no lo tiene aun debe recibirlo con modestia, con sencillez como en agua de lluvia que él mismo tendrá a su vez que repartir cuando le llegue el turno. Es una comunión que no termina y que se eterniza de maestro a discípulo, no sólo en la cátedra, sino en la vida. Y esa comunión

debe darse y recibirse sin pedantería porque en realidad y desde la noche de los siglos *la humanidad está pensando, está tratando de sentir cada vez más y mejor.*

Quizá mi tradicional sincero respeto por cualquier interlocutor — a veces hasta para quien se me opone ferozmente — me vengan del buen ejemplo del Don Pedro, a quien nunca vi furioso, insultante, agresivo, despectivo, malintencionado. La ironía serena, la sonrisa, la comprensión de todo eran sus armas. Lo habían herido mucho en la vida y él se replegó con su joven familia a un país como la Argentina que nunca le fue hostil (aunque tampoco nunca encontró en él cargos a la altura de sus merecimientos, sobre todo cargos públicos). Pero allí hizo su hogar, allí nació una de sus hijas y allí iba a morir un día aciago repentinamente.

Yo no soy filólogo. Fui poeta desconocido y ahora soy historiador y crítico de arte. Pues bien, mi primer libro de poemas *Encuentro en un espejo*, está obviamente, dedicado sin prosopopeya de ningún género — como él me había enseñado — a Pedro Henríquez Ureña. Lo cuento para que se vea hasta que punto, cinco años después de su muerte, yo no podía pensar en nadie, presente o ausente, a quien confiarle mi voz primera que a él, que había visto mis primeros pasos literarios y los había aprobado con su infaltable buen ánimo.

Descontando lo que con él aprendí de ciencia, de sensibilidad creo, sin embargo, que el rasgo suyo que más me iba a influir en el futuro fue su tolerancia. Me dió al mismo tiempo confianza en mí mismo, nadie es tan tonto que no pueda sentir bien o no tenga, al menos, una buena idea. Y hay que trabajar con ella, a partir de ella para realizar todo el edificio de la construcción sensible o intelectual. A pesar de mi juventud y de mi inexperiencia, Don Pedro me trató siempre como a un ser humano: me oía, contestaba a mis preguntas inacabables como las de los niños, y hasta — suprema satisfacción para un muchachito — a veces, hasta me consultaba.

Quien me conoce sabe que, por definición, soy amigo de los jóvenes. Y debo decir que ese sentimiento tiene que ser contagioso porque reconozco que me lo retribuyen con creces.

Nunca que yo recuerde — y la ingratitud de algunos no me envenena — he dejado de tener tiempo para animar a un escritor, a un artista que ha venido a mí en busca de buen consejo o simplemente de estímulo. Y este don de la “buena palabra” que es quizá el mejor rasgo de mi carácter — estoy seguro de debérselo como alto ejemplo a mi admirado Don Pedro. Este fuego vivo lo guardo en mí para transmitirlo a los jóvenes que hoy, como siempre, me rodean y con quienes, sin duda, vivo mejor y más espontáneamente que con mis propios contemporáneos.

Por Luis... ..

...

No puedo recordar mi primera visita a la casa de Don Pedro. Ojalá se me hubiera olvidado igualmente algo de lo que me enseñó y fundado sobre mi prudencia, mi humildad, mi atención, mi condición de maestro al mismo tiempo, mi forma de enseñar, mi englobar en su enseñanza, el rango de sus discípulos, el lugar que fuera de ella, pero para cualquier consulta...

Los en siempre leyendo y leyendo y leyendo, y leyendo y leyendo y subrayar y leer...

... No fui su alumno, pero me dedicó su libro... un extenso, que pinta de cuerpo entero su nobleza y su amor humano, su ponderosa accesibilidad y su ruidosa...

... Estaba sentado, con el filo del mediodía en Buenos Aires. Salía yo de una librería que ocupaba en la calle A una cuando, casi a boca de jarro, veo al maestro salir de la Editorial Losada, en la misma calle, empeso en la que dirige una impecable colección...

... Los comentarios me llevó a abordarlos, tal vez con la juvenil desproporción de quien no respeta demasiado la importancia del tiempo, pero en realidad, con el anhelo...

UN DÍA CON DON PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Por León Benarós

Argentino

No pocos señalaban mi parecido físico con el maestro. ¡Ojalá se me hubiera alcanzado igualmente algo de su caudaloso y fundado saber, su prudencia, su humildad, su auténtica condición de maestro al modo socrático, humano, vivo, sin engoladuras ni solemnidad, amigo de sus discípulos en el aula y fuera de ella, listo para cualquier consulta!

Lo veo siempre leyendo. Lápiz en mano, como dispuesto a subrayar o corregir.

No fui su alumno, pero me dedicó un día singular e intenso, que pinta de cuerpo entero su nobilísima condición humana, su bondadosa accesibilidad para con los jóvenes.

Era una mañana, casi al filo del mediodía, en Buenos Aires. Salía yo de una habitación que ocupaba en la calle Alsina cuando, casi a boca de jarro veo al maestro salir, a su vez, de la Editorial Losada, en la misma calle, empresa en la que dirigía una importante colección.

Una corazonada me llevó a abordarlo, tal vez con la juvenil despreocupación de quien no respeta demasiado la importancia del tiempo ajeno, pero, en realidad, con el anhelo

de sentir el contacto humano de un hombre cuya serena sabiduría admiraba.

—Maestro— le dije mientras caminábamos los dos y sin detener el paso— hace tiempo que admiro su obra, y me gustaría cambiar algunas palabras con usted.

Le dí mi nombre, me aceptó naturalmente a su lado y terminó invitándome a un ligero almuerzo, para continuar la charla.

Entramos a una “cabaña” o bar lácteo de la Avenida de Mayo. Pidió un vaso de leche con copos de maíz inflado, disculpándose de la frugalidad, por ciertas molestias gástricas que invocó. Lo acompañé con algo igualmente frugal, porque se me ocurrió ofensivo pedir plato más fuerte.

(Sufría de una úlcera, de la cual, con particular humor, pero sin maldad, Fernández Moreno “el viejo” —poeta de su amistad— decía que “La cuidaba como un dije”).

La charla continuó sobre temas literarios, por supuesto. Se iba apaciguando el rumor del mediodía en el bar lácteo, y éramos ya unos pocos comensales los que restábamos en la “cabaña.”

— ¿Quiere venir a mi casa, así continuamos la charla? — me propuso.

Acepté encantado.

Poco después estábamos en su departamento de la calle Ayacucho. Recuerdo vagamente una mecedora y las paredes tapizadas de libros.

La charla versó sobre cronistas de Indias, sobre flora americana —particularmente la de Santo Domingo—, sobre clásicos de la literatura española. Para todo tenía respuestas asombrosamente concisas y fundadas. Ni aún se le escapaban las designaciones en latín de la flora aborígen de muchos lugares de América, así sea el *ananás*, al que los cronistas llamaron “piña,” como cualquier otra planta típica del Nuevo Mundo.

La conversación incidió, en un momento determinado, acerca de las “mozas monteras,” bravíos ejemplares femeninos que abordaban al hombre en las sendas intrincadas y riscales, y a modo de bandoleras, los despojaban y aún mataban, sin

mengua de que se dejasen hacer el amor.

Le recordé que aún en la poesía del marqués de Santillana, Don Íñigo López de Mendoza, podía rastrearse la presencia de tan singulares damas.

Se mostró dubitativo, pero se levantó de su mecedora y fue, con seguridad de experto, a un anaquel de su biblioteca, del que retiró un ejemplar de las obras completas del marqués de la famosa "vaquera de la Finojosa," pulcramente impreso en una sobria edición de Nueva York.

Luego de una breve lectura, confirmó mi aserto.

Mi curiosidad echó un rápido vistazo a sus anaqueles, y, con la emoción del caso, comprobé en uno de los estantes, la presencia de mi primer libro de poemas, *El rostro inmarcesible* (1944). Una rápida recapitulación mental me llevó a explicar la agradable sorpresa: Henríquez Ureña había sido jurado conjuntamente con Jorge Luis Borges, Ricardo Baeza, Ezequiel Martínez Estrada, Angel J. Battistessa, Fernández Moreno, Victoria Ocampo y otros, en el "Club del Libro," que eligió mi poemario, recomendándolo entre todos los originales publicados en la Argentina en noviembre del 1944, oportunidad en que, deslumbrado, compartí el galardón con obras tan ilustres como *Los siete pilares de la sabiduría*, de Lawrence.

Atardecía cuando nos despedimos. Dijo palabras halagadoras sobre mí, que no es del caso repetir, y me invitó a prologar y anotar una obra de Sarmiento, para el *Fondo de Cultura Económica*, editorial en la que proyectaba dirigir una ambiciosa colección hispanoamericana, lo que llegó a concretar. Con la muerte del maestro, la tarea quedó huérfana de su dirección, pero no se interrumpió.

Tal es la historia de un día prácticamente entero, que un maestro generoso y cordial dedicó a un desconocido lector, que lo abordó por la calle.

Así era "Don Pedro" de bondadoso y llano. No poco de su extraordinario saber quedó en la palabra dicha, que, infortunadamente, el viento lleva. Si no puede decirse de él que, como Sócrates, enseñó mucho pero no escribió nada, de ninguna manera —por más que algún Platón rescate lo que Pedro

Henríquez Ureña prodigó en clases memorables — su cuantiosa labor de suscitador y maestro quedará completada en el texto escrito, ni alcanzará dar una idea del inmenso bien que su magisterio significó para las juventudes de América.

EL MAGISTERIO DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Por Alberto Blasi Brambilea

Argentino

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA fue uno de los últimos grandes ejemplos del humanismo americano de raíz europea. Un humanismo que no se agota en la consideración enciclopedista, sino que llega a nosotros, con vigorosa vigencia, proclamando la necesidad de un hombre nuevo para el continente. En el que se congreguen, al mismo tiempo, las cualidades del especialista, y la docencia genérica del hombre del "quattrocentto." De aquel ubicuo sabio renacentista que poseía los conocimientos totales de la Humanidad, como descendiente de los filósofos griegos a través del camino del trivio y el cuadrivio medioevales. Una especie de conocedor contemporáneo de cuanto es conocido.

Henríquez Ureña pudo realizar esa síntesis admirable del panorama total de la cultura y ofrecer su testimonio docente. Ello ocurrió por múltiples razones. Una de las más visibles, es por la ambientación propicia que le dio su nacimiento.

Pedro Henríquez Ureña, maestro humanista, es, ante todo, maestro. Posiblemente los argentinos tengamos el privilegio de poder verlo así, ya que en nuestro país enseñó, en su alta madurez, hasta morir el mismo día en que se encaminaba

a su cátedra de Literatura, en la ciudad de La Plata. Muchas veces al mes, muchos de nosotros efectuamos, desde largos años atrás, el mismo viaje que él realizara durante casi dos décadas, llegando a la otrora apacible ciudad bonaerense de los tilos y los naranjos. Cruzando con el tren por sobre un arroyuelo en el que una réplica de la Venus de Milo nos prepara -ardua paradoja- para enfrentarnos con el mundo de las verdades trascendentes heredado de la antigüedad clásica, sobre el paisaje cotidiano y folklórico de nuestro propio mundo.

Quienes vivimos tal paisaje, podemos comprender las grandes inspiraciones que lo acometían, como si en un raptó apasionado descubriese grandes verdades. Y la felicidad de la comunicación con sus alumnos que entonces asaltaba su verbo. Pedro Henríquez Ureña poesía la intuición metodológica que caracteriza al maestro de verdad. Una especie de don gratuito, mediante el cual se aprende y se enseña al mismo tiempo.

“No basta vivir para la educación” —dijo a Alfonso Reyes, en una página memorable, recordatoria de su memorable amigo —*Hay que sufrir por la educación.*”

Dejando de lado la imagen trópica de considerar su muerte como una ofrenda sufrida por la educación, cabe afirmar que Pedro Henríquez Ureña se mantuvo continuamente preocupado por el hecho de enseñar. Y lo primero que tuvo ante sí, como educador de fina percepción, fue el mundo de los valores trascendentes que estructuran cualquier sistema de pensamiento y cualquier módulo educativo.

La axiología —como estudio de los ejes fundamentales— es el centro de rotación en torno del cuál se van formando universos girantes, microcosmos que abarcan una mayor intensidad. El primero de los cuales se crea a sí mismo durante los años de la infancia, que es cuando nace y se hace el maestro. Como el artista.

El hogar, dijimos. En él encontró una doble ambientación que —una vez más lo tornó similar a los helenos, en el siempre soñado ideal de *la paideia*.

Dos vertientes fundadoras lo cobijaron en la infancia. Por parte materna, las artes. Por lado paterno, la civilidad. Madre poeta y padre político, le brindaron, a él y a sus hermanos, una firme vocación de las realidades profundas del ser, avizoradas a través de la intuición creadora; y por la dignidad del ciudadano, sin la cual aquella no puede realizarse.

Henríquez Ureña conservó el culto por la patria hasta los últimos tiempos de su vida, y expresado en las últimas manifestaciones. Pero detengámonos ahora en la cátedra poética que le brindaron madre y hogar, porque de allí sacó la costumbre (¿qué otra cosa, si no?) de vivir para lo sublime.

Ya doña Salomé Ureña, la madre, lo advirtiera desde temprano. Y dejó constancia de ello en los versos titulados *Mi Pedro*, que obtuvieron celebridad a través de la fama del hijo ilustre;

Así es mi Pedro: generoso y bueno,
Todo lo grande le merece culto:
entre el ruido del mundo irá sereno,
que lleva de virtud germen oculto.

Quando sacude su infantil cabeza
el pensamiento que le infunde brío;
estalla en bendiciones mi terneza,
y digo al porvenir: ¡te lo confío!

Esa confianza materna debió transmitirse, como por un invisible cordón umbilical, al hijo. Su magisterio adolescente, fue claro. En la casa de sus mayores, comenzó a reunir un ateneo juvenil, en cuanto sus años se le permitieron y sus estudios le brindaron el necesario panorama clásico. Y después, junto —o, mejor dicho, contemporáneamente— a sus hermanos, “editó” un periódico hogareño, de un solo ejemplar, en el que se transcribían poemas y composiciones adolescentes brindadas en los claustros de la academia mencionada, críticas a los mismos, líneas de divulgación de grandes hechos y grandes escritores, y modelos que eran verdaderas clases, verdaderas

docencias en las que se reflejaba el anhelo de plasmar una imagen americana, en la que pudieran mirarse todos los hombres del continente.

Es que ese problema de los *arquetipos*, fue fundamental para Pedro Henríquez Ureña, y para esos hermanos compañeros de sus andanzas intelectuales en los primeros años de su realización como escritor.

Los primeros poemas del ilustre dominicano, fueron de corte modernista. Si bien su formación fue esencialmente la del analista que desbroza los distintos estadios del pensamiento para obtener los ejes fundamentales que lo rigen, heredó del modernismo americano esa necesidad imperiosa de observar las formas impetuosas en la poesía. Y de descubrir, a través de ellas, los perfiles de hombres y arquetipos americanos.

"Hace falta poner en circulación tablas de valores; nombres centrales y libros de lectura indispensable," afirmó en junio de 1925, en un artículo publicado en el sexto número de la revista *"Valoraciones,"* de la ciudad de La Plata. Una vez más la Argentina brindó al maestro el ambiente necesario para pensar con justeza los términos de sus meditaciones.

Si lo analizamos con detenimiento, esas *tablas de valores* preconizadas por Henríquez Ureña, contienen toda una declaración de principios educativos básicos para el hombre americano.

Pero hubo otras búsquedas en el magisterio moderno y modernista de Pedro Henríquez Ureña. Por ejemplo, la del color. Como casi todos los hombres que se expresan en el negro y blanco de la letra impresa, su preocupación juvenil se vió primero empingorotada de colores.

Los colores tienen siempre un aura de infancia. Recuerden esas cromatías que llaman la atención en los días primeros. Reminiscencias de las mismas, resultó un ensayo sobre la forma de transmitir los conocimientos plásticos a los alumnos de las escuelas primarias.

¿Qué adoctrinaba nuestro maestro en ese estudio? Pues que existe una simetría intelectual, así como hay una simetría plástica, o geométrica. Y que el desarrollo de los recursos

cromáticos, tiene un ritmo similar al adelanto intelectual del hombre.

Una doctrina digna de un educador americano. De esta tierra que nunca dejará de vivir en su vocación primitiva de selva irredenta. Aunque más no sea en las imágenes que sus poetas le traen, que sus sabios y escritores le imaginan. Así la entrevió el maestro dominicano.

Una enseñanza resurrectora de todo lo que el continente tenía por pripio. A veces, podría realiarse mediante el calco fiel de los modelos vivos. Pero otras, no. Entonces habría que apelar a ese poderoso instinto nacional que permite adivinar los trazos y las formas. Y al analizar la enseñanza del dibujo en México, nos brinda este resumen, que resulta fertilísimo por contener, en sus pocas palabras, toda una síntesis metodológicas de esa disciplina: *"El ideal nacionalista invade ahora, en México, todos los campos. Citaré el ejemplo más claro: la enseñanza del dibujo se ha convertido en cosa puramente mexicana. En vez de la mecánica copia de modelos triviales, Adolfo Best, pintor e investigador "Penetrante y sutil como una espada," ha creado y difundido un novísimo sistema que consiste en dar al niño, cuando comienza a dibujar, solamente los siete elementos lineales de las artes mexicanas indígenas y populares (la línea recta, la quebrada, el círculo, el semicírculo, la ondulosa, la ese, la espiral) y decirle que los emplee a la manera mexicana, es decir, según reglas derivadas, también, de las artes de México; así, no cruzar nunca dos líneas, sino cuando la cosa representada requiere, de modo inevitable, el cruce."*

Con esa sencillez cristalina, alentó a las nuevas generaciones a su liberacion, concebida por él, como un urgente encuentro con las raíces y los módulos del ser nacionales.

El 27 de septiembre de 1936, Pedro Henríquez Ureña escribía, en el suplemento literario del diario *"La Nación"* de Buenos Aires, una frase que resume la necesidad de la revolución modernista americana, refractada, naturalmente, a todos los planos de la realidad: *"Nuestra América se expresará plenamente en formas modernas, cuando haya entre nosotros densidad de cultura moderna."*

Ese es el mensaje de un maestro. Para que las juventudes de América sepan que sólo mediante una desvelada entrega a la creación, al estudio y al trabajo —no otra cosa es la cultura, sino una respuesta total a los problemas del hombre— podrá lograrse esa redención, que, como nueva decisión estructural, requiere nuestro continente...

Y para una búsqueda de la libertad, en la que, como un nuevo evangelio apropiado a nuestra forma de vivir, sólo la verdad nos hará libres.

Buenos Aires, República Argentina

1976

RECUERDO PARA PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Por María Angélica Bosco

Argentina

Hace muchos años, supongo que suman más de cuarenta, yo entonces estudiante secundaria con una definida aspiración por conocer-desde la platea-a las figuras importantes de la literatura nacional y mundial (las oportunidades de admirar personalmente a éstas últimas eran muchos menos frecuentes) asistí a una mesa redonda en un lugar de cuyo nombre no es que no quiera acordarme sino que no me acuerdo. Entre los participantes estaba Pedro Henríquez Ureña. El tema: La literatura latino americana.

Fue el último orador de la tarde. He olvidado rotros y palabras pero no he olvidado su aplomo. Empezó por referirse a su juventud, hecho probable aunque prescindible ante la belleza y claridad de la exposición. ¿Acaso orgullo de su edad menor? No lo creo. Lo que yo rescataba del discurso, y seguramente no sólo yo, llegaba hasta mí como una advertencia: la madurez del pensamiento no exige caras adustas ni frases solemnes. Sólo reclama claridad conceptual.

Estoy convencida de que si el tiempo material me hubiera dado otra oportunidad de escuchar a Pedro Henríquez Ureña, mi impresión sería la misma. Tal vez él no podría ya referirse a su juventud en los años, pero sus oyentes sentirían la misma sensación admirada ante la vitalidad de la idea, que poco tiene que ver con lo temporal. A treinta años de su muerte, Henríquez Ureña desafia al olvido, como entonces, hace cuarenta años, desafiaba al reloj con la madurez de su idea. El Tiempo, él lo ha demostrado, es una medida válida para el hombre común, aunque carece de fuerza para el pensamiento excepcional.

LOS SIGNOS Y LA PALABRA

Por Rumualdo Brughetti

Argentino

En homenaje a Pedro Henríquez Ureña, una anécdota retorna ahora a mi memoria. Siendo yo alumno del Colegio Nacional de La Plata, allá por el año treinta, nos reuníamos un grupo de estudiantes en un café cercano de la estación del ferrocarril de mi ciudad. Por supuesto, solía concurrir a veces, como un regalo del cielo, D. Pedro Henríquez Ureña. La tarde de la anécdota, llevaba yo bajo el brazo el libro que un amigo venía de publicar. Con su distintiva gentileza, D. Pedro me pidió el pequeño volumen, que puse de inmediato en sus manos. Recuerdo que nosotros, con extrema urgencia juvenil de respuestas, nos abalanzábamos a preguntas acerca de tal o cual asunto literario; D. Pedro contestaba a todos con el conocimiento y la serenidad de quien ha caminado leguas y leguas. Pero, entretanto, iba leyendo el prólogo del libro de mi amigo y, con su lapicera, sin dejar de hablar o escuchar como era su costumbre, iba anotando aquí, allá en ese texto, una coma, un punto y coma, dos puntos, un punto, y así en las dos o tres páginas liminares. Cuando nos

levantamos, ya D. Pedro, urgido por el horario del tren que lo llevaría de regreso a Buenos Aires, me entregó el libro con una sonrisa, y yo vi los pequeños signos que allí había puesto de su mano.

Sólo al cabo de años volví a aquel libro y a aquellos signos, y de pronto comprendí que más allá de la puntuación correcta señalada, existía una raíz más profunda. Vi en esos signos, justos, precisos, sin el más o el menos, una constante del pensar y del vivir. Se me apareció con su presencia y figura, nítidamente el hombre que ama la palabra engarzada en la frase necesaria, con su ritmo natural y propio, esa respiración que da consistencia y vuelo a un escrito, con sus períodos, cadencias, modulaciones. Y comprendí que en esos signos del lenguaje por él dispuestos estaba todo un sistema de vida, una sabiduría no puramente gramatical o retórica, la existencia de un ser que ve el mundo en la medida exacta de una armonía, armonía que él anhelaba para nuestra literatura, para nuestra cultura, para nuestra comunidad americana, sin arbitrariedades, ni apresuramientos, ni violencias; virtudes dignas del singular humanista que D. Pedro Henríquez Ureña fue y será siempre con su socrática jerarquía de maestro.

Por estas razones y otras entre líneas, pienso que Pedro Henríquez Ureña amante de la palabra y cultor riguroso de la misma, está presente en LA PALABRA, en estos breves poemas que le dedico y que él acaso acoja con una sonrisa como en aquel instante inolvidable del libro de mi amigo.

¡Ah, la palabra,
la palabra,
libre de los profanadores
de la palabra,
como los ágiles peces de los ríos
o los pájaros de luz de los cielos
o el vino que colma del vaso
su vacío
en la claridad y el misterio
de la palabra!

¡Ah, la palabra, la palabra
en su rueda que fluye
como el agua y el viento:
de Heráclito, el río que no vuelve,
de Pitágoras, el eterno ciclo que no cesa,
de filósofos y poetas, la ilusoria sirena
del armónico futuro
en el sonido musical del instante,
en la noche sin fin
de la garganta del tiempo!

1913

1913

Qui no va dicte per dicte, a l'obra de l'art
Henriquez Ureña perquè a l'obra no s'ha de fer quan s'acaba
l'aportem que de haberme "muerto" en un aqua esto "no" me
deberia hacer memoria para nos, dar a nosotros de "revenir" los
años que esperaba a despartar en el mundo de los años
único título ante los ojos era ser "amalgamado" de dos
amigos ayca nos, José Bianco y el otro, que ya no puede
rendirle homenaje, pues murió hace veinte años, Ricardo Barco.

Corría el año 43 si mal no recuerdo. Los argentinos
apasionados por las letras, en sus sentencias me "veían" como
ocurrió desde entonces. La guerra de España había llegado en
nuestras playas a María de Maraca. Ricardo Barco, a "El Financiero"
Gaceta, la columna de "permanente" especial de ese año
con Unamuno. Nos velamos mucho, nos reuníamos
descartamos hierarquías "terrestres". Pero como la mayoría de
los argentinos y yo quizá más que otros, desconfiaba de mi
gramática. Por fortuna había un árbitro a quien acudir Pedro
Henriquez Ureña. Ello sabía todo, yo lo consideraba, creo que
con razón, como a una "edición" valiente del Diccionario de la
Real Academia Española. Su opinión era inapelable, sus
comentarios inolvidables.

RECUERDO

Por Silvina Bullrich

Argentina

Casi no me siento con derecho a hablar de Pedro Henríquez Ureña porque yo era muy joven cuando lo conocí y supongo que de haberme muerto yo en aquel entonces él debería hacer memoria para recordar a esa chica de veintitantos años que empezaba a despuntar en el mundo de las letras. Mi único título ante sus ojos era ser amiga entrañable de dos amigos suyos: uno, José Bianco y el otro, que ya no puede rendirle homenaje, pues murió hace veinte años, Ricardo Baeza.

Corría el año 43 si mal no recuerdo. Los argentinos apasionados por las letras no nos sentíamos tan solos como ocurrió desde entonces. La guerra de España había dejado en nuestras playas a María de Maeztu, a Ricardo Baeza, a Ortega y Gasset, la cumbre del pensamiento español de este siglo junto con Unamuno. Nos veíamos mucho, nos reuníamos, discutíamos literatura tervorosamente. Pero como la mayoría de los argentinos y yo quizá más que otros, desconfiaba de mi gramática. Por fortuna había un árbitro a quien acudir: Pedro Henríquez Ureña. El lo sabía todo, yo lo consideraba, creo que con razón, como a una edición viviente del Diccionario de la Real Academia Española. Su opinión era inapelable, sus consejos inolvidables.

Debo decir que yo era insignificante y tenía ya veintisiete años y algunas obras escritas, pero la muerte de mi padre en octubre del 44, la de una hermana mayor adorada ocho meses más tarde, mi divorcio en el mismo momento me alejaron del deseo siempre tibio en mí de ver a quienes no fueran mis íntimos amigos. En el 46 me fui a Europa y ya había perdido la oportunidad de ver a Pedro que moría en medio de mis desazones personales, de la política que se encrespaba en la Argentina sorprendida por ese virulento peronismo que cambió por completo la estructura del país.

¡Lástima grande, pérdida irreparable! Hoy ya en la edad madura no sé de otro Pedro Henríquez Ureña a quien recurrir en esas dudas gramaticales que nos acosan a los latinoamericanos angustiados por el manejo de un idioma que cada uno de nuestros países forma y deforma a su antojo. Pero nos permitimos tantas licencias que si Henríquez Ureña resucitara menearía la cabeza en un ademán de impotencia: ¿cómo aconsejar a quienes se empeñan en imponer sus errores y pretenden que el idioma hablado es el único que cuenta? El vos argentino no tenía entonces cabida en nuestros libros ¿qué diría Pedro hoy de esto, y de las malas palabras, y de tantas páginas imperdonables que forman una nueva literatura en cierto sentido popular?

Lo veo alto, delgado, cetrino, con las pequeñas ondas que formaban su cabellera como un mar rizado pero siempre prolijamente peinado con brillantina o gomina...eran otras épocas. Lo veo modesto totalmente desprovisto de petulancias, de pretensiones, de vanidades.

Sí, por supuesto eran otras épocas aquéllas en que conocer bien su oficio era considerado normal. Nuestra fama de ser un pueblo de improvisados empezó después. Por eso no quedábamos estupefactos como quedaríamos ahora ante ese sabio humilde que se contentaba con conocer su oficio y por

amor a las letras nos regalaba su sabiduría: las faltas de sintaxis lo hacían sufrir demasiado para no corregirlas siempre que estaba a su alcance hacerlo.

Hoy lo bendigo y al recordarlo por primera vez lo echo de menos.

LA HONESTIDAD DE LA SABIDURÍA

Don Manuel del Cabral

Manuscrito

Escuchar a Pedro Menéndez leer era como estar en un momento que no era ni día ni noche, ni un día ni un segundo de jornada. Tampoco podía decirse que era un momento vivo ni, y especialmente al respecto, ni un momento muerto, ni un libro en la cual, de repente, encontráramos una lampara que nos lleva a las más hondas y más dulces verdades. Porque era una verdad y era el silencio bello de un libro que nos encontraba siempre de grandezas de amor y de pensamiento.

Don Pedro siempre hablaba pastado por que sabía que la palabra nunca es la belleza de la palabra, porque sabía que era una simple sujeción de la idea. Por eso la verdad que se dice en un libro siempre se encuentra en el silencio de un libro que se habla en los labios del gran escritor.

Yo estaba en Buenos Aires pasadas después de una noche de Pedro —eramnos veranos— y una noche de espesidad, la ciudad estaba de zarcillas tan luminosas que parecía que estaban en manos de manos, Don Pedro me que yo le interrogaba, me detiene a ray dar señalando el cielo. Manuel, ¿para qué tanto cosas, y de donde salieron? Y yo, naturalmente, no sabía responderle. Pero lo que sí sabía era que una pregunta de Don Pedro era tan profunda como el cielo, y tan sencilla como el cielo en una gaja de roca.

LA HONESTIDAD DE LA SABIDURIA

Por Manuel del Cabral

Dominicano

Escuchar a Pedro Henríquez Ureña era para mí un acontecimiento que no me permitía darme el lujo de un segundo de sordera. Tampoco podía dejar de oír sus elocuentes silencios, y especialmente su oportuna y profunda sonrisa llena de libros en la cual, de repente, encontramos una lámparas que nos lleva a las más hondas minas del espíritu. Porque es en la sonrisa y en el súbito brillo de los ojos donde encontramos al hombre de grandeza de alma y alto pensamiento.

Don Pedro siempre hablaba pausado porque sabía que la violencia no es la fortaleza de la palabra, porque sabía que ella es una simple sirvienta de la idea. Por eso la retórica, el ruido y el color subido nunca se atrevieron..., jamás se aproximaron al temblor en los labios del gran erudito.

Yo solía en Buenos Aires pasear después de cena con Don Pedro —éramos vecinos— y una noche de espléndida claridad, saturada de estrellas tan luminosas que parecían que estaban en nuestras manos, Don Pedro sin que yo le interrogara, me detiene y me dice señalando el cielo: Manuel, ¿para qué tantas cosas, y de dónde salieron? Y yo, naturalmente, no sabía responderle. Pero lo que sí sabía era que una pregunta de Don Pedro era tan profunda como el cielo, y tan sencilla como el cielo en una gota de rocío.

UNA FAMILIA DE MAESTROS: LOS HENRIQUEZ UREÑA

Por Irma Cairolí
Argentina

En el proceso de desarrollo cultural de los países latinoamericanos sujetos a influencias que castraron su actividad creadora, a largas intermitencias y profundos badenes de oscurantismo, la importancia y fértiles consecuencias, que tuvo la presencia de la familia de los Henríquez Ureña es un hecho, creemos, sin parangón en el continente. Una familia de educadores que dejará su impronta, señalando una estela luminosa en varios países de ambas Américas.

He aquí un ejemplo vivo del numen generador y formativo de altos caracteres que puede constituir una familia cuando sus miembros encienden la llama de un ideal en el hogar asentado sobre verdaderos valores.

Camila Henríquez Ureña señala la influencia de ese hogar donde habría de forjarse la común vocación docente: "era realmente una casa de estudio; toda la familia se dedicó siempre a estudiar"; el padre, la madre y los hermanos, sobre todo Pedro, forjador de su carrera en el magisterio, auténtico mentor en sus estudios literarios a los que habría de imprimir una tónica vital y un contenido humanista. Así explica las condiciones familiares que se dieron para tal florecimiento: "Hay un motivo fundamental, que es familiar, y es que todos los Henríquez se

han dedicado a la enseñanza. Y en él se agrega la circunstancia de que los Ureña también. Nuestra madre fue la fundadora de la enseñanza superior de la mujer en Santo Domingo. Cuando trabajó allí en la reforma de la enseñanza el gran puertorriqueño Eugenio Ma. de Hostos, ella fue su colaboradora y fundaron las escuelas normales, que, desde luego, tenían que ser privadas, no había otra posibilidad en ese momento, y a mi madre le tocó la dirección de la escuela normal de maestra." En ocasiones llegaron a compartir la docencia en un mismo establecimiento, como sucedió en la Escuela Normal de Oriente, de La Habana, donde enseñaba el padre, Francisco Henríquez y Carvajal, Camila y también en la Universidad de Minnesota, donde Pedro creó y organizó el Departamento Hispánico, teniendo como principal colaboradora a su hermana Camila. Aquel Departamento Hispánico, constituyó una de las obras más fecundas del gran profesor por las proyecciones que habría de tener en la formación de futuros profesores y críticos.

La aptitud privilegiada para la enseñanza fue una calidad común a los H. U.: gran maestro fue el padre; la madre, fundadora de escuelas como su hijo Max, Camila, profesora eminente de completísima erudición y formadora de generaciones de jóvenes cubanos en la Escuela Normal y en la Universidad; y Pedro, propagador de cultura en las Universidades de América, como también era común a todos ellos una sensibilidad para comprender y asimilar los cambios que revigorizaban sus ideas, y les permitía aprehender los movimientos sociales y las nuevas corrientes literarias, juntamente con las transformaciones que debían sufrir los métodos didácticos. Esa flexibilidad para entrar en el mundo y la mente de otra generación nos lo revela un comentario de P.H.U. recordando una afirmación graciosa que solía hacer uno de sus profesores: "un buen profesor -decía- tiene que ser embustero, porque al presentar una obra literaria a sus alumnos, para lograr que se entusiasmen con ella, tiene que revivir sus propias emociones, como si fuera la primera vez que se pone en contacto con dicha obra. Es desde luego una manera festiva de

referirse a la primera condición que debe tener una enseñanza literaria no erudita, sino verdaderamente formativa.”

No queda circunscripta al ámbito de los claustros universitarios la obra de este núcleo esclarecido; se expandió a los diversos aspectos de la vida cultural de varios países americanos. Despierta la inclinación de los jóvenes hacia los estudios de la literatura hispánica en una real comprensión estética de las raíces iberoamericanas, y una toma de conciencia del espíritu del Nuevo Mundo, en la creación literaria. Evita en los convulsionados países de Centro América que la falta de clima provoque la anulación de valores asfixiados por la inercia o la opresión. El amor a las letras de P.H.U. actúa de estímulo dinamizante, tal como dice Alfonso Reyes: ‘ Todos los que vivieron o trabajaron a su lado llevan su huella, y mucho mentiría quien lo niegue o siquiera lo disimule.’

Por otra parte transita un camino de humildad y desprendimiento que lo llevó a renunciar a una mayor producción ensayística como era dable esperar en un hombre de su extraordinaria versación, en favor de la total entrega a sus alumnos. Alfonso Reyes declara: “La mayoría de sus condiciones y cualidades más personales se quedó fuera de sus libros. Si no hubiera escrito, como Sócrates no escribió, y si como aquél solo persistiera en el recuerdo de sus amigos, las dos siluetas se ajustarían todavía mejor, pero hubiéramos perdido la doble cosecha de sus libros.” El mismo H.U. confiesa: ‘ pocas veces he escrito lo que hubiera querido escribir.’ Aunque reconozca que pudo escribir más, su criterio selectivo invaluable perdura en sus libros, pero sobre todo su espíritu vive en los que recibimos la gracia de ser sus discípulos, que lo amábamos y escuchábamos fervorosamente. Me conmueve recordar que una información tan extensa no lo inflaba de solemnidad, su lenguaje era claro, preciso, no exento de vuelo, el tono conversacional atraía sugestivamente la atención de su juvenil auditorio, nos hacía sentir el latido de una humanidad que ha conseguido su sereno equilibrio, no la entelequia, el frío pozo de saber. Con su particular manera de ser que conservaba su señoría natural y un decir pausado, de una comunicatividad

impalpable pero directa, transformaba la clase en un círculo recoleto, y a nosotros, antes que un recipiendario de conocimientos, en un pensador. Luego, lo que ninguno olvidará, después de la hora del curso de Literatura Iberoamericana, venía, fuera de hora la sabrosa charlita con el profesor; era el momento exquisito para los que abrigaban ya la pasión sin treguas por la belleza de los textos que leía con su acento centroamericano, impartiendo a la lectura un encanto exótico para aquella porteñísima generación del 40., Podemos afirmar que si en esa generación que se graduó entre 1940 y 1941, en la facultad de F. y Letras, se han dado profesores eminentes que han honrado a la Argentina fuera de sus fronteras en Estados Unidos y en Europa, la presencia de Henríquez Ureña en su formación ha sido factor preponderante. A través de estos discípulos, hoy profesores maduros, reflejados de su excepcional condición didáctica sigue viviendo su magnífica personalidad que había sabido, sobre esa aristocracia del alma, la bondad, alcanzar la sabiduría para una meta de serenidad, y la fe en el poder de la cultura como supremo lazo de unión entre pueblos hermanos.

**PEDRO HENRIQUEZ UREÑA, EL ESPIRITU
CULTURAL DE HISPANOAMERICA**

Por Atilio Jorge Castelpoggi

Argentino

El sueño de una Comunidad Hispanoamericana fue una latencia en todos los corazones a partir de nuestro origen independiente. Surgió en Bolívar y fue también sueño en Dorrego y en Artigas, quienes querían una gran Confederación de Estados Unidos de la América Española.

Acaso el hecho tuvo una semblanza política y no un estamento con organicidad económico-cultural. Así, esa falencia llevó a los jóvenes países a que se debatieran en el enfrentamiento inútil, en el fronterismo inadecuado. En una suerte de insularidad, azuzados no por intereses legítimos, sino por los ilegítimos que merodeaban fuera de ellos mismos.

Pero aquel sentido de unidad hispanoamericana en torno de sus comunes valores culturales no se desarraigó nunca de nuestros pueblos y floreció tanto en los hijos de inmigrantes como en los naturales de esta América, que, al decir del gran Rubén, "rezan a Jesucristo y hablan en español."

De las muchas virtudes que poseía Henríquez Ureña, y que posee, porque su obra tiene la seguridad de la permanencia, lo que a mí personalmente me conmovió fueron sus dotes de gran maestro de ese espíritu, de esa intuición cultural que se mantuvo vigente y vibrante a pesar de los avatares. Como Martí, como Manuel Ugarte, como Eugenio María de Hostos, y sobre todo, como él mismo, proclamó un indeclinable amor, su avidez para atrapar y sintetizar ese cordón invisible que enlaza a nuestros pueblos, esa "moral social," ese crisol de razas y geografías nueva, este renacer de un nacionalismo de la América de nuestra lengua, como preconizó Ricardo Rojas.

Y esto lo siento yo, que he nacido en Buenos Aires, a la que amo como si la ciudad fuera mi amante y a la que el maestro llamó "último puerto de embarque de Europa," y tal vez haya tenido sus razones con respecto a la piel —no a su sangre— que late junto al barómetro de sentirse todos uno. Porque, más allá de las citas aisladas, la esencialidad del pensamiento de Don Pedro Henríquez Ureña nos señala el camino de esa unidad por la vía de nuestro propio desarrollo cultural y mediante el vehículo de la maravillosa lengua de Castilla.

Pese a las reservas de algunos intelectuales que señalan como mito inalcanzable el propósito unificador, porque cada país piensa sustantivamente en sí mismo, también es cierto que en la formulación de los grandes problemas contemporáneos de nuestra América se vuelca el sentimiento —razón y estilo— de ser miembros de una gran Comunidad: la Comunidad de los pueblos hispánicos que, hermanados por una unidad de origen, viven compartiendo un común repertorio de valores espirituales y a los cuales aguarda una portentosa unidad de futuro.

De su magisterio directo testifican muchos argentinos; otros como yo, apenas a través de sus ensayos que resultan irremplazables, porque siempre en esta materia tenemos que decir: "...a partir de Henríquez Ureña..."

De esta manera, el nombre del gran maestro queda inserto en el sentido musical de las palabras o en el pensamiento escrito

de los hombres, en las organizaciones que los reglan, en el paisaje que los circunda o en las obras de arte que los sueñan. Tal vez, también por eso, la Comunidad Hispanoamericana siga presente.

Buenos Aires, 23 de julio de 1976.

CON PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
ALENTAR LA UTOPIA EN AMERICA

Por Ricardo Cáceres

Ureña es el hijo de una América de la manera más
trágica y primera al mismo tiempo. Su obra es
una obra de la cultura no sólo de una América sino
de una América que se abre a la cultura de los otros.

Ureña es el hijo de una América que se abre a la cultura de los otros. Su obra es una obra de la cultura no sólo de una América sino de una América que se abre a la cultura de los otros. Su obra es una obra de la cultura no sólo de una América sino de una América que se abre a la cultura de los otros.

Ureña es el hijo de una América que se abre a la cultura de los otros. Su obra es una obra de la cultura no sólo de una América sino de una América que se abre a la cultura de los otros. Su obra es una obra de la cultura no sólo de una América sino de una América que se abre a la cultura de los otros.

**DON PEDRO HENRIQUEZ UREÑA:
ALENTAR LA UTOPIA EN AMERICA**

Por Nicolás Cócara

Argentino

Cuando se hable de una América de la justicia habrá que recordar en primer término, a un dominicano ejemplar, que se llamó Pedro Henríquez Ureña. Cuando se recuerden los grandes temas de la cultura no puede estar ausente su nombre

Nuestro ámbito cultural estaba impregnado, allá por los años 40, del resplandor de sus enseñanzas. No había estudiante que no aspirara a considerarse su discípulo. Sus libros se difundían cada vez más.. Se los leía —se los memorizaba— con la misma devoción que podían leerse poemas de López Velarde, novelas de Rómulo Gallegos, ensayos de Sarmiento, Hostos, Martí y Rodó.

Sin embargo, ese fervor por el dominicano crecía como un mito. Sabemos que él no lo alentaba. Lo alentaban sus admiradores. Lo alentaban quienes lo negaron. No hay peor táctica que el pretender olvidar la grandeza de una obra testimonial en América. Y en México, la sátira buscó, como suele suceder cuando el mediocre no puede elevarse más allá de su estatura diminuta, envilecer su prestigio. Aquel poema satírico, aquel pretendido epitafio desapareció. ¡Quién se

acuerda de su detractor! Sin embargo, sigue viva la presencia platónica —en su mejor acepción filosófica— del maestro. Y después de 1924, también en Buenos Aires, se repite el embate de los que no alcanzaron prestigio, con desvelo, con trabajo, con paciencia, con talento. Se lo pospuso a un segundo lugar en la cátedra, como si los iluminados por la cultura, necesitaran mostrarse, exponerse sistemáticamente para ser reconocidos, intuídos, respetados.

Emilio Carilla cita una carta de la correspondencia de Henríquez Ureña con don Marcelino Menéndez Pelayo, que, de alguna manera, aclara ese peregrinaje por América, ese apasionado enseñar, esas notas —muchas de ellas todavía dispersas o poco accesibles al lector corriente, enviadas a distintos diarios desde los Estados Unidos— que pueden traer más luz a la biografía de una personalidad americana.

"Comprenderá usted —escribe en 1909— que, aunque vivo en México, soy dominicano. El malestar crónico de mi país me obligó a buscar aires más puros que en éste, aunque desde lejos sigo trabajando por el mío, y rara vez publico mis escritos en el exterior solamente, sino que los hago aparecer al mismo tiempo aquí y en Santo Domingo." (1)

En nuestro caso aprendíamos a quererlo, a respetarlo, allá por los años 1938 cuando conocimos a un auténtico aborigen jujeño. Se trata de Domingo Zerpa, el autor de *Puyas-puya y Erques y Cajas*, dos libros regionales del altiplano. Don Domingo, hijo de la tierra, sabía del sacrificio de América. Un día puso en nuestras manos el inhallable *Horas de Estudio*. Desde entonces, Don Pedro fue una presencia de la cultura de América. Vinieron después *Seis Ensayos en busca de nuestra expresión*. A través de esas páginas, Ureña despertaba en los jóvenes fervientes, ojos semidespiertos de América, una sincera pasión por el continente. Henríquez Ureña había afinado el concepto; había ahondado el contenido; había exprimido su idea de la tierra del "nuevo mundo," hasta lo esencial.

(1) Emilio Carilla: P.H.U. (Tres Estudios), Universidad Nacional de Tucumán, 1956.

Y ¡quién no tenía utopías soñadas; quien no esperaba defenderlas, enraizarlas, crear una patria generosa de la justicia y de la cultura! A partir de la lectura de sus libros como *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*, América adquirió otra dimensión para nosotros los criollos, los argentinos.

Muchas noches, amanecimos en la biblioteca de Don Domingo Zerpa, o salíamos a caminar por el pueblo dormido en la pampa silenciosa, recordando las enseñanzas de Don Pedro, esa unión espiritual del continente que alentaba en todos sus escritos. Era necesaria la justicia, en primer término, después la cultura, y en lo hondo de ese cultivar el espíritu —de acuerdo con la acepción latina— una vindicación del platonismo:

"El ideal de justicia está antes que el ideal de cultura: es superior el hombre apasionado de justicia al que sólo aspira a su sola perfección intelectual. Al diletantismo de Goethe, pongamos el nombre de Platón, nuestro primer maestro de utopía, el que entregó al fuego todas sus versiones de poeta para predicar la verdad y la justicia en nombre de Sócrates, cuya muerte le reveló la terrible imperfección de la sociedad en que vivía." (2)

Quizás le lastimaba la injusticia, como a todo humanista. Pero el humanismo en él era llaga viva, quemazón, ardor apasionado. Sabía que América era un continente con un pasado; lo había rastreado. Supo dejar sus testimonios. Sin embargo, no ignoraba que el nuevo mundo necesitaba acomodar, aclimatar, prender, injertar en savia viva, la tierra, la expresión en el hombre nuevo:

"Si nuestra América no ha de ser sino una prolongación de Europa. Si lo único que hacemos es ofrecer suelo nuevo a la explotación del hombre por el hombre (y por desgracia esa es hasta ahora nuestra única realidad), si no nos decidimos a que ésta sea la tierra de promisión para la humanidad cansada de

(2) Pedro Henríquez Ureña: "Patria de la Justicia," *La Utopía de América*, Ed. Estudiantina, La Plata, 1925.

buscarla en todos los climas, no tenemos justificación: sería preferible dejar desiertas nuestras altiplanicies y nuestras pampas si sólo hubieran de servir para que en ellas se multiplicaran los dolores humanos; no los dolores que nada alcanzará a evitar nunca, los que son hijos del amor y la muerte, sino los que la codicia y la soberbia infligen al débil y al hambriento.” (3)

Don Pedro Henríquez Ureña conocía muy bien el sacrificio de sus tradiciones en Santo Domingo; sabía hasta el cansancio del martirio de aquellos americanos que cambiaron la palabra patrioterismo, por el valor (como Sarmiento), por la muerte -como Martí- en espera de escribir para el futuro en el aire de América, aquella frase del mismo Martí; “El espíritu de los hombres flota sobre la tierra en que vivieron y se le respira.”

Cuando publicó su *Historia de la cultura en la América Hispánica* y su siempre necesario *Las corrientes literarias en la América Hispánica* sus lectores, sus seguidores silenciosos sabían que no hacía más que continuar con el sueño de siempre, su utopía, (4) esa ínsula de imposibles, que algún día podían hacerse realidad. La vastedad de los dos trabajos, su densidad bibliográfica, el aporte monumental, al conocimiento de pueblos, razas, hombres, culturas tenían un hondo significado. Esa utopía ya estaba en aquellas páginas, en este fragmento:

“Nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro cuando, constituida en magna patria, fuerte y próspera por los dones de su naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad donde se cumple la emancipación del brazo y de la inteligencia” (5)

(3) Ibidem.

(4) Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía: Utopía*, entre las más destacadas figuran la *República*, de Platón; *Utopía*, de Tomás Moro (a quien se le debe la palabra); *La Ciudad del Sol*, de Campanella; *La Nueva Atlántida*, de F. Bacon, *Erewhorn*, de S. Butler; *Icaria*, de Cabot; *N Noticias de Ninguna Parte*, de William Morris, y en *Una Utopía Moderna*, de H. G. Wells....“La revolución que pretenden introducir en la sociedad está destinada casi siempre a que se constituya una comunidad donde no sea ya posible ninguna revolución

(5) Pedro Henríquez Ureña; “Patria de la Justicia.”

Hay que trabajar," afirmó en *Patria de la justicia. Sabía, como Ortega, -argentinos, al trabajo- que sin disciplina, nada se logra*. Sabía de nuestra propensión al énfasis y de la necesidad de no enfatizar. Y nadie mejor que Don Pedro para ofrecer testimonios vibrantes, pero con un estilo seco, desposeído del barroquismo de la expresión. Y esta necesidad, llamémosle así, tiene antecedentes, en Sarmiento, en Hostos, en Salomé Ureña de Henríquez, o Bartolomé Mitre. A propósito de este último, escribe Ricardo Levene en *Los estudios históricos de la juventud de Mitre*.

"Su convicción profunda consiste en el valor que atribuía a la educación, considerando que la labor ilustrada y especialidad cambia el estilo de la vida social. En consecuencia, aseguraba que la formación de un ejército disciplinado daría a la patria militares que fueran, según su frase lapidaria, "fieles guardianes del orden y las instituciones."

Pero, en Don Pedro la disciplina, integraba la ciencia con el pensamiento, la filosofía con la crítica. Quién no recuerda *Para la historia de los indigenismo* (el origen criollo de papa, batata), Buenos Aires 1938; *Plenitud de España*, o *Gramática Castellana*, en dos volúmenes.

Hay otro libro, hoy inhallable, *Cien de las mejores poesías castellanas* (selección de Pedro Henríquez Ureña), Kapeluz y Cía, Buenos Aires, 1929. La nota preliminar, es un admirable ejemplar de prosa ceñida y de condensación de conceptos.

La "busca de nuestra expresión" lo acompañará siempre. Será una constante en su vida —un trabajo sin pausa— que lo ayudará a testimoniar su vocación por el continente. Y nada más definitorio que este párrafo de *La utopía de América*:

"El hombre universal con que soñamos, a que aspira nuestra América, no será descastado: sabrá gustar de todo, apreciar todos los matices, pero será de su tierra; su tierra, y no la ajena, le dará el gusto intenso de los sabores nativos, y esa será su mejor preparación para gustar de todo lo que tenga sabor genuino, carácter propio. La universalidad no es el descastamiento: en el mundo de la utopía no deberán desaparecer las diferencias de carácter que nacen del clima, de la

lengua, de las tradiciones; pero todas esas diferencias, en vez de significar división y discordia, deberán combinarse con matices diversos de la unidad humana. . Nunca la uniformidad, ideal de imperialismos estériles; sí la unidad, como armonía de las multánimes voces de los pueblos” (6).

“EL ESPAÑOL EN SANTO DOMINGO”

Por Justino Cornejo
(Académico de la Lengua)

Ecuatoriano

En Santo Domingo, R.D. (Abril de 1975), se ha reeditado EL ESPAÑOL EN SANTO DOMINGO, obra de la cual es autor aquel escritor eminente que trabajó en el Instituto de Filología de la Universidad de BB. AA., bajo la dirección de Amado Alonso, que tanto enriqueció i abillantó la “Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana” i a quien los estudios lingüístico deben tanto en este Continente: Pedro Henríquez Ureña.

El libro, cuya primera edición salió en 1940, se hallaba, desde hacía tiempo, absolutamente agotado. Pero la *Comisión Permanente de la Feria del Libro*, de S.D., acordó, en su deseo de honrar al compatriota ilustre, que la monografía en referencia debía incluirse en la colección “Biblioteca Nacional.”

La tarea de preparar los materiales i presentar el trabajo fue encomendada -con acierto- al Sr. Jorge Tena Reyes, el cual, pera hacerlo mejor, adoptó el procedimiento facsimilar, que deja al autor la responsabilidad total de errores que pudieran haberse deslizado al tiempo de su aparición. De este modo, el aspecto del libro que estamos examinando es correcta i grata, como la de todos los que se lanzaron entonces.

La Bibliografía es abrumadoramente copiosa, como corresponde al riquísimo fichero de que disponían los filólogos en cuya compañía laboró Henríquez Ureña. I, como se acostumbra entre especialistas avezados, el material se halla bien distribuído. Después de la inevitable "explicación," vienen nueve capítulos, i rematan los indispensables "índices alfabéticos," en un total de 301 páginas, nítidamente impresas.

El ejemplar que sirve para estos escarceos lo debo a mi apreciado colega i amigo Rafael González Tirado, a quien presento aquí mis gracias. De veras me ha sido de utilidad este envío. Es un tesoro.

Las siguientes palabras de P.H.U. me estimularon grandemente: "Mi tesis principal es que al Español de Santo Domingo lo caracteriza su *aire antiguo, que en ocasiones llega al arcaísmo...*" I como al leer la obra del gran dominicano vienen a mi memoria las publicaciones que al respecto de tan importante asunto se han hecho aunque no siempre sistemáticamente, he tenido que valerme de ellos incluyendo el que yo mismo publicqué hace 33 años; mis "comentarios" a ARCAISMOS ESPAÑOLES USADOS EN AMERICA, del doctísimo uruguayo Carlos Martínez Vigil.

Cuando uno lee que tales o cuales "arcaísmos" se hallan vigentes i algunos de ellos no sólo en el ámbito popular sino que aún en el otro, el literario, siente que su confusión sube de punto. ¿Cuándo es "arcaica" una voz? ¿qué condiciones debe reunir un giro para ser declarado "arcaico"? ¿a quién corresponde tal declaración? ¿cuáles son los efectos que llamaríamos jurídicos de tal declaración?

Dentro de un mundo lingüístico tan vasto i complejo como el que corresponde al Español, ¿será posible que el fenómeno de arcaización o envejecimiento sea detectado al mismo tiempo en Las Filipinas que en la Isla de Pascua, en los pueblos ribereños del Africa setentrional que en Las Canarias, entre los judeoespañoles que entre los vascos de España? ¿No podrá darse, más bien, el caso de que algún "antiquismo" sea, al mismo tiempo i sólo que en un lugar distante y distinto, "neologismo?

Cada cazador de voces ‘arcaicas’ de nuestra Lengua siente la necesidad de ser honrado en el sentido de señalar la situación real dentro del pedacito de tierra en donde ha realizado sus observaciones; de señalar qué suerte ha corrido, en verdad, esa palabra o ese giro peloteado en el tablero del arcaísmo. La seguridad es casi imposible, pues se lleva el riesgo de que nuestra proclamación de vejez sea acallada por el grito de quien sabe que en su territorio aquel anciano es todavía niño, o joven sano y garrido cuando menos....

Otra curiosidad lingüística señalan los estudiosos de nuestra habla; a saber, que la misma docta corporación que un día escuchó a quien, respetable y todo, quiso sepultar alguna voz o frase, prestamente atendió al otro que le hizo llegar su protesta por querer enterrar a una critaura que aún se hallaba vivita y coleando. No se trata -en verdad- de un caso de resurrección léxica -que bien puede ocurrir,- sino de haber abierto el nicho de quien todavía estaba con vida....

La cosa no es sencilla. Sobre todo, si un sambenito pende de los usuarios descuidados del Castellano Oficial. Los arcaísmos o antiquismos son dichos vitandos, i algo podrá caernos si nos valemos de lo que tiene ya la cruz de los fieles difuntos: *ant.* si no hubiera este peligro, acaso no nos ocuparíamos con tan vivo interés en el asunto. ¿Seguiremos exponiendo a la afrenta pública a quienes usan “arcaísmos?”....

Cuando de estos usuarios hablamos, pensamos en dos grupos: el de los que emplean tales expresiones de la manera más natural, puesto que no de otro modo hablan sus parientes i amigos, la gente toda de la comunidad, como en el caso de Domingo Faustino Sarmiento, como en el de Gabriela Mistral. Otro es el caso de Juan Montalvo y de Enrique Larreta; ellos han arcaizado adrede, sea porque sentían gusto de hacerlo, sea porque deseaban hacer rabiarse a cierta gente..... ¿Cuál de éstos merece la excomunión.....o ninguno de ellos la merece? ¿A quién mandamos, pues, a la hoguera?

Pienso, así, que la Academia debería abandonar este empeño de extender certificados de defunción a palabras que seguirán viviendo -vivir es morir-, sin que nadie obste su

proceso o sus procesos. Porque -digámoslo de paso- cierta mayoría cerril o estólida cree a pie juntillas que lo que se señala con *ant.* es “arcaico” y lo que es peor, que eso es indigno y vergonzoso.

Para las reuniones interacadémicas que cada cierto tiempo se realizan en diferentes capitales del vasto imperio hispanohablante, se tuvo en consideración el hecho de que Madrid, con todo su saber y toda su diligencia, no podía garantizar la verdad sobre tales o cuales puntos atañedores a la Lengua, razón que obligaba a escuchar de cerca a sus correspondientes de América y Filipinas. Lo dicho no obstante, sigue deslizándose errores, errores que en materia de Antiquismo o Arcaísmo suman centenares, como para probar lo escabroso de una cuestión que debe ser abandonado.

Y no se diga que la de Madrid no atendió bien la solicitud, o que el informante disparataba. Es que hasta dentro de áreas reducidas — digamos el Ecuador —, una puede ser la suerte de un término en la Costa y otra la de ese mismo en la Sierra. Más aún: puede ser que lo consignado en el Diccionario de la RAE corresponda la cabalidad -en este país- al Carchi pero nó a Loja, a Zaruma pero no a Río Verde. Es lógico que quien comenzó más temprano termine más temprano. Las poblaciones de las playas evolucionan más rápidamente que las de los riscos. La arcaización de una determinada voz que llegó a este punto de Sudamérica ha de operarse primero en Guayaquil, por ejemplo, que en Cuenca.

Dejando para nueva oportunidad otras reflexiones tan importantes como las ya consignadas, entremos a analizar, separadamente, cada arcaísmo “dominicano” de los recogidos por P.H.U.

Acalenturado: Febril

Acesar: Jadear.

Alcanzado: escaso de dinero

Alcuza: sigue siendo para muchos de nosotros la *Vinagrera*. 4a.

acepción

Alfeñique: que para los serranos del Ecuador es *alfenique*, : continúa vigente aquí.

Alferecía: todavía se oye en nuestros campos.

Alquilarse: (una persona)

Alzarse: (un animal). volverse salvaje.

Amujerado: afeminado.

Atollarse: atascarse.

Benefactor: “El Diccionario de la Academia lo da por anticuado, Pero se usa en toda América,” dice P.H., y vale la pena reproducirlo por mucho que la de Madrid haya anulado ya la correspondiente papeleta de defunción...

Apearse: *hospedarse*.

Apeñuscado: apiñado.

Arandelas: Nó sino arandelas “adornos salientes en ropa de mujer.” ¿rambeles?

Arrapiezo: muchacho sucio y mal vestido.

Atajo: recua, caterva

Atarraya: con la significación de *esparavel*, la di como propia de mi tierra en FUERA DEL DICCIONARIO (Quito, 1938).

Equivale a “especie de red”; mejor red pequeña.

Bravo: enojado. Muy común.

Bregar: trabajar.

Cabezudo: Testaduro.

Candela: lumbre o fuego de la cocina.

Dizque: decid de mí lo que os plazca, si confieso que esta contracción goza de mis simpatías periodísticas y hasta literarias.

Expandir: Copio al pie de la letra lo que trae P.H.U. "Desde el *Fuero Juzgo*; Martínez Vigil trae citas de *Calila y Dimna*, de *Castigos* y *Documentos* y de la Biblia de Ferrera; está todavía en Vocarrubias;

Espandir: la Academia lo registren en su Diccionario, 1914 y 1925, como anticuado, pero en su Diccionario Manual e Ilustrado, París, 1933, lo da ¡como neologismo! Sin ningún reparo consta *Expandir* en la última edición del Léxico Oficial."

del Léxico Oficial."

Cansado: fatigoso.

Cecina: carne salada de vaca," según P.H.U. Con ella se prepara el *charqui* del mundo incaico.

charqui del mundo incaico

Cicatero: Mezquino, avaro. De aquí *cicatear*, *cicatería*.

Cirineo: "el que ayuda a otro en tarea pesada."

Cumbrera: o, mejor, *cumbrero*, *techo de dos aguas*, especialmente en el bohío."

Curioso: entendido, ingenioso.

¿Quién aquí se recela de usarlo? ...

Chinchorro: especie de red, que lo mismo sirve para pescar que para dormir.

Desgonsar-se: puesto que se dice *gonce* y no *gozne*. *Desparpajado*: Desenvuelto; despabilado.

Dilatarse: demorarse; todavía muy usual en nuestro campos.

Donde:: "en casa de." Encomiarse: infectarse una herida agravarse una pústula.

Escampar: dejar de llover. Está en plena vigencia

Fluxión: "catarro nasal"

Fundo: Finca rústica," como en Chile... ¡y Ecuador, etc.

Heder: producir malos olores;

hediondo, hediondez, hedentina.

Incómodo: enojado.

Ladino: parlachín, o, como en todas partes astuto."

Lama: musgos u otras plantas que crecen en el agua o en las orillas."

Para cerrar este primer comentario, una aclaración necesarísima; puesto que la mayoría de nuestros "barbarismos" está constituida por antiquismos, no por ellos hemos de ser calificados de corruptores del Castellano los que nacimos en América Hispana.

Por Augusto Corripio Aravena

Argentina

Mediodía. El tren parte de la estación constituida por el sangrío de Buenos Aires a la Plata. Los pasajeros van despidiendo todos los coches atentos y pasillos, algunos recostados van encorramándose y se asen como pueden.

Yo estoy sentado en mi lugar, y a mi lado -espaldado que aun hoy me hace prunar- hay un sitio libre, el único que ha quedado vacío. Llega don Pedro, nos saludamos y se sienta.

(Hace de esto casi treinta años. Eran días temporales, algunos borrados -por higiene mental- en mi memoria. Revoluciones. Una presente otras pasadas otras venidas. Todo el país agitado, y también las Universidades cuando se celebraban concurridamente conmovidas. Desde la gran huelga universitaria de 1918, siempre hemos estado "con las facultades alteradas".

Suele ocurrir con las Universidades como con las Patrias: afrontadas por débiles pocos gobiernos y por ciertas partes efervescentes del pueblo, que las toma como trampolín, reciben en cambio el tributo de innecesarias o espaciales ofensas. Lo mismo sucede con los próceres, cuyas estatuas inoperantes -presencias simbólicas- encierran la secuencia protocolar de coronas y coronas de flores.)

COMO MURIO DON PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Por Augusto Cortina Aravena

Argentino

Mediodía. El tren parte de la estación constitución para dirigirse de Buenos Aires a la Plata. Los pasajeros van ocupando todos los coches: asientos y pasillos, algunos retrasados van encaramándose y se asen como pueden.

Yo estoy sentado en mi lugar, y a mi lado —casualidad que aún hoy me hace pensar— hay un sitio libre, el único que ha quedado vacío. Llega don Pedro, nos saludamos y se sienta.

(Hace de esto casi treinta años. Eran días tempestuosos, algunos borrados —por higiene mental— en mi memoria. Revoluciones...Una presente, otras pasadas, otras venideras. Todo el país agitado, y también las Universidades ¡cuando no! profanadamente conmovidas. Desde la gran huelga universitaria de 1918, siempre hemos estado “con las facultades alteradas”.

Suele ocurrir con las Universidades como con las Patrias: afrentadas por no pocos gobiernos y por cierta parte efervescente del pueblo, que las toma como trampolín, reciben en cambio el tributo de innecesarias o capciosas ofrendas. Lo mismo sucede con los próceres, cuyas estatuas inoperantes —presencias simbólicas— concitan la secuencia protocolar de discursos y coronas de flores.)

Iba diciendo que nos saludamos y tomó asiento. Antes, ha colocado en lo alto su sombrero. ¿Quiere que le ponga el suyo? —me ha dicho. Poco después se desploma sobre mi hombro derecho.

Empezó a roncar y, de pronto, creí que dormía. El prolijo y sabio profesor acostumbraba corregir “debres” durante el viaje. Al poco rato, vencido por la monotonía de su trabajo, echaba un “sabroso sueño” —según solía decirme. Pero ¿dormir tan pronto? Advertí entonces que agonizaba. Mejor dicho: que estaba muerto.

La gente comenzó a rodearnos. Pedí un médico, que surgió de entre los pasajeros unos quince minutos después.

Esto es un crimen —dijo alguien—: si hubiera un botiquín en el tren, este hombre se hubiera salvado.

(¿Desporticaré contra estos trenes desprovistos de confort y de higiene? ¡Malos tiempos aquéllos y malos tiempos también estos!)

Henríquez Ureña había tenido grandes preocupaciones. Un cuñado suyo “hombre de izquierda” —de alguna manera tengo que decirlo—, activista de renombre mundial, acababa de morir; el Director del Instituto de Filología de Buenos Aires, muy su amigo, aunque nunca le dió el primer lugar que le correspondía, huyó del país algo más tarde, después de una prisión breve e injustificada sin duda, pero con abundancia de pulgas y de malos tratos. (Recuerdo que el simpático y mosqueteril Alfredo Palacios comentó con severas y aun sexuales palabras tal desertión.)

Don Pedro estaba muerto. Se detuvo el tren y sacaron el cadáver por una de las ventanillas. Los dos faltamos, pues, a las clases que debíamos explicar en La Plata, donde se supo en el acto la causa de nuestras ausencias. Y nos llevaron al Hospital Fiorito, de Avellanada.

¿Adónde llamar? ¿A su casa? ¡De ninguna manera! Hacía pocas noches que mi mujer y yo habíamos comido donde los Henríquez Ureña, con su encantadora y bella esposa y con Marcos Victoria y su mujer. Quise evitar el golpe tremendo.

Llamé entonces por teléfono a casa del embajador Max Henríquez Ureña, hermano de don Pedro. Almorzaba con invitados. Insistí y me atendió.

—Le hablo -dije- por algo relacionado con su hermano. (Ignoro lo que alcancé a balbucear, y él me abarajó de improviso:)

— ¡Ha muerto! —exclamó.

Poco después llegaron al Hospital, él, la esposa de don Pedro, sus dos hijas y dos jovencitos que las acompañaban.

Iba yo a dirigirme a la señora, pero no me dio tiempo. Atraída por una fuerza superior, corrió cruzando el patio hacia la sala donde estaba el cadáver de su marido. Se abrió la puerta. Yacía don Pedro sobre una mesa de mármol y conservaba puesto su sobretodo negro. Aún resuena en mis oídos el grito que lanzó una de sus hijas.

La dolorosa nueva llegó en el acto —como he dicho— a la Facultad de Humanidades y al Colegio Nacional de la Universidad de La Plata, donde esperaban a don Pedro.

El se había iniciado en la Facultad con unas lecciones magníficas sobre las epopeyas (germánicas, francesa y castellana); en el Colegio Nacional, con modernas y certeras clases de gramática. Poco después él y Amado Alonso publicaron sus dos tomos renovadores y únicos de *Gramática castellana*, que la ignorancia y la desidia han conseguido soslayar.

Don Pedro había venido al Colegio en condiciones ventajosas. Lo nombraron haciendo honor a sus méritos. ¿A qué recordar que tuvo que sufrir, desde el principio, algunas molestias? Su color algo oscuro, su manera parsimoniosa de caminar, su sonrisa entre tímida y desdeñosa y, sobre todo, su sapiencia, su polifacética y honda sapiencia... Era hombre de dimensión americana, y hubo perrillos suburbanos que ladraban a la luna. Nuestra relación llegó desde una inicial falta de simpatía (de mi parte) hasta una devota amistad, a medida que iba yo conociendo su actitud generosa; brindada siempre todo su saber.

En el Hospital me entregaron algunas cositas que habían quedado en un bolsillo de don Pedro (un lápiz, un pequeño peine, etc.) La familia se había llevado el portafolios con los "debres" inconclusamente corregidos. El hermano de don Pedro, abismado en sus preocupaciones, ni me había dado las gracias ni se había despedido de mí.

Le mandé una encomienda postal, fingiéndole que había recibido una carta suya en que me agradecía mis atenciones, carta que, por otra parte, era absolutamente innecesaria. El me contestó que me agradecía los objetos que le había hecho llegar y que me *reiteraba* la expresión de su gratitud.

(Se me ha pedido que escriba algo acerca de don Pedro Henríquez Ureña. Esto que hoy redacto es una reiteración ampliada. Al morir don Pedro, su amigo y mi colega, el profesor Francisco Romero, me requirió una carta en que puntualizara lo accidental del caso. (sin duda para evitar rumores infundados.) Mi carta se publicó entonces en el difundido "Repertorio Americano" de don Joaquín García Monje. Hoy compongo a vuelamáquina estas entrañables naderías. *Naderías* por su escaso valor, y *entrañables* porque tratan de una vida y de un drama que me han tocado muy de cerca.

EL MAESTRO PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Por María Luisa Domínguez

Argentina

Con cuánto respeto lo nombrábamos todos los estudiantes. Eran días profundos y serios en los que daba gusto adquirir conocimientos y ser capaces de fervor para aquellos que nos los dispensaban generosamente y con la natural riqueza de los manantiales. Sí, eran otros tiempos. Hoy, una parte numerosa de la juventud carece de ingenuidad y capacidad para la devoción. Dicen que ha sido traicionada.

Siempre hubo falsos profetas, siempre hubo mentirosos hábiles, pero también existieron siempre quienes continuaron siendo fieles a la verdad y al bien.

Sabíamos que Henríquez Ureña, tan grave y metido en sí, de una apariencia casi tímida, era una estudiante del mundo y un viajero universal, un enamorado artista del castellano de oro. Nos parecía mercedor de todos los adjetivos encomiásticos este doctor en filosofía y letras que conquistara su título en México y había buscado en España las raíces del idioma. Después de tanto viaje ilustre que le permitió cultivar notoriamente culturas y lenguas diversas, recaló en nuestra Argentina como profesor de las Universidades de Buenos Aires y de La Plata. Entonces

fue cuando aprendimos a respetar sus lecciones que parecían la respiración normal de la más honda cultura. Nos gustaba mucho pensar que, escritor tan erudito, maestro tan sapiente, era *también* autor de un libro de versos que se llamaba AQUI ABAJO, como si su autor de apenas catorce años cuando lo compuso, denunciara con el título la sed de estrellas y de infinito, que desveló después toda su carrera de espíritu opuesto a los dogmas rotundos y positivos.

Admiramos mucho su libro sapiente "La Versificación irregular en la poesía castellana," que Menéndez Pidal, tan grande como generoso, calificó así: "Al estudio de todas las épocas de esa versificación variamente irregular, ha consagrado el señor Henríquez Ureña el presente libro, donde ha organizado por vez primera una vasta materia que comprende desde los orígenes medievales hasta la lírica de las zarzuelas y del género chico y hasta la evolución contemporánea incitada por Rubén Darío."

Bellamente Menéndez Pidal reconoció que con ese libro, Henríquez Ureña "había conquistado una nueva provincia para la historia literaria." De tal modo, el insigne dominicano infundió y difundió la savia racial de la cultura hispánica en las juventudes americanas, animado dentro de su actuación moderna por aquel aliento universal que tuvo la España del siglo de oro.

Leyendo los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, hallo las palabras tan hondas y sensibles con que Henríquez Ureña habla de nuestro Héctor Ripa Alberdi, que fue para él la revelación íntima de la Argentina, cuando lo oyó en México, y pienso que tales palabras sirven para definir al escritor ahora recordado, "aquél espíritu tranquilo era espíritu fuerte; por eso unía a la honda paz de su vida interior la franca entereza de su vida pública."

Pedro Henríquez Ureña ha dejado una memoria iluminada en quienes lo conocieron, y esa luz persiste en cuantos lo leen y recuerden, Jorge Luis Borges tiene en su bello libro *El Oro de los Tigres*, un prosipoema onírico donde habla de Henríquez Ureña: "Hará unas cuántas noches, discutiste con Borges la

invocación del Anónimo Sevillano, *Oh, muerte, ven callada como sueles venir en la saeta*. Este recuerdo profético se presenta estremecedor a la memoria del poeta: "Dentro de unas horas te apresurarás por el último andén de Constitución, para dictar tu clase en la Universidad de La Plata. Alcanzarás el tren, pondrás la cartera en la red y te acomodará en tu asiento, junto a la ventanilla. Alguien cuyo nombre no sé, pero cuya cara estoy viendo, te dirigirá unas palabras. No le contestarás porque estarás muerto..."

La persona sobre cuyo hombro derecho se desplomó; ya muerto Henríquez Ureña, habló a su casa apenas tuvo tiempo. Yo atendía el teléfono y me llamó la atención el tono acongojado de la voz de mi cuñado, Augusto Cortina: —Ha pasado algo terrible. (Fueron sus textuales palabras que repetí en voz alta y asustaron muchísimo a mi hermana); ella tomó entonces el teléfono y la oí decir: —Ha muerto Henríquez Ureña al lado de Augusto.

Graciela también se afligió mucho; conocía a la bella y espiritual señora de Henríquez Ureña, a sus gentiles hijas, con quienes conversaran en las reuniones de aquel hogar culto y feliz.

Siempre recordamos con pena las circunstancias de aquella muerte, para trascender al elogio del inolvidable Pedro Henríquez Ureña. Al concluir estas páginas lo evoco en su bella prosa, cuando recuerda a Ripa Alberdi: "¿pueden quienes no lo conocieron, sorprender el aroma de la flor ya seca?"

Tarde en la madrugada, frente a los anaqueles llenos de libros, los compañeros de toda su vida, sin Crucifijo, se velaba a Henríquez Ureña.

Se me pide que diga lo que ha representado Pedro en nuestras vidas. De mí se dice que ha representado mucho y que un ahora, a los treinta años de su desaparición, representa mucho. Sin pensarlo siquiera cuántas veces he visto con la mente y el corazón a él. Un ejemplo, hace poco en un comentario publicado en *La Nación* (11-3) de Buenos Aires sobre una frase un tanto simplista del extraordinario traductor y compilador,

*EL SEÑORIO INTELECTUAL,
MORAL Y VITAL DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA*

Por Renata Donghi Halperin

Argentina

Al anochecer me había llamado Isabel Henríquez Ureña, siempre cordial y ceremoniosa: —Ya que el Sr. Halperin está bien, los esperamos mañana a cenar. Pedro vuelve temprano de La Plata.

Estaba yo enhebrando un collar para la cena, cuando irrumpió mi marido demudado: —Henríquez Ureña ha muerto en el tren a La Plata.

Tarde en la madrugada, frente a los anaqueles llenos de libros, los compañeros de toda su vida, sin Crucifijo, se velaba a Henríquez Ureña.

Se me pide que diga lo que ha representado Pedro en nuestras vidas. De mí sé decir que ha representado mucho y que ún ahora, a los treinta años de su desaparición, representa mucho. Sin pensarlo siquiera ¡cuántas veces he vuelto con la mente y el corazón a él! Un ejemplo, hace poco en un comentario publicado en La Nación (11-1) de Buenos Aires ante una frase un tanto simplista del extraordinario traductor y compilador,

Luigi Fiorentino, replicaba yo: "Y quizás por la misma razón algunas afirmaciones nos parecen un tanto tajantes (nosotros acostumbramos a un Federifco de Onis, a un Henríquez Ureña.)"

Sin embargo yo no fui su alumna; asistí, eso sí, a casi todos sus cursillos dictados en el Colegio Libre de Estudios Superiores, donde mi marido trabajó conjuntamente con Reissig, Giusti y ¡cuántos más! , pero, estoy segura que, si bien la frecuencia pudo reafirmar esa veneración más que admiración, estoy segura que de haberlo visto una sola vez habría sentido, si no expresado, lo que tan bien dijo que ese fino espíritu que fue Giovanni Turin, humanista italiano refugiado en nuestro país en los tremendos años del Fascismo: "—Todo en él trasunta señorío, señorío intelectual, señorío moral, señorío vital." Juicio emitido al conocerlo en una una de las frecuentes reuniones de los que, perplejos y angustiados, buscamos en los amigos sosiego y claridad ante el planteo diario a que las circunstancias de aquel entonces nos obligaban.

Señorío, palabra en verdad ajustada al ser de Pedro Henríquez Ureña. Señorío real, entendámonos, no confundirlo con del señorito, su opuesto. La literatura española de que era maestro don Pedro, nos dió en su mayor poema, este enfrentamiento, que acaso, todavía perdura: Mío Cid y los Infantes de Carrión. El Señor y los Señoritos. El Señor en su aislamiento sin soberbia y sin jactancia, el Señorito necesitado de sostenes y reconocimiento.

Nuestro país dió prueba, una vez más, de su ceguera: don Pedro segundo en todas partes, él que los sobraba a todos, pero mal defensor del tener, encerrado en la majestad del ser.

En sus escritos, en sus clases, en sus conferencias, hallamos siempre lo que Santayana reclamaba del pensador, del escritor: la monumentalidad. Lo que Horacio exalta en su oda: Exegi Monumentum, más diradero que Roma Eterna. Vle decir al propósito de perduración: "Momentos cruciales de la experiencia que el hombre procura detener artificialmente, en medio del correr del tiempo, para hacerlos más influyentes y perdurables". Palabras con que Raimundo Lida sintetiza, en ese

aspecto, el sentir de Santayana, y de propósito he querido citar a Raimundo Lida que compartió la labor con Pedro Hrnriquez Ureña en el Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires durante tantos años, hasta su derrumbe.

Más de veinte años pasó en nuestro país adonde había llegado huyendo de lo inaceptable. Llegó pobre, recuerdo (quizás el aferrarme a recuerdos concretos sea deformación de novelista, pero, ¿no es precisamente el recuerdo que rescata de la abstracción a los seres que nos han acompañado durante un trecho?) Recuerdo, éramos recién casados cuando mi marido fué a La Plata a conocerlo. Vivían muy modestamente, luego ¡con cuánto esfuerzo logró dar a los suyos y a sí mismo el confort acostumbrado! Su tarea fue casi exclusivamente de profesor secundario, las demás: Instituto, Lozada, Universidad más bien una carga que cargos, cargas que, naturalmente, eran su vida misma.

Tarea agotadora la de profesor de enseñanza media, si la hay y ¡cómo la cumplía! No desdeñó jamás su labor así fuese, como lo era, pesada e injusta. Aún ahora decenas y decenas de hombres guardan como reliquias sus "deberes" de adolescentes, páginas vacilantes, imperfectas, malas muchas de ellas, concienzudamente corregidas por quien en los m'altos' claustros del mundo se lo reconocía maestro. Por quien con su solo existir testimoniaba la excelsitud humana del "animal erguido ante el cielo."

Letras, en dicente empeño cultural. Sus primeros poemas se manifestaron en el verso de forma lírica y pura, bajo el imperativo de una lírica que ya se entreveía de madurez creadora.

Esta vez, poética la hubo de la madre, doña Salomé Ureña, de prosapia limpia y culta: en cuya mente de educadora enjardaron quince hijos, domesticados, para sembrar el patio de Quilmeva, de sigatá de arágo y epilepto en las letras de América. Se dió a la enseñanza, para soberse muestra de sus propios hijos. Y sin escoger a uno o otro, en Pedro lo sawa matema enlerto la leñe que behieren los escogidos del Olimpo, para una obra de creatividad, engalanada de buclertificatos.

**PEDRO HENRIQUEZ UREÑA:
DEFENSOR DE LA LENGUA Y DE LA PATRIA**

Por Ernesto Juan Fonfrías

Puertorriqueño

Don Pedro Henríquez Ureña es uno de los inmortales de nuestras letras hispanoamericanas. Forjador de una cultura que apenas si cabe en el ámbito de la tierra que le viera nacer y en las demás, donde su planta de exiliado voluntario en creación de la verdad en sus múltiples consignas, cuajó esencia de inmortalidad.

Genial lo fué desde los primeros años de una vida que consagró a las letras, en diciente empeño cultural. Sus primeras luces se manifestaron en el verso de tonalidad diáfana y pura, bajo el imperativo de una lírica que ya se entendía de madurez creadora.

Esa vena poética la hubo de la madre, doña Salomé Ureña, de prosapia limpia y culta, en cuya mano de educadora cuajaron muchos verbos dominicanos, para sembrar el patio de Quisqueya, de figuras de arraigo y aplauso en las letras de América. Se dió a la enseñanza, para saberse maestra de sus propios hijos. Y sin escoger a uno u otro, en Pedro la savia materna injertó la leche que bebieron los escogidos del Olimpo, para una obra de creatividad, engalanada de bucles rimados.

Poeta fue de arranque natural, en cultivo de hacer, sin trances de apuros. El amigo distinguido Emilio Rodríguez Demorizi dice alguna vez de don Pedro: *"Dentro del verso conoció el sentido de las palabras y en ellas puso, para espasmo de todos, el juvenil espíritu."*

Los primeros versos que dió a conocer en público, en una velada infantil en la residencia de las hermanas Mota en Puerto Plata, fueron dedicados a la memoria del puertorriqueño Pachín Marín, muerto en la manigua cubana, peleando con los insurrectos del país hermano en defensa de su independencia.

Fue de precoz adolescencia. Lo preconizaba don Américo Lugo, pro-hombre de las letras quisqueyanas, cuando aseguró que *"Llegaría a ser el primer hombre de letras de la República"*, y cuando ese hombre murió, dijo entonces don Américo: *"Y ya en el 1905 era el más notable crítico dominicano."*

Desde pequeño sobresalió en matemáticas y ciencias naturales, pero al volcarse su quehacer en los años, con la gracia de Dios, había cuajado en su espíritu, una fuerza humanística por encima de todo otro sentimiento; la que se desbordaba como chorro de manantío, en su palabra dicha y escrita y en sus hechos de un taller de trabajo y de estudio.

"La lengua es la patria," afirmó don Miguel Antonio Caro defendiendo las simientes del idioma, que cuajan la raíz de la patria y juzgan la identidad del hombre. Y añadió: *"La lengua es a lo menos una segunda patria, una madre que nunca nos abandona, que nos acompaña en la desgracia y en el destierro, alimentándonos siempre con sagrados recuerdo y halagando nuestros oídos con acentos de inefable dulzura."*

Don Pedro Henríquez Ureña lo entendía así. Y al culto de la lengua se dió amorosamente, como en culto a su vida misma, sin orillamiento su apostolado. Y escribió de ella y sobre ella en las ocasiones en que el tema respondía con urgencia a fijar señalamiento patriótico o a acumular en los genes sabedores del nacimiento, la raza que daba el ser y el destino antropológico que se manifiesta en el hombre.

Del Maestro dominicano son estas palabras que entresacamos de su ensayo *El descontento y la promesa*. “nos sobrecogen temores súbitos: queremos decir nuestra palabra antes de que nos sepulte no sabemos que inminente diluvio”. Todo ello eran temores vivos frente a la realidad absorbente de un pueblo poderoso y cercano, avasallante y dado a la conquista, con otra lengua y otra cultura, en afán de lucro....que iba sembrando sus armas y su idioma en otras tierras hermanas y muy cercanas.

No orillaba ocasión para hacerse saber en tema tan apurado. Escribía, hablaba, instaba con el ejemplo: *A la lengua hay que trabajarla hondamente; esforzándonos en hacerla pura; bajando hasta la raíz de las cosas que queremos decir, afirmar, definir, con ansia de perfección.*” (1)

En su erudito ensayo titulado “El papel de Santo Domingo en la historia lingüística de Hispanoamérica” afirma: “*el núcleo de población relativamente numeroso, que se formó durante los quince años siguientes al descubrimiento, estableció, las bases lingüísticas*”. *Santo Domingo fue el primer centro de americanización del español, tanto en la adaptación a cosas o hechos del nuevo mundo, como a la adopción de palabras indias...*”

Y si como ensayista acumuló glorias y como humanista hizo consagración casi apostólica, el verso, que luego apenas si lo trabajó para dar más tiempo a su empeñosa obra pedagógica, lo hizo carne de amor y de consagración espiritual, para su grito de defensa de la patria, a la que sabía indefensa en tantos momentos; pero a pesar de todo ese quehacer, nunca desmayó su afamoso afán y preocupación en defender la lengua; la lengua madre, la que sabía expresar sus sentimientos en amargo clamor, cuando lejos de la patria estaba, o cuando algún barrunto nocivo irrumpía contra las bondades de su pueblo o de los demás del Continente, al que intensamente quiso.

(1) Seis ensayos en busca de nuestra expresión — Buenos Aires — 1928

Del Maestro dominicano son estas palabras que Si Eugenio María de Hostos enseñó a pensar a nuestra América como alguien con suficiente derecho ha dicho, Pedro Henríquez Ureña la enseñó a humanizarse, a ser más propia, más suya, desde los cuajos de la sangre, hasta la infinitud del espíritu.

No orillaba ocasión para hacerse saber en lengua tan aguda. Escríbala, hablada, escrita con el ejemplo. A la lengua hay que trabajar hondamente, esforzándonos en hacerla pura; y para esto hasta la raíz de las cosas que queremos decir, animar, deber, con una perfección. (1)

En su estudio ensayo titulado "El papel de Santa Domingo en la historia lingüística de la panamericana", afirma: "el núcleo de población relativamente numeroso, que se formó durante los siglos anteriores al descubrimiento, establecido, los datos lingüísticos, Santa Domingo fue el primer centro de americanización del español, tanto en la adopción a todas e hechos del nuevo mundo, como a la adopción de palabras indígenas."

Y como marxista acumuló glorias y como humanista una concepción casi apostólica, el verso que luego apenas le tardó para dar lugar tiempo a su embudo de pedagogía, lo hizo cantar de amor y de consagración espiritual, para su vida de defensa de la patria y la que salía adelante en tantos momentos, pero a pesar de todo ese carácter, nunca dejó de su rítmico aya y preocupación en defender la lengua, la lengua madre, la que sabía expresar sus sentimientos en muchas maneras, cuando lejos de la patria estaba o cuando alguna palabra, nombre, término, contra las bondades de su pueblo de las letras del Comintern, si que interinamente quise.

(1) See essay in book de nuestra exención - Buenos Aires - 1924.

*MEDALLON DEDICADO
A PEDRO HENRIQUEZ UREÑA*

Por Manuel José Forero

Colombiano

A tres buscadores quiero referirme al escribir el nombre de Pedro Henríquez Ureña. A él mismo, gloria de las letras de la República Dominicana, a Francisco José de Caldas y a Rufino José Cuervo, entrañablemente vinculados a Colombia.

Buscador de plantas y de flores fue Caldas, cuya vida se inició cuando aún parecía vigorosa y perpetua en la Nueva Granada, la dominación española. En las llanuras hallaba especies amables y en las selvas manifestaciones poderosas de la naturaleza: pero en todo hallaba a la Patria.

Aprendió Caldas tan vivamente la lección silenciosa, que al morir en el cadalso por la República ya ella dilataba en los aires americanos la voz de sus clarines.

Así como Caldas fue buscador de la Patria, por medio de los pétalos y de la fragancia de los jardines granadinos, Pedro Henríquez Ureña divagó en campos y praderas, en aldeas y ciudades de una isla encantada de las antillas, y percibió a la Patria en el acento de las gentes, en las creaciones peculiares del pueblo común, y en los himnos entonados por este desde los días augurales de la libertad.

Maestro sumo en la paciencia, en el rigor científico, en la selección minuciosa, Pedro Henríquez Ureña se muestra espléndido en las páginas del libro *El Español en Santo Domingo*. Así fue Caldas en la Botánica, así fue Rufino José Cuervo en el *Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana* y en las *Apuntaciones Críticas sobre el lenguaje bogotano*

Buscadores necesita hoy como ayer, el mundo hispanoamericano. Buscadores sencillos, buscadores ajenos al bullicio y la vanidad. Buscadores de la verdad perceptible en la palabra que vibra bajo los altos montes y en la recia estructura de las grandes ciudades del mundo de Colón.

En los cielos estrellados ostenta la América española, al lado de otras muchas estrellas, estas tres gigantescas y luminosas. En el movimiento del universo, ellas enseñan a muchos en el porvenir, como lo hicieron en el horizonte del pasado, la recta orientación de la ciencia, la firme sustentación de la voluntad.

Francisco José de Caldas, en la antigua Nueva Granada; Pedro Henríquez Ureña, en las tierras que fueron vistas por los asombrados ojos de Cristóbal Colón; y Rufino José Cuervo, en la actual República de Colombia, permiten admirar cuánto vale el ser sencillo buscador.

UN HOMBRE EJEMPLAR

Por Carlos García Prada
Colombiano

La ejemplaridad de un hombre radica en la capacidad de darse por entero al ideal que profesa y defiende, por constituir la razón de su existencia. Por eso es ejemplar don Pedro Henríquez Ureña, el eminente erudito a quien tanto respetamos y admiramos los hispanistas del mundo occidental.

Miembro de ilustres familias de letrados, Pedro Henríquez Ureña nació y se educó en Santo Domingo, y coronó su carrera de escolar en la Universidad de Minnesota, donde obtuvo los grados de licenciado y de doctor en filosofía y letras. Enseñó en varias escuelas y colegios de México; fundó allí la Universidad Popular, y fue profesor de literatura española e hispanoamericana en varias instituciones mejicanas, en las universidades norteamericanas de Minnesota, Chicago y California, y en las argentinas de La Plata y Buenos Aires.

La lengua castellana y su literatura fueron el alma del alma de Pedro Henríquez Ureña, y la enseñanza fue su mayor estímulo para entrar seriamente en el campo de la investigación y la publicidad. Dotado magníficamente de inteligencia, memoria, imaginación, sentido crítico y gran voluntad, don

Pedro se consagró al estudio y a la enseñanza con entusiasmo y tenacidad extraordinarios: inspiró y guió a sus discípulos, y nos dió a todos sus *Ensayos Críticos*, *Horas de Estudio*, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, *El renacimiento en España*, *La utopía de América*, *La Versificación irregular en la poesía castellana*, *Don Juan Ruiz de Alarcón*, algunos tratados sobre la índole y la historia de nuestra lengua, varias antologías de las letras dominicanas y argentinas, numerosos artículos periodísticos, relatos y tragedias. Era incansable, fértil y artístico. Sus escritos, variados y sólidos, se distinguen no sólo por su contenido, rico, penetrante, lúcido, y bien documentado, sino por su estilo terso, elegante conceptuoso y castizo.

Don Pedro Henríquez Ureña, Maestro de maestros, fue hombre ejemplar que supo reanimar la fe en los destinos de la raza hispanoamericana y darle orientaciones claras y redentoras.

EL AMERICANISMO HISPANICO DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Por Lisandro Gayoso

Argentino

América hispánica con el descubrimiento del continente homónimo, desde su principio, en verdad, irrumpe en la vida socio-económico-cultural de Europa como una expresión renovadora que en el tiempo se acentúa y se consolida hasta adquirir proporciones de verdadera dimensión revolucionaria, en especial, y ésta es nuestra intención tratar, en lo referente a lo cultural.

América latina y América hispánica no tienen otra diferencia que la temporalidad y la definición individual de cada pensador, ya que en su esencialidad no pueden desprenderse o desgajarse más que por el albedrío del propio raciocinio.

Pero lo concreto de este fenómeno histórico-geográfico es que a raíz del descubrimiento de esta parte del mundo por Cristóbal Colón se produce una transformación y evolución de notables consecuencias en las manifestaciones del antiguo mundo, y Europa, remisa en sus comienzos, no puede dejar de sentirse subyugada por las nuevas corrientes —en todas las disciplinas— que le llegan y demuestran que hay un venero de sangre pujante y renovadora. Y esto responde al viejo principio

de que la juventud siempre, y eternamente, será el incentivo pleamar de la obligación de una revisión general de los métodos. A partir de ahí la hermenéutica siente como si sus cimientos se estremecieran por la fuerza de un temblor diferente, porque, dicho sea de paso, por más ortodoxa que aquélla sea, alberga en sí la palpitante vida que no puede quedar ajena al latir universal.

Como bien lo dice D. Marcelino Menéndez y Pelayo, "todavía es cierto que la mayor parte de lo que se escribe, publica y habla, recae exclusivamente sobre la persona y los viajes del primer Almirante de las Indias occidentales; ora porque su figura eclipsa realmente a las demás, con ser éstas de tal magnitud; ora (y a esto nos inclinamos más) porque Colón, aún siendo solo, es bastante hombre para un Centenario, al paso que el Centenario resulta pequeño para la digna y total glorificación de aquel portentoso alarde de nuestra raza, que Francisco López de Gomara llamaba en 1552, la mayor cosa, después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que los crió (Cf. "Estudios de Crítica Histórica y Literaria." Espasa Calpe. S.A. Edic. 1944 Pág.51, t. VII), y todo en mérito porque a partir de ese hecho se modifican paulatinamente viejos conceptos y sistemas. Es la aurora que abre horizontes de positiva realidad que si no dan sus frutos de inmediato con el tiempo generarán una tónica de caracteres definidos.

Esa bifurcación del proceso histórico cultural fue perfectamente advertida por el maestro de América, Pedro Henríquez Ureña, que consagró sus horas al esclarecimiento de un espectro que hasta ese entonces no era barruntado por quienes estaban deslumbrados en la búsqueda de la originalidad, no siempre buena conductora en los caminos de la realidad y la verdadera senda del conocimiento y de la estética. Pero para ese hombre y escritor poseedor de excepcionales dotes de historiador, crítico y filólogo, nacido en Santo Domingo en 1884 e hijo de la poetisa Salomé Ureña de Henríquez, y de quien José Enrique Rodó dijo, refiriéndose a su obra "*El nacimiento de Dionisios*," "Es lo más hermoso que ha salido de su pluma, y una de las cosas más bellas de la nueva literatura

hispanoamericana. El hondo y personal sentido del mito encarna en una noble belleza de estirpe muy superior a la que deslumbra los ojos del vulgo literario," sentía en sus entrañas un fuego americanista de depurada frecuencia que trasladaba a sus escritos con sensibilidad ejemplar, como cuando dice: "Mi primera intención fue limitarme en estas conferencias a la literatura de América hispánica (nombre que me parece más satisfactorio que el de "América Latina"); más tarde decidí no excluir las artes, con objeto de reforzar mejor el sentido de la unidad de cultura en los países que, en este hemisferio, pertenecen a la tradición hispánica que fue su debilidad, su amor y sus constante, y de ahí que lo lleve a afirmar: "En una época de duda y esperanza, cuando la independencia política aún no se había logrado por completo, los pueblos de la América hispánica se declararon intelectualmente mayores de edad, volvieron sus ojos a su propia vida y se lanzaron en busca de la propia expresión. Nuestra poesía, nuestra literatura, habían de reflejar con voz auténtica nuestra propia personalidad. Europa era vieja; aquí había una vida nueva, un nuevo mundo para la libertad, para la iniciativa y la canción. "(Cf. *"Las corrientes Literarias en la América Hispánica."* Fondo de cultura Económica. México. Edic. 1969, Pág. 9).

Este pensamiento concuerda con lo expresado por Salvador de Madariaga en su libro "España": "Los pueblos hispanoamericanos habían nacido a la libertad en una atmósfera de gran actividad intelectual. La mayor parte de los caudillos de las guerras de la emancipación eran grandes lectores de libros europeos. Se ha exagerado la influencia del siglo XVIII francés en los movimientos de emancipación hispanoamericanos. Cuando más se estudian las figuras de la época, más resulta su profunda españolidad: ejemplo, Bolívar, que luchó contra España con un temperamento magníficamente español. "(Cf. "España." Ensayo de historia contemporánea. Edic. Sudamericana, 1974. Pág. 250).

Con propiedad se puede afirmar que el americanismo, de Pedro Henríquez Ureña tiene matices singulares, despojado de todo "chauvinismo:" y entregado con una amplitud tal que da la

exacta dimensión espiritual y la hondura de su cultura, ya que solamente cuando las miras están puestas en la cima es posible lograr la concepción de grandeza ecuménica como la que consigue y transfiere Henríquez Ureña. Precisos son, por eso, los conceptos de Ernesto Sábato, de quien fue discípulo en el colegio secundario de la Universidad de la Plata, cuando expresa: "Este hombre que alguien llamó "peregrino de América" (y cuando se dice América en relación a él debe entenderse América Latina, no esa teórica América total que la retórica de las cancillerías ha puesto de moda, por motivos menos admirables), tuvo dos grandes sueños utópicos: como San Martín y Bolívar, el de la unidad de la Magna Patria; y la realización de la Justicia en su territorio, así con mayúscula." (Cf. "Pedro Henríquez Ureña" por Ernesto Sábato. Ediciones Culturales Argentinas. Buenos Aires, 1966. Pág. 21).

El americanismo de Henríquez Ureña arranca desde el mismo grito del descubrimiento de nuestro continente en la interpretación profundísima de la epopeya colombina, productora de un movimiento cultural a la vez que de conquista, y prosigue un camino siempre coherente iluminado por la idea de justicia y de libertad para los pueblos, y sobre todo del hombre, esa libertad que no solamente reside en el hecho físico sino que se anida en el espíritu y que se obtiene con el transcurrir, cuando la cultura ha penetrado en la mente y se despliega como cantar de gesta, es decir, que el ser humano no es verdaderamente libre mientras no sepa desprenderse de la ignorancia con que nace y la transmite en verdadera potencialidad espiritual.

Para Pedro Henríquez Ureña, América tiene una gran connotación con España porque de aquí proviene, al fundirse con las costumbres de los indígenas, una nueva civilización que persiste como manifestación individualista y definida en sus caracteres. Porque en un principio fue la naturaleza que deslumbró en el descubrimiento del Nuevo Mundo a quienes lo pisaron por vez primera, y luego llegó el descubrimiento del primitivo habitante de la América Latina o hispánica como la llama el maestro dominicano, quien dice en "*Las fórmulas del*

americanismo”: “A la naturaleza sumamos el primitivo habitante. ¡Ir hacia el indio! Programa que nace y renace en cada generación, bajo muchedumbre de formas, en todas las artes. En literatura, nuestra interpretación del indígena ha sido irregular y caprichosa. Poco hemos agregado a aquella fuerte visión de los conquistadores como Hernán Cortés, Ercilla, Cieza de León y de los misioneros como Fray Bartolomé de las Casas. Ellos acertaron a definir dos tipos ejemplares que Europa acogió e incorporó a su repertorio de figuras humanas: ‘El indio hábil y discreto’, educado en complejas y exquisitas civilizaciones propias, singularmente dotados para las artes y las industrias, y el ‘salvaje virtuoso’ que carece de civilización mecánica, pero vive en orden, justicia y bondad, personaje que tanto sirvió a los pensadores europeos para crear la imagen del hipotético hombre del ‘estado de naturaleza’ anterior al contrato social. En nuestros cien años de independencia, la romántica pereza nos ha impedido dedicar mucha atención a aquellos magníficos imperios cuya interpretación literaria exigiría previos estudios arqueológicos; la falta de simpatía humana nos ha estorbado para acercarnos al superviviente de hoy, antes de los años últimos, excepto en casos como el memorable *Indios raqueles*: y al fin, aparte del libro impar y delicioso de Mansilla, las mejores obras del asunto indígena se han escrito en países como Santo Domingo y el Uruguay, donde el aborigen de la raza pura persiste apenas en rincones lejanos y se ha diluído en recuerdo sentimental. ‘El espíritu de los hombres flota sobre la tierra en que vivieron, y se le respira.’ decía Martí”.

El americanismo de Henríquez Ureña no se detiene en el indio, como él lo reconoce y acepta: “Existe otro americanismo, que evita al indígena, y evita el criollismo pintoresco, y evita el puente intermedio de la era colonial, lugar de cita para muchos antes y después de Ricardo Palma: su precepto único es ceñirse siempre al Nuevo Mundo en los temas, así en la poesía como en la novela y el drama, así en la crítica como en la historia. Y para mí, dentro de esa fórmula sencilla como dentro de las anteriores, hemos alcanzado, en momento felices la expresión vivida que perseguimos. En momento felices

recordémoslo” (Cf. “El descontento y la promesa, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión.*” Buenos Aires 1936. Op. Cit. Ernesto Sábato. Pág. 104 y 105).

Largo y complejo sería seguir la trayectoria del americanismo en la obra de Pedro Henríquez Ureña por la simple contingencia de que ella está preñada de ese aliento que lo nutrió durante toda su existencia en la demostración enjundiosa de su cimentada erudición, constantemente proclive a la defensa de un ideal telúrico como solamente es dado comparar con los grandes creadores de nuestra América Latina que supieron dejar en las diversas disciplinas la potencialidad de la tierra en donde nacieron o en la cual amaron con insólito ardor los que llegaron de distintas latitudes. De ahí que sean válidas aún hoy estas apresaciones de Henríquez Ureña pertenecientes a *El afán europeizante*: “Volvamos ahora la mirada hacia los europeizantes, hacia los que descontentos de todo americanismo con aspiraciones de sabor autóctono, descontentos hasta de nuestra naturaleza, nos prometen la salud espiritual si mantenemos recio y firme el lazo que nos ata a la cultura europea. Creen que nuestra función no será crear, comenzando desde los principios, yendo a la raíz de las cosas, sino continuar, proseguir, desarrollar sin romper tradiciones ni enlaces.” Cabales son, en consecuencia, estas palabras casi proféticas si nos atenemos a lo que está aconteciendo hoy en nuestra América Latina:” Aceptemos francamente, como inevitable, la situación compleja: al expresarnos habrá en nosotros junto a la porción, nuestra, hija de nuestra vida, a veces con herencia indígena, otra porción sustancial, aunque sólo fuere el marco, que recibimos de España.” (Op. Cit. Sábato, Pág. 107).

Para Henríquez Ureña América hispánica fue siempre ella. En cada tramo de lo mucho que escribió, en cada pensamiento, en lo contingencial creativo. Por eso cuando él escribe” mi propósito ha sido seguir las corrientes con la ‘busca de nuestra expresión’ “está definiendo perfectamente su posición. Al decir “nuestra expresión” en la raíz misma está su tan amada América hispánica. Esa América que nace en su Santo Domingo y se propaga hacia la zona más austral: esa América que quiso con la

intensidad del hombre aborigen y del hombre culto, del hombre que soñó en el pico de la montaña y en las dilatadas sabanas y llanuras, y en los ríos y en los mares; esa América que vivió en su patria, en México, en Chile y en la Argentina con idéntica emoción.

En suma, esa América hispánica que se podría decir redescubierta por el maestro y erudito Pedro Henríquez Ureña está como gigantesco afluente de la cultura universal en toda su obra y en donde se origina su espléndido americanismo abridor de rutas.

Por Ramón González Fariñas

BUENOS AIRES, Junio de 1976.

Venezolano

Entre las figuras del mundo contemporáneo que nos ha hecho meditar acerca de su múltiple significación, está Pedro Henríquez Ureña. Este resulta en el ámbito americano un hito y, al mismo tiempo, una comunicación con realidades americanas.

El genio universal nació el 29 de junio de 1894. Sus padres fueron Francisco Henríquez y Carvajal y Salomé Ureña.

La madre influye notablemente en la formación espiritual del escritor. Va a dejarle a Pedro la impresión de que el ser humano requiere trascender y lo interconecta está en la selección de las vivencias en el mensaje, en la expresión de nuestra realidad, en una forma que tienda a sobrepasar, a vencer a la muerte.

Doña Salomé fue maestra del hijo, no de primeras letras sino de Goya-Cienfuegos. Cuando publica Pedro "Aquí Abajo" en 1898, hubo todo un cendal materno en la realización de esta poesía. Sin embargo Pedro Henríquez Ureña, si asomó como poeta no perduró en el verso; sino plasmó su espíritu en la prosa de estos sustanciosos libros, condensada. De ordinario es la suya una prosa, no para recrearse sino para informar, educar, transmitir los fundamentos del conocimiento.

PRESENCIA DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Por Ramón González Paredes

Venezolano.

Entre las figuras del mundo contemporáneo que nos ha hecho meditar acerca de su múltiple significación, está Pedro Henríquez Ureña. Este resulta en el ámbito americano un hito y, al mismo tiempo, una comunicación con realidades anteriores.

El dominicano universal nació el 29 de junio de 1884. Sus padres fueron Francisco Henríquez y Carvajal y Salomé Ureña.

La madre influye notablemente en la formación espiritual del escritor. Va a dejarle a Pedro la impresión de que el ser humano requiere trascender y lo interesante está en la salvación de las vivencias en el mensaje, en la expresión de nuestra verdad, en una forma que tienda a sobrevivirnos, a vencer a la muerte.

Doña Salomé fue maestra del hijo, no de primeras letras sino de Gaya Ciencia. Cuando publica Pedro "Aquí Abajo," en 1898, había todo un cendal materno en la realización de esta poesía. Sin embargo Pedro Henríquez Ureña, si asomó como poeta no perduró en el verso, sino plasmó su espíritu en la prosa, de corte sustancioso, ligero, condensado. De ordinario es la suya una prosa, no para recrearse sino para informar, educar, escrudriñar los hondones del conocimiento.

Bachiller en la Universidad de Santo Domingo, el año 1901, no se corona con las lindes de su propio país, si no la angustia espiritual que pondrá de manifiesto en sus producciones, lo demuestra en el trasiego de la misma vida. Viaja a New York, con el propósito de ampliar los conocimientos. Luego lo encontramos en La Habana, de 1904 a 1906, y de allí esa misma inquietud lo lleva a México, en donde termina la carrera de abogado en el año 1914.

Es hombre de investigación, de Universidades. En Minnesota, en el año 1916, empieza a demostrar ante sus compañeros el afán intelectual que le caracteriza durante toda la existencia; pero había algo de mayor importancia que todos esos viajes, y es el paso del Atlántico para ir a encontrarse con su destino.

El calificativo que le dirige Alfonso Reyes viene a ser sintomático: lo llama el "Apostólico Pedro," porque intuye el Maestro Mexicano que el otro Maestro de Santo Domingo actúa en confradías culturales, con el tranquilo ver y actuar de quienes se saben misioneros y están consubstanciados con esa misión.

Me he referido al destino cuando mencioné el viaje a España de Pedro, Apóstol Mayor de la Cultura Americana, pues no sentíase bien si no bebía en las propias fuentes del espíritu y de la lengua. El sentíase heredero de los clásicos del siglo XV, y en el viaje iba a formalizar la herencia así, como don Quijote pasó toda una noche velando sus armas de caballero. No requería de la presencia física de la Madre Patria americana, porque la llevaba en el corazón, pero la formalidad de velar armas de caballero o de tomar el manto del apostolado no podía rehuirse, pues completaba algo esencial en el rito, entrañable a todo oficio de cultura.

Así la permanencia en la península Ibérica, entre los años 1917 y 1918, reviste solemne importancia en la vida del escritor, y no responde a mero afán turístico. Hay un propósito existencial, ineludible.

Cuando regresa a los Estados Unidos y lo vemos de profesor de la Universidad de California, en el verano de 1918, ya siente que ha cumplido con una buena parte de su destino, porque tuvo el encuentro indispensable para un hijo de América, amante de la conciencia cultural, o sea, el ámbito hispánico.

Contrae matrimonio con Isabel Lombardo Toledano, el año 1923, y ahora viene el viaje al Sur con su esposa., para residenciarse en Buenos Aires, en donde tiene una larguísima estancia, la postrera, hasta fallecer en la entonces metrópoli, plena de caminos y que, como México, había logrado entrañar el alma americana con toda su problemática de caleidoscopio, el año 1946. Ese mismo año, un novelista que ha podido llevar a cabo en Venezuela una labor semejante a la de Sarmiento, en forma efímera, llegó al poder por votación popular universal, directa y secreta, y luego fue depuesto, o sea, que de haber estado vivo Pedro Henríquez Ureña para registrarlo, hubiese suspirado ante el destino duro, zigzagüero, de los pueblos americanos, todavía en busca de sí propios, en un constante caer y tropezar para erguirse y volver a caer en la angustiada marcha

Pedro Henríquez Ureña, en su no corta existencia, demuestra inquietud vital de paisajes, inconformidad de cuanto se le daba, como si estuviera anhelando toparse de buenas a primeras con un definitivo edén para el espíritu, el cual significaría conocimiento cabal de la propia dimensión del escritor y, desde luego, la del mundo americano. Su regreso a Santo Domingo, entre los años 1931 y 1933, tiene, como lo informan algunos de sus amigos de entonces, un dejo de melancolía, un remanso de tristeza. Daba la impresión de estar saboreando todas aquellas vivencias infantiles en una calle cualquiera de la ciudad, en una plaza o en los lugares menos concurridos: le parecía oír una voz lejana o bien encontrarse con figuras de otra época, y se llenaba de silencioso encantamiento.

La bibliografía del Maestro nos informa de la trayectoria de un viajero espiritual que lleva su inquietud por todos los caminos de América. Se presenta como humanista apostólico, deseoso de analizar, describir, compendiar y hacer de su existencia cátedra de luz.

Está en la línea de los grandes trabajadores intelectuales del Continente en visión crítica e histórica, que pudiera comenzarse con Garsilaso Inca de la Vega; seguirse con Hernando Alvarado Tezozómoc, Fernando de Alba Ixtilxóchitl, Lucas Fernández de Piedrahita, Juan de Espinosa Medrano, hasta seguir con Lucas Alamán, Lorenzo Zavala, José María Luis Mora, Manuel Orozco Berra, Rafael María Baralt, José Gil Fortoul, Bartolomé Mitre, Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna, Vicente Fidel López, José Antonio Saco, Domingo Faustino Sarmiento, Montalvo y Rodó, para llegar a Rufino Blanco Fombona, Mario Briceño Irigorry, Mariano Picón Salas, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Francisco Romero, Angel Rosenblat, Amado Alonso y Germán Arciniegas, entre otros muchos.

Su bibliografía es densa y de rica visión conjunta americanista, porque siempre andaba Pedro Henríquez Ureña haciendo pompas de jabón dentro de las investigaciones, para llegar a ver y solazarse con la pompa mayor, o sea, la ilusión de una América como totalidad, que pudiese, al encarar el sol, descomponer la luz blanca y forjar el mejor arco iris de creación cultural y de hermandad espiritual política, semejante en las letras al que forjase Bolívar otrora en medio del clamor de sus campañas para lograr la independencia de América del Sur.

Desde su libro primigenio, de versos, titulado "Aquí Abajo," de 1898, lleva a cabo una vasta y enjundiosa producción: "*Ensayos Críticos*," La Habana, 1905; "*Horas de estudio*," París, 1910; "*Tablas cronológicas de la literatura española*," México, 1913; "*Estudios sobre el renacimiento en España*": *El maestro Hernán Pérez de Oliva*," en "Cuba contemporánea," año II, Tomo VI, La Habana, 1914, páginas 19-55; "*El nacimiento de Dionisos*," Nueva York, 1916; "*La versificación irregular en la poesía castellana*," Madrid, 1920;

"*En la Orilla, mi España*," México, 1922; "*Seis ensayos en busca de nuestra expresión*," Buenos Aires, 1928; "Sobre el Problema del andalucismo dialectal en *América*," Buenos Aires, 1932; "*La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*," Buenos Aires, 1936; "*Para la historia de los indigenismos*," Buenos Aires, 1938; "*El español en Santo Domingo*"; Buenos Aires, 1940; "*Plenitud de España*," Buenos Aires, 1940; "*Literary Courrents in Hispanic America*," Cambridge, Mass, 1945, hasta su obra póstuma "*Historia de la Cultura en la América Hispánica*," la cual lleva ocho ediciones y apareció por primera vez en el Fondo de Cultura Económica, México, 1947.

Figura el Maestro entre los que dirigen "El Ateneo de la Juventud," organización cultural que se proponía nada menos que realizar una verdadera reforma humanística en América. Pedro era el secretario de la Institución. Los ateneístas no buscaban simplemente escribir, es decir, realizar una producción creadora, sino llevar a cabo la investigación de las raíces del idioma y del alma hispana indiana, típica de los hombres del Continente. Querían, con una realización sistemática, poner de manifiesto la importancia americana en conexión con España; saber lo que había de propio en la cultura de aquende el mar; hasta dónde esa independencia proclamada por Andrés Bello en su "Alocución a la Poesía," no obstante respetar la forma clásica, se había hecho realidad en el ámbito americano; hasta donde estamos ligados en el espíritu mismo del lenguaje con España, y hasta dónde somos todos una "Magna Patria," como la había forjado José Enrique Rodó.

Por eso el viaje del escritor y poeta que había en Pedro Henríquez Ureña a España, no fue un simple trasiego de turista, como dijéramos antes, sino respondió al mensaje de sueños y de investigaciones que había en todos los integrantes de la Revista. Esta inquietud dejó para la historia una obra llena de vitalidad, de observaciones interesantes, que titula "En la orilla, mi España."

El mismo amor por España que sintiera Rubén Darío, ahora lo manifiesta este otro representante de la inteligencia

americana. América es una utopía, a pesar de los amagos de realidad. Es un sueño. Significa ya desde los primeros tiempos de la conquista, con el mito del Dorado, el anhelo de reforma social, el empuje de los libertadores, el quijotismo de Bolívar, una especie de Gran Patria de la Humanidad, desencantada en otras latitudes, y, que, por fin, encontrarse el paraíso perdido de una lejana infancia entre este exhuberante follaje y esta riqueza natural extraordinaria.

Por eso Pedro Henríquez Ureña dicta una conferencia en la Universidad de La Plata sobre "La Utopía de América." Aquí nos muestra su experiencia de esta tierra, como realidad de la tela de un sueño para llevar a cabo la urdimbre de la esperanza; de esas telas sutiles que habían visto en España Pedro Calderón de la Barca y en Inglaterra, William Shakespeare.

Sin embargo no se queda todo en la pura ensoñación sino hay voces, luces, luciérnagas y exigencias para que se lleve a cabo una labor digna de "Hombres Magistrales," según lo pidiera Rodó, que fuesen algo semejantes a aquellos héroes de Carlyle y un romanticismo de otro tiempo, y de los cuales figuras como Bolívar, Washington, Martí San Martín, Sucre, Miranda, etc., resultan abanderados para siempre.

Recuerda las grandes voces de nuestra realidad histórica independiente en el espíritu, desde Andrés Bello, Sarmiento, Montalvo, Rodó, Hace hincapié en que no basta encarar esta verdad americana, sino llegar a producir también cierta forma del americanismo, es decir, poder experimentar la apetencia toda de esa Naturaleza que es primer personaje en la Literatura de un Güiraldes, un Gallegos, un Rivera. Se trata de afirmar la personalidad americana, sin romper el nexo espiritual con España, pues precisamente el rompimiento sería fatal, ya que nuestra lengua pertenece a la Romania; mas necesitamos adquirir una visión propia, como lo demuestra en su obra "*Seis ensayos en busca de nuestra expresión*", lo cual resulta cierta experiencia de aventura que recuerda aquella otra del teatro, cuando Luigi Pirandello pone a los personajes a ir a ver donde encuentran un autor adecuado, el verdadero autor que clamaban sus naturalezas.

Esta búsqueda da la expresión verdadera, al través de las figuras de Juan de Alarcón y Sor Juana Inés de La Cruz, a veces nos sugiere que el escritor lleva a cabo una lección de utopía, como antes hablábamos de hacer pompas de jabón con las ideas.

Lo invita la Universidad de Harvard para que dicte la cátedra Charles Norton, el año 1940, y allí, en el tema de "In Search of Expression in Latin-American", va a plasmarse su principal objetivo literario. Llega a compendiar sus clases en una obra "*Literary Currents in Hispanic America*", y con ello logra cuanto se había propuesto desde que inició sus faenas de crítico literario y de historiador de la cultura del Continente, o sea, realizar una obra que compendiasse la angustia vital y de pensamiento en América. Especialmente la llevó a cabo en un libro publicado después de su muerte, modelo de síntesis, de cultura, de preocupación humanística y de ponderación de criterio, como es su "*Historia de la Cultura en la América Hispánica*", en donde revela su amor por la unidad de la lengua; es el hecho de que apesar de la diversidad de países entre todos hay más similitudes que diferencias y que en lo hondo el espíritu de la lengua se mantiene unido, como sutil puente mágico entre España y América. Así expresa en su "Introducción" (edición octava popular del Fondo de Cultura Económica de México, 1970): "El idioma español, pues, se ha conservado normal en toda la América hispánica, e igual cosa sucede con el portugués en el Brasil. Eso no significa que no haya diferencias, en el uso de los idiomas, entre la Península Ibérica y el hemisferio occidental; son como las diferencias entre Inglaterra y los Estados Unidos en el uso del inglés. El caso más semejante al del inglés en los Estados Unidos es el del portugués en el Brasil: con la unidad política coincide una relativa uniformidad lingüística. El español, derramado sobre territorios vastísimos y poco comunicados entre sí, presenta menos uniformidad. Puede decirse que hasta 1936 Madrid era el centro, puramente cultural, en que se apoyaba la unidad del idioma español en América: ahora esta dirección cultural está repartida entre México y Buenos Aires, como centros principales de producción editorial.

“No existe el “lenguaje hispanoamericano” único. El solo rasgo común a toda la América española es la pronunciación de S en lugar de Z y C de Castilla; pero este rasgo se halla también en las Islas Canarias, en gran parte de Andalucía (no en toda ella), y en muchos catalanes, valencianos y vascos al hablar español. El uso de y en lugar de ll no es igualmente característico, aunque muchos lo creen: la ll sobrevive en extensas regiones de Colombia, Ecuador, Perú, Chile y la Argentina; en cambio, la y en lugar de ll abunda en España, y no sólo en Andalucía sino en gran parte de Castilla, incluyendo el habla vulgar de Madrid. Hay en América cinco zonas, de límites no siempre claros, con cinco modos de hablar español: 1 México y la América Central (Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá); 2, la zona del Mar Caribe, que comprende las Antillas, la mayor parte de Venezuela, y la costa atlántica de Colombia; 3, la zona andina: parte de Venezuela, la mayor parte de Colombia, el Perú, Bolivia, el noroeste argentino; 4; Chile; 5, la zona rioplatense: la mayor parte de la Argentina, Uruguay, Paraguay, Cada una de estas zonas, a su vez, presenta diferencias de región a región, como es natural. Además hay muchos indígenas que mantienen sus lenguas propias y no han aprendido el español: en México, por ejemplo, poco más de un millón, dentro de una población total de unos veinte millones.— Pero todo nativo de América que hable español, sea de México o del Ecuador o del Paraguay, se entiende sin dificultad con cualquier nativo de Castilla, de León, de Extremadura o de Andalucía.”

Pedro era un verdadero apóstol de evangelización americanista en el movimiento de grande interés cultural, integrado por filosofos, poetas, novelistas, historiadores, denominado “Ateneo de la Juventud”, que en México tuvo por representantes a Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, su secretario, el cual buscaba nada menos que reaccionar contra el positivismo reinante para sacar al espíritu de aquellas entretelas en donde había quedado

muy maltrecho el pobrecito, por culpa de los exagerados pregoneros de Augusto Comte en tierras de aquende el Atlántico.

El Ateneo de la Juventud se hizo presente en la vida cultural de América el año 1909, y logró el patrocinio oficial por el Ministro de Educación mexicano, entonces Justo Sierra (Ministro de Instrucción Pública, como se llamaba) para que los égidas del movimiento dictaran conferencias: la primera se inició con Antonio Caso, con motivo del Centenario de la Independencia.

Era un grupo de humanistas, amantes de los clásicos españoles, del pensamiento platónico, divulgadores de Manuel Kant y que consideraban a la ciencia y al ensueño no divorciados, como tampoco lo estuvieron para el filósofo de la Biología, Henri Bergson.

El Pedro del grupo hacía su apostolado de sonrisa, de humildad, de tesón en el constante investigar. "Petrus", a pesar de su muerte física, resulta, desde entonces, una piedra inamovible en ese invisible pero vigente edificio que cada día logra cimentarse de una mejor manera y proyectarse en pertinaz empresa de horadar la altura, con cierto quijotismo gótico y alma barroca o gesto churrigueresco, y que en su estructural unidad se denomina la Cultura Americana Hispánica o Iberoamericana, como quiera decirse.

BIBLIOGRAFIA

E. Anderson Imbert: "Historia de la Literatura Hispanoamericana" Breviario del Fondo de Cultura Económica de México. 1964.

Emilio Carrilla: "Pedro Henríquez Ureña y otros estudios." Buenos Aires, 1949.

Luis Alberto Sánchez: "Nueva Historia de la Literatura Americana." Buenos Aires, 1950.

Arturo Torres Rioseco: "Nueva Historia de la Gran Literatura Hispánica." Buenos Aires, 1960.

Angel Valbuena Briones: "Historia de la Literatura Española, IV Tomo: Literatura Hispanoamericana. Editorial Gustavo Gul S.A. Barcelona, España.

Pedro Henríquez Ureña: "*En la orilla, Mi España*," México 1922; "*Seis ensayos en busca de nuestra expresión*," Buenos Aires, 1928; "*Para la historia de los indigenismos*," Buenos Aires, 1940; "Historia de la Cultura en la América Hispana," Fondo de Cultura Económica de México, México 1970.

Caracas, 27 de marzo de 1976.

BIBLIOGRAFIA

Arturo Torres Rioseco: "Nueva Historia de la Gran Literatura Hispánica." Buenos Aires, 1960.

Angel Valbuena Briones: "Historia de la Literatura Española, IV Tomo: Literatura Hispanoamericana. Editorial Gustavo Gul S.A. Barcelona, España.

Pedro Henríquez Ureña: "*En la orilla, Mi España*," México 1922; "*Seis ensayos en busca de nuestra expresión*," Buenos Aires, 1928; "*Para la historia de los indigenismos*," Buenos Aires, 1940; "Historia de la Cultura en la América Hispana," Fondo de Cultura Económica de México, México 1970.

HENRIQUEZ UREÑA, ENSAYISTA

Por Pedro Gringoire

Mexicano

Más celebrado como historiador y crítico literario, Pedro Henríquez Ureña fue además un notable ensayista, destacado polígrafo y acucioso investigador. Quizá con la sola salvedad de Alfonso Reyes no hay en las letras modernas de Iberoamérica quien se le compare en la variedad y extensión de los campos de la cultura que cubrió en sus ensayos, artículos y conferencias.

Revelan sus escritos un cúmulo asombroso de lecturas bien asimiladas, no sólo en castellano sino en otras lenguas, y a más de los clásicos, de autores modernos y contemporáneos. Esas lecturas afloran en su pluma y no como mero desplante de erudición. Siempre las referencias son pertinentes y las citas adecuadas al punto que está tratando. No las escatima, pero tampoco las prodiga sólo por exhibición de la amplitud de sus conocimientos.

Como crítico literario unió a su cuidadosa lectura de los autores un cultivado gusto y una honradez intelectual ejemplar. No se halla en sus juicios la sátira ponzoñosa ni el encomio meloso. Ponderado y justo, se trasluce siempre bajo el crítico el maestro que busca ante todo la apreciación de los valores

subyacentes en toda obra, y que además de informar se propone estimular la creación. Sus comentarios sobre obras y autores carecen de prurito judicial o forense y reflejan más bien una generosa intención didáctica.

Pedro Henríquez Ureña es un paradigma de precocidad no frustrada. Se inicia en la poesía, siendo casi un niño, pero antes de los veinte años ha empezado a ejercer la crítica literaria y teatral con una sorprendente madurez. Aun en sus notas críticas de corta extensión se revela el ensayista concienzudo que no dispara comentarios al azar o al tanteo sino que los funda en una lectura atenta y perspicaz. Así, sus artículos críticos son realmente ensayos comprimidos.

Como historiador de la literatura y la cultura americanas dejó dos obras maestras: *Historia de la cultura en la América Hispánica* y *Las Corrientes literarias en la América hispánica*, a más de breves pero esenciales estudios como los dedicados a Darío, Ruiz de Alarcón, González Martínez y Alfonso Reyes. Y cuando aborda la literatura no hay desperdicio en sus notas sobre Moreno Villa, Juan Ramón Jiménez, Gabriel y Galán, Azorín, Lope o Cervantes.

Destaca el laborioso investigador, que al parecer no deja piedra sin remover, en trabajos como "El verso endecasílabo," no obstante que más tarde no pareció apreciarlo, "La vida intelectual de Santo Domingo," "La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo," "cultura española en la Edad Media" y "romaneces en América." Sin incurrir en la densidad de estilo de los investigadores germanos, sino más próximo a la soltura y fluidez de los pensadores franceses, sus investigaciones revelan paciencia y ordenamiento en verdad teutónicos, y son casi siempre en verdad exhaustivas.

Como ensayista no dejó de abordar los temas filosóficos y sociológicos. Sus reflexiones sobre el positivismo en Comte y Barreda, o sobre Hostos, Varona y Chesterton muestran que no fue en vano su paso por la Escuela de Altos Estudios, precursora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México. Pero ejerce también la crítica musical —Strauss, Salazar, Granados, Ricardo Castro y sobre todo "Música

popular de América”—, así como la crítica teatral, en que descuella el sustancioso ensayo “Hacia el nuevo Teatro.”

México tiene una deuda insalvable con Pedro Henríquez Ureña. Llegado a este país en momentos de aguda crisis histórica —el tránsito del régimen oligárquico de Díaz a la etapa renovadora de la Revolución— entrega al Ateneo de la Juventud su entusiasmo y su influencia guiadora, y se convierte así, en el ámbito filosófico, literario y educativo, en uno de los forjadores del México Nuevo. Maestro de una generación, su aliento la trascendió y fue todavía estímulo para las siguientes.

Pero su obra —está por demás reiterarlo— tiene dimensiones continentales. Ciudadano de Santo Domingo por nacimiento, lo fue, por su ancho y generoso espíritu, también espiritualmente, de México, Argentina y otros países que recibieron los beneficios de su magisterio literario. Por eso ha quedado al lado de Rodó, Antonio Caso y Alfonso Reyes como uno de los grandes y verdaderos maestros contemporáneos de América.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Por Osvaldo Guglielmino

Argentino

Debemos considerar a Pedro Henríquez Ureña como un soldado intelectual de América, un libertador de la espiritualidad hispanoamericana. Buscó todos los elementos históricos de juicio para demostrar que América Latina es, también, un continente cultural, sin fijarse en que él mismo, su personalidad, es una prueba cabal de esa existencia característica, singular de este mundo y esta vida nuestros. A la manera de Martí, que hizo más por la libertad de su pueblo y del tiempo futuro de América con su pensamiento generador y con su palabra torrencial, que con las armas que empuñó, como elocuencia suprema, para rubricar, solamente, lo que había enarbolado con la palabra. Henríquez Ureña está en esa línea ilustre. Somos pueblos, somos países, somos naciones porque tenemos como propiedad exclusiva un territorio y un tiempo culturales, porque tenemos un sentido nuestro del mundo y de la vida, porque somos y queremos seguir siendo según el humus cultural que nos sustenta y nos une, por debajo y por arriba de nuestras diferencias menores, en un solo y gran país espiritual.

En la medida en que olvidemos nuestra continentalidad nos desterraremos de nosotros mismos, de nuestras nacionalidades, de nuestra identidad humana. Aquí, en mi

país, lo dijeron antes otros grandes americanos, como Rafael Hernández —el hermano del autor de Martín Fierro—, como Ricardo Rojas.

Esto es, pienso, y siento, lo que hay que decir cuando evocamos a don Pedro Henríquez Ureña como paladín de la cultura hispanoamericana, como figura señera de nuestra causa continental, con algunos desertores por obsesiva apetencia de lauros espurios.

América hispana existe, sostiene para siempre don Pedro, porque América hispana es culturalmente.

Pero a los mentados grandes hombres hay que enfocarlos de cerca para saber si realmente lo son. En la viva cotidianeidad, en los días compartidos, está la medida exacta de la grandeza auténtica. A la distancia, la perspectiva suele borrar las aristas abruptas y la imaginación produce una criatura que, muchas veces, difiere polarmente de la original. La buena arcilla espiritual no se deforma en las horas comunes. Y los mortales que tienen la gracia de encontrarlos en su camino sienten la belleza trascendente de la vida.

Es lo que yo puedo y debo decir de don Pedro Henríquez Ureña, mi maestro, mi profesor y mi amigo —porque todo esto se daba en él en íntima y armoniosa comunión de espíritu— en la Universidad Nacional de La Plata, más precisamente en el Colegio Nacional.

Hablar de su talento, de su sabiduría, de su talla de americano universal como acabo de hacerlo, es reiterar sin perfeccionar el juicio definitivo que ya le ha conferido la historia. La anécdota, en cambio, puede revelar rasgos esenciales de una personalidad y, por los menos, afirmar o confirmar las nobles características de una vida.

Para entrar en este aspecto en lo que a don Pedro se refiere, comenzaré por decir que en mi país hay dos países: el porteño, con la ciudad de Buenos Aires como centro y el del interior, enorme, incomunicado, desarticulado. Dos estilos de vida, dos culturas. Uno servido en gran dosis por la universidad y lo internacional, lo cosmopolita, y otro por la creatividad viva de la tierra y del pueblo. Todo dicho así, en términos generales,

porque no es momento este para probanzas mayores. Yo había nacido y vivido en el interior, en la provincia de Buenos Aires, a unos cuatrocientos Kilómetros de la Capital Federal y de La Plata. Bebiendo de las dos vertientes: del mundo original circundante y de la información impresa y lejana, excluyentes ambas. La segunda, con nombres afamados, me desilusionó en gran medida cuando la enfrenté directamente con mi vida en Humanidades de La Plata. Hasta que dí con el Magisterio y la persona de Henríquez Ureña. Allí encontré la síntesis de lo universal y de lo particular, nosotros y el mundo. Inhibido seguramente por su enormidad magistral nadie quería practicar castellano con él en Tercer Año del Colegio Nacional.

—Vaya a practicar con don Pedro —me alentó el decano;— es uno de esos hombres hasta de cuyos errores se aprende.

Gran decir ¡era el vanguardista, el conductor, el maestro, el que avanza con yerros fatales para mejorar el camino futuro!

Era en 1945. Lo aguardé en los jardines externos. Apareció, sacudiéndome el ánimo, enfrascado, como lo vería siempre, en la lectura y corrección de pruebas de imprenta:

—Buenas tardes, doctor. Soy su practicante....

—Sígame...—ni se detuvo, ni levantó la vista de los papeles. Lo seguí, con apenas contenidas ganas de disparar, hasta la puerta de la sala de profesores. Allí me quedé, desolado. Pero él reapareció enseguida. Vuelto en sí de su abstracción libresca, venía a buscarme el hombre generoso, el ser humano humilde y bondadoso que era. Abandonó todo lo que lo ocupaba fundamentalmente para estar conmigo, para darse íntegro a aquel pobre estudiante desvalido. Me igualó a él o se igualó a mí con un café, con una sonrisa, con amistosas expresiones. Ya en el curso yo lo miraba dudando de aquella realidad, casi con religiosa devoción, mientras los chicos aprovechaban de lo lindo de su infatigable sonrisa sin sospechar, claro, cuánto gozaba él con aquel encantador espectáculo de la vida.

Después, de cuando en cuando, venía don Pedro a observar mis clases. Sus observaciones eran indicaciones que se animaban en comentarios, en críticas, en luminosos juicios sobre literatura, sobre enseñanza superior, sobre la problemática

cultural de mi país y de América. Y era para mí, para mí solo que entregaba sus riquezas aquel espíritu singular.

Un día su magnanimidad llegó al máximo como ni osadía o mi irresponsabilidad. El Día del estudiante se festejaba en mi pueblo durante una semana y yo "tenía" que ir. Pero había severas sanciones por el abandono de las prácticas. Hablé a casa de don Pedro. No estaba. Dejé dicho que me tenía que ir, que el curso quedaba solo. Y me fuí. Cinco días después regresé, pensando por saber qué había ocurrido, qué sería de mí. Ví venir por el largo corredor a la temible jefa de prácticas; ví aparecer por el otro extremo a don Pedro. Me fuí sobre él. Me recibió con su afecto de siempre, medio abrazándome:

—Por qué volvió tan pronto...! Con mucho gusto me hice cargo de sus clases...

Sirve todo esto, como me sirvió a mí para saber, para siempre, que el destino me había concedido la gracia de conocer, en toda su generosa dimensión, a uno de los auténticos, de los verdaderamente representativos grandes espíritus de Hispanoamérica.

Buenos Aires, Junio de 1976

LIBRO HUMANISTA DOMINICANO-ARGENTINO:
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
PENSAMIENTO A PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
(Para el Libro Jubilar de Pedro Henríquez Ureña)

Por Magdalena Harriague.

*Por Avelino Herrera, Mayor
Asesor Lingüístico U. Argentina
Ministerio de Cultura y Educación*

(Para "El Libro Jubilar de Pedro Henríquez Ureña")

La sombra de Henríquez Ureña acompañó mi tristeza cuando estuve en Arica y Tacna, y ví a los indios que venían de las montañas, del refugio de sus círculos familiares. Y los ví esconderse en sí mismos, atrincherados en su retobado orgullo de sobrevivientes. Recordé la defensa aparentemente indirecta de este maestro, con esa manera suya de contar mirando desde lejos para ampliar la visión y salvarse de apasionamientos. Recordé que él se delataba en las citas y situaciones que elegía, ellas sí, encendidas y tajantes; y que esa elección que formaba la columna vertebral de su pensamiento más hondo, estaba signada por éste "nafragio étnico," este "suicidio de una raza una vez destruida su edad de oro," y me golpeó a distancia su clasificación como "dramática profecía" a una frase de Montaigne: "Este mundo (de América Hispánica) no saldrá a luz sino cuando el nuestro caiga en la oscuridad."

Entonces los ví como sedimento de una fusión con poderes en acecho, y tal cual lo hubiera hecho Henríquez Ureña, con sensación de sacrilegio, guardé mi máquina fotográfica para no seguir robándoles la imagen a hurtadillas mientras ellos se estremecían por ésta nueva forma de despojo.

UN HUMANISTA DOMINICANO—ARGENTINO:
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

(Para el Libro Jubilar de Pedro Henríquez Ureña)

Por Avelino Herrero Mayor

Asesor Lingüístico Literario

Ministerio de Cultura y Educación

Argentino

El humilde dominicano del título, practicaba la designación histórico-lingüística que llama HISPANOAMERICANA al conjunto de países del habla, y no con la vaguedad moderna de LATINOAMERICA. No incurría Henríquez Ureña en el descuido contemporáneo de una insegura intención. Porque el sabio filólogo de Santo Domingo estaba embuído de un criterio histórico y científico de la lengua imperial con sus denominaciones exactas por viejas y correctas. Decir con evocación de siglos el modo nuevo impuesto por otras lenguas es un error que acarrea confusiones y polémicas inútiles. Corresponderá mantener, pues, los tratos raciales del origen de la América Española o de IBEROAMERICA. También partir de la costumbre americana, como lo hacía Sarmiento, reverenciado por Henríquez Ureña. Como aquél, éste prefería la conservación del uso castizo y del fuero originario en los órdenes de la continuada de los nombres llenos de *tiempo*.

En sus recordadas disquisiciones PALABRA AMERICANAS (1940) y en SEIS ENSAYOS EN BUSCA DE NUESTRA EXPRESION aunaba el humanista sus datos filológicos y se acercaba a otros maestros. En el Instituto de Filología colaboró con el doctor Amado Alonso en procección de una pureza racional de la lengua española. Un texto gramatical lo prueba.

Para el retorno de la expresión castellana viene a cuento la "Pobre avecilla" de retorno al nido"... de Salomé Ureña de Henríquez. Aunque no se quiera, el rasgo histórico-literario prevalece en las designaciones expresadas en algún idioma (Amado Alonso y Henríquez Ureña: "el emplear modos literaciones u orales fuera de lugar es una falla frecuente y a veces causa tan mal efecto como los incorrecciones gramaticales "GRAMATICA CASTELLANA, Bs. As., 1938)."

Recuerda el profesor Javier Fernández (*La Nación*, marzo de 1953) cuando Henríquez Ureña llegó por primera vez a la Argentina, su UTOPIA DE AMERICA tenía voz definitiva....Sus palabras encontraron oídos atentos entre los jóvenes de la ciudad del bosque (La Plata) que rodeaban la figura de KORN (Alejandro). Aquella profesión de fe, como la PATRIA DE LA JUSTICIA debe enlazarse con la orientación de sus obras, EL DESCONTENTO Y LA PROMESA y más aún, SEIS ENSAYOS..... en los que señaló los caminos de nuestra expresión y son tan actuales como cuando fueron escritas, más actualmente, porque el río de palabras que temió corriera por nuestra América se salió de madre e inundó todos los caminos....

Tenía Henríquez Ureña un elevado concepto de la docencia argentina. Añade el comentarista: "Vino a establecerse definitivamente en la Argentina, en 1924, y procedió como los entendían algunas interpretaciones superficiales, pocas entonces, pero numerosas después. Sostuvo que a la Argentina, como a los demás países de la familia la habían creado los criollos que tuvieron en el siglo XIX una gran disciplina.

Cabalmente nunca se perdió el matiz de criollo; Sarmiento también había señalado de qué modo se conciliaba en su propio espíritu el hálito de la tierra con la tonalidades europeas hispánicas.

El insigne americano, que reverenciamos llegó a sentirse argentino; quería mucho a esta patria, en cuyo regazo murió, camino de su cátedra de La Plata, en 1946.

EL HUMANISMO SOCIAL DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Por Eduardo Joubert Colombini

Argentino

El humanismo social es una doctrina universal que Pedro Henríquez Ureña, el dominicano que fue ciudadano del mundo, practicó con pasión esencial, preocupado por el futuro floreciente, basado en la integración latinoamericana.

Tuve el honor y la dicha de conocer a este hombre genial, de vocación para y generoso por la expansión y el desarrollo de la persona humana, una tarde de Buenos Aires, cuando Manuel del Cabral, dominicano exilio y poeta egregio, me lo presentó mientras hablabamos de Compadre Moisés, ese genovés rebelde, simpático y aludido, que el poeta glorificó para vivarlo en sus poemas.

Henríquez Ureña en su oportunidad, demostró su alto virtuosismo literario, su erudición para reducir los temas, desde el acuciante problema social satirizando conceptos y definiciones. Parece que fue ayer, sin embargo hace 30 años que no lo víbamos más, pero siempre recordamos sus claras y rotundas opiniones sobre la cultura hispánica y la dignificación social del hombre latinoamericano.

EL HUMANISMO SOCIAL. DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Por Eduardo Joubin Colombres

Argentino

El humanismo social es una doctrina universal que Pedro Henríquez Ureña, el dominicano que fue ciudadano del mundo, practicó con pasión esencial, preocupado por el rigor docente, basado en la integración latinoamericana.

Tuve el honor y la dicha de conocer a este hombre genial, de vocación pura y generosa por la expansión y el desarrollo de la persona humana, una tarde de Buenos Aires, cuando Manuel del Cabral, dominicano como é y poeta egregio, me lo presentó mientras hablábamos de Compadre Mon, ese geniecillo telúrico, simpático y altanero, que el poeta glorificó para siempre en sus poemas.

Henríquez Ureña en esa oportunidad, demostró su alta versación literaria, su erudición para todos los temas, donde el intrincado problema social saturaba conceptos y definiciones. Parece que fue ayer, sin embargo hace 30 años que no lo vimos más, pero siempre escuchamos sus claras y rotundas opiniones sobre la cultura hispánica y la dignificación social del hombre latinoamericano.

Su personalidad era única, no sólo por su sabiduría, sino por su trato afable y persuasivo y su gran respecto por la palabra y la obra escrita. Sus estudios fueron siempre amplios y estimulaban la investigación de quien se disponía a buscar lo esencial de la verdad histórica literaria o cultural.

Aquella tarde su sonrisa se abrió como un pedazo de cielo, cuando el poeta dominicano, evocó el río de la patria, su caballo y la madrugada, y dijo: Nada mejor que oír hablar tu dedo, —aquel que aprieta tu gatillo y pone... — pone de pronto hasta valiente el miedo.” Henríquez Ureña juzgó con alabanzas y fina lógica el valor de la poesía de Manuel del Cabral. Hizo deducciones de poética y destacó la inspiración americanista y patriótica de su compatriota y recordó con severidad jocosa, aquella expresión del poema “Pancho”: “Qué serio es un hombre pobre —que no quiere ser ladrón! ”. A poco andar demostró que conocía en profundidad toda obra poética de Cabral, deteniéndose a enumerar los hallazgos líricos de “Trópico Negro” el sentido universal de los “Poemas Continentales” y el surrealismo de “Sangre Mayor” con su anatomía del duende.

Podemos decir que las enseñanzas de Henríquez Ureña prevalecerán por arriba de todos los complejos generacionales y los esquemas normativos de las viejas estructuras culturales. Y ello será así, porque Henríquez Ureña pronosticó la grandeza futura de una latinoamérica recuperada y libre, con pueblos soberanos de su destino y llamados a cumplir con el viejo sueño de los libertadores que lucharon contra las operaciones colonialistas de la España Medieval.

Durante más de veinte años, el gran maestro dominicano vivió en Buenos Aires, manteniéndose alejado del restacuerismo contaminante de esta metrópoli cartaginesa, víctima de inmigraciones desnaturalizantes. Ciudadano de la Argentina, lo fue también de México, Chile, Cuba, Estados Unidos y España. Sintió en su espíritu, como un dolor de la carne, el drama de América, y como carecía de vanidad, prefirió el libro y la cátedra a la conducción política. Su generosidad innata y su talento visionario, le venía de su padre, un hombre probo y sensible que llegó a ser presidente de la república sin dejar por

un instante el apostolado de la medicina, cuyo ejercicio significó, porque más que médico de tumores, fue un médico de almas.

Galano en el decir, su lógica era incisiva. Sabía penetrar en el meollo del razonamiento y esclarecer con luz meridiana, la verdad verdadera de las cosas. Henríquez Ureña como Martínez Estrada, dos precursores de la nueva América que vendrá, ejercieron con alta dignidad insobornable el magisterio señorial de sus vocaciones apostólicas. Más allá del tiempo y de la geografía, sus voces serán escuchadas por las generaciones, las cuales no trepidarán ni un instante en convertirlas en fuerzas para la acción constructora del futuro unitivo del continente.

Poeta, dramaturgo, cuentista, novelista y ensayista, Henríquez Ureña fue todo eso y, preferentemente profesor, maestro, catedrático que nunca dejó de persuadir, y se puede decir que fue devorado por la enseñanza. Allí, en ese salón enjuto y serio, dejó su vida, su mirada firme y cariñosa, su voz profunda y dulce, su pensamiento grande y severo. Analista de la versificación irregular en la poesía castellana, condecorador de Lope y Góngora, filólogo y doctor en temas lingüísticos, su versación trascendió los centros culturales, especialmente la Universidad de Harvard, donde desarrolló una serie de conferencias de singular valor para la cultura de habla castellana.

Henríquez Ureña estudió en profundidad las corrientes culturales hispánicas, a tal punto que indagó en la interpretación psicológica de Juan Ruiz de Alarcón, las modalidades del renacimiento español, en una palabra, fue un excelente historiador de la cultura.

No dejó de incursionar en la política cultural de América Latina y del mundo, siempre defendió su humanismo social como una prioridad de la cultura latinoamericana. Se colocó más allá de las ideologías conflictivas, buscando la armonía como síntesis unitiva de la justicia social. Su modelo no eran los héroes militares de Plutarco, sino los héroes señalados por Sócrates. Por eso dijo claramente: "no son héroes de batallas y victorias: no tuvieron como ideal el imperatur recibido entre arcos de triunfo y divinizado en vida por la estatua, sino al

ciudadano de las repúblicas clásicas, frugal de hábitos, claro de ideas, superior a los halagos de la riqueza y del poder, No son héroes de triunfos: son héroes de sacrificios, la única especie de héroes legítimos que ha producido nuestra patria. La posteridad sólo les debe homenajes.”

Su fallecimiento, un 11 de Mayo, hace ya treinta años, fue como una aurora rota, despedazada, mientras la espesiosa noche en espesura irradiaba su clara luna luminosa sobre el río Nizao, en su tierra natal, entre cañaverales de azúcar y praderas cubiertas con la sangre de los grandes muertos.—

Buenos Aires, julio de 1976.

ETICA Y ESTETICA DE UN HUMANISTA

Por Bernardo Ezequiel Korembli

Argentino

Hacia 1884 los ingleses fundaron la Sociedad Fabiana y Dilthey publicó *Introducción a las ciencias del espíritu*. No es necesario ser vidente para advertir cuán evidente es que la Providencia no hace su reparto a ciegas: ese mismo año de 1884 nació Pedro Henríquez Ureña, un humanista a quien los argentinos le debemos lecciones, consejos y ejemplos que la defectible condición humana no ha exaltado en la medida y la proporción equivalentes a los méritos del siempre vivo autor de *El nacimiento de Dionisos* y los fecundos servicios que pedagógicamente nos ha prestado. Sucesivamente ético, estético, densamente intelectual y finamento espiritual. Pedro Henríquez Ureña, fue, contra todos los vientos que azotan la torre del humanista, el escritor ideal, el escritor que, como el mar — profundo y cabrilleante— contenía la sabiduría y la inteligencia conjugadas en el haz omnímodo del conocimiento y la deducción creadora. El erudito y enciclopédicamente informado Henríquez Ureña no era el hombre que todo lo sabe pero no sabe más que eso, sino el exquisito aromatizador de la

pedagogía y el amable profesor antiprofesoral que nos mostró y demostró cómo las palabras del eclesiastés —“quien añade conocimiento añade dolor” (I, 18)— pueden ser infundadas si el que nos alcanza el conocimiento es un maestro imaginativo cuya clarividencia nos pone en el mejor camino del tirocinio de la cultura: que el saber no está reñido con el encanto de la vida y que un alma y una mente bien enseñadas pueden ser apolíneos y dionisiacos a un tiempo.

Que nuestro amado humanista haya sido raigalmente dominicano pero también ciudadano del Mundo —don Pedro se complacía en repetir la frase de Erasmo: “el mundo entero es una patria común”—, y que fuese hijo de una poeta y de un presidente de su país, son circunstancias que un espíritu excesivamente racional juzgaría meramente accidentales, del mismo modo que consideraría de poca significación el hecho de que a los quince años no cumplidos publicara sus *Ensayos críticos*, libro revelador de la lucidez del futuro maestro americano y promonitor de una obra literaria, filológica, filosófica, sociológica y pedagógica, además de sus cátedras, la fundación de revistas, la dirección de instituciones educativas y todo un orbe universitario pletórico de savia y realizaciones que admiten apenas muy pocas comparaciones en nuestra América. Pero no me parece que las casualidades sean caprichos ni fortuitudes del destino: en todo caso, deben encararse como contingencias que han tenido lugar *razonablemente*, o síntomas anunciadores. Y de otra parte, ¿por qué qué no sinos extraños? Pedro Henríquez Ureña no descreía de ellos. Si a la edad de la adolescencia y el acné escribió sus asombrosos *Ensayos críticos*, y si su padre ocupó la primera magistratura de su patria y su madre fue, por serlo ella misma, quien lo acercó a los poetas, está a la vista que el espíritu y la mente del gran humanista estaban, como se dice en lenguaje teológico, preordinador para alcanzar las cimas a las que efectivamente llegó. Y puesto que Henríquez Ureña fue esencialista antes que existencialista —en modo alguno sería hoy sartreano—, y dado que, aún viendo lúcidamente la realidad, creía más en las subjetividades que la originan que en los pobres efectos que

suelen ser sus manifestaciones, es lícito inferir que tanto la seriedad y el rigor de su obra como la intensidad y el encanto que la envuelven provenían justamente de las esencialidades de su ser, de la conglobación espíritu-intelectual que lo conformaban, y, en suma, de la singular conjunción de ética y estética que con revelante preeminencia dominaban amablemente su personalidad de típico y específico humanista. Tanto al tratar de la versificación irregular en la poesía castellana como del renacimiento español o de las esperanzas utópicas de América. Pedro Henríquez Ureña fue el ensayista que no transitaba por las roderas del camino ya conocido, repetitiva y abrumadoramente, sino el revelador que con palabra o escrito seductores atraía la voluntad del oyente o el espectador y lo mismo puede decirse de sus mociones en los internacionales congresos literarios y de sus cátedras de literatura inglesa en la Universidad de México o de su inteligente dirección de la enseñanza en la República Dominicana y de sus cursos memorables sobre especialización literaria en la Universidad de Harvard: en todos sus cargos y en todos sus trabajos, el centrípeto hechizo era el signo distintivo que envolvía su enseñanza y sus libros simultáneamente rigurosos y cautivantes. Indudablemente que no era para él la admonitoria y acicular pregunta de Kempis: "Si tú supieras de memoria toda la Biblia y todas las palabras de los filósofos, ¿de qué te servirían sin la gracia y el amor?". La múltiple peculiaridad de Henríquez Ureña, y todo lo que él era —estético, ético, indagador, profundo, seductor, riguroso, documentado, deleitable— componían el sabio y frutivo ideal del hombre renacentista, tan ilustrado como grato, tan omniscio y presciente como dichoso en los regalos de su enseñanza.

El inolvidable maestro que muy insuficientemente evoco en estas páginas acosadas por la brevedad del espacio, era, en la palabra como en la en la idea, el humanista oriundo de la acepción del vocablo latino *humanitas*, que Cicerón tomó para la traducción del término griego *paideia*, que congloba los de "educación", "Cultura" y "civilización": *Comprendemos por consecuencia que Pedro Henríquez Ureña considerara que las*

bonae literae y a las humanidades —Litterae humanae— como los medios, el fin y el objeto de sus estudios. Esta brillante síntesis es, en esencia y existencia, el denominador común que abraza y contiene su obra en todas las dimensiones que las distinguen: el ensayo, la crítica, el discurso, la pedagogía, el razonamiento, la belleza, el logos, en suma, al que el autor de La Utopía de América entregó su enfervorizada y consciente facultad humanística. Es esta cesión precisamente de su ser intelectual el que permitió a Henríquez Ureña tomar para sí la noción —para él, mucho más que un mero empirismo— de universalidad, inseparable de la concepción humanística y unibilicalmente unidad a ella. Y finalmente, el sabio equilibrio que pone en su justo lugar las ideas que, siendo opuestas, pueden ser complementarias, y que si no lo son, combatirán entre sí solamente para alcanzar el esclarecimiento, que en sentido humanístico es equipilento de paz y libertad. Es una suerte de moral, a la que Pedro Henríquez Ureña, como todos sus predecesores en el cetro humanístico, ejerció con ética y estética indisolublemente unidas, y seguramente ha sido él quien ha llevado, con más autoridad que nadie, el cetro humanístico en América.

El escritor de *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* murió entre nosotros el 11 de mayo de 1946, fecha que recordaba el nacimiento de Torcuato Tasso. Desde entonces, los treinta años transcurridos lo han sido de evocación e invocación permanentes. Pues el recuerdo de un gran escritor admirado, de un amigo bienquerido, es una fuente nutritiva que alimenta nuestra gratitud y nuestra admiración, tanto como en el tiempo en que no era, como lo es ahora, un emocionado recuerdo sino la presencia de un hombre, un corazón y una inteligencia a los que podíamos ver y escuchar asombrados por su talento, sabiduría y generosidad, y felices con la bondad de su trato. Evocar ahora, a treinta años de su muerte, a este maestro y amigo y excepcional figura de la cultura americana, con nostalgia por su palabra conceptuosa y con aflicción por su ausencia —desde el 11 de mayo de 1946 la suya significa un bien perdido que no podemos recuperar sino nombrándolo y

exaltando su taumatúrgica personalidad-, equivale no sólo a un acto de justicia, literaria y humana, sino también al subjetivo deseo de seguir contándolo entre nosotros. Aunque nadie se va del todo si su espíritu, su pensamiento y su persona sobreviven en quienes lo amarron y admiraron, igualmente se nos ha ido Pedro Henríquez Ureña, pues el bien perdido es demasiado doloroso para que nos consolemos con la sensación de que del todo no se ha ido. Y si es cierto que adquirimos antes el hábito de vivir que el de recordar, en este turno la evocación de Don Pedro y el recuerdo insomne que de él tenemos es también un hábito, el “dulce, amigable hábito de la existencia” — *süsse, freundliche Gewohnheit des Duseins*— que apena el Egmont de Goethe antes de morir, pues si hace treinta años existíamos dulcemente con su afable compañía, desde 1946 existimos con el comfortable hábito de recordarlo. Y esta afectiva costumbre también es una de las enseñanzas de Pedro Henríquez Ureña: la ética de su obra y de su vida tenía un contenido estético y todo el sentido de su moral estaba infundido por un noble sentido de la belleza.

Buenos Aires, Febrero de 1976.

He esperado durante este último tiempo que alguien tomase la iniciativa para rendir un homenaje a su memoria. La memoria de un hombre al que no le bastó con ser un humanista, un investigador de la literatura, un extraordinario escritor, un incitador de vocaciones, un iluminador de época y ambiente, un maestro por excelencia, un americano existencial y total, sino que a la vez y siempre, fue un excepcional ser solitario y humano, dueño de desusada modestia.

¿Cómo silenciar todo esto, cómo no recordarlo y difundirlo, cómo no revivir su figura moral e intelectual y su recuerdo, nosotros, los argentinos, que tanto recibimos de él individual y colectivamente? ¿Cómo no intentar de alguna manera ser polifacética y superior imagen de hombre; su visión de la problemática de su tiempo —que no ha envejecido—; su esperanza de una América unida; su trascendente concepción de la Universidad; su preciso concepto acerca de lo que debía ser el

CIRCULAR

Buenos Aires,
julio de 1971

Señor:

El 11 de mayo último se cumplieron veinticinco años de la muerte del inolvidable maestro y humanista dominicano Pedro Henríquez Ureña, que pasara entre nosotros una parte bastante larga de su fecunda vida.

He esperado durante este último tiempo que alguien tomase la iniciativa para rendir un homenaje a su memoria.

La memoria de un hombre al que no le bastó con ser un humanista, un investigador de la literatura, un extraordinario escritor, un incitador de vocaciones, un iluminador de época y ambiente, un maestro por excelencia, un americano existencial y total, sino que a la vez y siempre, fue un excepcional ser solidario y humano, dueño de desusada modestia.

¿Cómo silenciar todo esto, cómo no recordarlo y difundirlo, cómo no revivir su figura moral e intelectual y su recuerdo, nosotros, los argentinos, que tanto recibimos de él individual y colectivamente? ¿Cómo no mostrar de alguna manera su polifacética y superior imagen de hombre; su visión de la problemática de su tiempo —que no ha envejecido—; su esperanza de una América unida; su trascendente concepción de la Universidad; su preciso concepto acerca de lo que debía ser el

ensayo; su labor crítica esclarecedora; sus páginas periodísticas amenas y prodigiosamente bien escritas; sus obras didácticas siempre en la vanguardia; el recuerdo de sus pláticas que tenían el don generoso de encender una llamita de descubrimiento o redescubrimiento en su interlocutor; su paciencia y generosidad para reglar su tiempo, y su minuciosa sabiduría jamás pedante? ¿Cómo no exhibir ante nuestro confuso y confundido tiempo, y ante nuestros jóvenes, que se debaten entre mil encrucijadas, la figura moral e intelectual de este americano ilustre —que hasta fue dueño de la ternura suficiente para poder escribir para los niños— y que repartió su vida de amor, como en una síntesis de América, entre tres países latino-americanos: Su Santo Domingo natal, su México juvenil, su Argentina de la edad madura?

¿No es verdad que no podemos seguir callando este nombre, dejando vagamente sumergido en el pasado este arquetipo humano, huésped generoso de nuestro país?

Es necesario saldar parte de la inmensa deuda que con él tenemos. Don Pedro Henríquez Ureña merece un homenaje nacional que le debemos todos: las instituciones donde él enseñó, investigó, orientó; los diarios y revistas donde colaboró y asesoró; las editoriales donde también colaboró, creó, asesoró; las entidades de escritores y profesores a que perteneció material o moralmente y que de alguna manera o medida se iluminaron con su presencia; sus amigos de las largas o las cortas pláticas; sus discípulos; sus colegas; los hombres de letras, de arte y de ciencia con los que en alguna forma estuvo ligado; todos, en fin, cuantos le conocieron y estimaron, y en suma, el país en el que casi durante veinte años de vida afanosa y no fácil, dió su lección diaria de amor, sabiduría y modestia.

Si me atrevo a tomar esta iniciativa, es porque estoy segura de que hago mío un pensamiento que ha pasado por la sensibilidad y gratitud de muchos. Lo que importa es iniciar este movimiento del alma, el pago de esta deuda. Para mí, don Pedro ha sido el Maestro que iluminó la vocación de mis años juveniles y la orientó para siempre. Yo lo he recordado, sin ausencias, a través del tiempo, y su recuerdo, sus consejos, sus libros, el examen de la armoniosa unidad de su vida, me han ayudado en

la realización de la mía propia. Por eso no siento que sea ilícito, ni lo inscribo dentro de ninguna vanidad, iniciar la propuesta para este homenaje que ofrezco y pongo en manos de todos los que quieran compartirlo y llevarlo adelante.

Envío copia de esta comunicación a instituciones, entidades y personas que de alguna manera estuvieron vinculadas con don Pedro, para una reunión inicial en la cual se proceda a bosquejar una línea de acción conjunta. Usted, así como las instituciones, entidades y demás personas, puede suministrar nuevos nombres, sugerir ideas, realizaciones concretas y perdurables, y el homenaje se encauzará por las múltiples vías que aparezcan como posibles.

Invito, a usted, pues, o en su defecto a un delegado, a la reunión que se realizará en el *Ateneo Iberoamericano, Lima 383, el viernes 23 de julio a las 18:30*, a efectos de constituir la *Comisión de Homenaje a Pedro Henríquez Ureña*. También lo invité a hacer partícipe de esta reunión a las personas o representantes de entidades que considere usted vinculadas con este proyecto.

María Hortensia Lacau

Belgrano 861- Buenos Aires, 1902, República Argentina. T.E. 30-6742.

GRATITUD AL MAESTRO

Por Ana Emilia Lahitte

Argentina

"A medida que pasan los años, ahora que la vida nos ha golpeado como es su norma, a medida que más advertimos nuestras propias debilidades e ignorancias, más se levanta el recuerdo de Henríquez Ureña, más admiramos y añoramos aquel espíritu supremo"

Ernesto Sábato

("Significación de Pedro Henríquez Ureña," Ediciones Culturales Argentinas, 1966)

A treinta años de esa fecha, dramáticamente convencional, en que solemos temer que un ser humano desaparezca, comprobamos con alegría, con emoción, que el amparo de su sombra sigue intacto. Y también su silencio pensativo, su manera de estar —como testigo y como protagonista en cada humilde instante de la vida y en la culminación de su belleza.

Atenta a la consigna inmemorial de tantas muertes y resurrecciones, en mi ciudad de La Plata —que es tan suya— aquí, en el sur más sur de América Latina, la voz de Pedro Henríquez Ureña arquitectura, todavía y para siempre, lo interior, lo que fue y habrá de ser, lo que el aire, el tiempo y la distancia escuchan y comprenden y valoran.

Porque aquel antillano luminoso que honró con su docencia los claustros fundados por Joaquín V. González para hombres de su talla, que por supuesto no abundan; aquel señor del pensamiento civilizado, (si por civilización sobrentendemos la evolución armoniosa de las edades, asumidas por la humanidad como compromiso de honor ante los que vendrán y de gratitud ante los que ya fueron y merecieron ser); aquel magnífico constructor de utopías habitables, cuya sensible firmeza jamás necesitó ejercer la inflexibilidad, para imponer sus verdades; aquel gladiador de la serenidad y los ideales; aquel joven Maestro que, enraizado en tierra y sangre americanas, dejó entre los niños y adolescentes buena parte de cuanto la madurez de las generaciones necesita para reconocerse; aquel entrañable camarada de la filosofía y del lenguaje, de la ética y de la estética, sintetizados en el estar viviendo dimensiones del espíritu, signadas por la propia conducta y por el raro ejemplo de Humanismo que blasonó su renunciamiento; aquel que pareció pasar —leve y certero— pasar, como el peregrino que agradece toda hospitalidad, por magra que ella fuere, dejando a cambio cuanto es fortuna invaluable: la visión inspirada, formativa, de quien hace de la hombría de bien un acto de fe, natural y sencillo... En fin, nuestro insigne y no por ello menos fraterno Pedro Henríquez Ureña — universal, invulnerable— prosigue siendo el mismo que dijera: *“Si nuestra América no ha de ser sino una prolongación de Europa, si lo único que hacemos es ofrecer cielo nuevo a los explotadores del hombre por el hombre (y por desgracia, esa es hasta ahora nuestra única realidad) si no decidimos a que ésta sea la tierra prometida para la humanidad cansada de buscarla en todos los climas, no*

tenemos justificación. Sería preferible dejar desiertas nuestras pampas si sólo hubieran de servir para que en ellas se multipliquen los dolores humanos.”

Aun sin espigar la injundia de su prosa-mensaje, nos asomamos a su pensamiento: *“No es ilusión la utopía, sino el creer que los ideales se realizan sobre la tierra sin esfuerzos y sin sacrificios. Hay que trabajar. Nuestro ideal no será la obra de uno o de dos o de tres hombres de genio, sino la cooperación sostenida, llena de fe de muchos, de innumerables hombres modestos.”*

O aquella sentencia que, en defensa de los legítimos creadores debiera inscribirse al frente de las academias: *“Donde termina la gramática, empieza el arte.”*

En su medular estudio sobre Pedro Henríquez Ureña, Ernesto Sábado (que tanto retacea el elogio y tan generoso es para hacer justicia), ha dicho: *“Vivir en los que quedan es haber conseguido la inmortalidad.”* Lo cierto es que el Maestro, el arquetipo, el prohombre, el amigo imborrable, sigue pensando por y para nosotros, al convocar nuestra adhesión fraterna en la vigencia de sus proposiciones. Inclusive — oh fecundidad del misterio, quizá del milagro— su lumbré se confunde con la de quienes aun no han accedido a su nombre y, sin embargo, aguardan voces como la suya.

En suma, para disculpar el absurdo de esta síntesis informal, pienso que con rigor de homenaje ya todo ha sido dicho. Importa confirmar cuanto no cabe en las palabras: el más allá que nos integra a los seres que amamos y ya no están, en apariencia, pero como nuestro Pedro Henríquez Ureña reaparecen, multiplicados, en la dignidad de la sangre que no ha desertado de sus orígenes. Y canta.

Fue su discípulo, el más modesto, el más silencioso, pero cuánto aprendí y me beneficié con su predicar, y cuánto le debo a su magisterio cabal. De los dos nacionalismos literarios que tan bien definió, Pedro Henríquez Ureña fue el arquetipo perfecto, la expresión superior de cada pueblo, con poder de imperio, de perduración y expresión, y su lección ejemplifica una dignidad espiritual alcanzada por muy pocos.

DOS LINEAS SOBRE DON PEDRO DE AMERICA

Por David Martínez

Argentino

Nada humano le fue ajeno y acaso los libros que escribió no fueron sino un relámpago de la sabiduría que nos dejó cuando se fue....

Todo lo vivió, lo analizó y lo transfiguró con clarividencia inefable, con amoroso instinto de Maestro. Donde había oscuridad, ponía luz, donde el camino nos parecía cerrado, él señalaba el nuevo -el único- sendero capaz de conducirnos adonde queríamos llegar. Siempre solícito en acudir a vencer nuestras dudas e ignorancias, jamás hizo que su saber nos empequeñeciera.

Fuí su discípulo, el más modesto, el más silencioso, pero ¡cuánto aprendí y me beneficié con su prédica, y cuánto le debo a su magisterio cabal! De los dos nacionalismos literarios que tan bien definió, Pedro Henríquez Ureña fue el arquetipo "perfecto, la expresión superior de cada pueblo, con poder de imperio, de perduración y expresión," y su lección ejemplifica una dignidad espiritual alcanzada por muy pocos.

No conoció el descanso, tampoco la fatiga; mucho menos la vacilación. El dato más vedado y secreto, la noticia más remota sobre un tema, fluían siempre de sus labios, con delicadeza proverbial, con generosidad ilimitada. No conocí saber que superara el suyo ni elocuencia más persuasiva. Ahora, a treinta años de su muerte, nos queda evocarlo. "No nos consolaremos de tamaña burla del destino —digo con palabras de su gran par, Don Alfonso Reyes, —pero el justo debe saber que todo, en este valle de crímenes nos ha sido solamente prestado." Todo, sí, también a Don Pedro; más, en el recuerdo de sus clases y conferencias, en las páginas de sus libros, a las que siempre volvemos para aprender, el Maestro y Amigo sigue junto a nosotros, entero, pleno, leal, organizándonos, guiándonos, enseñándonos a superar tantos naufragios...

Buenos Aires, Rep. Argentina

PRESENCIA DE UN INVESTIGADOR

Por Vicente Mengod

Chileno

Pedro Henríquez Ureña, poeta, investigador de los procesos lingüísticos, estuvo en España, ejerció su magisterio en diversos países, llegando a merecer el título de ciudadano americano.

Notables son sus *"Ensayos críticos"* y el análisis acucioso acerca de *"La versificación irregular en la poesía castellana."* En esas páginas, eruditas, de clara exposición, se enfrenta a la realidad psicológica de la polimetría poética. Mediante un sistema de comparaciones, partiendo de las tiradas monorrimas, se interna por los vericuetos de la nueva maestría de los clérigos

El mester de clerecía es su objetivo. Y surgen las obras de Berceo, la disertación novelesca del Libro de Apolonio, el lirismo de Las Razones de Amor, el misterio de los Reyes Magos, la disputa del Cuerpo y del Alma, el libro de Alejandro, el poema de José, hasta desembocar en la última obra de clerecía, el Rimado de Palacio.

El investigador dominicano extiende el panorama real y sensible de una literatura que hacía gala de maestría, que intentaba ceñir las emociones en la madeja de unas normas métricas, no siempre respetadas, ya que la sinalefa y el hiato son algo así como la llave maestra que permite libertades contrarias.

Pero aquella versificación, regular por deseo, irregular en la práctica, con sus hemistiquios caprichosos, era la vibración casi lírica de unos hombres que hacían poesía sin evitar su ecuación personal. Y así, Henríquez Ureña, humanista, nos va presentando la intimidad de Berceo, del Arcipreste de Hita y de ciertos anónimos cantores hispanos. He ahí la resonancia de un análisis, frío en apariencia lleno de intimidad, sin embargo.

Dicen los lingüistas que el hombre piensa de acuerdo con su lengua. Sin duda, las imágenes verbales que el ser humano pone en curso establecen la diferencia entre las lenguas. Cuando se ha creado una palabra, el espíritu la recibe, la somete a una elaboración y la expresa, en su pureza o en sus derivaciones.

En la creación de una palabra y de un pensamiento, hay un "antes" objetivo; un acto de interiorización de la palabra, y un "después," que es la expresión oral o escrita. Pero entre los dominios externo e interno, hay una zona de separación, un delicado "umbral," una especie de filtro mágico. Por lo tanto, las palabras que el hombre utiliza llevan en sí los aromas vivos aunque atesoraron en su peregrinación, en su nacimiento concreto.

Uno de los problemas todavía no resueltos es el siguiente: Saber si la expresión lingüística es una creación del pensamiento, o si el pensamiento se alimenta y desarrolla gracias a la expresión técnica. Cuando una lengua desarrolla nuevas categorías semánticas, ¿han brotado éstas de nuevas formas de pensamiento, o este fenómeno se ha producido a la inversa?

Los trabajos de Henríquez Ureña, ricos en aportaciones semánticas y estéticas, tienen la virtud de reanimar las figuras de varios poetas. Por ejemplo, analiza la versificación de Berceo. Entre líneas, vemos levantarse la imagen de aquel poeta, sentado frente a una mesa, en la celdita blanca de un monasterio, animando con sus versos los paisajes agrestes, oyendo la canción de las claras fuentes, de los árboles seculares, recortados sobre el cielo azul.

No es desvarío, pensar que las circunstancias que penetran y envuelven la sensibilidad del monje la hacen vislumbrar las sendas de un misticismo elemental. En su cuaderna vía, a veces

incierta, nos dice que su dictado no es de juglaría, sino verdadera historia, leída en santorales y viejos libritos de oraciones.

Luchó con el rigor de las sílabas contadas, pero en medio de sus caídas técnicas, nos dijo que la posibilidad es el principio de todo ser. Incluso lo absoluto puede convertirse en realidad. El contacto del alma individual con el principio divino puede realizarse en un sencillo revolver a través de las cosas.

Es cierto que Henríquez Ureña desarmó algunos cantos de Berceo. Sin embargo, una vez recorridos los tramos del ritmo y de las normas métricas, al recomponer los poemas, les dio un sentido de humanidad, para que la voz entrañable del poeta fuera oída, como una suave melopea que desciende de la gran hilera "de chopos invernales."

He ahí, pues, que el analista no desvirtuó el aroma de aquel "vaso de buen vino," tantas veces recordado por los escritores. El Gonzalo de Berceo que surge de las obras del investigador dominicano, permanece en las letras castellanas como portador de la palabra suave, precisa, de esencias religiosas.

El Arcipreste, poeta "del buen amor" acude con su libro al llamado de las investigación erudita. El lector se da cuenta de que ahí están las más variadas aportaciones del mundo literario: las ironías de Ovidio, la voz de Graciano, el desenfado de los "fablaux," la mordacidad de las serranillas.

Poeta, el buen Arcipreste, que mostró el dentro y fuera de las cosas, que cantó a la mujer vascular y vio en la Virgen a una mujer hermosa, fundiendo todas las facetas del amor, interpretándolo de acuerdo con un estilo que habría de reproducirse en épocas posteriores.

Los filósofos griegos dijeron: Los dioses hablan otra lengua, porque sus palabras son las cosas mismas.

Sin duda, un análisis lingüístico nos muestra los conflictos vividos por los escritores. Al mismo tiempo, el lector adivina la cifra espiritual del autor, ya que, muchas veces, en una palabra está la vida del poema. Se recogen los vocablos, se desarticulan los morfemas y lexemas, pero ahí está la esencia de la lengua, el

proceso anónimo que conduce al decir llano y a los recintos de la imagen y de la metáfora. Henríquez Ureña mostró a los investigadores algunos de los profundos hontanares del habla castellana y de las hablas americanas

En más de una oportunidad, se refirió a ese poemita lírico titulado "Las razones de amor." De sus comentarios nace la imagen de unas copas y de unos vasos encantados. Cuando se habla del nacimiento de la poesía lírica castellana, es necesario fijar la atención en ese poema anónimo. Se dice que lo escribió un escolar enamorado, que vivió en Alemania y en Francia. Se supone que vivió algún tiempo en Lombardía. Allí aprendió cortesía.

Nos cuenta que estaba descansando a la sombra de unos árboles añosos. Vio entre las frondas un vaso de plata. Allí lo había puesto una mujer. El vino estaba encantado, y quien lo bebiese jamás se enfermaría. Otro vaso había en la arboleda, pero de agua fría, tal vez encarnada.

Una mujer rondaba por aquellos lugares, una zagala de piel blanca, de ojos negros, de cintura medida. Llegaba cantando un romancillo de amigo. Aquí se interrumpe el poema.

Henríquez Ureña lo estudia con delicadeza, con el cuidado que los artistas ponen cuando desmontan las alhambras lingüísticas. Pronto olvidamos el nombre del copista del poema, Lope de Moros. Y entre sinalefas no respetadas, hiatos inoportunos, y precoces sinéresis va creciendo la figura del escolar y la delicadeza del primer retrato femenino de la literatura española..

Los críticos no siempre proceden con calma, porque olvidan que un poeta no es un soñador inútil, ni tan sólo un cazador de sensaciones. También suelen decir que la expresión poética es acabada en sí misma y que, por lo tanto, su estudio consiste, esencialmente, en una revisión de las estructuras sintácticas. Pero en la práctica ese sistema es incompleto, porque una poesía dice unas cosas y sugiere muchas más.

El lenguaje poético tiene múltiples significaciones. Con frecuencia al margen de su disposición gramatical. En sus figuras literarias hay un virtualismo. Eso quiere decir que la belleza de un poema está danzando entre esas oscilaciones.

Mucho se ha escrito acerca de la obra de este insigne dominicano. La lectura de sus libros me ha lanzado por los caminos de la lingüística. Ahora he creído oportuno referirme a sus perfiles de humanista, haciendo resaltar los procesos de rigor y delicadeza de sus investigaciones.

Berceo, el Arcipreste de Hita y los trovadores nos visitan, como renacidos de las páginas de unos estudios de métrica. ¿Acaso no es ésta la función de los humanistas?

En 1959, en mi calidad de Presidente de la Unión de Escritores Americanos, le invité al Embajador de la República Dominicana en Chile, que nos dió una conferencia sobre literatura de su país, impregnada, como seguimos creyendo, en el espíritu de los altos valores del nuevo mundo.

Fue muy grato para nosotros conocer con lujo de detalles, algunos de las manifestaciones literarias del siglo XV que iniciaron en La Española. Las Cenas y Quisidos compuestos por los antecesorales del Padre Cristóbal de Llerena, de quien sabemos como autores teatrales, que en 1586 había estrenado un "apareamiento", y una canción finalmente de un panorama de la época de la Independencia que nos puso en contacto con el Sr. María del Monte; Javier Argallo Guzmán, José Joaquín Pérez y el maestro por excelencia Eugenio María de Hostos.

Miré adelante, a través de Salomé Ureña de Henríquez, conocímosnos al fin a tu hijo Pedro. Pocas veces un encuentro y entrevista que había dejado este mundo poco más de diez años atrás, nos había despertado mayor interés.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Por Benjamín Morgado

Chileno

En 1959, en mi calidad de Presidente de la Unión de Escritores Americanos, le solicité al Embajador de la República Dominicana en Chile, que nos diera una conferencia sobre literatura de su país, empeñados, como seguimos estando, en difundir los altos valores del nuevo mundo.

Fue muy grato para nosotros conocer, con lujo de detalles, pormenores de las manifestaciones literarias del siglo XV que iniciaron en La Española, Las Casas y Oviedo; conocer mayores antecedentes del Padre Cristóbal de Llerena, de quien sabíamos como autores teatrales, que en 1588 había estrenado un "entremés"; y tomar conciencia finalmente de un panorama de la época de la Independencia que nos puso en contacto con Félix María del Monte; Javier Angulo Guridi, José Joaquín Pérez y el maestro por excelencia Eugenio María de Hostos.

Más adelante, a través de Salomé Ureña de Henríquez, conocimos asimismo a su hijo Pedro. Pocas veces un crudito y ensayista que había dejado este mundo poco más de diez años antes, nos había despertado mayor interés.

Nos dimos, pues, a la tarea de desentrañar y conocer su obra maciza, obra que conocíamos por algunos trabajos breves que no nos habían llamado mayormente la atención; pero que al estudiarla con más tesón, nos abrió un panorama cultural de la más alta jerarquía.

Jerarquía, por lo demás, que venía desde su madre, la poetisa Salomé Ureña de Henríquez mujer de excepcional cultura y dotes intelectuales, que murió cuando sus hijos eran todavía adolescentes.

No tengo condiciones de crítico ni menos la constancia para abordar un trabajo sobre la calidad de Henríquez Ureña, como escritor o mejor, como ensayista. Su primera obra "Aquí abajo," poemas publicados en 1898 y su "*Nacimiento de Dionisos*," en 1906, no están en Chile. Buscando y buscando, logramos rehacer su trayectoria de escritor y educador. Y como profesores, nos halagó saber que fue Director de Enseñanza, en México, profesor de la Universidad de Buenos Aires, y Superintendente General de Enseñanza de su patria.

Como escritores, nos sentimos satisfechos con sus numerosos estudios literarios. Acaso el de mayor envergadura sea "Historia de la Cultura en la América Hispana" que nos ha parecido realmente admirable, sin dejar de lado su "Literatura Dominicana y "*La Cultura y las Letras Coloniales en Santo Domingo*".

Muchos escritores se han referido con abundancia de detalles y con un conocimiento cabal de su personalidad, a la recia obra de Pedro Henríquez Ureña. Basta recordar el elocuente discurso que pronunciaría su compatriota Rodríguez Demorizi, para rendirle un homenaje póstumo en un acto académico el 20 de junio de 1946 — y que apareció en las publicaciones de la Universidad de Santo Domingo— o los trabajos de Enríque Anderson Imbert, Emilio Carilla, Antonio Castro Leal, etc.

Mi intención con estas líneas, es destacar un hecho poco usual en los ambientes de las Embajadas: Un escritor notable era poco conocido de las nuevas generaciones de Chile; un embajador dominicano nos lo dió a conocer. Y desde ese instante seguimos indagando sobre sus trabajos y recogiendo de ellos la savia que entregan solamente los selectos. No he vuelto a conocer hechos similares en ninguna otra Embajada. Y es una lástima.

Pedro Henríquez Ureña era —y lo seguirá siendo— una luz en estas tinieblas culturales en que no nos conocemos bien; pero que cuando logramos estrecharnos las manos — o seguir las huellas de los que ya nos dejaron una vibrante emoción— nos embarga el alma

Santiago de Chile, marzo de 1976

Mauricio Batres escribió uno de sus más bellos estudios sobre "Las familias espirituales de Franco". La concentración de inteligencia y de siglos en su país le aseguraba el acierto a sus juicios. A los hombres de este hemisferio sólo nos es posible entender la parfrasis cubricada toda la extensión de América. Pueblos aún jóvenes, en sociedades no integradas todavía, los afanes cotidianos de cada núcleo han consumido sus energías labrando sus individuales o nacionales destinos. Muy pocos han logrado emprender desde su propio marco para repararse sobre las fronteras. De esos son los Henríquez Ureña, Mas y Pedro, y el último vamos a referirnos particularmente, como contribución modesta al homenaje que en su patria se le va a erigir en el centenario aniversario de su muerte. Agradecemos así a la noble Asociación del Dr. Julio Jaime Jolia, principal promotor de este reconocimiento y uno de los grandes intelectuales de Santo Domingo.

**HENRIQUEZ UREÑA:
UNA DINASTIA LITERARIA**

Por Abel Naranjo Villegas

Colombiano

Mauricio Barres escribió uno de sus más bellos estudios sobre "Las familias espirituales de Francia". La concentración de inteligencia y de siglos en su país le aseguraba el aserto al francés. A los hombres de éste hemisferio sólo nos es dado extender la paráfrasis cubriendo toda la extensión de América. Pueblos aún jóvenes, en sociedades no integradas todavía, los afanes cotidianos de cada núcleo han consumido sus energías labrando sus individuales o nacionales destinos. Muy pocos han logrado empinarse desde su propio marco para esparcirse sobre las fronteras. De esos son los Henríquez Ureña, Max y Pedro, y al último vamos a referirnos particularmente, como contribución modesta al homenaje que en su patria se le va a tributar en el trigésimo aniversario de su muerte. Atendemos así a la noble invitación del Dr. Julio Jaime Julia, principal promotor de este reconocimiento a uno de los grandes americanos de Santo Domingo.

Le venía a D. Pedro Henríquez Ureña la vocación literaria de una de las más altas voces de la poesía dominicana, la Señora Salomé Ureña de Henríquez de quien heredó, al par que la bondad que señalan los que le conocieron, esa penetración lírica que desborda en todos los temas. Pero esos elementos que brotan de las categorías éticas y estéticas ya suficientes para acuñar una personalidad excelsa se magnificaron en este caso con la fabulosa capacidad de investigación y la sabiduría magisterial que se propagó desde su Isla Iluminada, y desde México hasta Argentina. El influjo de sus palabras en todos estos pueblos ibéricos lo instauro por derecho propio en la categoría de las familias espirituales de América.

Siendo todavía muy joven, Don Pedro Henríquez Ureña ya había sido consagrado nada menos que por Alfonso Reyes. Al darle cuenta desde México, a D. Francisco García Calderón en París, del grupo que hacía literatura en la ciudad del Anáhuac, decía de Henríquez Ureña que "es el Sócrates" de este grupo fraternal. Será una de las glorias más ciertas del pensamiento americano. Crítico, filósofo, alma evangélica de protestante liberal, inquietada por grandes problemas, profundo, erudito en letras castellanas, sajonas, italianas, renueva los asuntos que estudia. Cuando escribe sobre Nietzsche y el pragmatismo, se adelanta al filósofo francés René Berthelot; cuando analiza el verso endecasílabo, completa a Menéndez Pelayo."

Se suele circunscribir el ámbito de actividad literaria de Henríquez Ureña a los linderos de la crítica. Hoy, a la distancia, emerge de esos marcos la obra de éste varón singular, porque ese circuito queda estrecho para el pensamiento que lo rebosa. Las exigencias del espíritu contemporáneo encuentran respuestas de orden histórico, literario, sociológico y, desde luego, de estilística y de crítica en las categorías que rigen actualmente ese pensamiento. Bastaría repasar sus estudios sobre "Literatura Dominicana." "Seis ensayos en busca de nuestra expresión" (La Dominicana), "La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo" y, particularmente "Las corrientes literarias en la América Hispánica." En esta última obra aparece la densidad sociológica en el capítulo que presenta

ese cosmos social que generó en América la conquista y el aparato colonial que le siguió. La confrontación de esa "sociedad nueva" con la que existía en Europa, convence de que no fue un trasplante propicio a simplificaciones unilaterales sino, más bien, un injerto que floreció en frutos heterogéneos y sistemas de clases y tradiciones diferentes a las que regían en España y, en general, en Europa.

La pasmosa objetividad y el abrumador aparato investigativo que suministra Henríquez Ureña para afirmar sus tesis, se anticipa al rigor sociológico que hoy se exige para analizar ése prodigioso fenómeno de transculturación. Aún desde el sólo punto de vista de la crítica se advierte allí que su autor desbordó lo que a nivel temporal de ésa obra suponía la crítica literaria para cubrir la exigibilidad sociológica que hoy reclama el análisis de una literatura. Sólo que en Henríquez Ureña todo aquéllo está presentado sin la vehemencia sospechosa y la beligerancia subjetiva que, paradójicamente, se practica ahora, sino con una ponderación y un sentido del equilibrio tan exacto que más parece ser el producto de una mentalidad forjada en las zonas templadas del universo que en una nacida y fecundada en los ardores del trópico. Las calidades de ésta obra, su rigor en las tesis, el exhaustivo aparato de la investigación, le confieren el carácter del más puro clasicismo. Las generaciones nuevas de América que pretendan perforar con seriedad el pasado para interpretar lealmente el presente y adquirir una plataforma de despegue para el porvenir no podrán prescindir ya de ésta obra. Y el acierto selectivo de los autores de todos nuestros pueblos requieren su gratitud y hacen a Henríquez Ureña compatriota de todos nuestros gentilicios.

Si fuera dado fijar en categorías geométricas el espíritu, el de Pedro Henríquez Ureña pertenecería a un espejo convexo por su compacta generosidad, vuelto sobre el hemisferio para reflejarlo enteramente hasta las comarcas más sumergidas. Su afán de darse, pero de un darse con medida y, por lo tanto, con justicia, lo instituyeron en ese aire de nuestro bondadoso, siempre dispuesto a esparcirse sin alardes ni presunciones. No hay en ninguna de sus páginas algo excesivo, ni petulante, ni

siquiera majestuoso. Es un decir tranquilo, sin tropezones ni saltos, en donde el pensamiento ni siquiera estruja la mente sino que aparece traslúcido en el fondo de su prosa.

Todo lo anteriormente dicho lo consagra como un dechado, una meta, un ideal, de ese nuevo hombre que busca nuestro continente porque en él se reunieron las tres categorías que deben converger en quien se tome como arquetipo de humanidad y son: ética del comportamiento, sabiduría y estética de la personalidad.

**EJECUTORIA DEL GRAN DOMINICANO
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA**

Por Eduardo Ocampo Moscoso

Boliviano.

De seguir viviendo el ilustre autor de HISTORIA DE LA CULTURA EN AMERICA HISPANICA, como gustaba diferenciar al Nuevo Mundo, no tendría que variar mayormente su criterio sobre el decurso y catasterísticas de las corrientes literarias que afloraron desde fines del siglo pasado hasta mediados del presente, en que la muerte sorprendió, a destiempo, a Pedro Henríquez Ureña en la Argentina.

Espíritu generoso y abierto a todas las manifestaciones del intelecto y las múltiples expresiones del arte contemporáneo, fue uno de los críticos más señeros y eruditos de que siempre se ufanará su patria y la comunidad americana. Y todo ello en razón a la amplitud de sus conocimientos, a la probidad y justeza en sus juicios y a su afinada sensibilidad para captar e interpretar el fenómeno estético.

En lo que a Bolivia concierne no estuvo ausente de sus preocupaciones el informarse de la obra de nuestros escritores y poetas más sobresalientes de fines del período colonial y a lo largo de la etapa republicana. Prueba de ello es que Pedro Henríquez Ureña menciona, al hacer una revisión del acervo

literario boliviano, a Fray Antonio de la Calancha, Bartolomé Arzanz de Orsúa y Vela, Vicente Pazos Kanki, Luis Domingo Choquehuanca, correspondientes a lo siglos XVII y XVIII; y en el decurso del XIX al XX, a Gabriel René Moreno, Alcides Arguedas, Franz Tamayo, Jaime Mendoza, Richardo Jaimes Freyre, Armando Chirveches, Adolfo Costa du Rels, Enrique Finot, Guillermo Francovich, Oscar Cerruto, Augusto Céspedes y Augusto Guzmán.

En su búsqueda de un sentido unitario de la cultura hispanoamericana, Pedro Henríquez Ureña siguió, con ejemplar pertinencia, el desarrollo de las bellas letras y las artes en los países del continente y logró establecer similitudes temáticas en la obra de los escritores que, en distintas etapas, asimilaron la influencia del romanticismo crepuscular; del modernismo después y, finalmente, de las tendencias renovadoras, como el ultraísmo y el creacionismo, que fueron punto de partida de las corrientes de vanguardia.

A base de esas coordenadas formales e ideológicas, Pedro Henríquez Ureña diferenció a los cultores del "arte puro" al estilo del abate Bremond, y a quienes volcaron su preocupación hacia el campo de los enfrentamientos y desajustes sociales y políticos.

Repetimos: muy poco habría tenido que modificar su criterio acerca de las orientaciones de la novelística y la poética hispanoamericana que, implícitas en la actual literatura de tendencia, no se concretan sólo a revelar esas contradicciones que son uno de los signos de estos tiempos, sino a los redivivos avances de un cesarismo a ultranza. Y, finalmente, habría desautorizado, sin reticencias, el renovado empuje de las corrientes indigenistas que pugnan por restaurar y resguardar los valores auténticos de los pueblos que atesoran una fuerte y perdurable tradición cultural.

El erudito autor de LAS CORRIENTES LITERARIAS EN LA AMERICA HISPANICA, habría visto, por consiguiente, confirmadas sus premoniciones sobre la búsqueda y hallazgo de esa "nuestra expresión," que constituyó el norte magnético de su nobilísima ejecutoria intelectual.

Pedro Henríquez Ureña, una de las cumbres luminosas en la historia del intelecto continental, ha dejado una herencia invalorable que seguirá perdurando en la conciencia de las nuevas generaciones que se apresten a la conformación de una cultura propiamente americana y que hará una realidad ese ideal unitario expuesto, con tanta lucidez, por el admirable mentor y humanista dominicano.

Cochabamba (Bolivia), Julio de 1975

La personalidad de Pedro Henríquez Ureña, un dominicano que en medio de su exilio y espíritu comunicativo se erigió en figura respetada y querida en los ambientes culturales y literarios argentinos, alcanza a significación que sobrepasa las fronteras continentales, ya cumplidos treinta años de su muerte. De él puede decirse un lugar a todas las que, al igual que Alfonso Reyes, Baldomero Linares, Carlos González Zaldívar, Ricardo Rojas y otros grandes escritores hispanos, los poseedor al mismo tiempo de un mundo de propias ideas y de una amplia capacidad lingüística bilingüe, que lo constituyen en una de las mayores expresiones intelectuales de habla española.

Pedro Henríquez Ureña, siempre colco del puntazo literario, siendo como Andrés Bello que el lenguaje debía ajustarse a tres condiciones esenciales: uniformidad, elegancia y perfección. Asimismo, coincidiendo con Amadeo Alzamora, establece entre las modalidades del castellano que naturalmente se unían, el lenguaje oral, el lenguaje literario y el idioma culto. Su producción de amante de la belleza y de filólogo, así como su carácter lírico y reflexivo, lo inducen permanentemente a la búsqueda de un léxico ideal.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Por Gilda Paz

Argentino

La personalidad de Pedro Henríquez Ureña, ese dominicano ilustre que en razón de su talento y espíritu comunicativo se erigió en figura respetada y querida en los ambientes culturales y literarios argentinos, alcanza una significación que sobrepasa las fronteras continentales, ya cumplidos treinta años de su muerte. De él puede decirse sin lugar a dudas que, al igual que Alfonso Reyes, Baldomero Sanín Cano, Gonzalo Zaldumbide, Ricardo Rojas y otros grandes escritores americanos, fue poseedor al mismo tiempo de un cúmulo de precisas ideas y de una amplia capacidad lingüística filológica, que lo constituyen en una de las mayores expresiones intelectuales de habla española.

Pedro Henríquez Ureña, siempre celoso del purismo idiomático, entendía como Andrés Bello que el lenguaje debía atenerse a tres condiciones esenciales: uniformidad, elegancia y perfección. Asimismo coincidiendo con Amado Alonso, establecía entre las modalidades del castellano que mutuamente se influyen, el lenguaje oral, el lenguaje literario y el idioma culto. Su condición de amante de la belleza y de filólogo, así como su carácter lírico y reflexivo, lo inducen permanentemente a la búsqueda de un léxico ideal.

El adentrarse en la Historia de la Literatura Española, ya en sus formas clásicas como a través de sus movimientos transformadores o renovadores, ofrece campo propicio en el caso de nuestro autor para dar cauce a su vocación y disciplina. Su juicio en ese sentido alcanza siempre condición de aseveración y aserto. Con relación a esa Literatura Madre y a su desarrollo y proyección, escribe: "España vive a su manera sus procesos históricos: de su siembra medieval recoge frutos todavía en tiempos muy posteriores; si no aprovecha todas las corrientes del Renacimiento, conserva vitalidad, frescura, sentido de la tierra en la vida espiritual."

No obstante esta definición, Henríquez Ureña, yendo a otra faz del complejo literario hispánico, emite esta opinión frente al auge modernista de fin y principio de siglo: "Este movimiento renovó íntegramente las formas de la prosa y de la poesía: vocabulario, giros, tipos de verso, estructura de los párrafos, temas, ornamentos. El verso tuvo desusada variedad, como nunca la había conocido antes, se emplearon todas las formas existentes, se crearon formas nuevas, y se llegó hasta el verso libre a la manera de Whitman y el verso fluctuante a la manera de la poesía española de los siglos XII y XIII... La prosa perdió sus formas rígidas de narración semi-jocosa y de oratoria solemne con párrafos largos: adquirió brevedad y soltura."

La obra de Pedro Henríquez Ureña dedicada a la lengua y su relación es vastísima y fecunda. Sus títulos que abrazan una gama variada y diversa son piezas de introducción y permanente consulta para estudiosos e iniciados. De entre esa producción corresponde destacar los libros: "*Seis ensayos en busca de nuestra expresión*," "*La utopía de América*," "*Mi España*," "*Comienzo del Español en América*," "*La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*" y sobre todo "*El apogeo de la versificación irregular*," "*Las corrientes literarias en la América Hispánica*." A través de los textos enunciados, que traslucen en positivo afán por abrazarlo y expresarlo todo, un verdadero análisis de los autores y movimientos que configuran la esencia de las letras castellanas, ya de aquí o allende el Atlántico, es expuesto con autenticidad

y capacidad informativa y crítica. Así de Lope, Calderón, Quevedo, Cervantes, Góngora, Alarcón, Zorrilla, Bécquer y toda una gloriosa pléyade peninsular, se remite a los talentos del Nuevo Mundo como Darío, Nervo, Lugones, Chocano, etcétera.

La cátedra universitaria, la tribuna y el periodismo, además del libro, fueron vehículos positivos de los que se valió el escritor comentado para sentar su tesis y enseñanza. Como sus colaboraciones en la "Revista Filológica Española," fueron de aleccionadora influencia sus notas publicadas en los diarios "La Nación" y "La Prensa," así como en "Valoraciones," revista de humanidades, crítica y polémica del grupo de estudiantes Renovación de La Plata, dirigida por Carlos Américo Amaya y Alejandro Korn, y en "Trapalanda," medio bajo la dirección de Enrique Espinoza.

La Argentina pues, tuvo el honor de contarle entre los americanos que habitaron su suelo dejando huellas profundas de su paso y pensamiento. Fue concurrente asíduo de las tertulias literarias que animaron la primera mitad del siglo, entre las que cabe recordar las ofrecidas por Victoria Ocampo, Olivero Girondo, Evar Méndez, Norah Lange y otras. Y para dar cuenta de la familiaridad que alcanzó su figura en los ambientes porteños, finalizamos estas líneas evocativas, haciendo referencia a la nómina de ilustres concurrentes a las veladas de los días viernes en la casa de doña Nieves Gonnet de Rinaldini. Integraban dichas pláticas literarias, que Fernández Moreno ha inmortalizado en un extenso poema, además de Pedro Henríquez Ureña, Amado Nervo, Amado Alonso, Isabel Ureña, María Rosa Oliver, Alberto Gerchunoff, Alfonso Reyes, Alfonso de Laferrer, Pedro Miguel Obligado, Julio Rey Pastor, Carlos Alberto Leumann, Baldomero Sanín Cano, Moreno Villa, Federico García Lorca, Max Henríquez Ureña, Vasconcelos, Angel Battistessa, etc.

Ha sido esta una incursión sencilla pero devota en torno a la personalidad y la obra de Pedro Henríquez Ureña, un talentoso dominicano, hijo de un presidente de su país, que convivió en la Argentina para honra nuestra y cuyo recuerdo permanece indeleble en los anales culturales y literarios que dicen de un castellano decorosamente hablado y analizado.

Buenos Aires, octubre de 1976.

FUERA DE LA TAREA INCREIBLE

Por Ulyses Petit de Murat

Argentino

Perdido en minucias cada día más abstinadamente separatistas, el estudioso de estos tiempos tiene que hacer un gran esfuerzo para recordar que Sócrates se llamó a sí mismo filólogo. Lo cual significaba amor a la cultura. El recuerdo de Platón acerca de su maestro incomparable, nos lleva de la mano hacia Pedro Henríquez Ureña. Adoraba la actitud humanística que no resigna ni una sola posibilidad de abordar en profundidad los conocimientos. Y de su inmersión en las raíces del lenguaje salía indemne, con la vivencia elegante que — cosa extraña — le fastidió un poco a Platón cuando se le apareció Aristóteles con sus afanes fabulosos de dominar cuanto comprometiera al hombre en la aventura siempre inconclusa del pensamiento y la no menos misteriosa de vivir apasionadamente. Filólogo sí, pero el estilo magnífico de hace 24 siglos. Con una curiosidad implacable que lo transformaron en un erudito para el asombro constante pero también constantemente separado, en cátedra y vida, del tedio que suele aparejar el copioso almacenamiento de datos, la intrincada clasificación de temas, el dédalo de una metodología renovada impulsivamente.

El encanto del maestro que cuando es como el que irradiaba Pedro Henríquez Ureña (segundo apenas del irresistible que emana de lo femenino) marcaba la ironía del fluir cálido de un diálogo que va alimentando nuestro perenne estado de párvulos que acuden a las clases primarias, pero también tornaba cálido el ámbito de lo meramente coloquial. Fuera de sus ensayos rigurosos y fluídos, estaba la prosa de sus horas de ocio. Allí lo veo vivir sin la ruptura final originada por su alta ausencia de estos años. El hombre de la cátedra ejercida con honor y pulcritud impecable en tantos países y, durante dos décadas tan afortunadas para mi patria, en la Argentina, sabía fascinar a los que concurríamos a las épicas reuniones de Oliverio Girondo y Norah Lange, en la casona porteña de la cuesta de la calle Suipacha. Entonces despuntaba su humor aliviador de las aristas estúpidas de la realidad. Resurgía en él matiz particular que sólo da la estirpe decantada por generaciones. Volaba su perdonadora cortesía, como si diera vacaciones al prosista perfecto de "*El nacimiento de Dionisos,*" alabado por el uruguayo José Enrique Rodó, al crítico dignificador de esta palabra tantas veces vacía y petulante. Pedro intemporal, podía ser en esos momentos un hombre apartado de las magnificencias y hallazgos de la "*Historia de la cultura en la América Latina,*" transformarse en un antiguo transitador de la Academia o el Liceo atenienses, poniéndose a la altura de cualquier de los alumnos que lo abordaban bajo los tilos tranquilizantes de La Plata. ¡Qué peripatético impresionante, este Henríquez Ureña de las veladas que el verbo enloquecido de Oliverio y la fantasía desbordante de Norah Lange hacían volar por los aires, como desasidas del tiempo, la distancia y las nacionalidades, en ese alboroto que albergaba también la voz poética de García Lorca, el tono de predicador de inaceptables sermones de Pablo Neruda, la lírica movilidad de pájaro de Raúl González Tuñón, la intrincada magia de Xul Solar, la gracia metafísica de Macedonio Fernández o el tono entrecortado de Borges, en otro multiplicado nacimiento de Dionisos! Peripatético en el más alto y fervoroso de los sentidos. En la disociación de la sensibilidad que predicó Arthur

Rimbaud, podíamos verlo casi alado —la bebida corría estrepitosamente en lo de Olivero— en su caminata sapiente que abarcaba nuestra América, la otra, la sajona, las tierras del origen, esa España que él deshojaba como si tuviera entre sus manos todos los rumbos que demarca la rosa de los vientos..

Converso con él en el tren que cubre los sesenta kilómetros que van desde La Plata a Buenos Aires, hablamos de temas esenciales. De hombres, de mujeres (más de mujeres que de hombres), de Amado Alonso otro maestro vital y de letra bien viva, de los bosques de la antigua estancia de los Pereyra Iraola, de Wilde o D'Annunzio, recayendo una y otra vez en el eterno tema del misterioso amor. Cualquier cosa, en la alquimia de su palabra, hasta la nefanda gramática, podía tornarse un miraje que comprometía las interioridades afectivas, que hacía que uno estuviera pendiente del mensaje que no iba a defraudar la promesa que nos habían transmitido sus ojos de rebrillar oscuro y entrañable y esa sonrisa que apartaba el signo duro de su espeso bigote negro. ¿Por qué? Sencillamente, porque estaba maridado como pocos con la cultura. La modelaba como al cuerpo de un ser adorado. Sus arenas menos hospitalarias se convertían en una fuente dorada en esos viajes nocturnos o atardecidos, en esas tertulias inventoras de noches fabulosas. La cultura, esa desconocida, recibía de la mano de además pausado, aristocrático, de Pedro, una caricia que nos hacía sospechar en ella la presencia de una piel que invitaba a gozar de la intimidad que ella le brindaba a este que se nos hacía imposible hubiera llegado de las lejanas y queridas latitudes dominicanas e imposible que tuviera tan joven y vigoroso en presencia e intelecto y pelo sin una sola cana veintidós años más que yo. Me acostumbraba al ritmo de su pronunciación. Conocía tantas más cosas que yo acerca de mi propia patria y sus raíces, que olvidado por completo de cierto matiz de su hablar, lo sentía argentino como pocos. Quizá sentía, hombre y sabio medular, el amor de la gente y el respeto de todos, en una zona habitada —como tan bien lo expresara Ortega y Gasset— por hombres a la defensiva. Para Pedro Henríquez Ureña abrimos del todo nuestra guardia. Sus ideas fulguraban a veces

como un buen cross de derecha. Pero no herían. Al contrario. Azuzaban nuestra actividad vocacionándola a la contemplación y detenido examen de lo que teníamos, pero no teníamos, hasta que su palabra paciente lo irradiaba volviéndolo patente para los ojos más entorpecidos.

Ese cariño intenso que le tuvimos quizás haya sido la mejor manera de superar el terrible temor argentino al ridículo, porque para un hombre de su sensibilidad, no podía escapársele un sentimiento, por más que se reservara, en el que se mezclaban elementos de ternura y gratitud.

Lo veo, a este Pedro Henríquez Ureña, con la alegría y la confortación que siempre llegaba con él. No se me desdibuja. Sus reverenciadas cenizas regresaron posiblemente a su patria amada. No lo he preguntado nunca y tampoco ahora quiero informarme. Es natural que su caminata extraña y ahora celeste bien celeste como le hubiera guatado a Rubén Darío llamarla con aquella adjetivación memorable que Pedro tanto conocía, lo lleve una y otra vez a lugares diversos. Pero regresa. El eco de sus pasos transita mis calles, unos años que se esconden en rincones vivaces del tiempo ido; su voz de amigo y maestro surge de sus libros o de cualquier silencio maravilloso para decirnos que persiste, que nunca dejará de persistir entre nosotros este Pedro, este Pedro y Henríquez y Ureña.

CARTA

San Fco. de Macorís Act. 16, 1946.

Señor
Don Julio J. Julia,
Moca.

Dilecto y admirado amigo:

Recibir una carta suya es oír la lectura en son de bando con orquesta, desde la glorieta del parque principal del espíritu, de un real edicto declarando días de fiesta, todos los que transcurran desde el momento de la recepción de la Augusta Epístola, hasta el de la Respuesta por parte del Alcalde de la ciudad en funciones de Chambelán.

Llegan hoy a su apogeo dichas fiestas, comenzadas solemnemente el día décimo, del mes de Septiembre.

Un cielo estrellado en una noche diáfanas, no es ciertamente un espectáculo trivial, pero es el decorado reglamentario de nuestro mundo después del reinado del sol. A penas llama la atención a los que se toman el trabajo de mirar hacia arriba, absorbidos como viven, por las cosas de la superficie de la tierra.

Pero una lluvia de meteoritos rompe la armonía sideral, aunque solo en apariencia, y el fenómeno cautiva todas las miradas obligando incluso a los cuellos más horizontales, a verticalizarse.

Así con la monotonía insípida y cursi, del tráfago de todos los días, cuando es interrumpida, agradablemente, por algo novedoso que nos llega, de pronto, del otro lado del horizonte. Su carta del 10 de Septiembre fue para mi como uno de los primeros meteoritos caídos en mi atmósfera para mi regalo espiritual, con privilegiada anticipación a la lluvia estelar anunciada para el 10 de Octubre.

Para escribirla Ud. necesitó abrir un paréntesis en el orden de sus cotidianas faenas, y satisfecho su ánimo la dejó salir en vuelo, como paloma mensajera, del palomar de su pensamiento. Batió sus alas aunque aprisionada dentro de la valija postal, se remontó cruzando las nubes, y al fin se deshizo en palabras luminosas tal como ocurre cuando un cometa se desintegra y parece derretirse en el infinito originando una lluvia de estrellas.

Zigzagando a través de "Huellas de Gloria," irizándose como un rayo de sol al refractarse en Lienzos del Terremoto, y proyectándose en poéticos arreboles sobre la figura eminente de Pedro Hneriquez Ureña, su carta vino a mis manos fosforescente, como un puñado de polvo cósmico reflejando luz ultra-violeta tornasolada.

Para rendirle los honores de la respuesta, era preciso ante todo, concederle al Espíritu unas vacaciones extraordinarias por tiempo indefinido, a fin de alejarlo del gabinete de trabajo del Dr. Fausto, más a propósito para dialogar con seres misteriosos del mundo ignoto, que para solazarse en la compañía de emisarios de las Musas y de los príncipes de las gayas Letras.

Había que empezar bañando el pensamiento en agua de colonia para quitarle el olor de los vapores de nitro y de mercurio y el de los efluvios de sustancias que no recuerdan el ámbar sino el aliento de lechuzas y de brujas malignas.

Así lo he hecho, y sólo así podía presentarme ante Ud. a los 36 días de una temporada de fiesta con motivo de su misiva.

Días gratos y menos después de aquellos de Agosto, sobrecargados de zozobras y fuertemente aterremoteados, en que los ánimos parecían sismógrafos hipersensibles a toda clase de sacudidas, terrestres o sociales.

Mi carta, nuestro grande amigo el hombre de plomo de El Observador —siempre aplomado—, era sólo una descripción subjetiva del terremoto, visto por mí en el aspecto parcial que ofrecía desde mi aislada posición de espectador. No se la dirigía con propósito de publicidad, pero Don Américo es prensa y periódico, cuyo pensamiento está siempre abierto al público, cuando es saludable abrirse, o cerrado a la novelería pública, cuando considera que ni la prensa ni el periódico deben ser espectáculos públicos para diversión de los ociosos y malediscentes.

Yo ignoraba estar escribiendo para los lectores de El Observador, pero fue una alegría para mí, no exenta de vanidosa satisfacción, recibir numerosas congratulaciones de amigos, entre ellos el sentimental y ‘sensitivo’ Elpidio de Lara, el expresivo y fogoso Don Augusto Tavera (o Vaeras)— tan impetuoso como chispeante—, y el ilustre Don Bernado de Quiróz, que me honra de cuando en cuando con sus valiosas cartas. Por cierto que no le he contestado aun, para darle preferencia a Ud.

La suya es una halagadora invitación al intercambio epistolar con Ud. que por ser tan sincera y galante, yo no podría rehusar. Los talentos distinguidos que se nutren de ideas altas y necesitan para vivir, más espacio que aire, detestan la misantropía. Ud. pertenece a esa estirpe y por eso ha formado su círculo en uno de los puntos más céntricos del mundo del saber, por donde pasan todas las caravanas que van y vienen, cruzando el Gran Desierto de la Esperanza, en el afanoso comercio de las ideas.

Unos llevan baratijas y oropeles de fantasía, otros piedras preciosas y joyas de orfebrería trabajadas por el genio literario, poético o especulativo. Los más, pesadas cargas de mercadería buhonera para todos los gusto y todas las fortunas...

Pedro Henríquez Ureña fue de los últimos beduinos en pasar, solitario, para no volver.

No llevaba consigo otras riquezas que el brillo de su fama y las prendas de su talento y de sus virtudes.

Iba "en busca de su expresión," atravesando desiertos y horizontes; pasando de un continente a otro, recorriendo sendas andinas y dilatadas pampas hasta llegar al Río de la Plata, del que jamás extrajo el argentino metal sino la música de sus leyendas y de sus poemas.

Era un puritano de la ética en la misma medida en que se hizo notable como purista de la lengua.

Crítico, su palabra adquiría dimensiones y formas definidas como los cuerpos geométricos en manos de un profesor de la materia, frente a sus alumnos. Señalaba ángulos y vértices, deformaciones y asimetrías, sin lastimarse los dedos de escritor ni mancharse las uñas con salpicaduras de tinta. Filólogo, hacía lingüística enriqueciendo la lengua y las letras, con acuciosidad erudita. Era un botánico de la Lexicografía, que manejaba las voces y las raíces como especies vivas, cuidadoso de que no se agostasen bajo el rigor de la didáctica, y de la investigación.

Ensayista, sus monografías eran temas completos, el alfa y el omega del problema tratado.

Americanista, su cosmopolitismo continental difería del de Hostos, en que amaba más con el pensamiento las tierras del Hemisferio, que con el corazón patriota.

Era un patriota intelectual, porque su República ideal, su patria favorita no se reducía al suelo de la América, sino a las Letras Americanas.

Su argentinismo, o su mexicanismo no consistía en la heráldica, ni en la historia, ni en la geografía paisana, sino en el genio de la raza considerada en sentido cósmico, a lo Vasconcelos.

Si pudiera crearse la epopeya del Americanismo literario, el nombre de Pedro Henríquez Ureña ocuparía un lugar honorable entre los Héroes; pero más que un americanista, fue un representante egregio del panamericanismo, con todo y su poderosa cultura europea.

Hay que confesar sin embargo, a fuer de sinceros, que estamos lejos aún, de la unidad espiritual americana, de lo que venimos llamando genéricamente "lo americano."

El concepto unitario de este americanismo psicológico es más bien fantástico, por no decir ilusorio. Es un producto mental de la fantasía ambiciosa de generalizaciones.

Basta contraponer a ese concepto, el del "folklorismo" en boga, en toda la América, que es la esencia nativa, vernácula, del nacionalismo

Haciendo de ello un raciocinio lógico, podría decirse que todo lo argentino no es gaucha, pero que todo lo gaucha es argentino.

Y ¿cómo diferenciar lo no-argentino, de lo gaucha, y viceversa, si en el fondo de lo uno y de lo otro, alienta el alma argentina?

Lo mismo cabe decir de lo mexicano, y de lo ecuatoriano, y de lo colombiano, respecto de sus orígenes étnicos, de sus peculiaridades raciales y de su formación histórica.

Percibimos el mismo fenómeno que Europa, cuando de la generalización del concepto geográfico-internacional, descendemos a las particularidades magiares, en la Hungría; los rasgos eslavos en algunos pueblos de la península balcánica; el elemento turco, en la urdimbre de la cultura búlgara; al sajonismo del anglo en la Inglaterra, al "galicismo" anti-latino del francés y de lo francés, etc. etc.; todo lo cual visto en conjunto, disipa el sentido europeo de lo europeo, para dejar un claro lo Húngaro, frente a lo Búlgaro; lo Inglés o Británico, frente a lo Francés; lo Español, frente a lo Portugués, y así sucesivamente; palabras del diccionario continental europeo que tienen una sola acepción, en su país respectivo.

Entre nosotros no hay excepción, ya que la ley es universal. Lo exótico es exótico donde lo nativo es nativo. Y un gaucha en Santo Domingo es tan exótico como un hijo de Concho Primo en casa del Tío Sam.

Basta ver el encono, el desnudo y el patriotismo deportivos con que se han batido en el Diamante, ahora mismo, los Cardenales de San Luis y los Medias Rojas de Boston,—especie de Pielas Rojas de la Nueva Inglaterra,—en su batalla “a palos” por el campeonato mundial de Base-Ball

El espíritu regionalista es indeterrable, en la práctica, de su región autóctona. Hay algo personal, algo del yo individual como parte del yo colectivo, que se antepone, instintivamente a manera de conciencia en lucha, frente a otra conciencia rival en actitud de superación.

Visto así el americanismo, asume un perfil indefinido, más bien vago, a semejanza de un ideal flotante que a ratos adquiere una fisonomía característica, como tan pronto se desvanece, perdiéndose en la policromía de las nacionalidades.

A pesar de estas consideraciones harto realistas, no cabe duda de que existan valores americanos de alto quilate, capaces de avivar el orgullo de los aborígenes continentales, sin excluirnos, los isleños, que vamos casi a la deriva, como tripulantes de esta flotilla antillana tan azotada por los huracanes y los terremotos...

En el Norte, el gran Imperio Yanki, a la cabeza de la civilización del Nuevo Mundo, con Washington Irving, la Beecher Stowe, Longfellow, Emerson, trazándole orientaciones a la nueva mentalidad de la gran nación.

A su lado México, presidiendo la gran familia de pueblos indoamericanos, cada uno de los cuales aparece dotado con su peculiar cultura en que el factor geográfico ha influido notablemente, determinando características muy singulares.

Estas características son las que constituyen los rasgos de la personalidad nacional de cada pueblo, y donde hay personalidad nacional, hay diferenciación psicológica, institucional, de usos y costumbres, neta y permanentemente definidos.

Don Pedro Henríquez Ureña lo reconocía así, y profesaba un americanismo devocional, pero sin excesivo apasionamiento. Era que había adquirido el conocimiento práctico y concienzudo de la realidad sobre el terreno mismo.

Con motivo de su muerte se le rindió al insigne escritor un pomposo homenaje de prensa que quedó ahí, en las columnas de los periódicos, como inscripción para un epitafio. Ignoro lo que decían aquellos pensamientos, pero me causó tristeza advertir que el glorificado necesitó *morirse*, in absentia, para que sus admiradores le rindieran ese postrer tributo con lágrimas.... de cocodrilo.

Ocasiones hubo, durante su vida, para una apología más expresiva, más oportuna y más merecida; pero entonces estaba lejos del lar nativo. Ahora acababa de emigrar al más allá, y desgraciadamente la voz de la prensa no llega a sus oídos.

Usted deseaba conocer mis impresiones íntimas acerca del ilustre y benemérito fenecido, y ahí las tiene, expuestas a grandes rasgos.

Puedo agregar que le cobré un particular afecto no bien fuimos presentados en esta ciudad. Ejercía a la sazón el cargo de Superintendente General de Enseñanza; me fué presentado por mi querido amigo Don Aris Azar, de quien era huésped, y en cuyo hogar departimos buen rato en las primeras horas de una noche memorable.

Era persona muy amable e insinuante; su hablar pausado, sus maneras finas y gentiles, su dicción atildada y sin afectaciones, su sencillez, lo hacían más atractivo e interesante. Se comprendía que era un perfecto caballero de Salón, como fuera docto orador de cátedra.

De retorno a la Argentina, me dirigió una esquila desde a bordo del barco que lo conducía, solicitándome un ejemplar del Diccionario de Criollismos de unos muchachos de aquí, para donarlo al Instituto de Filología de Buenos Aires.

Dicho opúsculo llevó un ante-prólogo de este su amigo. Y allá fue, poco después.

Algún tiempo más tarde Don Pedro desapareció de mi campo visual, perdiéndose entre el polvo de las pampas.

Ahora yace en suelo lejano, aunque no extranjero, junto a Mitre y a Sarmiento, que a su vez erraron de pueblo en pueblo, dejando huellas gloriosas allí por donde pasaban.

No quiero referirme antes de terminar, a ciertos párrafos de sus valiosas misiva alusivos a mi Serenísima Humanidad, porque de hacerlos objeto de un comentario especial, éste no podría dejar de ser o aprobatorio o discordante; y en cualquiera de los casos yo tendría que colocarme o a favor de Ud. y en contra mía, o a favor de mi mismo y en contra suya, diayuntiva que resuelvo con estricta ecuanimidad decidiéndome por el silencio.

El aprecio con que distingue Ud. mis cartas es recíproco; solo le pido para que sea mayor mi reconocimiento, que no cuente los días que transcurran entre una de las suyas, y mi respuesta. Le ruego prescindir en mi obsequio, de todo cómputo cronológico y de toda clase de calendarios.

Crea en la sinceridad de mi estima y en los grados de veracidad inospechablemente honestos, de mi admiración hacia Ud. —“rara avis”— en la presente etapa de la evolución espiritual de nuestro ambiente, en que el hombre común se ha prestado a servir gozosamente, de semental, para cruzamientos eugénicos destinados a la industria del pecuarismo humano.

Y pensar que desde lo alto de las pirámides de Egipto, veinte siglos nos contemplan....

Cuidémosnos del mesianismo racial y de las castas providenciales llamadas a epilogar el drama de la Redención Humana.

La aberración germánica de la super raza *ario-nazi* condujo a la última gran Cruzada por el dominio del mundo, cuyo desenlace final culminó en la macabra tragedia de Nurenberg.

Mientras tanto, el pueblo alemán, avasallado y reducido a la más afrentosa servidumbre bajo la férula de los poderosos enemigos, tal ni comprende lo que han hecho de la patria sus antiguos Super-hombres, ni cual es el verdadero sentido histórico de su presente condición.

El nazismo quiso elevar la raza germánica al apogeo de su esplendor y de su gloria, y sin embargo, no hizo más que crear un estado mental alucinatorio en el pueblo alemán, haciéndolo soñar imaginarios paraísos de felicidad, para conquistar los cuales, era necesario someterse a una inmolación heroica, en masa.

En fin carísimo amigo, dejo el resto para mi próxima, que no sera muy tardía.

En ella me referiré a su preciado obsequio "Huellas de Gloria."

Muy suyo affmo.
Pablo Pichardo.

Dominicano

LA ÚNICA SALUD

Por Rafael Pineda

Venezolano

La “única salud” de las letras, ¿no procede en definitiva de su multiplicidad de origen?

Escucha la fuente de la antigüedad, el agua idiomática lavada por todos los sabores y colores del Mediterráneo. En el Medioevo, la trova peregrina de reino en reino como los creyentes detrás de la ampolla de huesos portentosos. El Renacimiento se aprovisiona en “el arca de todos los secretos,” en Grecia y en Roma, para orientarse en el centro del mundo, en el punto focal del universo.

Pero la “única salud” es también la trinchera romántica, la que erigió “la batalla de las naciones” contra “el imperio clásico.” Nace el mundo moderno, ya preanunciado por el individualismo que hace del hombre, de su circunstancia, de sus grandes sueños, el punto convergente de todas las líneas en la sesión áurea del Renacimiento.

¿Dónde está, en la América Latina, la “única salud”?

La respuesta fue intentada por Pedro Henríquez Ureña en los *Seis Ensayos en Busca de Nuestra Expresión*, la *Historia de la Cultura en la América Hispana*, como en el resto de su obra

referida en buena parte a la problemática de nuestra identidad histórica, una vez que “el sol quemante de la Independencia” disipó “la espesa nube colonial.”

Ir a la lengua genérica, al castellano, puesto que las que hablaba la tierra fueron ahogadas por la sangre de la Conquista; ir al indio —pero todavía sigue siendo a la sumo un objeto arqueológico— y al criollo; ir al desarrollo de una literatura arcaica que poco a poco camina a la toma de conciencia americana, pero también a los paraísos artificiales; ir también al “afán europeizante” —entonces, a comienzos de siglo, tiene este viaje carácter de inevitabilidad, sobre todo por lo que se refiere a la influencia de Francia en las fiestas galantes del Modernismo —; pero ir principalmente al “ansia de perfección,” lo que en este caso significa la capacidad para elegir y renunciar en la medida de los requerimientos propios de la creación.

Darío, por ejemplo, rimó y prosó para equiparse con sus modelos, hasta que “la estatua” se transformó en “carne viva.” La técnica corrigió los excesos. Y éstos, a su vez, dieron carácter imperioso al vuelo magnífico. En ese cielo esmaltado, Henríquez Ureña vio la pertenencia de Darío compartida entre América y España, más de ésta que de aquélla. Por eso, escribiendo en La Habana en 1905, añadió:

“Pero no haya temor de perderle: él pertenece a toda la familia española: su latinismo, su hispanismo actual acrecen su americanismo antes indeciso; su oda *A Roosevelt* es un himno casi indígena, es un reto de la América española a la América inglesa.”

Por este método diferenciador y aproximativo, Henríquez Ureña estableció otra fórmula de “la única salud,” para la crítica literaria especiosa por argumento, mesuradísima de expresión no exento de gratos humores, exhaustiva en el análisis de las experiencias correosas, de tanto uso, del idioma, su claridad y obscuridades.

Su trabajo de investigador y meditador no fué idealización sino comprobación. De allí su firmeza en el término medio: el corazón, sí, pero también el gobierno intelectual, para contribuir entre ambos la estructura, “la única salud” de las letras.

Practicó así, este dominicano que también tenía la nacionalidad cubana-mexicana-argentina, y en fin, una sólo, la nacionalidad latinoamericana; practicó Henríquez Ureña la ley de la necesidad.

Es la misma actitud mediadora que lo llevaba a calificar “la perspectiva” de Menéndez y Pelayo y “el gusto” de Azorín, y a concluir: “pero sin la historia literaria de Menéndez y Pelayo no habríamos llegado a la crítica individualista de Azorín. Y bien podemos conservar las dos. Ambas nos hacen falta.” Porque, ¿no es le necesidad también “la única salud” para quien debe hacer de la letra un producto del conocimiento no menos que de la experiencia? .

Del conocimiento nos dirigimos entonces al trascendentalismo, el mismo que está radicado, para Henríquez Ureña, en dos exigencias: la del interés del público —por América en este caso— y la del equilibrio entre el espíritu solaz y el fuego.

Una alarma del caballero finisecular que fue Henríquez Ureña, ante el decentramiento, la pérdida de “la única” salud” de las letras, en el ocaso de la Belle Epoque por el estrépito de la era industrial. En una época de crisis como la actual, más alienada aún por la dependencia, por la persuasión oculta que los medios de comunicación masiva han instalado en la sociedad del consumo, también tiene sentido la alarma de la que escribió Henríquez Ureña:

“El arte y la literatura de nuestros días apenas recuerdan ya su antigua función trascendental; sólo nos va quedando el juego...Y el arte reducido a diversión, por mucho que sea diversión inteligente, y pirotecnia del ingenio, acaba en hastío.”

Es lo que ha ocupado en su más reciente a los extraordinarios recursos irónicos de Borges-Bioy Casares. Y de lo que García Márquez —como las narraciones de Juan Bosh-en Dominicana— nos rescata con sus libros, los que vienen y van de la realidad-fábula de América, de “la única salud” de la imaginación.

Caracas, marzo de 1976.

MIS DESENCUENTROS CON PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Por Joaquín Piñol

Español

Vine tarde a esta América para encontrar a Pedro. Cuando llegué, en 1951, ya hacía un lustro que él había volado derecho a ese Olimpo donde nuestra lengua debe sonar como trompetas de plata tañidas por los dioses del idioma. A los que, sin duda, está ya incorporado desde hace treinta años....

Bastante menor que él, tampoco pude verle cuando se acercó a mi lejana España. Yo era todavía un niño. Muy pronto, sin embargo, apredía de mis mayores— los de la generación del 98—, la enorme importancia que Pedro Henríquez Ureña tiene para la cultura de nuestros pueblos, los que a una y otra orillas del Atlántico se entienden con la misma habla. Y leí, y admiré y hasta posiblemente aproveché aquellas magníficas lecciones cuyas contenidas en sus ENSAYOS CRITICOS, HORAS DE ESTUDIO, MI ESPAÑA...y más tarde, luego del tremendo cataclismo de nuestra guerra civil, EL ESPAÑOL EN SANTO DOMINGO, PLENITUD DE ESPAÑA y su póstuma HISTORIA DE LA CULTURA EN LA AMERICA HISPANICA. Y sus notas y artículos periodísticos, no por voladores menos trascendentales.

Un día, en Buenos Aires ya, me presentaron a un magnífico muchacho que se llama Leo Henríquez. Le abracé verdaderamente emocionado. —Hijo de Pedro ¿verdad? — le pregunté

—No; sobrino suyo. Hijo de Max — fue la respuesta

Pero alguna sombra de desilusión no supieron ocultar mis ojos, pues que, mirándome recto, me dijo:

¿Tú hubieras preferido que lo fuera de Pedro, verdad?

Tuve la entereza de no negarlo. Y desde entonces, Leo y yo somos grandes amigos. Ya hablamos con frecuencia de su tío Pedro... y de Max también, naturalmente. Pero él sabe cual es la campana cuyo tono más ecos levanta en mi corazón. La del desengañado autor de EL NACIMIENTO DE DIONISOS.....

Buenos, Aires

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
Como un Gran Río

Por Ismael Puerta Flores

Venezolano

Hay una isla inmensa que se comparte en dos república, que llamó Colón la Hispaniola: la una Haití, la otra Santo Domingo, República Dominicana, con una ciudad bella, limpia, antigua, plana, rebosante de árboles y de nobles arquitecturas, españolas coloniales de obra limpia, palacios par los Poderes como el Palacio de Diego Colón, e iglesia amurallada, tan de castillo ambos. En medio de una capital moderna, nada para mis ojos y mi espíritu, una ciudad que recuerda España, la historia colonial. Se viviría mejor en el Palacio de Colón como Presidente que en la casa que sirve de asiento o vivienda a su primer magistrado. Aquel da muestra y representa a los Adelantados, a una Capitanía General, a vivienda de un Virrey.

Un río inmenso viene de las montañas atravesando montes, haciendas, siembras y recibiendo tal vez melaza de la caña junto con ríos pequeños que les son afluentes. Siente sobre su lomo puentes y luces y cae en el mar que para él es vivir. Gran estuario y puerto animado y riente forman la caída suya en el Caribe. Es el Ozama que da vivencia y estruendo de trabajo. Sobre sus márgenes, cerca de su desembocadura, con gran prestigio para los conquistadores está fundada la ciudad de Santo Domingo

De este ambiente fecundo y riente, de una naturaleza fuerte rodeada de agua marina y brotando de su seno ramales de agua dulce; de una isla colonial primera, de las primeras fundaciones con luchas de libertad indiana y amor, religiosa y culta, con anuencia cercana cartesaiana por la cultura francesa y de honda raizal hispana, viene, por nacimiento, Don Pedro Henríquez Ureña, que se honra en una compilación del pensamiento hispanoamericano sobre él, que tan fecundo, austero y lúcido fue para con las generaciones de su tiempo a las cuales dejó herencia culta y de sorprendente novedad por el pensamiento que lo hace merecer el elogio, cual ningún otro, para sincerarlo en la presencia de sus ideas culminantes. Estas naturalezas nuestras, fuertes en sus contexturas, sean de montes, aguas o humanas, producen especímenes de hombres como tallados de piedra, que cuando son escritores como Pedro Henríquez Ureña, son agrestes porque piensan como los primitivos espontáneos, dan sentido a las palabras porque las lanzan como guijarros sobre estanques, con fuerza, pero dejando estelas de ondas y de luces. Muy pocos maestros en América, Difícil es que se produzcan escritores —que escriban para enseñar— de la virilidad impresionante porque sus faros de luz esconden, no fosforencias, sino rayos de Catatumbo o crepúsculos que sólo se ven en las costas dominicanas, hoy o ayer como las contempló Colón o se advierten desde las proas de los barcos que las surcan.

Este hombre ha sido milagroso porque ha dejado escuela. Dejó obra escrita de pura prosapia y alcuña, de un linaje que lo emparenta a los americanos Sarmiento o Rufino Blanco, o se encadena al mismo arco de oro que ciñe las sienes de Martínez Estrada o de Alfonso Reyes. En el delta de esa florida inteligencia —extensa e intensa para mirar y penetrar en la fronda de la literatura americana él, Pedro Henríquez Ureña, ha construido como la mano del hombre español e insular a la ciudad colonial y republicana llena de castillos, palacios y anchas calles donde el sol deambula con su calor tórrido, él nos ha dado para maestros y discípulos, su estupenda y penetrante obra —*Las Corrientes Literarias en la América Hispánica*—

construida con amor e inteligencia, saga y repertorio sagaz de todo aquello que resalta en el continente americano, que da luz a los derroteros de los que vienen siempre, papel ejemplar que lo vincula a los estupendos estilistas del saber por la cultura Alfonso Reyes o Anderson Imbert, que se han apropiado la esencia de lo cultural, de lo artífice que alumbró con perennidad, para que la América pueda contar con su repertorio de ideas fundamentales, dulces resinas de sus árboles criollos, para formar la Biblioteca Americana, base de que nos recuerda a aquel otro maestro, muy nuestro, Andrés Bello, que desde Londres, la neblinosa *city*., lanzó al mundo occidental su Repertorio y Biblioteca Americana, base de sustentación de la independencia espiritual del Continente.

La creación de la Biblioteca Americana, proyecto de Henríquez Ureña, en cuyas ediciones lo leemos es un símbolo de la expansión del pensamiento del insigne dominicano.

El poder de concentración literaria de Henríquez Ureña hace posible el traslado al pensamiento anglosajón de la numerosa producción intelectual de lo hispanoamericano, escogiendo lo valioso que guarda el granero de la sensibilidad criolla para dejar en la valiosa avidez del contertulio, y después para el público lector norteamericano, su estupenda obra que nos avicina en la región de los iguales. Bien se hizo en traducirla al español para gracia y deliquio de quienes no comprenden aquel idioma, y para significar el esfuerzo y potencia de la inteligencia criolla que da útiles y bellos resultados. Henríquez Ureña ha subido a la altura del profesor de prosapia que escribe para dos continentes, y agradecemos en nuestro caso lo que hizo resaltar en su obra como muestra suficiente del pensamiento venezolano en pro de la cultura.

Bueno que el sentimiento americano, o cualquier otro, manifiesto al gran escritor dominicano, prez de la maestría, su buen sentimiento, reconocedor de los quilates que adornaron aquella prenda desaparecida, pulan de nuevo sus pensamientos y cuanto salía de sus labios o se estampaba en sus libros que exaltaron al sabio de nuestro querer continental; luzca de nuevo la presencia suya como si todavía estuviera entre nosotros,

dirigiéndonos con su luz de farero, por caminos tan difíciles como son los del campo literario que dieron a su mundo en una mixtura apetecible, flores de campos traviesas, frutos de arboledas cuajadas en la prosa de un Sarmiento, estrellas desprendidas del cielo de Pérez Bonalde —estrofas incandescentes del Cuervo o paisajes de Heine, viajero por el Rhin, o del mundo lírico de Heredia cantando las cataratas del Niágara, para que supieran los norteños hasta donde llegaba el estruendo de la pasión lírica americana, más allá de sus límites soñados, donde no había fronteras; y él, Henríquez Ureña les diría en su propio idioma lo que a América hacía grande y le hará pervivir por los siglos de los siglos: su pensamiento puro y al servicio de los grandes intereses espirituales; transmitidos por el dominicano en cenáculos donde se cultiva aún en Norte América la flor de la cultura, en Universidades donde se deja sentir la hermandad que culminará algún día en milenio de paz, por razón de la cultura.

Participando de ese viaje imaginario que emprendió el amigo del ilustre hombre que bajo su égida Henríquez Ureña patrocinó esas conferencias para un público que quería saber algo o mucho, de aquel mundo americano donde la inteligencia se anidó y no de las piraterías de antaño, así nosotros vamos a viajar en el descrito por el dominicano, para enseñar a los norteños hasta donde llega la potencia del pensamiento de la América Hispana, como gustaba llamarla apasionadamente.

Y dentro de ese gran círculo o de los círculos de comedia donde la inteligencia teje sus gobelinos, haremos como mejor símbolo, lo que el autor expresó sobre la literatura venezolana y sus hombres y lo que fue encontrado como ensayos de expresión en su búsqueda literaria. Y lo hacemos no como malsano chauvinismo, ni como preferencias anímicas, sino como naturaleza que tiende a dar lo suyo dentro del concierto hemisférico una como especie de antología particular de lo que sintió y pensó Henríquez Ureña del venezolano, como factor de progreso en las ciencias de la cultura.

Henríquez Ureña analiza esas corrientes literarias americanas como un sentido nuevo de la pedagogía, como un estilo que agrada por lo que tiene de significativo, claro y de una profundidad donde los párrafos alcanzan la pureza del metal como a sabiendas que iban dirigidas a un auditorio culto, que no le basta con lo fantasioso sino que busca dentro del estilo profundo, sobresalgan ideas también profundas, donde la especialidad da materia para conocer con mayor rotundez cualquier capítulo que aborde y donde la investigación sirve para enseñar y aprender y no para ser motivo de ensoñaciones. Raro es el libro por lo pedagógico, por lo culto dentro de lo novedoso, por la condición de profesor para un oyente de alcurnia. Es nuevo repertorio americano de ideas para la cultura y de enseñanza para generaciones bilingües.

Aparte de las numerosas y cortas, pero estupendas citas que hace de escritores venezolanos en el curso de su libro, queremos estampar hoy, las que hace una manera nueva, sobre Miranda, precursor libertario y literato de ciencia y conciencia en su formidable Diario, especie de enciclopedia de la cultura escrita por un solo hombre. Y el de Bello que sentó las bases de la libertad cultural americana. Las seis páginas de imprenta que dedica a estos dos literatos y políticos, constituyen el basamento de sus ideas para el capítulo cuarto de su libro: LA DECLARACION DE LA INDEPENDENCIA INTELECTUAL, que trae honra para su patria de nacimiento, enaltece el gentilicio venezolano y nos obliga ante el mundo americano que se empeña en el desarrollo por la inteligencia, en demostrar lo que somos, la herencia que contamos, y el espíritu por el cual combatimos hacia los horizontes de luz y bienestar mundial.

Es una microbiografía de Miranda, del Mirandino mundial que deja su patria y defiende la libertad nortea, es europeo y lucha por la revolución francesa y viene de precursor de su patria con sus visiones del incanato sembrando las luces de la ilustración en América para morir en España, con las cadenas que había ayudado a romper. "Aunque era hombre de amplias lecturas carecía de ambiciones literarias; sin embargo, el diario que llegó —extraordinariamente documento— lo coloca en una

posición única dentro de la literatura americana.” Recoge y comenta multitud de pensamientos Mirandinos originales y útiles para la humanidad, y nos da de él el simbólico lienzo de los hombres llamados para triunfar por sus ideas, que nos lo presenta entre aquellos que llamó Emerson “cuerpos inundados de Vida.”

Sobre Bello sintetizó elocuentemente todo el arsenal de cultura, sabiduría y poesía que encierra este hombre clásico en la literatura americana. Sus grandes obras periodísticas —Biblioteca Americana y Repertorio—. Sus grandes obras para la enseñanza superior de las ideas —Gramática, Derecho Internacional, las Jurídicas— sus grandes lienzos poéticos, sus Silvas llenas de poesía sobre la naturaleza americana en función de pedagogía espiritual. Su imagen venezolana en función internacional vuelve a renacer bajo la letra del gran dominicano y a instaurar su papel de maestro en las letras y de hombre universalista para la comprensión del mundo norteamericano, como ejemplo de los hombres del sur, nacidos a la sombra de instituciones republicanas, de tradiciones autóctonas que se procesan en el gran crisol ecuménico mundial.

Caracas, 12 de mayo de 1976

ELOGIO DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Por Osvaldo Rossler

Argentino

No tuve maestros; enfatizó: carecí de maestros durante mi juventud. Huelga decir que quien no los tuvo de joven jamás sabrá de ellos. La juventud es el momento propicio para contar con guías de esta envergadura. La pureza, el apasionamiento, la santa locura con que rodeamos a nuestra adolescencia pueden encontrar por ese rumbo el cauce justo, la delimitación precisa. Tener un maestro es contar con una voz, con un ejemplo vivificante al que podemos acudir como a un paisaje vivo del espíritu. El maestro es la excepción y simultáneamente la sencillez por obra de su sabiduría. Enseña, adoctrina, sugiere. Nutre los fuegos originales de la vocación. Nos comunica una toma de conciencia frente al mundo.

Y bien, quien como yo no supo del maestro que ilumina el claustro necesitó buscarlos en los textos. La templanza de Sócrates, la lúcida varonía de Unamuno, entre otros tantos, me llegaron por el método de la palabra escrita. Acaso no hay mejor camino, ni conocimiento más hondo y variado. Además ¡qué hombre, qué suma de voluntades y sensibilidades las que podemos atisbar o conocer por medio de la lectura! . Y sin embargo siendo el libro arsenal tan rico de enseñanzas, certezas y alusiones, no colma todas las hambres, todas las necesidades.

El libro tiene el don irremplazable de estar siempre a nuestro lado, pero su ímpetu de resonancia tiene un límite. Si nos otorga un diálogo es aquel inefable y secreto de las almas. Es el diálogo sumo porque permite el vuelo inabarcable de la imaginación, pero también está aquel otro... Aquel que se enhebra con las delicias y precariedades propias del habla; aquel que se entabla con la presencia cierta e inevitable del otro; aquel que se desarrolla por imperio de un ademán, de unos gestos.

Ese es el diálogo que hubiese querido sostener de discípulo a maestro con Henríquez Ureña. Cuánto más fácil hubiese resultado el camino. Y no es que deplora los esfuerzos que causó la marcha. Pero la falta de consejos magistrales en los momentos adecuados se siente para todo el resto. Lo aprendido y macerado en casi pleno aislamiento endurece el ánimo.

Y bien, vayamos a la central propuesta de estas líneas. Ubiquemos al maestro en el terreno de su magisterio y al poeta —un poeta— que, aunque rico de intuiciones, busca ciertos móviles rectores. dejemos que las hipótesis o los sueños nos arrastren e imaginemos la pregunta —pregunta sucesivamente desdoblada— que quiere barrer con dudas y vacilaciones esenciales: “En esta América problematizada en todos los órdenes ¿desde qué tradición de la poesía arrancar? ¿La tradición indígena, la tradición europea? ¿fusionar las dos, prescindir de una? ¿optar por un idioma plenamente resuelto, trabajado, colmado de enunciaciones poéticas a lo largo de los siglos? ¿o elegir el trayecto de un utópico sistema expresivo enteramente original? ¿partir de cero o recoger la antorcha?”

Henríquez Ureña no era de aquéllos que hubiesen contestado con una tramposa vaguedad o con un lema demagógico. Doy por descontado que, sin menoscabo de sus maneras suaves, hubiese aceptado la formulación apasionada del interrogante, y es ahí donde el maestro hubiese sido decisivo, fecundo. Frente a este planteo que ahora lo adopto como mío, ya adivino la perplejidad de los tontos, la pregunta consabida: “Pero amigo, este problema no se lo puede resolver o aclarar nadie. Déjese llevar por sus propios sentimientos.” En fin, una vez más nombrando a los sentimientos de una manera

equivoca. Como si la poesía, operación de lenguaje por sobre toda cosa —y el lenguaje también es amor, también es sentimiento—, quedara resuelta, milagrosamente con apelaciones al corazón, al ánimo herido. Sí, señores, la historia de la poesía se construye a través de estos dilemas.

Henríquez Ureña sabía que no es lo mismo ser poeta en Argentina o en Honduras, que en España. América no inventó un idioma y si lo inventó, eso quedó enterrado. De esa privación no nos podemos redimir. En suma somos europeos por hábito de lengua. ¿Eso nos tranquiliza.

Unidad rítmica, cesuras, aliteraciones. El problema ni empieza ni termina ahí. Es que ningún poeta, urgido por el afán de nombrar con un acento inédito, desea trabajar con un idioma elaborado y enriquecido por otros y en el que ya casi todo está previsto. Respetemos esa índole masiánica del poeta.

Henríquez Ureña contaba con ese respeto, con ese poder de penetración para advertir el sentido de cualquier audacia. Amaba la audacia que se fundamenta en el impostergable afán de perfección. En ese afán advertía —advirtió— la explicación de la perennidad de tanta obra.

¿Rigor de claridad? ¡Qué bueno hallar en estas tierras un hombre que nos fortalezca en nuestro amor por lo español! Esa educada selva del lenguaje exige renovadas iluminaciones. ¡Qué bien andaba, qué elástico paso el de este sabio disfrazado de hombre común y afable! Amador pero no enfermo de gramática, gustador de la historia, amigo de la filosofía, qué claro su ambular desde el alma romana hasta los episodios medievales, desde el latín moribundo hasta el florecido árbol francés.

Tradicición y novedad. Con las dos enseñanza el maestro y las dos frecuente. El resultado es una obra que como el curso de los ríos tiene la eternidad de su propio transcurso.

**HOMENAJE AL HUMANISTA
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA**

Por Toño Salazar

Salvadoreño

A Pedro Henríquez Ureña le sería grato que a este Homenaje, lo coronen las palabras justas de Alfonso Reyes: "Dos países de América, los dos pequeños, han tenido el privilegio de ofrecer cuna, en la segunda mitad del pasado siglo y en poco menos de veinte años, a dos hombres universales en letras y en el pensamiento. Ambos fueron interlocutores de talla para sostener, cada uno en su esfera, el diálogo entre el Nuevo Mundo y el Antiguo. Después del nicaragüense Rubén Darío, titán comparable a los más altos, junto a cuyo ingente y boscoso territorio los demás dominios contemporáneos -excelsos algunos- resultan cotos apacibles, nadie, en nuestros días habrá cubierto con los crespones de su luto mayor número de repúblicas que el dominicano Pedro Henríquez Ureña quien, sin exceptuar a los Estados Unidos, por todas ellas esparció la siembra de sus enseñanzas y paseó el carro de Triptólemo..."

Vino de las Indias, de familia ilustre y de la Isla que primero amó Colón. Siempre, desde la infancia, Henríquez Ureña sufrió la ronda estrecha de las musas y el privilegio de la misión de Cultura, hasta volverlo el Erasmo civilizador de América, peregrino cargado de libros e ideas, dió su esfuerzo y

pensamiento al Continente. En cada República deben soltarse las lágrimas por este varón impar que fué derramando su aber y su amor americano, desplazándose desde el Norte hasta el Sur, con familia y biblioteca, alzando la zarza ardiente del educador.

Yo, joven aún, lo veía como un San Sebastián ensangrentado por los dardos de la ignorancia y la patética indiferencia al pensamiento. Santo y Sabio, debemos reservarle un zócalo para su estatua en nuestra gratitud de criollos, americano de lujo que dió la gracia de su curiosidad y el sabor simpático de su prosa firme con su pluma bien tallada

Lo ví como Maestro en México, ayudando a reposar las llamas de la Revolución, levantando la Universidad Nacional y dando a Vasconcelos razón para izar la enseñanza: "P o r mi Patria hablará el espíritu." Más tarde lo encontré en el Río de La Plata, pero el paisaje sentimental era siempre nuestro México, nuestra mesoamérica; Pedro era Sócrates y Alfonso Reyes lo llamaba "el dorio de América." Fue el equilibrio en la "tierra caliente," Henríquez Ureña era la vertical. Andaba descubriendo y enseñando América, y, al desnudarla como Venus morena estaba rota lo mismo que las estatuas griegas, sin embargo, su Pallas Athenea era intacta y el *buho*, imitaba el verso ilustre en la serenidad y la meditación.

Desde San Salvador, Salomón de la Selva había abierto, en epístola inolvidable, la ventana para mi amistad con Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, carta publicada por el poeta Enrique González Martínez en el "Heraldo de México" en los tiempos lejanos de la Revolución. A Pedro lo imaginaba en traje académico en un fondo de paisaje insular y continental, con su verde y su palmera en abanico, con colina levantada, y volcán de nieve e infierno. Ambos, Alfonso y Pedro, llevaban como todo hispanoamericano, la rosa de los vientos del destierro, ambos sabían mecerse en la balanaza del idioma, España y América. Alfonso residía en Madrid, villa de la Sirena y el Oso en lucha de conceptos, desnudando el sol barroco de Góngora con su reguero de oro y esmaltes lucientes.

En México, todas las estrellas vieron a Pedro, acarreado el último descubrimiento erudito, hasta sorprenderle con la lámpara el alba avisando el comienzo del oro del día.

La voz sabia de terciopelo se le oía desde sus pupilas atribuladas, rayadas por letras antiguas y las preciosidades del archivo. Siempre parecía venir de derramar un discurso o una lección. Su oreja estaba abierta y atenta al ritmo, a la sintaxis ingeniosa, a la prosa exigente, en fin, al párrafo que no morirá. El final de su camino era siempre la Universidad, en México o en Argentina...

Estos maestros, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, corren juntos en la batalla de la cultura hispanoamericana. Henríquez Ureña no nos habla del "sabor criollo" y señala que "la conquista decapitó la cultura del indio, destruyendo sus formas superiores"... Sus preocupaciones o meditaciones quedan en sus libros: "Seis ensayos en busca en nuestra expresión," "Las corrientes literarias de la América Hispana," etc.

Henríquez Ureña crea una nueva crítica que obliga a comprender el valor estético e intelectual, pensando en mesoamérica señala: "si bien la estructura de nuestra civilización y sus orientaciones esenciales proceden de Europa, no pocos de los materiales con que se le ha construido son autóctonos. Henríquez Ureña es siempre la voz de lo esencial; su obra es un conjunto de pensamiento crítico, de poesía y de razón; sus síntesis americanas nos muestran la sangre y el alma de América. De la erudición caudalosa pasó al filtro del pensamiento sutil.

Tal era este humanista dominicano.

En las tardes del verano de Buenos Aires, solíamos encontrarnos con Henríquez Ureña huyendo del calor de la ciudad; cambiábamos recuerdos de México, y, con cierta voz amarga, una noche dejó caer estas palabras de lucha: "Debemos recordar que no basta vivir para la educación...se debe también sufrir por la educación..."

Otra vez, subiendo el túnel del ascensor de mi casa, se quejó dolorido, diciendo el verso de Mallarmé: "Hélas! ...et j'ai tous les livres...!"

La conversación de Pedro era cambiante con luces y reflejos, yo insistía en los *disparatadores* del siglo XVI español. El preciosismo verbal de Góngora, en cierto sentido es la caricatura de lo "precioso". "El ángel de luz," contrapuesto a lo que no veían los retóricos, puesto que todo quedaba escondido entre el oro de su poesía. Nuestro concepto del disparate literario se enredaba. El disparate literario va cargado de razón y artificio, entonces el alambique racional se aleja de lo real, hasta hacer estallar en un aparente disloque e hinchazón la idea. "Si frecuento a los españoles es porque la "agudeza" prevalece en ellos," decía Gracián, pontífice de "agudeza y concepto," quien llenó de chispazos geniales su siglo.

Henríques Ureña sacaba su mejor sonrisa, al mostrarle mi teoría del dibujo asociado con la transparencia de Góngora y a la gimnasia intelectual de Gracián. En el dibujo, siempre creí, debe brillar una especie de "cultismo" y "conceptismo." Góngora con el esmalte de las palabras cubre la realidad ramplona, para darle nuevos aspectos y luces. Así el buen dibujo debe sustituir el contorno calcado por el ojo tonto, fiel a la realidad. Dado que el dibujo también "e cosa mentale," cabe un cierto proceso mental en que coincide con el humor literario, y, debe ensayar de equilibrar la deformidad del disparate gráfico. Puesto que Ud. juega con la caricatura -me decía- es natural su amor por Góngora y Gracián, caricaturistas en cierto modo, de la lengua del siglo XVI.

Góngora parece tener cuatro ojos cuando ve la imagen poética.: "Cítaras de plumas"... "verdes voces"...voz pintada" Y Pedro decía, "la metáfora siempre es recogida por el ojo. El arte verdadero es figuración, visión. La IMAGEN anda saltando en la mente." Yo volvía por el "conceptismo," puesto que Gracián, doctor sutil, afirmaba que en la poesía, la palabra ha de mutarse en elemento mágico, así la línea del dibujo por "agudeza" llega a ser artificio, adorno, exageración, haciendo que el dibujo exprese lo escondido, que Gracián llamaba al

retorcimiento de grase y concepto, "banquete del entendimiento." Góngora asiste al banquete, y, mira en su reloj, "Las horas ya de números vestidas"; la gruta en el "bostezo melancólico de la tierra."

Al volver a Gracián notábamos que enriquece el humor con el "Arte de Ingenio," provocando invenciones fosforescentes en la frase y verdadera efervescencia imaginativa. Con su acrobacia mental, sube a las puntas imposibles de la sintaxis y caprichos del idioma, Gracián es el gran caricaturista del "concepto." A Henríquez Ureña le parecía gracioso que el "cultismo" y el "conceptismo" pudieran caber en el sutil corazón del dibujo y armonizara cierta desproporción de la caricatura. Siendo el lenguaje un conjunto de exageraciones, Góngora y Gracián inflando "la imagen poética," es bien posible la traslación a lo gráfico.

Pensando en Ingres, le recordaba que "el dibujo es la forma anterior"...todo es armonía en la naturaleza...se debe llegar hasta hacer cantar el lápiz.. Y los pintores se fueron llenando de pensamientos y sueños gráficos...Todo verdadero pintor asiste "al banquete del entendimiento. "Como asiste también el dibujo y la poesía, la música, la danza..."El ojo escucha," se llama un libro de crítica de pintura de Paul Claudel.

Al hablar de México, de Don Justo Sierra, Pedro revivía la melancólica juventud pasada con Alfonso Reyes., Caso, Vasconcelos, Diego Rivera...Reyes, al ser nombrado Embajador de México en Brasil, lo sorprendía, revoloteando en una geografía lusitana, Entonces decía; "Reyes es un gran platero poético, y, aunque es el barro de Michoacán, jugará con las mismas joyas... En Río también hará prestidigitación con el jade vegetal y encontrará su bojío y su meseta. Nuestro Continente tiene el mismo canto, el "corrido" o "romance" de México, es cosa mestiza. La "copla" no deja de asomarse y la canción mulata es una pariente lejana y ondulante....Alfonso, tan universal, tiene siempre entreabierto la ventana de América...."No tardó el poeta de Monterrey en cantar "Romances de Río Enero," donde escribía: "...Grato partir del

flujo del romance en estrofas, sin duda cediendo a la tendencia estrófica del corrido mediano, hijo del romance peninsular...y de cuando en cuando, darse el gusto de deslizar uno que otro lucismo..."

Maduro catador de arte, Henríquez Ureña, se sabía dueño de la verdad literaria de hispanoamérica.

Quedan callados mil crepúsculos, mil noches en que, Pedro en su diálogo, dejaba caer el "quilate-oro" que pedía Gracián. Civilizador, entendedor de América, separó lo exacto de lo vago. Fue como el agua-regia para la verdad del pensamiento. Se le llamó Sócrates; lento y discreto sabía todo; explicó la sensibilidad de la poesía americana.

Su palabra era, en verdad, la mitad de su Obra. a Hispanoamérica nos la desnudó y desmontó para que la comprendiéramos.

Estos fragmentos de recuerdos son un testimonio de admiración, al dominicano-continental que dió a América lo mejor de su saber, incorporándose a la familia de Bello, Cuervo, Rodó, Alfonso Reyes, Vasconcelos.....Constelación intelectual mejor de Hispanoamérica.

UNA ANECDOTA

Por Rubén Salazar Mallén

Mexicano

Esto ocurrió hace más de medio siglo: en 1920 o 1921. Por eso mi recuerdo es poco preciso.

Yo cursaba mis estudios preparatorios en la ciudad de México. Algún obstáculo debo haber encontrado para proseguirlos, porque se me ocurrió que era preciso que alguien me ayudara. Mi pensamiento fue hacia Pedro Henríquez Ureña, a la sazón funcionario de la universidad. Nada había yo leído por aquellos días del ilustre dominicano; pero sabía de él por un discípulo nicaragüense, Rogerio de la Selva, hermano del poeta Salomón de la Selva. Rogerio no se hartaba de ponderar la amistad de su hermano Salomón con Pedro Henríquez Ureña y de la importancia de éste en la jerarquía universitaria. Adquirí la certidumbre de que Henríquez Ureña era el indicado para ayudarme. Y decidí hablar con él.

Lo difícil, yo lo sabía, era que me anunciaran. Los empleados universitarios impedían, como si eso fuera parte de sus tareas, que los estudiantes más jóvenes tuvieran acceso a los altos funcionarios. Probablemente imaginaban que los problemas de los adolescentes no son dignos de la atención de gente importante. Dominando mi temor al respecto, solicité audiencia en la oficina de Henríquez Ureña.

—¿A quién debo anunciar? —Me preguntó una secretaria.

—A Rogerio de la Selva — Respondí con mucho desparpajo.

Fui recibido al punto.

El maestro dominicano se condujo muy afable conmigo. Hizo que me sentara cerca de él y dijo con voz suave:

—Tengo un amigo que se llama exactamente como usted.

—Yo no me llamo Rogerio de la Selva, pero necesito hablar con usted.

Le expliqué que no había querido engañarlo en lo tocante a mi identidad, sino solamente hacerme recibir y que si apelé a un subterfugio, fue porque conocía las dificultades que se nos oponían a los estudiantes muy jóvenes.

Me escuchó. Sonreía.

— Desde el primer momento supe que usted no es Rogerio de la Selva. El y su hermano Salomón son amigos míos.

Le expuse mi problema. Me dijo que él no tenía injerencia en asuntos escolares y que su función en la Universidad era otra; pero que recomendaría mi caso con la persona idónea..

Charlamos un rato, no recuerdo de qué. Después me acompañó a la puerta de su despacho y se despidió de mí con un apretón de manos.

No se mostró ofendido, no me hizo reproches, ni siquiera me dió consejos. Al contrario celebró jovialmente lo que llamó mi “arranque.”

Es una anécdota sin relieve, pequeña y frágil, que, sin embargo, desnuda la comprensión y generosidad de aquel hombre extraordinario, de cuya importancia me percaté al correr el tiempo.

Esta importancia no se reduce a la excelencia de la obra literaria, ni a la profundidad y perspicacia críticas, sino a la influencia en la vida cultural de América, y, en particular, en la de México. No por nada Alfonso Reyes comparaba a Henríquez Ureña son Sócrates. “En lo íntimo — escribió el autor de *El deslinde* —, era más honda, más actual, la influencia socrática de Henríquez Ureña.. Sin saberlo, enseñaba a ver, a oír, a pensar, y suscitada una verdadera reforma en la cultura.”

En efecto, Henríquez Ureña participó intensamente en la vida cultural de México y la estimuló con acierto. Su influencia fue decisiva.

José Luis Martínez ha escrito que el cambio de orientación espiritual operado por el Ateneo de México “tuvo en un ilustre dominicano, Pedro Henríquez Ureña, el más importante animador. Su paso por México fue singularmente provechoso para nuestro desarrollo cultural y a su magisterio deben con largueza muchas de las personalidades del Ateneo: José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Enrique González Martínez, Ricardo Gómez Robelo, Jesús T. Acevedo, Julio Torri...”

La influencia de Henríquez Ureña no se limitó al Ateneo de México, sino se derramó generalmente. Cuando Antonio Caso lo llamó para que colaborara con él en la Universidad, Henríquez Ureña alentó y guió a un grupo de jóvenes, en el que figuraban el ya mencionado Salomón de la Selva, Daniel Cosío Villegas, Salvador Novo, Vicente Lombardo Toledano y otros. Ese grupo contribuyó a elevar la cultura de México paralelamente al que reconocí en José Vasconcelos, el maestro y protector: Jaime Torres Bodet, José Gorostiza, Xavier Villaurrutia, Bernardo Ortíz de Montellano..

Mucho debe México a Pedro Henríquez Ureña, a quien yo ví una vez nada más. No guardo memoria de su presencia física, pero sí de su bomhomía y su comprensión. No dudo que, además de intelectual sobresaliente, haya sido un hombre bueno. Y eso también cuenta.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Por J. L. Salcedo-Bastardo

Venezolano.

Creo que el nombre eximio de Pedro Henríquez Ureña puede perfectamente parangonarse con cifras de la altura de José Enrique Rodó, Rafael María Baralt, José Martí, Eugenio María de Hostos, Juan Montalvo y Domingo Fuastino Sarmiento, en todos los cuales se certifica la presencia de un conocimiento profundo de América, expresado en obras que con justicia se consideran imperecederas. Ellos son los clásicos del Nuevo Mundo Hispánico.

Para hablar de este extraordinario escritor dominicano, sorpresivamente desaparecido del escenario de la vida hace casi cuarenta años, habría que dividir su obra fecunda y múltiple en varios grandes capítulos, pues fueron varias las rutas por él trajinadas con brillo y constancia. Fue crítico de la literatura, filólogo, ensayista y además erudito investigador de la cultura en su país y en América. En todas esas actividades, realizadas siempre con severidad y elevación, dejó demostrada la responsabilidad intelectual con que procedía e hizo gala de la excelente formación que poesía.

Según sus propias palabras, se sentía y se sabía ante todo un maestro, tanto para la juventud como cuantos en sus enseñanzas quisieran aprender y orientarse en cualquier edad. Entregó el acervo de sus admirables trabajos en una prosa de casticismo excepcional, limpia y clara, como si hubiera querido que se entendiese en verdad su verdad. Quizás por esto último, con no rara frecuencia se lanzaron contra él opiniones que tenían siempre origen en posiciones intransigentes y sectarias.

Más de una vez nos ha llamado la atención aquel propósito suyo de defender y difundir lo nuestro americano, pero puestos los ojos con persistencia en España. Su posición era de evidente lógica, ya que su pensamiento fundamental referíase al idioma castellano, tanto para estudiarlo filológicamente, como para verlo expresado en los mejores escritores de América, todos los cuales, a su juicio, mantenían el casticismo propio de la España peninsular. Tuvo, por tanto, una especie de conciencia de unión hispánica, ajena sin duda a las cuestiones políticas, pero firme y decidida en un sentido estrictamente cultural. No en vano uno de sus libros se titula: "Plenitud de España; estudios de Historia de la Cultura" y otro "Sobre el Problema del Andalucismo dialectal en América." Una obra fundamental suya se denomina: "El español en Santo Domingo," y otra, muy voluminosa, se llama: "El español en México," los Estados Unidos y la América Central." Ve el nexo que fundamenta nuestra comunidad, y se complace en él; lo estudia, lo analiza, lo palpa. Hasta llegó a publicar un tomo contentivo de "Cien de las mejores poesías de la lengua Castellana"; selección en que también entró don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Vista la historia de sus viajes, que fueron muchos, se encuentra que en dos ciudades se detuvo con particular predilección: en México y en Buenos Aires (donde murió). Fue tanta y tan honda su labor en la tierra azteca que don Alfonso Reyes, con su inmensa autoridad escribió: "México reclama el derecho de llamarlo por suyo." Pocos, sean propios o extraños, han hecho tanto en bien de México." Quizás allá realizó, al menos en su mayor parte, su notable investigación titulada "Para la historia de los indigenismos." También en ese ambiente

profundizó en el personaje Juan Ruiz de Alarcón, mexicano, sobre el cual dio una notabilísima conferencia. La capital mexicana lo recibió en su Universidad, donde se graduó de abogado; posteriormente desempeñó cátedras allí mismo. Y hasta la vida quiso enraizarle más perdurablemente a aquella la región más transparente, al entregarle por esposa a Isabel Lombardo Toledano.

En Buenos Aires también enseñó y más enseñó, escribió y más escribió. Fué un productor inagotable de interpretaciones, hallazgos, críticas, tesis, orientación, doctrina literaria. En el sur como en el norte fue incuestionablemente un creador. Su "Antología clásica de la literatura argentina" sirvió de patrón para posteriores libros de otros autores. Probablemente allá, después de haber recorrido varias de nuestras repúblicas, concibió o plasmó sus magníficos "Seis ensayos en busca de nuestra expresión" y, aun más acentuadamente, su "La utopía de América" que produjo no pocas controversias.

Apenas es posible; en una breve nota, fugaz por emocional, al cumplirse tres decenios de la muerte del maestro, sólo fijar hitos en esa personalidad, cuya prestancia reconoce con esta ocasión el continente hispánico entero y, además, la propia España. Pero no es nada más el ámbito geográfico, también el espacio cronológico es imponente: entre su primer libro "Ensayos críticos," publicado en La Habana cuando el autor tenía apenas veinte años, hasta su Historia de la Literatura Hispanoamericana, que dejó inconclusa, hay un lapso de ocho lustros que superabundan en actividad, trabajos escritos, conferencias. Se tiene la impresión de que su propósito de ser escritor y maestro se cumplió pleno, aun a pesar de que la muerte le sorprendió prematuramente: no había llegado sino a los sesenta y dos años. Cuánto más nos hubiese dejado, de haber tenido un vivir longevo, que era lo que anhelaban todos cuantos iban conociendo sus producciones.

Ante la presencia de Pedro Henríquez Ureña, no muerto sino permanentemente actuante, cabe repetir, aceptándolo en su admirable integridad, el pensamiento de Arturo Torres Ríoseco:

“Dejó hondas huellas en la formación cultural de las juventudes hispanoamericanas; y, sin desmedro de su intenso americanismo, fue un intérprete de la cultura española.” Tal vez en estas palabras está la síntesis de la personalidad del gran escritor dominicano, sin duda el escritor mayor de esa bella y fraterna república antillana.

LA PERENNIDAD DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Por Angélica Sarobe

Argentina

La gran figura de Pedro Henríquez Ureña es permanente en el ideario latinoamericano.

De su pensamiento, de su posición humanista ante la vida, de esa orgánica inquietud proviene su actitud ético-didáctica. De ahí la humana filosofía de quien enseñó a ver y vivir en profundidad.

A Henríquez Ureña se deben muchas vocaciones americanistas y una más amplia comprensión de la cultura hispánica.

Maestro de esa significación social de nuestra América, brindó con amplio despliegue entre la juventud argentina fecundas enseñanzas por espacio de años en centros educativos de nuestro país.

Muchos alumnos y amigos fueron quienes aprovecharon las lecciones diarias de un maestro y de su talla que prodigó normas de conducta y de vida.

Ellos, particularmente, han sido los que pudieron valorar la nitidez de un estilo y de su fe fervor por la docencia.

Sacrificando antiguos anhelos literarios, en favor de su enseñanza, había alcanzado no sólo el agradecido reconocimiento de su hermanos americanos, sino también la

proyección universal. Quedan, no obstante, páginas en la que plasmó todo su anhelo literario en ensayos, poesía, teatro, crítica, todo su fecundo ideario.

En Henríquez Ureña hubo una conciencia: la de desafiar la vida y un perenne intento: el de captar la verdad en la relación de su sentir íntimo de americano y transmitirlo a las generaciones a quienes brindó sus enseñanzas.

Evidentemente en este aspecto se revela en toda su grandeza al transmitir la resonancia de ese sentir profundo y ese deseo insaciable de comunicación humana, la contante comunicación de un mensaje que fue en él búsqueda y encuentro en ese afán nunca limitado de la enseñanza, de la clarificación de sus grandes ideales.

Todo en él era vibración humana, actitud ejemplar.

Pero Henríquez Ureña fue un maestro continental cuyo credo de esperanza es aún sentido por muchos con fe ya que la figura de Pedro Henríquez Ureña crece en el Tiempo.

Buenos Aires. ARGENTINA.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

*Por Roberto A. Talice
Argentino.*

En una singular proliferación de homónimos y de vínculos familiares que raramente pueden señalarse en la historia cultural de otros países del orbe, cuantitativa y cualitativamente los Henríquez y los Ureña han estado vinculados en la tradición y contemporaneidad de la fecunda vida literaria y educacional de Santo Domingo.

Ya en los años azarosos del Descubrimiento, Alonso Henríquez de Guzmán, a la par de los emprendimientos de Fernando Colón, hijo segundo del Gran Almirante, revelóse un "adelantado" de la historia y de la bibliografía. En el siglo XIX, dos hermanos, Federico y Francisco Henríquez y Carvajal, tuvieron participación decidida y decisiva en la evolución cultural y política dominicanas, el primero como propagador de los principios y los ideales del civismo en los estrados escolares y en la tribuna de la prensa; el segundo como severo adoctrinador en el magisterio y en la política con merecimientos tan sobresalientes que lo llevaron a ocupar la Presidencia de la República. Enrique Henríquez, delicado poeta, y Luisa Ozema Pellerano de Henríquez otra inspirada línea, se agregan a esta nómina sumaria de Henríquez memorables. En cuanto a los Ureña, Nicolás Ureña de Mendoza, narrador costumbrista de

temas típicos, inaugura un rol en el que con posterioridad se fusionan ambos patronímicos, como es dable consignar y recordar en el caso de doña Salomé Ureña de Henríquez, educadora destacada como organizadora de la enseñanza de la mujer y directora del Instituto de Señoritas, denodada combatiente por ideales de paz y de progreso y contra la guerra y las luchas fratricidas, poetisa de copiosa producción de la que debe mencionarse su poema indigenista "Anacaona," su canto a "La llegada del invierno," su oda "Sombras," acreedora de un elogioso concepto de Menéndez y Pelayo. Otro ejemplo de tal ambivalencia es el de Max Henríquez Ureña, polígrafo, poeta de "Anforas," de "Fosforescencias," novelista e historiador de "Episodios Dominicanos," hermano de Pedro, a quien debemos referirnos primordialmente en esta síntesis recordatoria.

Pedro Henríquez Ureña, desde su formación e iniciación literaria en su isla nativa de las Antillas, más tarde en otras latitudes del continente, y, destacadamente, durante su permanencia en Argentina, ha influído y gravitado, por su valiosa obra, por su mentalidad rectora, por la vastedad de sus conocimientos, en el pensamiento hispano-americano. Los títulos de las obras que jalonan su ininterrumpido quehacer al servicio de una vocación inconjurable, singularizan y definen la amplitud de su cultura ("Ensayos críticos," "Horas de estudio", "Las enseñanzas de la literatura," "Juan Ruiz de Alarcón") aunque con preponderante predilección por los temas esencialmente americanos ("El supuesto andalucismo de América," "La utopía de América).

De la prolífera tarea desarrollada por Pedro Henríquez Ureña en la capital argentina y en La Plata, merecen destacarse dos trabajos publicados por el Instituto de Filología de Buenos Aires, "La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo" (1936) que trata de los dominicanos y sus descendientes en Cuba y en Venezuela, y "El español en Santo Domingo" (1940). Su discurso pronunciado en Mayo de 1944 en la Academia Nacional de la Historia, que antes fuera la Junta de Historia y Numismática, sobre "Dos momentos en la historia

cultural de Santo Domingo," alcanzó ulteriores proyecciones con motivo de su publicación, bajo el nuevo título de "Cincuenta años," en el Suplemento Dominical de "La Nación," con fecha del 4 de Junio del mismo año.

El lector de habla española ha podido tomar conocimiento de la cultura de Pedro Henríquez Ureña en su "Reseña de la Historia Cultural de la República Dominicana," inserta como prefacio de "Enriquillo," de Manuel de Jesús Galván, en la Colección Panamericana publicada por Ediciones Jackson. En tal reseña Pedro Henríquez Ureña, al investigar las fuentes de la tradición cultural dominicana, encuentra la justificación de haber sido llamada "Cuna de América," la isla que, en 1492, fue la primera posesión española, donde Cristóbal Colón fundó el Fuerte de la Navidad con "el maderamen de la "Santa María," la carabela naufraga," base colonizadora a la que sucedió, dos años después, la fundación de la primera villa, La Isabela, prontamente abandonada, al ser fundada en 1496, La Española, que Pedro María de Anghieta rebautizó graciosamente Hispaniola.

La criteriosa historicidad de Pedro Henríquez Ureña reconoce que la literatura castellana en la Hispaniola comienza con el descubrimiento de Colón, que si bien no se propuso "Hacer literatura" en su Diario y en sus cartas, en las cuales acusa valores de conceptos y de estilo, en una de ellas, publicada en 1493, sobre el hazañoso viaje del Descubrimiento, puso a Europa en conocimiento de las tierras del Nuevo Mundo. Sobre "Enriquillo," Pedro Henríquez Ureña suscribe este elogio consagratorio: "es la obra que con mejores derechos representa la literatura de prosa escrita en Santo Domingo durante el XIX," obra que, según él, insumió ocho o diez años de labor, publicada incompleta en 1879, íntegra en 1882, cuyo protagonista es un indio con nombre hispánico, en la que se evoca y recrea la vida incipiente de una nueva nación americana. Obra calificada por su autor de "leyenda," ofrece a Pedro Henríquez Ureña motivos suficientes para denegar tal

calificación, por cuanto "Enriquillo" no tiene nada de fantástico ni de legendario y "se ciñe a la fidelidad de la historia de la conquista como la contó fray Bartolomé de las Casas."

Es a través de la documentada reseña de Pedro Henríquez Ureña que llegamos a conocer, con mayor extensión y profundidad, la existencia y personalidad de Manuel de Jesús Galván, activo hombre público, diplomático que cumplió importantes misiones y llegó a desempeñar el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores, jurista destacado, conservador en política aunque "tolerante con las tendencias liberales," retirado de la vida pública a los 60 años de edad y autor de un sólo libro que por sus méritos justifica sobradamente su celebridad.

Quienes en Buenos Aires hemos recogido sus prédicas y enseñanzas, debemos agradecer a Pedro Henríquez Ureña la adecuada valoración de uno de sus compatriotas por él mas querido y admirado: Eugenio María de Hostos, a quien le tributó el mayor elogio como pensador, escritor y maestro, y realzó su fervor y sus excelencias, como "apóstol de la palabra y del ejemplo," al frente de la Escuela Normal.

Y debemos recordar, en estos apuntes fragmentarios, que Pedro Henríquez Ureña, intensificó en el medio educacional e intelectual argentino, el afecto y el respeto por Santo Domingo, durante el lapso de dos siglos, "capital política, eclesiástica y universitaria con jurisdicción sobre todas las Antillas," también llamada la "Atenas del Nuevo Mundo" por ser, además, capital de la cultura.

UNA PLÁTICA INOLVIDABLE

Por César Tiempo

Argentino

Se anunció una conferencia de Pedro Henríquez Ureña en la Casa del Pueblo, de Buenos Aires, hoy demolida, y fuí a buscar a José Sebastián Tallon, el poeta ciclópeo y pueril de "Las torres de Nüremberg," para que me acompañara. Cuando llegamos ya había iniciado la charla. El Salón estaba a oscuras, de modo que no advertimos la escasez de público, circunstancia que, por otra parte tendrfa sin cuidado a don Pedro, un maestro exento de vanidades que influyó tan hondamente en la vida cultural de América, maestro ejemplar por el saber, como afirmó Javier Fernández, maestro ejemplar por el decoro insorbonable.

El tema de la disertación era apasionante: Ibsen y Tolstoi, dos de las mayores figuras del siglo XIX. Don Pedro dibujó sus vidas, examinó sus ideas, nos acercó sus obras. Coincidencia nada fortuita: ambos gigantes habían nacido el mismo año. El destino suele trazar esas coordenadas para enseñarnos que alguien forja individualidades de excepción capaces de coincidir en un ideal de belleza por lajanas que sean sus cunas y por distintas que sean sus lenguas. Ibsen nació en Skien, Noruega, hijo de un comerciante danés, y Tolstoi nació en Yasnaia

Poliana, Rusia, hijo de un comerciante hijo de la princesa Volkonsky. Ambos en 1828. Ibsen recibió el premio nobel compartido con Bjornstern Bjornson, en 1903. — Tolstoi rehusa el premio Nobel que le otorgan en 1907. Ibsen murió de 78 años. Tolstoi, de 82. El autor de SEIS ENSAYOS EN BUSCA DE NUESTRA EXPRESION, que publicc6 la Editorial Babel en la imprenta de mis t6os los Porter, en el a6o 1928, nos pint6 esa noche la juventud diffcil de Ibsen, sus angustias, sus esperanzas, sus decepciones, la incomprensi6n de sus contempor6neos, dise6 l6cidamente el contenido de sus piezas m6s memorables — La Comedia del Amor, Peer Gynt, Brand (que apasionaba a nuestro Horacio Quiroga) y explic6 como Un Enemigo del Pueblo termin6 por poner contra el genial dramaturgo a toda la opini6n conservadora y ego6sta de su pa6s, y c6mo en La Dama del Mar se plantea originalmente la doctrina de la libertad frente a la responsabilidad. Al mismo tiempo el maestro dominicano despu6s de examinar las novelas torales del gran ruso analiz6 Mi Confesi6n en la que Tolstoi se declaraba anarquista cristiano, enemigo de la autocracia y del comunismo. El escritor de ficciones, escribi6 alguna vez Ernesto Sábato, uno de los disc6pulos m6s ilustres de don Pedro, es en el fondo un antisocial, un rebelde, y por eso a menudo es compa6ero de ruta de los movimientos revolucionarios. Pero cuando las revoluciones triunfan, no es extra6o que vuelva a ser un rebelde. Tolstoi e Ibsen fueron dos seres humanos aut6nticos que jugaron su alma contra la riqueza del mundo. Y la noche inolvidable de la disertaci6n Henr6quez Ure6a traz6 el perfil de sus afinidades y sus discrepancias con acuidad insuperable.

Terminada la conferencia Tallon y yo, despu6s de abandonar el local, nos detuvimos un rato en la puerta y vimos salir a don Pedro, negra la vestimenta, negro el sombrero, negra la corbata, negro el portafolio, negros los ojos zahor6es y luminosos. Nadie lo acompa6aba. Sali6 solo, ensimismado pero no triste, y ech6 a andar calle Rivadavia abajo hacia la plaza del Congreso. Lo seguimos una cuadra, otra, sin animarnos a abordarlo. La noche era templada, las calles estaban poco menos

que desiertas. Por fin Tallon se decidió a abordarlo, me tomó de un brazo y nos acercamos a él abruptamente.

—Con su permiso, señor Henríquez Ureña, nosotros estuvimos en su conferencia...

¡Ah! Eran ustedes...?, acotó sonriendo melancólicamente.

Tallón impulsivo como siempre, lo invitó respetuosa e infetuosamente a entrar en un bar de las inmediaciones. Antes se presentó y me presentó. Eramos dos poetas en agraz, pero el maestro había conocido versos nuestros en la famosa antología de Julio Noé y se mostró condescendiente y amable. Nos preguntó que leíamos, cuales eran nuestras preferencias literarias, qué viajes habíamos realizado, si habíamos tratado o tratábamos a Ezequiel Martínez Estradas, a quien yo debí más tarde mi primer premio oficial por mi primer libro de poesía. A mí, particularmente me preguntó si tenía noticias de la versificación hebraica y si conocía el libro de George Adam Smith, *The early poetri of Israel*. La lección fue de las que no se olvidan. Nos enteramos entonces que la poesía hebrea de los últimos diez siglos adopta la rima bajo el influjo árabe.

Mi camarada, el poeta de "La garganta del sapo", que sabía tocar tierra y hacer preguntas intempestivas, le disparó a quemarropa esta pregunta:

—¿Es cierto que su papá fue presidente de la República?

Henríquez Ureña sonrió blandamente. Y dijo: sí, pero también fue médico, Un médico de cuerpos y un médico de almas.

Lo dijo sin énfasis, a media voz, grato al recuerdo, pero como si se sintiera herido por el mismo., con ese modo tan suyo, que le conocimos a lo largo de otros encuentros, de restarle importancia asu importancia, como si quisiera hacernos olvidar que pertenecía a una familia de alcurnia y era a su vez dueño de una personalidad y de un latifundio cultural por los que podía exigir acatamiento y derechos.

Entramos a un bar de la avenida Callao. Esperó a que nos sentáramos, depositó su portafolio sobre una silla próxima a la suya y se sentó a su vez. Nos preguntó que deseábamos servirnos, recomendó tres cafés bien calientes, que dejamos

enfriar y nos dispusimos a escucharlo. Hubo un pequeño silencio que interrumpí yo, preocupado en esos días por lo que Gabriela Mistral llamó el celo amargo del antisemitismo. Y le pregunté a quemarropa si su apellido era de origen judío, conociendo como conocía a numerosos Henríquez de ese origen.

—Si alguno de mis antepasados escribió los Diez Mandamientos al dictado de Dios, mi origen debe ser semítico y si algún otro perteneció a la familia de Cristo debo serlo por partida doble como dijo Fray Luis de León cuando fue procesado por traducir a lengua vulgar el Cantar de los Cantares. Henríquez (con hache o sin hache, con ese o con zeta) es un apellido judío frecuente en familias de origen español. La poetisa Isabel Henríquez fue protectora de Daniel Levi de Barrios, e Issac Cardoso le dedicó un Panegírico allá por el año 1636. Hubo un pintor notable, Salomón Rubén Henríquez, nacido en Copenhague, sefardí él como todos los de nuestro apellido, cuyos cuadros se exhiben en los museos de Dinamarca, padre a su vez de la pintora María Henríquez, que trabajó en Grecia, Italia y Egipto y fue durante largos años directora del laboratorio arqueológico y artístico de la ciudad de Copenhague. Un hermano suyo Robert Martin, fue famoso violoncelista y excelente compositor. Hubo también un Robert David Quixano Henriques, novelista nada desdeñable, que escribió entre otras obras, además de No Arms, no armour, Death by Moonlight y The Journey Home, una biografía de su tío Ronald N. Q. Henríquez, el primer judío inglés muerto en la guerra del 14. También hubo un médico del mismo apellido Amos Henriquez, nacido en Jamaica, que ejerció la profesión en su isla y trasladado a Inglaterra a los 35 años se distinguió en la lucha contra el cólera durante la epidemia de 1849.

Lo cierto es que don Pedro parecía un árabe sublimado (los árabes son también semitas) no sólo por el color de la tez —tenía el matiz acendrado de las cigarras, sino el lento modo de hablar de los masoretas y la agudeza talmódica que heredaron filósofos y humoristas del siglo pasado y del nuestro. Naturalmente que los antepasados de don Pedro, como los de Rafael Cansinos-Assens, se fueron convirtiendo y asimilando

para huir de los quemaderos de la inquisición y no sería extraño descubrir entre sus deudos tanto sacerdotes como marranos. Los Henríquez y los Cansinos tuvieron que haber estado forzosamente en España cuando el Decreto de Expulsión de los judíos, dictado por los Reyes Católicos el 3 de agosto de 1492. Pero mientras los Cansinos permanecieron en España hasta el presente — a punto de regalarle a la patria una Rita Hayworth (Margarita Cansino en la vida civil), los Henríquez que tenían también la sangre de los nómadas y el dulce mal de andar, emigraron a Portugal, a Holanda, a los países escandinavos y América. Su primer tataradeudo, Abraham, sale de Ur de los Caldeos para dirigirse hacia Canaan. De ahí partió hacia Egipto y luego buscó asilo en el valle de Mambré en una de cuyas tiendas, besadas por el viento y la arena, nació Isaac. Pedro Henríquez Ureña salió a su vez de su tierra natal para permanecer cerca de veinte años en la Argentina, y anduvo por Chile, México, Cuba, los Estados Unidos y España, un verdadero judío errante, pero no el Ahasverus de la maldición bíblica, sino el soñador a quien Israel Zangwill hubiera incorporado complacido a su inmortal galería de dreamers of the ghetto junto a Spinoza, a Heine a Lasalle.

Toda sed pide agua. Mi curiosidad se hacía acuciante, impertinente. A propósito de Zangwill, el gran novelista y ensayista inglés a quien Don Pedro conocía a fondo, le pregunté sabiéndolo tan versado, por personajes judíos en la literatura inglesa.

—Muchos novelistas ingleses, nos hizo saber, tomaron como modelos a judíos para protagonistas o personajes de sus novelas. No sólo novelistas de origen semítico como el nombrado Zangwill, Benjamín Leopoldo Farjeon, Franck Damby, Samuel Gordon, Leonard Merrick, Gilbert Frankay, Gladys Berta Stern, Louis Golding, Lily Tobías enriquecieron la literatura inglesa con arquetipos imborrables, también lo hicieron escritores de otra formación religiosa. Por ejemplo George Elliot, seudónimo de Mary Ann Cross, trató en su novela Daniel Deronda el problema judío desde un ángulo desapasionadamente sionista y Robert Browning se sirvió de hechos de la historia judía en

Dramatis Personal. El gran novelista Charles Dickens pintó un judío encantador, Riah, en *For Mutual Friend*; John Galsworthy denunció el odio racial en *Loyalties*. Bernard Shaw, aunque no precisamente en una novela, aguzó sus rehiletes en una defensa del pueblo judío, digna de Mirabeau, en *Man and Superman*. Pero quien trazó un retrato completo y parlante como una lengua a la que no le faltara ninguno de sus diez y siete músculos, de un judío que realiza todo el escalafón de la ascensión al poder, humano, vivo, incisivo, tierno y áspero al mismo tiempo, despiadado y sensible como la vida misma, fue Dafne Du Maurier en *The Progress of Julius*, una compacta, notable e implacable novela que escribió a los 24 años y que fue traducida a nuestro idioma con el nombre más directo de *Julius*. Esta Dafne Du Maurier es la misma famosa autora de *Rebeca*, que marcha a colocarse rápidamente entre los clásicos de las novelas populares. Algunos críticos la llaman la *Jane Eyre* del siglo XX. Tal vez la vincule al don misterioso y seguro de la instantaneidad, la nostalgia de lo que pudo ser y no fué, el amor que se busca toda la vida y al que se encuentra cuando ya es demasiado tarde.

El poeta Tallon estaba deslumbrado y emocionado, no sólo por la erudición fabulosa de nuestro interlocutor, sino también porque se refería a escritores ingleses. Tallon descendía de ingleses y si bien no compartía esa desdichada vanidad de sentirse grande con la grandeza de los demás y solía reitrse de su presunto parentesco con la reina Victoria, la del premio, le gustaba oír esos elogios. Sin embargo, oí decir no se porqué, en Getafe, y se lo repetí esa noche, que es mala clavija la del mismo madero...

Hablaba don Pedro con una hermosa voz pausada —su hija Sonia recordaba que su padre solía cantar en su casa con una buena voz de bajo, acompañado de sus hijas, cuando regresaban juntos de la ópera. El café en estos momentos tenía una sonoridad de piso desalquilado. El mozo vino a llevarse los cafés intactos después de echarnos una mirada homicida. Había pasado la media noche larga.

Uno lee a un poeta a los 18 años, a los 20 y lo recuerda toda la vida. Esto ocurría con Tallon, admirador apasionado de Ramón López Velarde, el altísimo poeta de El son del corazón, que tanto influyó en el primer libro de nuestro sesquiáltero Ricardo E. Molinari de El Imaginero. Lo anoto en su honor.

Sabiendo que don Pedro había estado en México le preguntó si había conocido a López Velarde.

—No, amigo. Yo residía en la capital y el poeta creo que estaba en su Jerez de Zacatecas. Recuerdo que pregunté por él a Vasconcelos, a González Martínez. Creo haberle escrito espontáneamente cuando leí “Zozobra,” que causó una gran impresión. Era una voz nueva, distinta, sin tinieblas, sin galerías subterráneas, sin zalagardas, sin faralaeas. Una poesía mágica, verdaderamente mágica. Nunca me contestó. Se que anduvo enfermo, que murió muy joven y que su novia,, la Fuesanta de sus versos, murió cuatro años antes que él. Vivió largamente solo, soñando y desbaratando amores imposibles —Dios que me ve que sin amor no atino. Recuerdo frases de su libro póstumo —El Minutero—: El soltero es el tigre que escribe ochos en el piso de su soledad. No retrocede ni avanza. Para avanzar necesita ser padre. Y la paternidad asusta porque sus responsabilidades son eternas. Con un hijo yo perdería la paz para siempre....

Pero mucho antes había escrito:

Quizá tuviera dos hijos, y los tendría
sin un remordimiento, sin una cobardía....

Provinciano, indeciso, temeroso, frangollador de perplejidades y dificultades, perdido y recuperado, urgido por dulzuras y tristezas, el mejicano nos recordaba mucho a nuestro Mastronardi, el poeta de LUZ DE PROVINCIA. La atmósfera de su alma, del alma del mejicano, como dijo alguien que lo conoció y lo comprendió, se hacía irrespirable, de una densidad de niebla mortal, redundante de agobios últimos.

Tallon, que también había contraído la dolencia fatal de la poesía y murió luego de la misma muerte de López Velarde —cosa que entonces estábamos tan lejos de prever— tan recio,

era tan enorme, tan dotado de increíbles energías, de entusiasmos desgobernados, tan abundante en ideas e imágenes, dueño de un carácter capaz de desafiar todas las soledades, hasta la última, Tallon, repito, se puso de pie y, cosa que nunca le ví hacer, besó en ambas mejillas a Henríquez Ureña.

Abandonamos el bar recién cuando bajaron sus persianas metálicas. La madrugada nos golpeó la cara como una lluvia benigna. Cuando quedamos solos Tallon y yo, después de comprometernos a visitar al maestro en su casa una vez pasados los exámenes que se venían encima en el Instituto de Profesorado, nos echamos a caminar en silencio. Ya frente a la casa del poeta —calle Brasil 1388— me aventuré a preguntarle:

— ¿Qué te pareció?

— Un santo. ¿Y a vos?

De haber conocido más profundamente su vida y su obra hubiera dicho, pensando en Martín, en Montalvo, en Sarmiento, en Duarte:

— Un héroe.

Más tarde leí en la Revista de Educación de Santo Domingo lo que escribió el mismo Henríquez Ureña, allá por el año 1932, hablando de los héroes, los héroes que amaba:

No son héroes de batallas y victorias: no tuvieron como ideal el imperatur recibido entre arcos de triunfo y divinizado en vida por la estatua, sino a al ciudadano de las repúblicas clásicas, frugal de hábitos, claro de ideas, superior a los halagos de la riqueza y del poder. No son héroes de triunfos: son héroes de sacrificio, la única especie de héroes legítimos que ha producido nuestra patria. La posteridad sólo le debe homenaje.

Si es cierto que cada hombre tiene su metal, don Pedro estuvo tallado en oro. Su vida fue una lección luminosa y fluyente como el río Nizao de su tierra natal que se desliza entre cañaverales de azúcar y praderas. Un gran río generoso. Digno del gran puente que lo mejor de nuestra América está erigiendo a su recuerdo, a treinta años de su inconsolable partida.

MAGIA DEL "JUBILAR HENRIQUEZ UREÑA"

Por Aurora Venturini della Rovere

Argentina

Es espuma de antillano mar la que por milagrería destila hacía este sur del mundo donde habito, y que por pradera húmeda y mediterránea, que arrulla el rudo mugir del ganado y enceguece el trigal de oro y el verderol corona, destila, digo y moja el pronunciar el nombre de PEDRO HENRIQUEZ UREÑA (jubilar merecido, el suyo); el dominicano erudito, virtud que le venía de herencia de otros Henríquez que por playas vecinas o las mismas que él, dejaron huellas de ortodoxo amor por la ascendencia hispana, sin dejar por ello de luchar en independencias íntimas, más prósperas y puras que las geográfico-políticas.

Este don PEDRO JUBILAR MERECIDO, pone ante quien desee conocer el difícil arte del mester de clerecía una "ANTOLOGIA DE LA VERSIFICACION RITMICA" v a la manera de las Tablas de ALFONSO REY, pone "TABLAS CRONOLOGICAS DE LA LITERATURA ESPAÑOLA"... y de acuerdo le colora el arrayán la rosaleda del Retiro madrileño, y el clavel que al pie del Goya, ante EL PRADO intenta suavizar el rudo gesto del enamorado de las Majas....y más que escribir, canta "Mi España".

Yo, nacida en Argentina, educada en París, idioma el galo obligatorio al grupo intelectual criollo, sentí a España como el hogar lejano, quien sabe por qué sortilegio y comprendí a sus amantes, juglares dolientes de raíz arcaica y renovada en la esmeralda Americana que la arrulla y el sol resquebraja. Tal el caso de nuestro hombre dominicano. Siendo para mí algunos nombres signos de angustia que han teñido la espuma de rojo-sangre y cuyas razones en hondo aún no entiendo. Tan complicado en el problema y tan oscuro, rubio, africano, francés...

Sé que Santo Domingo es Gran Antilla y suena el encordado caribe dedos morenos siendo el baladista medieval con los niños de los templos de Nuestra Señora. Mieleros apellidos resbalan en el reborde de mis ambientes y siento que me hubiera gustado nacer en un clima menos bárbaro que en éste, el mío inmenso, metropolitano, crudo en el dolor tajante cuando se cuerea o marca a la res, cuando se la deguella en vivo, firme el pulso pialador sin pena.

La magia de vuestros contornos me hubiera gananciosamente dado múltiples encantos para mis obras. Pero... ¿quién puede elegir el sitio de su nacimiento?

Suerte de ver luz allí, le cabe a PEDRO HENRIQUEZ UREÑA, del que Martín de Riquier y José María Valverde, en HISTORIA DE LA LITERATURA UNIVERSAL, TOMO III, pág. 384, dicen: "PEDRO HENRIQUEZ UREÑA (1884-1946) en su labor de historiador de la literatura y la cultura ha aportado una auténtica piedra angular a la conciencia común de Hispanoamericano..."

Entiendo que HENRIQUEZ UREÑA, concibe un Renacimiento de las Artes Bellas, de procedencia española y antañosa raigambre Latina, en Amero-India, "Guerra Divinal" según Claudio Sánchez Albornoz, en su obra "ESPAÑA UN ENIGMA HISTORIO".

Puente tendido entre España y América, Santo Domingo...

No le dan tregua los filibusteros ni los bucaneros, que sin querer, apretujabanse para dar al mundo la primera hija indoamericana, y fundada la ciudad española de Santo Domingo en 1496, en 1749 Port-au-Prince, distante dos siglos y medio, marca otra concepción espiritual temática de guerra y temor; de poesía épica y romántica.

Desde la cuna oía, acaso Don Pedro Henríquez Ureña:
“Eh, eh... Ba,ba, Heu.

EL DR. PEDRO HENRIQUEZ URERA EN EL RECUERDO

Ganga, bafia té

Ganga, moune de lé

Ganga, do ki la

Ganga, lit.”

*Vida de Buenos
Filología y Literaturas
Dr. Amado Alonso.*

Argentina

En la época, por todos conocida, que dio al Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires el primer puesto como centro de estudios del español en el mundo hispanoamericano, el doctor Pedro Henríquez Ureña fue su constante Secretario. Con su Director, el doctor Amado Alonso, mantuvo estrecha amistad y admirable colaboración. Allí conocimos los elaboradores del Instituto a don Pedro y escuchamos sus pláticas diarias, dentro de conocimientos y sugerencias. Sus conversaciones eran lecciones inolvidables. Sólo una mínima parte de esta sabiduría fue recogida en los modestos libros, artículos y prólogos que escribió y se publicaban. Con su modo circunspecto, lleno de dignidad, y su voz grave, reposada y escasa de inflexiones, en cada oportunidad que se presentaba, informaba, aconsejaba, recomendaba con inteligente acierto. En sus exposiciones en público conservaba el estilo claro y llano de sus pláticas. No era un orador brillante, pero conquistaba inmediatamente con la

EL DR. PEDRO HENRIQUEZ UREÑA EN EL RECUERDO

Por Berta Elena Vidal de Battini
Instituto de Filología y Literaturas
Hispánica "Dr. Amado Alonso."

Argentina

En la época, por todos conocida, que dió al Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires el primer puesto como centro de estudios del español en el mundo hispanoamericano, el doctor Pedro Henríquez Ureña fue su eminente Secretario. Con su Director, el doctor Amado Alonso, mantuvo estrecha amistad y admirable colaboración. Allí conocimos los colaboradores del Instituto a don Pedro y escuchamos sus pláticas diarias, densas de conocimientos y sugerencias. Sus conversaciones eran lecciones inolvidables. Sólo una mínima parte de esta sabiduría fue recogida en los medulosos libros, artículos y prólogos que escribió y se publicaron. Con su modo circunspecto, lleno de dignidad, y su voz grave, reposada y escasa de inflexiones, en cada oportunidad que se presentaba, informaba, aconsejaba, recomendaba con inteligente acierto. En sus exposiciones en público conservaba el estilo claro y llano de sus pláticas. No era un orador brillante, pero conquistaba inmediatamente con la

originalidad de su pensamiento y la hondura de su ciencia. Con castiza y medida expresión desarrollaba su tema con el método, la sutileza y la seguridad de un verdadero maestro, del gran maestro que fue toda su vida, y ganaba la admiración de sus oyentes con el caudal generoso de sus enseñanzas. La verdad es que la dádiva de esta enseñanza, viva en el alma de sus alumnos y admiradores, es una parte de su grandeza, pero la enseñanza repetida y agotadora de las aulas le quitaron tiempo y energías para la obra que pudo realizar como investigador y como escritor ejemplar. Así lo reconoce él en cierto modo en la breve autobiografía que dejó entre sus papeles y publicó hace muy poco *La Nación*. (1) Murió en el camino a dar sus clases en La Plata después de una jornada de trabajo en Buenos Aires.

La protesta dolorosa por su muerte en plena y vigorosa madurez era unánime en el grupo de intelectuales que concurrió a despedirlo en el último acto de su partida. Amado Alonso habló llorando. Su hermano Max dijo, para nuestro consuelo, que la Argentina era el país en donde don Pedro había vivido con mayor tranquilidad y había realizado lo mejor de su obra.

Con María Rosa Lida compartimos este momento imborrable, y cuando vimos desaparecer la caja mortuoria del maestro, con lágrimas comentamos la realidad tremenda y lo mucho que perdían la cultura Argentina y la cultura universal.

(1) Juan Carlos Ghiano, *Pedro Henríquez Ureña*, *La Nación* del 23 de mayo de 1976.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA EN EL RECUERDO

Por María de Villarino

Argentina

En octubre de 1924, Pedro Henríquez Ureña llegó a la Argentina con su mujer, Isabel Lombardo Toledano, mejicana de sugestiva belleza, y con su hijita Natatcha. De este modo realizaba un proyecto que dos años antes se había trazado cuando, en un viaje de pocas semanas, visitó por primera vez Buenos Aires integrando una embajada intelectual que envió a México. Este viaje despertó su interés por radicarse en nuestro país y eligió, por particular predilección, La Plata, ciudad Universitaria, donde un grupo de jóvenes, amigos después hasta el fin de sus días, lo rodeó de inmediato. En esta ciudad nació su segunda hija Sonia.

Constituía este grupo una generación de esas juventudes que no se dan sino por excepción: homogénea, buceadora de la verdad y de los valores intelectuales, cuyas inquietudes perfilaban una rica trayectoria al futuro. Aquellas jóvenes mentalidades cristalizaron esta promesa que ni el pasar de los años, ni las contingencias que suelen abatir los primeros y ardientes entusiasmos juveniles, desvanecieron.

No era, pues, casual ni transitorio, que rodearan con fervor al erudito y joven hombre de letras dominicano que llegaba como no lo era el interés despertado en él para decidirlo a vivir en su medio.

Formaban aquel grupo juvenil —con el tiempo personalidades de nota— algunos que se exiliaron durante el período que motivó la Revolución Libertadora del 55: el doctor Arnaldo Orfila Reynal, aún en plena actividad que fijó su residencia definitiva en México donde fundó y dirigió el Fondo Editorial de Cultura Económica y donde, obligado a cesar en estas funciones, creó de inmediato la editorial Siglo XXI; Enrique Anderson Imbert y Aníbal Sánchez Reulet, que se desempeñan como catedráticos en distintas universidades de los Estados Unidos, amén de su labor de escritores y Enrique Moreno, fallecido; Juan Manuel Villareal, también escritor y ex director de la Biblioteca de la Universidad Nacional de La Plata; el profesor Luis Aznar, ex catedrático de la misma universidad y luego Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires; Eugenio Pucciarelli, filósofo y profesor universitario; Enrique Dreyzin y Salvador Villarino, Ingenieros; el doctor Enrique Galli, señor de la jurisprudencia y otros jóvenes más, a los que se unían figuras consagradas en el ámbito de la intelectualidad argentina.

Fue aquél un tiempo de fecunda actividad creativa: aparecían las revistas “Sagitario” dirigida por Carlos Sánchez Viamonte y “Don Segundo Sombra” del grupo estudiantil del Colegio Nacional, encabezado por Juan Manuel Villareal; actuaba el Teatro Universitario “Renovación” del grupo homónimo y se fundó la revista “Valoraciones,” uno de los más altos testimonios de la cultura argentina, de orientación filosófica, que dirigió Enrique Amaya bajo la conducción tutelar de Alejandro Korn quien, como Pedro Henríquez Ureña, fue colaborador permanente.

El maestro dominicano participó con fervoroso entusiasmo en todas las manifestaciones culturales de aquella época platense, memorable y excepcional: dictó cursos y conferencias, organizó ciclos de divulgación literaria y fundó la “Asociación

de las Artes," cátedras frecuentada por las figuras más representativas de la literatura y el pensamiento de esa hora.

Es así como, el prestigio que adquirió la ciudad hizo de ella un punto de convergencia intelectual y motivo de singular curiosidad y atracción, a cuyas tertulias no sólo asistían los escritores del país sino también, cuantos llegaron del exterior.

Raro privilegio tuvo aquella generación por los maestros que le tocó en suerte: Pedro Henríquez Ureña y el filósofo Alejandro Korn, platense por residencia y universal por su trascendencia, con quienes convivían en agitados cenáculos de altas disciplinas y discusiones que tenían por centro la casa de ambos.

Lo que el filósofo Francisco Romero señalara en su definición de Alejandro Korn, bien se adecúa a la de Henríquez Ureña: era esa atracción que ejercía en torno de él como "un principio organizador que estimulaba la convivencia en una armonía de voluntades y entusiasmos cuyo centro era. Amigos y discípulos se congregaban a su alrededor en sociedad amistosa y grata, en una especial manera de coincidencia que sólo es posible cuando le sirve de polo una personalidad excelente y operante, de esas que poseen el secreto de hacer salir a la superficie lo mejor de cada uno."

Arnaldo Orfila Reynal ilustra esta aseerción cuando recuerda su primer contacto con Pedro Henríquez Ureña al asistir al Congreso Internacional de Estudiantes realizado en México en 1921: "Veinticuatro horas después de nuestro arribo, aquel hombre nos dio la sorpresa más honda, más conmovedora se acercó a los argentinos con un interés extraño, con una afectuosidad tan pulcra, pero tan desusada, que nos sorprendió emocionándonos. Todos los momentos liberados de sus tareas los teníamos consagrados a extender, profundizar, esa amistad. Pedro Henríquez Ureña vivía con nosotros, discutía, paseaba, cantaba, enseñaba a nuestra curiosidad insaciable."

Así procedía en la cátedra, en su dedicación al trabajo, en su gozo de enseñar. Lo recuerdo corrigiendo primeros de ejercicios prácticos de sus alumnos de idioma español en el

Colegio Nacional de la Universidad de La Plata donde éramos colegas. Con ojo avizor su lápiz tachaba, adicionaba palabras, modificaba la puntuación, sin interrumpir algún diálogo comenzado al margen de su tarea

Su muerte acaecida en 1946, lo sorprendió en esta labor viajando en tren a La Plata pues, por entonces, había fijado su residencia en Buenos Aires. Destino el suyo de maestro de juventudes y dejar el último minuto de su vida a medio camino a la ciudad que con tanto júbilo y devoción se lo había recibido desde su llegada a ella. Yo misma debo a este maestro sus enseñanzas estéticas como nunca las recibiera de maestro alguno, así como los preceptos de la poética cuando le di a leer mi libro de sonetos "Tiempos de Angustias," cuyas observaciones los hicieron perfectibles para siempre. Tocaba a fondo la técnica y el misterio de la poesía tanto como las razones del alma que trataban de expresarlo, sacándolos limpios a la superficie.

Su esteticismo lírico sin duda le venía alimentado por la sangre de su madre, la notable poetisa dominicana Salomé Ureña de Henríquez; el dominio de las disciplinas especiales, por sus intensas investigaciones; su visión del universo, por la condensación analítica de los fenómenos tradicionales de la cultura, unida a la indagación enriquecedora de lo que pasaba en el mundo que vivía. Pausado en el hablar, maestro en el coloquio, su lengua rica, esencial y exacta en los más leves matices de la expresión, era clara, como decantada en lo aparentemente simple y natural. Sus ideas lúcidas, nativas, ordenadas, esclarecían cualquier tema que se tocara, en la justa proporción de sus valores. Nada era ajeno a su conocimiento. Así como en filología y literatura, las ciencias del universo, la pintura, la música, la numismática: cualquier moneda antigua que se le presentara la ubicaba, con memoria excepcional, en la historia del tiempo.

Leer sus libros es saber el proceso de la cultura de nuestro continente de su evolución, de su hacienda y espíritu. Y bien que por su sangre era él mismo un hijo dilecto de pura tierra americana. Su saber, abarcador y profundo, ahondó lo

entrañable para dar cuenta de las cosas de América. Desde su raíz a su copa nada le era desconocido.

Pedro Henríquez Ureña encarnaba en sí mismo la dimensión de la inteligencia, de la salud del espíritu, en obra, hondura y claridad de pensamiento, ser esencial, en lo humano, medida y esa bondad que milita para hacer hombres buenos. Jamás una frase lapidaria, nunca un juicio que no fuera ejemplar ni ecuánime en la apreciación de los demás. Sólo y a veces, el correr de algún comentario risueño asociaba cierto tono de humor que sabía ser ameno sin herir.

Así lo conocimos aquí, en su otra patria, la nuestra, suya por adopción espiritual a la que amó y se dio con suprema generosidad, estudiándola, analizándola, poniendo de relieve los más altos atributos de la inteligencia y el hacer creativo, pero nunca se cobró sus dones y, como dijera José Martí de otro hombre ejemplar, "nunca ni en esas formas impalpables de la retribución que buscan los más puros."

No por enumeración de virtudes, que se acrecientan y exaltan, a veces tardíamente, en la muerte de alguien, sino como de algo siempre viviente, hablamos de Pedro Henríquez Ureña, decimos lo que hemos sentido y expresado mientras él vivía.

Porque su vida fue obra; su saber, ala que se desplegaba e incitaba a seguir su vuelo, su dignidad, bondad y señorío: fuerza suave pero potente; su espíritu, resplandor: luz que no se concentra sino se difunde y sigue, a través del tiempo, ofreciéndonos los dones de sus ricas mieses.

**PEDRO HENRIQUEZ UREÑA EN EL INSTITUTO
DE FILOLOGIA DE BUENOS AIRES**

*Por Frida Weber de Kurlat
Argentina*

En mi recuerdo del Instituto de Filología al que me llevó Amado Alonso en días ya lejanos de 1937, Pedro Henríquez Ureña aparece rodeado por el grupo que entonces daba al Instituto su carácter, a la vez severo y acogedor, que creaba su atmósfera de trabajo callado y entusiasta. Creo que todos nos sentíamos un poco superiores o privilegiados, y orgullosos de que se nos hubiera abierto sus puertas. Allí estaban don Eleuterio Tiscornia, Raimundo y María Rosa Linda, luego Angel Rosenblat que había vuelto de Europa y el Ecuador; Marcos A. Morínigo, Enrique Anderson Imbert, Julio Caillet-Bois, Guillermo Domblide, Berta Elena Vidal de Battini, Raul Moglia, Rosario Pelliza, cuando se lo permitían sus clases o en las vacaciones los que enseñaban en universidades del interior. Después se fueron acercando Ernesto Krebs, Daniel Devoto, Ana María Barrenechea, María Elena Suárez Bengochea y yo, más ocasionalmente, José F. Gatti; más tarde aún y casi adolescente, Juan Bautista Avalle Arce. Todos le debemos mucho a don Pedro, único modo de llamarlo.

La llegada de don Pedro, a media tarde, podía ser el anuncio de una interrupción en el trabajo, de una excursión al país maravilloso de su sabiduría, sus recuerdos, sus anécdotas, con aquella exquisita percepción de matices, con su fina ironía, tan hondamente humana y comprensiva, nunca amarga ni punzante, en aquella voz mate, pero ondulada y expresiva.

Don Pedro no tenía un lugar separado de trabajo, si bien la mayor parte del tiempo compartía con Amado Alonso una misma mesa, y así lo hicieron durante años, en una amistad y un constante cambio de ideas y puntos de vista que sólo terminó con la muerte. Otras veces se sentaba junto a la mesa grande de la sala común de trabajo. Pedro Henríquez Ureña era un "causeur" fascinante que hacía de la conversación un culto y un medio de enseñanza al mismo tiempo. La conversación no era para él un pasatiempo, ni oportunidad de lucimiento; era un momento de auténtica comunicación humana. En sus charlas se engarzaban la noticia del día, el rumor local o mundial, en una totalidad de erudición y cultura integrada en vida. Hablaba de música —nunca olvidaré cómo nos transmitió su propia experiencia en la iniciación de la obra de Bach—, se sucedían observaciones sobre pintura, los sistemas pedagógicos de las universidades americanas, y naturalmente, temas de literatura, clásica y modernísima, europea y americana, el teatro japonés, la India, Grecia, tan admirada...Y aquí, su principal interlocutora era sin duda María Rosa Lida. Otras veces se entregaba en profundidad, lápiz en mano (¡cuántos diccionarios del Instituto conservan en sus márgenes precisiones de definición y puntualizaciones geográficas en su letra clara y perfilada!), o escribía fichas y cuartillas en las que reunía datos para sus trabajos en marcha.

Años atrás había acumulado los materiales para su obra juvenil, *la versificación irregular*, en la que por primera vez se reunieron y valoraron, se organizaron y estructuraron los textos de uno de los más puros veneros de poesía: la que hoy llamamos lírica de tipo tradicional. Allí dejó clasificada, analizada en su evolución, puntualizados su forma y estilo, esa misma materia que en los últimos tiempos ha sido objeto de muy amplios

estudios: los de Carlos Magis, Antonio Sánchez Romeralo, Margit Frenk Alatorre, Eduardo M. Torner, José María Alfn... y que constituyen buena parte de las antologías ya clásicas de Dámaso Alonso, José Manuel Blecua y Margit Alatorre, trabajos todos cuya materia se remonta a aquella obra primigenia de don Pedro. Otro aspecto de la influencia de ese libro no puede pasarse por alto: Max Aub, en *Poesía española contemporánea*, compara su influencia con la de Darío, aunque la considera más profunda, por haber llamado la atención de los poetas de la generación del 27 sobre viejas formas métricas españolas, en especial las combinaciones de versos de 7 y 5 sílabas.

La versificación irregular en la poesía castellana se había publicado en 1920; la segunda edición, de Madrid lo mismo que la primera, es de 1932, y se llama *La versificación española irregular* y finalmente su autor la llamó con el nombre con que apareció en la edición póstuma de Buenos Aires, de 1961: *La poesía castellana de versos fluctuantes*. (1) Las sucesivas versiones del libro presentan adiciones, frutos de constantes lecturas que continuaron hasta su muerte, en un afán de totalidad y de perfección que eran rasgos característicos de su espíritu. Y en ese sentido es muy significativo el cambio de títulos que manifiesta precisamente ese constante interrogarse, la insatisfacción, la preocupación de superación intelectual y moral que guiaba su vida, y que él deseaba como ideal para su América.

Porque si Pedro Henríquez Ureña estudiaba hoy la versificación irregular y mañana lo nuevo y lo tradicional en Lope, o escribía con erudición sobre la cultura medieval y se apasionaba por el arte de Bernard Shaw o las interpretaciones

(1) Constituye la columna vertebral del tomo publicado por el Instituto de Filología "Dr. Amado Alonso," junto con otros estudios sobre el endecasílabo, el verso puro, el alejandrino etc, bajo el título general de *Estudios de Versificación Española*. Los materiales de adiciones y correcciones fueron entregados por su mujer y sus hijas, siendo director del Instituto don Marcos A. Morínigo y habiéndose ocupado de la edición y el ordenamiento Ana María Barrenechea y Emma Susana Speratti Piñero.

musicales de Arturo Rubinstein, el centro de sus preocupaciones estaba en América: una América que conservara su propia esencia, su arte; que fuera a la vez ella misma, pero sin hacer a un lado lo significativo y profundo brindado por Europa.

A la esencia de América apuntan sus *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Algunos son análisis literarios con atención a lo americano, como el dedicado a Juan Ruiz de Alarcón; otros como "El descontento y la promesa" estudia las distintas fórmulas que adopta la expresión en Hispanoamérica: la exaltación del indio, la de la naturaleza americana, la de lo europeo, para concluir que es necesario aceptar la situación compleja y trabajar, hondamente, intensamente, buscando el medio expresivo que nos corresponda. Sus palabras son: "El ansia de perfección es la única norma." Y esa fue su divisa en lo intelectual y en lo moral.

Gran admirador de Sarmiento, señalaba como prueba de su inteligencia superior el hecho de que siempre elevaba el tema que trataba al plano de las ideas generales, y aún en sus descripciones — gustaba recordar pormenorizadamente la de Río de Janeiro— pasaba de lo inmediato a lo genérico. Esa era también una condición de la inteligencia de don Pedro. Como ejemplo, quiero recordar, en contraposición al libro de ensayos arriba recordado, un trabajo erudito: su artículo sobre el pronombre "Ello"; publicado en la *Revista de Filología Hispánica*, Buenos Aires, 1939, que he elegido porque a otro erudito —Joseph E. Gillet, mi maestro en Bryn Mawr College, en los Estados Unidos— le asombraba por la ingente recolección de materiales que había exigido. Se estudia allí el empleo de *ello* como sujeto y como complemento, en su función de reproductor de un antecedente, que puede ser toda una oración o sólo una parte de ella; su valor pleonástico, como sujeto impersonal, como enfatizador, su presencia aislada, etc., ya sea en la lengua anterior o posterior a 1500. Pues bien, el artículo comienza con un planteo de tipo general "Después de largos siglos de usarse sin interrupción, desde los comienzos del idioma, *ello* ha comenzado a desaparecer de la lengua hablada.

Empieza a sonar arcaico. El habla tiende a sustituirlo....” Y finaliza: “Todos estos usos desaparecen, al ffn, de la lengua culta, y el pronombre mismo ha perdido vitalidad en el habla, aunque la literatura lo mantiene. Sólo en el habla de España y de las Antillas subsiste, con buena parte de sus antiguas funciones múltiples. En la Argentina lo conserva la lengua escrita y hasta lo prodiga, en documentos oficiales y judiciales, en libros y periódicos; pero el habla lo ha abandonado, y ya era muy raro en la poesía gauchesca del siglo XIX.” Un espíritu menos clásico, menos preocupado por una construcción armoniosa, teniendo en cuenta que ponía al alcance de los estudiosos un material ya coherentemente analizado y presentado, no habría sentido la necesidad de esos incisos inicial y final, especie de paréntesis que abrazan el contenido.

Y recordando a don Pedro Henríquez Ureña en el Instituto de Filología de Buenos Aires hay que poner muy de relieve el valor de su obra en la dialectología hispanoamericana. Desde aquellos días mucho es el camino que se ha recorrido en exploraciones parciales, en planteos; se utilizan métodos científicos (por ejemplo, para la descripción fonética), estadísticos y se exigen cada vez descripciones más pormenorizadas y exhaustivas de los fenómenos dialectales; la geografía lingüística es un aspecto fundamental de la lingüística y la dialectología; y existen centros de Estudios de Geografía lingüística y sin el apoyo de la socio lingüística no se puede trabajar en esos dominios en que don Pedro abrió la huella, con sus “observaciones sobre el español en América” publicadas en 1921 en la *Revista de Filología Española* y en 1925 en los *Cuadernos* del Instituto de Filología de Buenos Aires en sus trabajos acerca de “El supuesto andalucismos de América.” A pesar de que los estudios posteriores incluyen puntos de partida y análisis en el sentido apuntado, y desde que las tendencias actuales vuelven, aunque de manera diferente a apoyar más bien la relación entre el español de Andalucía y el de parte de la América española, esos trabajos no son, ni mucho menos una antigüalla, y mucho de ello no hubiera sido posible sin su interés

el tema y sin su metodología. (2) También su división del castellano de América en cinco zonas, rectificada, precisada, ampliada es un hito fundamental en los estudios del español americano, cuyo único precedente está en Rufino José Cuervo. Y un estudio de la seriedad y alcances del que realiza actualmente en México Juan Lope Blanch, con un equipo de colaboradores altamente especializados, en la parte correspondiente a "Las zonas dialectales de México. Proyecto de delimitación" (*Nueva Revista de Filología Hispánica*), XIX, 1970, pp. I-II) se inicia con estas palabras:

"En 1921 publicó Henríquez Ureña una división provisional del territorio lingüístico mexicano, que mantuvo -aunque introduciendo algunas precisiones- diecisiete años después, y que sigue siendo la única de que todavía disponemos..."

Al aclarar luego los aspectos en que las afirmaciones de P. Henríquez Ureña deben ser rectificadas, matizadas o completadas, acota Lope Blanch:

"Podemos, pues, completar y definir con alguna mayor precisión el trabajo delimitativo iniciado por Henríquez Ureña, partiendo, por supuesto, de los datos ciertos y seguros por él ya reunidos..." Y comenta en nota:

"Trabajo, por cierto, sumamente valioso, cuyas limitaciones no dependen del autor sino, como es lógico, del estado embrionario en que se hallaba la lingüística hispanoamericana en aquel tiempo. A Henríquez Ureña corresponde, sin duda, la gloria de haber iniciado este tipo de estudios y de haber dado el impulso inicial a estas investigaciones, indicando con su ejemplo magistral el camino que debía seguirse. No trato de discutir el valor de su trabajo, sino de completarlo y ampliarlo en la medida de nuestras

(2) Remito al lector a las breves páginas que resumen el complejo problema y la fundamentación de las opiniones de don Pedro, en el libro de Yakov Malkiel, *Linguistics and Philology in Spanish America*, Mouton, The Hague, Paris, 1972, esp. pp. 38 ss.

actuales posibilidades. Quede pues constancia de homenaje y admiración al iniciador de la dialectología hispanoamericana moderna.””

Frente a los entusiasmos desbordados y las decepciones que exaltaban o deprimían a quienes lo rodeaban, el representaba la serenidad y la mesura, resultado de una filosofía de la vida hecha de comprensión profunda y de aceptación del destino del hombre y del hombre americano en particular. Y quisiera terminar con los versos de un poeta que le era entrañable, el mejicano Enrique González Martínez y que corresponde a mi recuerdo de don Pedro Henríquez Ureña:

Irás sobre la vida de las cosas
con noble lentitud.....
Que todo deje en ti como una huella
misteriosa grabada intensamente....
Busca en todas las cosas un alma y un sentido
oculto, no te ciñas a la apariencia vana.

A LOS TREINTA AÑOS DE LA MUERTE
DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Por Marcela Righini
Argentina

No podía estar ausente una escritora argentina en el homenaje que se le tributará en su patria, Santo Domingo, a Pedro Henríquez Ureña con motivo del trigésimo aniversario de su muerte. Vínculos de sangre lo integran a la cultura hispanoamericana. Se recuerda aún su actuación en las universidades de Buenos Aires y La Plata, donde desarrolló ciclos memorables sobre sus múltiples especialidades; profesor excelso, filólogo, historiador, literato, filósofo, crítico, ensayista. Su serena voz parece campear todavía en los claustros, concitando el interés de los oyentes, jóvenes y menos jóvenes, que seguían al Maestro por excelencia. Los que no lo conocieron personalmente, se nutren en sus obras, sus enseñanzas, sus profundos conocimientos del idioma, la explicitéz de todos sus pronunciamientos.

Desde su infancia se perfilaba ya la personalidad que adquiriría con el correr del tiempo. Se diría que nació con la vocación de maestro pues unos meses después de cumplir 6 años enseñaba las primeras letras a su hermano menor. Se formó dentro de un ambiente culto. Su madre poeta y maestra, dirigía

un Instituto de Señoritas; su padre y hermanos también estaban consustanciados con las letras y aún cuando no influyeron en él, el campo le fue propicio para su desarrollo intelectual, cincelandó el carácter firme y alma sincera como pocas. Por causas circunstanciales, Pedro Henríquez Ureña se trasladó a México, donde se vinculó con los grupos literarios. No ejerció su profesión de abogado porque era Maestro por antonomasia. "No basta vivir para la educación, hay que sufrir por la educación." Convirtió esta frase en su lema. Se entregó de lleno a la enseñanza, Durante 20 años permaneció en nuestro país ejerciendo la docencia en las Universidades de La Plata y Buenos Aires, sin abandonar la propia obra. Conjuntamente con Amado Alonso publicó una gramática castellana, considerada entre las más completas. Encontraba tiempo, estirando las horas del día. Escribía en el tren, en los intervalos de las comidas. Si no lo había, tampoco se permitió un descanso. Su cerebro privilegiado absorbía para devolver, tallando como brillante, el material. Solía parecer desinteresado por lo banal, pero como a Argos, nada se le escurría.

Uno de sus íntimos amigos en México, quizá el que más cerca estuvo de él fue Alfonso Reyes. Dice éste: "Era un testigo insobornable y su trato era piedra de toque...Aceptaba la misión patética de enfrentar consigo mismo a cada hombre. Sólo los mejores soportaban la prueba...Difícil encontrar figura más semejante a Sócrates. Hasta traía como éste, la atenea oculta en el Silencio y también tuvo su cicuta." Estas son las palabras de Alfonso Reyes, otro hombre de excepción. Por otra parte, auéllos que no soportaban la mirada de sus ojos penetrantes, huían tal vez de sí mismos para provocar y fomentar la enemistad contra quien sólo transmitía pureza.

Larga sería la enumeración de las obras de Pedro Henríquez Ureña. Vivió en función de Maestro, de escritor. Nació en 1884 en Santo Domingo, falleció en nuestra capital el 12 de mayo de 1946, en un tren que debía conducirlo a su cátedra en la Universidad de La Plata. No pretendo representar a las muchas y buenas escritoras argentinas en este homenaje al que me adhiero. Acepté honrada la invitación para referirme

sintéticamente a la personalidad y obra de Pedro Henríquez Ureña. Se unió a los grandes Maestros para legarnos su sabiduría y despejar las dudas que aparecen con frecuencia.

Pienso en Henríquez Ureña y recuerdo una famosa anécdota socrática. El filósofo griego tropezó con el joven Jenofonte, que llegaría a ser gran pensador ateniense, autor de muchas obras, entre ellas "La Apología de Sócrates," "Sus dichos memorables" en las que se revive la fisonomía del Maestro. Jenofonte fue uno de sus discípulos predilectos. Iba éste a cederle el paso, pero Sócrates lo detuvo. Pasóle el brazo por la espalda, apoyándose en sus hombros. Luego de un silencio más que prolongado, profundo le dijo: "Sígueme si quieres saber dónde y cómo se aprende la sabiduría."

Como el gran Sócrates, este hispanoamericano también arrojó su semilla fructificada en las numerosísimas obras que, a 30 años de su desaparición física, lo sobreviven y continúan en vigencia, pues como bien ha dicho Julio Caillet Bois "apenas admite elementos conjuntivos esa prosa encadenada por dentro."

Argentina, escrita en colaboración con Emilio Suárez Calimancha. Algo que los años han ido ahondando con respecto a ese arquetipo de hombre de cultura integral que fue el ilustre escritor dominicano Pedro Henríquez Ureña fue una institución en la Argentina durante los años en que estuvo radicado aquí, hasta su muerte. Su cátedra rebasaba los límites de los Colegios y Facultades donde enseñaba, y se extendía a todo el país. Alumnos, profesores y escritores, se enriquecieron con su presencia, secunda como pocos, sus obras mismas, con ser de valor tan singular, no eran sino el complemento de su extraordinaria labor como profesor, como conferenciante, como animador de nobles empresas de cultura, como concertino en círculos y reuniones donde él era siempre el maestro. Pocos hombres no nacidos aquí tuvieron nunca la incidencia intelectual y moral que tuvo en la Argentina, sin duda sin proponérselo, por la sola acción de su presencia, don Pedro Henríquez Ureña. La Argentina le debe mucho a este hombre superior, tan equilibrado en sus valores intelectuales y personales. Verlo y oírlo era ya estar en contacto con alguien que proyectaba, sin

ALGO MAS SOBRE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Por Fermín Estrella Gutiérrez

Argentino

Con motivo de cumplirse próximamente el 30.º aniversario de la muerte de don Pedro Henríquez Ureña, deseo agregar algo a lo que dije de él en mi *Historia de la Literatura americana y argentina*, escrita en colaboración con Emilio Suárez Calimano. Algo que los años han ido ahondando con respecto a ese arquetipo de hombre de cultura integral que fue el ilustre escritor dominicano. Pedro Henríquez Ureña fue una institución en la Argentina durante los años en que estuvo radicado aquí, hasta su muerte. Su cátedra rebasaba los límites de los Colegios y Facultades donde enseñaba, y se extendía a todo el país. Alumnos, profesores y escritores, se enriquecieron con su presencia, fecunda como pocas, sus obras escritas, con ser de valor tan singular, no eran sino el complemento de su extraordinaria labor como profesor, como conferenciante, como animador de nobles empresas de cultura, como tertulio en centros y reuniones donde él era siempre el maestro. Pocos hombres no nacidos aquí tuvieron nunca la incidencia intelectual y moral que tuvo en la Argentina, sin duda sin proponérselo, por la sola acción de su presencia, don Pedro Henríquez Ureña. La Argentina le debe mucho a este hombre superior, tan equilibrado en sus valores intelectuales y personales. Verlo y oírlo era ya estar en contacto con alguien que proyectaba, sin

quererlo, a su alrededor, una atmósfera de inteligencia y dignidad que nos ennoblecía. Así debieron ser, sin duda, los grandes maestros de todos los tiempos, desde Sócrates, hasta Fernando de los Ríos, más cerca este último, de nosotros. “Dio lo mejor a los amigos, en la conversación, en la enseñanza —dice de él Enrique Anderson Imbert— Donde viviera, allí creó ambientes, familias intelectuales, discípulos.” Su siembra fue tan profunda que aún viven su recuerdo y su influencia en lo más puro de la cultura argentina actual. Yo lo vi y traté varias veces, y puedo dar testimonio de como era de honda y benéfica su influencia sobre los demás. Era sobrio y modesto. El también le “había retorcido el cuello a la elocuencia,” a la aparatosidad, al espectáculo. Era como un río manso, de aguas profundas y fecundantes. Tenía un oculto poder de sugestión que se expendía de él, como un hálito alentador. No enseñaba pontificando. Enseñaba con su sola presencia. Incluso con sus silencios. Orientaba y estimulaba con una fuerza noble y generosa que le nacía desde adentro. Con muchos hombres como él, en la enseñanza, en la vida, el mundo sería otro. Su magisterio era de aquellos que no terminan con la desaparición física del maestro. Murió en “acción de servicio,” como se suele decir de los militares que mueren con las armas en la mano. Cuando, profesor del Colegio Nacional de La Plata, iba a tomar los trabajos de sus alumnos, corregidos, bajo el brazo, el tren que debía llevarlo a “la ciudad de los tilos,” donde había vivido durante algunos años y que quería tanto.

Los que asistimos, un día después, a la cremación de sus restos, en el Cementerio de la Chacarita, no podremos olvidar nunca la emoción con que otro gran maestro que vivió entre nosotros, Amado Alonso, despidió a su colega y amigo entrañable. El papel le temblaba en las manos. Y no pudo terminar su oración, porque el llanto quebró sus palabras. Fue algo desgarrante. Todos sabíamos que estábamos despidiendo a un ser superior que había pasado por nuestras vidas, embelleciéndonos, y ennobleciéndonos. De él nos quedarían sus obras, de valor permanente todas —entre ellas, una hoy totalmente agotada, y diría que poco conocida, *la Antología*

clásica de la literatura argentina, en colaboración con Jorge Luis Borges, edición Kapelusz, sin fecha, excelente y muy didáctica—, que servirán siempre de consulta e información a cuantos se interesen por los problemas de nuestra lengua y de nuestras letras. La República Dominicana puede sentirse orgullosa de este hijo, que lo supo ser también de nuestra América toda. Intelectuales y hombres excepcionales como él tan completos y tan vivificantes para los demás, no abundan ahora, lamentablemente. Y esa es, quizá, la mayor desgracia de nuestro tiempo.

Buenos Aires, Agosto de 1975

RECUERDO A PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Por Enrique Espinoza

Argentino

La Argentina no ha terminado de pagar aún la deuda que ha contraído con el autor de *Seis Ensayos en busca de nuestra expresión* que le publiqué en la Biblioteca "Babel" hace medio siglo, a la aparición del libro de Arturo Capdevila: *Babel y el Castellano*, que yo he contestado con *El castellano y Babel*, donde recuerdo naturalmente a Pedro Henríquez Ureña. Pese al volumen antológico que le ha consagrado la Secretaría de Estado en las Ediciones Culturales Argentinas con prólogo de Ernesto Sábato y selección y notas de los profesores Carmelina y Luis Alberto Castellanos, la deuda con Pedro Henríquez Ureña no ha sido del todo saldada. Echo de menos en esta selección como en la del Fondo de Cultura de México, su magnífica conferencia sobre las ideas sociales del autor de la *Ética*, que inserté en mi revista "Trapalanda" junto a trabajos de Leopoldo Lugones, Max Scheler, Horacio Quiroga, Jorge Santayana y Ezequiel Martínez Estrada.

Este último escritor argentino, uno de los primeros, por cierto, en una larga evocación inconomántica que recogí en su libro *En torno a Kafka y otros ensayos*, analiza el tratamiento familiar que recibía entre nosotros Henríquez Ureña y en el que

hasta se complacía. “Pedro o don Pedro -concluye—, para él no era tratamiento encomiable. Creo que Henríquez Ureña les parecía mucho, sin advertir que Pedro era excesivamente poco. Nada en su persona ni en su personalidad, autorizaba hacer rampa de lo que era una escala.”

Pero ahora -*arcades ambo*- esto ya no tiene importancia y es sólo síntoma de una mala conciencia.

El libro más valioso, a mi juicio, que nos dejó Pedro Henríquez Ureña es el titulado *Corrientes Literarias en la América Hispánica*, siguiendo, es claro, las corrientes europeas del gran crítico internacional Jorge Brandes. Aunque faltan en este libro algunos nombres más imprescindibles que el mío de Argentina y de Chile (a mí no me menciona siquiera), lo creo una obra maestra y lo hubiera sido más, de haber podido poner en castellano Henríquez Ureña, no sólo el capítulo sobre Sarmiento. Porque se trata de una serie de conferencias que el humanista dominicano dió en inglés desde la cátedra de Charles Eliot Norton, de la Universidad de Harvard. *Las Corrientes literarias en la América Hispánica* es de aquellas obras que sólo en una tercera o cuarta edición alcanzan un pleno desarrollo. Es una lástima que su autor no haya vivido bastante para escuchar las objeciones que se le podrían formular con fundamento desde cada uno de nuestros países. Pero así como es, creo que ninguna de las historias de la literatura Hispanoamericana es tan rica en juicios exactos y ponderados. Urge complementar este libro con un Epistolario de Henríquez Ureña, pues muchas veces lo que no se animaba a declarar públicamente se lo manifestaba en privado a un amigo. Así, por ejemplo, su agrídulce apreciación de Borges y Macedonio Fernández en una carta a su discípulo Rodríguez Feo y que éste ha publicado en La Habana.

Por mi parte, recuerdo al gran humanista dominicano no sólo en *El castellano y Babel*. También en mis *Gajes del oficio* y en un soneto de *La noria*, (Losada, B.A., 1962).

Me adhiero pues, gustoso con estas líneas al homenaje del Libro Jubilar a Pedro Henríquez Ureña en el trigésimo aniversario de su muerte.

UN RECUERDO LITERARIO DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Por Osvaldo Elliff

Argentino

En el año anterior a mi ingreso a las aulas del Colegio Nacional de La Plata, falleció ese notable crítico y escritor dominicano a quien sus alumnos y ex alumnos llamaban (y aún lo hacen) Don Pedro, como refiriéndose a una figura que si por un lado de su área medalla era un reconocido Maestro en su materia, del anverso llenaba para todos la tibia calidad paternal que ganó desde el principio y mantiene al paso de los años, qué digo, de las décadas....

Por lo dicho, la memoria que puedo sostener de tan destacado exponente de la literatura americana, al margen del anecdotario que llegó a mi conocimiento por quienes tuvieron la buena fortuna de tratarlo con la asiduidad de la cátedra, ejercida en forma incomparable en el inolvidable Colegio de esta bienamada ciudad de los tilos y los poetas, se aleja de lo personal para expresarse con respetuosa brevedad dentro del ámbito exclusivamente literario, lo que de cualquier modo ya es mucho, dadas las características representadas por Pedro Henríquez Ureña. Nuestra perenne hambruna bibliográfica nos llevó entonces, ante tan verticales comentarios sobre su personalidad de profesor y autor de valiosísimos trabajos a hurgar en su producción y así conseguimos un ejemplar de "Las

corrientes literarias en la América Hispana," tarea medular a la que debe recurrirse cada vez que la investigación o el mero ansia de buena lectura lo exigen... Tomamos entonces conocimiento de su "Antología de la versificación rítmica," "Tablas cronológicas de la literatura española," "Mi España" y otros libros de caudalosa importancia.

Sin embargo, a los efectos de esta compilación en su homenaje, que sin duda contiene relumbrantes luces evocativas y de variada clasificación sobradamente merecidas por él, queremos referirnos casi al pasar, a uno de sus múltiples estudios publicados en tantas revistas de antaño, celosamente conservadas en los anaqueles de nuestras bibliotecas oficiales y privadas. Se trata de "Valoraciones," revista bimestral de humanidades, crítica y polémica, órgano del grupo de Estudiantes Renovación de La Plata. En el ejemplar número 7, correspondiente al mes de septiembre de 1925, se incluye un artículo de Henríquez Ureña titulado "Caminos de nuestra historia literaria," el que por su trascendencia al paso de medio siglo, merece recordarse. Dice el escritor: Yo no sé si empezaremos a "ser nosotros mismos" mañana a la aurora o al mediodía; no creo que la tarea histórica de Europa haya concluído; pero si sé que para nosotros Europa está en eclipse, pierde el papel dogmático que ejerció durante cien años. No es que tengamos brújula propia; es que hemos perdido la ajena."

Acertadas y proféticas palabras que justifican su designación de Maestro de toda esa juventud estudiosa que siguió con interés y afecto sus lecciones, tanto en el claustro secundario como universitario. Inteligencia destacada la suya, que supo exponer con claridad conceptos que nada tenía de vana, moribunda letra, sino por el contrario, de expresión henchida de vida espíritual y por consecuencia, viva aunque transcurran los años, las décadas y toda medida con que nos vamos aferrando al tiempo que camina con irrefrenable marcha....

Y agregaba en un toque exacto de hondo conocimiento en esa temática: "Si la historia literaria pide selección, también sentido del carácter, de la originalidad: ha de ser la historia de las notas nuevas —acento personal o sabor del país, de la tierra

nativa— en la obra viviente y completa de los mejores. En la América Española, el criterio vacila ¿Tenemos originalidad? ¿O somos simples, perpetuos imitadores? ¿Vivimos en todo de Europa? ¿O pondremos fé en las “nuevas generaciones” cuando pregonan —cada tres o cuatro lustros, desde la independencia— que ahora si va a nacer la expresión genuina de nuestra América? ”

Así pensaba y escribía, aquel Maestro de juventudes, crítico incisivo y agudo, escritor notable y siempre vivo que se “llama” Don Pedro Henríquez Ureña.

Hector Yáñez
Argentino

“... jamás llegó a ser profesor titular de ninguna de las facultades de letras. Lo trataron por mal cuando si hubiera sido argentino.” Ernesto Sabate, P.H.U. Ed. Culf. Arg. 1966.

Y ¿qué podía esperar él que ni siquiera era argentino, cuando como estaba empujado de la docencia y de la literatura? Me imagino que profesaba todas las desgracias: era entusiasta, capaz de entusiasmo, apasionado, desinteresado, sincero. Se le tenía todo lo que hay que temer para ser pobre y despreciado. Pero aún tuvo suerte, murió de muerte natural (claro, empujado por todos, se entiende) lo que no le habría sucedido después.

No lo conocí. Cuando llegué a Buenos Aires ya se había ido. Ya era la mítica figura que veneraban sus nuevos amigos, el nombre que presidía los libros en los que se podía contar. Cuántos clásicos transmitidos por esas letras que están su imagen efímera, era el maestro, la sombra augusta y cordial junto a quienes aman la palabra. Es cierto que se lo desconocía

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Héctor Yánover

Argentino

".....jamás llegó a ser profesor titular de ninguna de las facultades de letras. Lo trataron tan mal como si hubiera sido argentino." Ernesto Sábato. P.H.U. Edic. Cult. Arg. 1966.

Y ¿qué podía esperar él que ni siquiera era argentino, estando como estaba, enamorado de la docencia y de la literatura.? Me imagino que profesaba todas las desgracias' era auténtico, capaz de entusiasmo, apasionado, desinteresado, sincero; en fin, tenía todo lo que hay que tener para ser pobre y despreciado. Pero aún tuvo suerte, murió de muerte natural (claro, empujado por todos, se entiende) lo que no le habría sucedido después.

No lo conocí. Cuando llegué a Buenos Aires ya se había ido. Ya era la mítica figura que veneraban mis nuevos amigos, el nombre que presidía los libros en los que se podía confiar. Cuántos clásicos transité guiado por esas letras que traían su imagen nítida; era el maestro, la sombra augusta y cordial junto a quienes aman la palabra. Es cierto que se lo desconocí

entonces y que se le sigue sin conocer (y, hay que ser optimistas, lo más probable es que nunca se le conozca) quizá por que el continente como yo el año de su muerte —el mismo año en que murió mi padre apenas sabía leer.

A través del tiempo, a la vuelta de muchas esquinas me he encontrado con su media sonrisa, su claridad, su proyecto de una América unida y madura. Siempre que nos cruzamos siento una congoja aguda, tanto me digo, quién le mandó meterse por el mundo con la literatura!

Héctor Yáñez
Argentina

... jamás llegó a ser profesor titular de ninguna de las facultades de letras. Lo trataron tan mal, jamás hubiera sido argentino. Buenos Aires. P.H.U. Edic. Cáliz. 1968

Y ¿qué podía esperar él que ni siquiera era argentino, estando como estaba, exiliado de la docencia y de la literatura? Me imagino que profetizó cosas las desgracias, las auténticas, capas de entusiasmo, apasionada, demeritada, sincera; en fin, tanto todo lo que hay que tener para ser poeta y despreciado. Pero una vez escrito, más de veinte años (claro, empujado por todos, se enteraría) lo que no le habría sucedido después.

—No lo conocí. Cuando llegué a Buenos Aires ya se había ido. Ya era la mítica figura que veneraban mis nuevos amigos, el nombre que presidía los libros en los que se podía confiar. Cuántos clásicos transire guiado por esas letras que tratan su imagen nítida; era el maestro, la sombra augusta y cordial junto a quienes aman la palabra. Es cierto que se lo desconocí

RECUERDOS DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Por Hellén Ferro
(Argentino)

Podría escribir muchas cosas sobre Pedro Henríquez Ureña, pero hundo en la memoria del tiempo mi propia memoria y rescato del olvido una imagen que pocos recuerdan: los años que vivió dando clases en una escuela secundaria, el Colegio Nacional de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires.

Eramos muy jóvenes entonces, creíamos en otras cosas; los partidos de fútbol eran casi tan importantes como las muchachas, y por las arboladas avenidas del hermoso colegio, hoy envejecido, paseábamos entre bromas y preocupación por el despertar de la vida. De política sabíamos poco: desde que en 1930 un movimiento militar había derrocado al gobierno del presidente Hipólito Irigoyen (que marcó el advenimiento al poder económico de una clase media, culta, ambiciosa y trabajadora) sucesivos gobiernos surgidos de fraudes electorales, a los que se llegó a llamar cínicamente “el fraude patriótico,” cerraron la posibilidad al pueblo de decidir verdaderamente, quienes serían sus gobernantes. Si hablábamos de política, nos decían “Ustedes no saben de esto,” “no es cosa de chicos,” “ya

entenderán". Nacía el fascismo y detrás de las herméticas murallas de Rusia se borran cabezas en la fotografía del primer politburó; pero nuestros padres y profesores nos decían que éramos demasiado jóvenes para opinar. De vez en cuando los muchachos de la universidad nos sacaban de las aulas lanzándonos a huelgas cuyo sentido nos escapaba pero de las cuales participábamos alegremente, contentos de "rabonear" alguna hora de clase. Teníamos 16 años.

A aquel país, que era la Argentina de entonces, continuaban llegando los exiliados de toda América, como habían llegado a principios del siglo y en la centuria anterior, en busca de paz, de estabilidad institucional, de prosperidad económica y de ese fulgor intelectual alcanzado a través de universidades y diarios (en "La Nación" había colaborado José Martí y Rubén Darío publicó allí, por primera vez, "La Marcha Triunfal" escrita en la isla de Martín García.) Se decía que P.H.U. era uno de esos exiliados y que era un "gran pensador." Para nosotros era un hombre siempre sonriente, de ojos burlones y pelo canoso encrespado, de tez entre cetrina y moreno claro, que hablaba con acento muy dulce (le imitábamos con la cruel caricatura de que es capaz un adolescente, pero no le pusimos ningún mote, como a Martínez Estrada, a quien llamábamos "Patroclo," sólo porque nos causaba gracia el nombre del amigo de Aquiles).

En estos pocos profesores —argentinos y extranjeros— aprendimos muchas verdades que el entorno aburguesado nos negaba con ciega ternura. Pero no porque hicieran militancia, como se diría hoy, sino porque traían su propia vida como ejemplo. De América, en un país que miraba a Europa, que hablaba francés como segunda lengua, apenas si sabíamos las capitales. Santo Domingo nos sonaba a lugar alegre, de vacaciones dominicales y bonitas canciones. Pedro Henríquez Ureña fue quizás el primer profesor que en las aulas juveniles, con una sencillez que me parece admirable ahora que han pasado los años, nos mostró otra imagen de América. Nunca alzaba la voz, nunca perdía su sonrisa, nos escuchaba con amable atención (cuántas horas perdió aquel cerebro

privilegiado en nuestra división de 3er. año A, situada al centro de uno de los corredores del segundo piso, sobre un paisaje de melancólicos eucaliptos del bosque vecino, (diseñado por arquitectos franceses). Y nos iba inculcando, de ha poco, con una honestidad que por momento pareciera que va desapareciendo en la demagogia de nuestras universidades de hoy, una visión de América opuesta a la bárbara, insurgente, dominada y subyugada, que teníamos nosotros; y que nos preocupaba muy poco, o menos que el último libro de Huxley o los poemas de Paul Valery.

Me quería mucho, con una ternura que ahora me parece paternal. Yo leía "El misterio del cuarto amarillo" y "Crimen y Castigo," "Tarzán" y "Retrato del artista adolescente" y "El amante de Lady Chatterley" ponía rubor y fuego en mi joven corazón. Henríquez Ureña me azuzaba con una ironía final, nunca ofensiva, y me decía que tenía "muy mal gusto literario." No se refería a lo que yo leía de literatura europea sino a lo que leía de literatura hispanoamericana: el "Parnaso de la Poesía" que mis "novias besadoras" recitaban con brío, los peores versos de Amado Nervo, los sonoros caballos de Chocano, las novelitas "escandalosas" de Vargas Vila. Henríquez Ureña nos hablaba de que en América había poetas tan importantes como aquellos franceses e ingleses que yo traducía malamente. Y que uno de ellos se llamaba Lugones (nos leyó "El Solterón," explicando pacientemente el valor de cada estrofa). Nos enseñó a encontrar en Rubén Darío un mensaje más importante —en los versos "A Roosevelt"— que el frívolo divagar de Eulalias y abates en un Versailles a lo Boucher.

Me las arreglaba para sacarlo de la lección de gramática y empujarlo a hablar de literatura o de pintura mexicana, temas que a él, y a mí, nos aburrían menos que el uso del subfijo o las preposiciones. Mis compañeros, y yo con ellos, nunca aprendimos gramática, pero sí quien era Diego Rivera, en qué consistía un "Huasipungo" o la importancia de "La Vergágine," la primera novela que me apasionó casi tanto como "Contrapunto." Un día me sorprendió con un encendido elogio a Libertad Lamarque en "A puerta cerrada," donde cantaba "La

morocha.” “Lo hace muy bien, yo he conocido hace años, aquí, en Buenos Aires, esa mujer de arrabal, pobre y arisca.” Yo veía los films de Greta Garbo o de Julien Duvivier y por “rigor intelectual” no pisaba un cine donde se exhibiera un film nacional. Henríquez Ureña nos daba una lección de humildad y de interés por lo que era argentino y nosotros menospreciábamos.

Nos enseñaba, de igual modo, a ver en las cosas americanas lo falso y lo verdadero. Un día llegué al aula, muy orgulloso, apretando “La serpiente emplumada” de David H. Lawrence, que acababa de publicar Losada, una editorial que comenzaba a tener éxito en Buenos Aires. Por fin “un gran escritor” se ocupaba como debía ser de un tema americano. Declaré: “¡Esta si es una gran novela! Don Pedro me miró y, amablemente, con una sonrisa pícara, me dijo: “Pues es un libro muy malo.” Yo me ofendí y le dije que no estaba de acuerdo con él, con esa espontaneidad de los muchachos que muchos suelen confundir con falta de educación (principalmente los que creen tener cierta importancia, generalmente menor que la que suponen). Y él rió de mi indignación y golpeándome el hombro me habló de Teotihuacán, de Macchu Picchu, de Tiahuanacu; de Miguel Angel Asturias (mi querido Miguel Angel, con el que me fuí encontrando por los caminos del mundo).

Al terminar el año fui a despedirme de Pedro Henríquez Ureña, que tomaba exámenes en una de las aulas. “Como sé que le aburren los clásicos, quiero que lea algunos. Verá como comienza a gustarle. Principalmente ahora, cuando no tiene que leerlos por obligación.” Y con letra que creo recordar menuda, fue anotando nombres y títulos en una lista que me pareció demasiado larga, donde había Tirsos, Lope y Calderones, autos sacramentales y romances moriscos. Y ¡oh maravilla de los 17 años! Llegué a la Biblioteca de la Dirección General de Escuelas, donde había comenzado a trabajar, miré los veinte tomos de la Biblioteca Rivadeneira de Autores Españoles, miré la lista de mi profesor, consideré la soledad aburrida del salón vacío y me puse a leer, desde la primera hoja.

Al año siguiente me encontré con Pedro en un corredor del Colegio Me preguntó si había leído algo de lo indicado. "Me leí los 20 tomos de "Rivadeneira," repliqué con real inocencia; y como le viera cierto aire de divertido asombro, me excusé: "Es que tenía poco trabajo, y los clásicos me aburrían menos que no hacer nada.... Rió suavemente y se alejó dejándome un enigmático "Buenos, ahora sí puede comenzar a leer."

En aquel tren que de Buenos Aires llevaba a la ciudad de La Plata a tantos profesores eminentes, murió, quizás corrigiendo las "pruebas escritas" de sus alumnos, Pedro Henríquez Ureña. Yo era casi un hombre aquel 11 de mayo, treinta años atrás; y pensé en los robles que dejaban caer sus desmayadas hojas al paso de los alumnos del colegio.

AREVALO, Juan José (guatemalteco). Costa	13
ARROYO LAMEDA, Eduardo (venezolano). "Gloria insalvable."	19
BALZER, Carmen (argentina). "Pedro Henríquez Ureña"	23
BARBAGELATA, Aida Amelia (argentina). "Don Pedro Henríquez Ureña en el profesorado"	29
BARCIA, José (argentino). "La gratitud argentina al porfucino maestro."	33
BARRIENTOS, Alfonso Enrique (guatemalteco). "Henríquez Ureña en Centroamérica"	37
BAYON, Damián (argentino). "Don Pedro en el recuerdo."	43
BENAROS, León (argentino). "Un día con don Pedro Henríquez Ureña."	57
BLASI BRAMBILLA, Alberto (argentino). "El magisterio de Pedro Henríquez Ureña."	61

INDICE

AGOSTINI DE DEL RIO, Amelia (puertorriqueña). “El español en Santo Domingo.”	5
AGUIRRE, Raúl Gustavo Aguirre (argentino). “Homenaje a Pedro Henríquez Ureña.”	13
AREVALO, Juan José (guatemalteco). Carta	15
ARROYO LAMEDA, Eduardo (venezolano). “Gloria Indiscutible.”	19
BALZER, Carmen (argentina) “Pedro Henríquez Ureña”.	23
BARBAGELATA, Aida Amelia (argentina)). “Don Pedro Henríquez Ureña en el profesorado.”	29
BARCIA, José (argentino). “La gratitud argentina al perínclito maestro.”	33
BARRIENTOS, Alfonso Enrique (guatemalteco). “Henríquez Ureña en Centroamérica.”	37
BAYON, Damián (argentino). “Don Pedro en el recuerdo.”	43
BENAROS, León (argentino). “Un día con don Pedro Henríquez Ureña.”	57
BLASI BRAMBILLA, Alberto (argentino). “El magisterio de Pedro Henríquez Ureña.”	61

BOSCO, María Angélica (argentina). “Recuerdo para Pedro Henríquez Ureña.”	67
BRUGHETTI, Rumualdo (argentino). “Los signos y la palabra.”	69
BULLRICH, Silvina (argentina)	“Recuerdo.”. 73
CABRAL, Manuel del (dominicano). “La honestidad de la sabiduría.”	77
CAIROLI, Irma (argentina). “Una familia de maestros: los Henríquez Ureña.”	79
CASTELPOGGI, Atilio Jorge (argentino). “Pedro Henríquez Ureña, el espíritu cultural de Hispanoamérica.”	83
COCARO, Nicolás (argentino). “Don Pedro Henríquez Ureña: alentar la utopía en América.”	87
CORNEJO, Justino (ecuatoriano). “El español en Santo Domingo.”	93
CORTINA ARAVENA, Augusto (argentino). “Como murió don Pedro Henríquez Ureña.”	101
DOMINGUEZ, María Alicia (Argentina). “El Maestro Pedro Henríquez Ureña.”	105
DONGHI HALPERIN, Renata (argentina). “El señorío intelectual, moral y vital de Pedro Henríquez Ureña.”....	109
FONFRIAS, Ernesto Juan (puertorriqueño). “Pedro Henríquez Ureña: defensor de la lengua y de la patria.”....	113
FORERO, Manuel José (colombiano). “Medallón dedicado a Pedro Henríquez Ureña.”	117

GARCIA PRADA, Carlos (colombiano). "Un hombre ejemplar."	119
GAYOSO, Lisandro (argentino). "El americanismo hispánico de Pedro Henríquez Ureña."	121
GONZALEZ PAREDES, Ramón (venezolano). "Presencia de Pedro Henríquez Ureña."	129
GRINGOIRE, Pedro (mexicano). "Henríquez Ureña, ensayista."	139
GUGLIELMINO, Osvaldo (argentino). "Pedro Henríquez Ureña."	143
HARRIAGUE, Magdalena (argentina). "Pensamiento a Pedro Henríquez Ureña."	147
HERRERO MAYOR, Avelino (argentino). "Un humanista dominicano-argentino: Pedro Henríquez Ureña."	149
JOUBIN COLOMBRES, Eduardo (argentino). "El humanismo social de Pedro Henríquez Ureña."	153
KOREMBLIT, Bernardo Ezequiel (argentino). "Ética y estética de un humanista."	157
LACAU María Hortensia (argentina). Circular.	163
LAHITTE, Ana Emilia (argentina). "Gratitud al maestro."	167
MARTINEZ, David (argentino). "Dos líneas sobre Don Pedro de América."	171
MENGOD, Vicente (chileno). "Presencia de un investigador."	173

MORGADO, Benjamín (chileno). “Pedro Henríquez.”	179
NARANJO VILLEGAS, Abel (colombiano). “Henríquez Ureña: una dinastía literaria.”	183
OCAMPO MOSCOSO, Eduardo (boliviano). “Ejecutoria del gran dominicano Pedro Henríquez Ureña.”	187
PAZ, Gilda (argentina). “Pedro Henríquez Ureña.”	191
PETIT DE MURAT, Ulyses (argentino). “Fuera de la tarea increíble.”	195
PICHARDO, Pablo (dominicano). “Carta.”	199
PINEDA, Rafael (venezolano). “La única salud.”	209
PIÑOL, Joaquín (español). “Mis desencuentros con Pedro Henríquez Ureña.”	213
PUERTA FLORES, Ismael (venezolano). “Pedro Henríquez Ureña: como un gran río.”	215
ROSSLER, Osvaldo (argentino). “Elogio de Pedro Henríquez Ureña.”	221
SALAZAR, Toño (salvadoreño). “Homenaje al humanista Pedro Henríquez Ureña.”	225
SALAZAR MALLEN, Rubén (mexicano). “Una anécdota.”	231
SALCEDO-BASTARDO, José Luis (venezolano). “Pedro Henríquez Ureña.”	235

SAROBE, Angélica (argentina). "La perennidad de Pedro Henríquez Ureña."	239
TALICE, Roberto A. (argentino). "Pedro Henríquez Ureña."	241
TIEMPO, César (argentino). "Una plática inolvidable." . . .	245
VENTURINI DELLA ROVERE, Aurora (argentina). "Magia del "Jubilar Henríquez Ureña."	253
VIDAL DE BATTINI, Berta (argentina). "El Dr. Pedro Henríquez Ureña en el recuerdo."	257
VILLARINO, María de (argentina). "Pedro Henríquez Ureña en el recuerdo."	259
WEBER DE KURLAT, Frida (argentina). "Pedro Henríquez Ureña en el Instituto de Filología de Buenos Aires."	265
RIGHINI, Marcela (argentina). "A los treinta años de la muerte de Pedro Henríquez Ureña."	273
ESTRELLA GUTIERREZ, Fermín (argentino). "Algo más sobre Pedro Henríquez Ureña."	277
ESPINOZA, Enrique (argentino)). "Recuerdo a Pedro Henríquez Ureña."	281
ELLIFF, Osvaldo (argentino). "Un recuerdo literario de Pedro Henríquez Ureña."	283
YANOVER, Héctor (argentino). "Pedro Henríquez Ureña."	287
FERRO, Hellén (argentino). "Recuerdos de Pedro Henríquez Ureña."	289

Esta publicación se imprimió en los Talleres Offset de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña: Encargado: Genaro Phillips; Composición tipográfica: Vicente Salas Woss; Diagramación: Nelson Henríquez y Máximo García; Fotomecánica: Francisco Tavárez y José Altagracia Bussi; Impresión Nelson Veloz, y Carlos M. Rodríguez; Compaginación y Encuadernación: Eury Hernández, José María Díaz, Héctor Santana, Agustín Batista, Juan Prenza y Ramón A. Marte.

